



Jane Green

Nadie es perfecto

OceanofPDF.com

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Jane Green



Nacida en Londres (1970), después de pasar por la universidad (donde ella misma se considera un desastre), trabajó como periodista en varios periódicos y revistas nacionales en la ciudad de Londres. A los 27 años inspirada por *Hight Fidelity* de Nick Hornby, decidió dejar su trabajo en Daily Express y escribir sobre lo que le acontece a una mujer soltera de hoy en día en la gran ciudad. Su primera novela *Straight Talking* figuró en las listas de los libros más vendidos de Inglaterra, y la segunda, *Jemima J.*, consiguió vender ciento cincuenta mil ejemplares en sólo unas semanas. Pero la explosión llegó con *Nadie es perfecto*, que alcanzó el puesto número tres en la lista de éxitos y confirmó a Jane como una de las autoras más populares de la generación «hijas de Bridget Jones»

Vive en las afueras de Nueva York con su marido David, su hijo Harrison, un perro y dos gatos. Rodeada de tan variopinta troupe familiar, ha sabido encontrar el tiempo necesario para escribir diez novelas, hasta ahora.

Nadie es perfecto

Encantador, guapo y divertido, pero... sin un duro. Asesor financiero, casa enorme, coche deportivo y... horrible bigotito. Libby lo tiene muy claro, o

por lo menos eso creía.

Dicen que dudar es un símbolo de inteligencia, pero, cuando de hombres se trata, Libby se vuelve algo tonta. Por un lado está Nick, que con su pisito de soltero y su experiencia noctámbula es un tío genial para pasar buenos ratos. Sólo que, cuanto más tiempo pasa con él, más le gusta. Y por otro lado, para qué engañarse, ella necesita a alguien que le dé seguridad, o sea, alguien con pasta, y, en eso, a Ed no hay quien lo supere. Casa en Regent's Park, Porsche flamante, gran estilo de vida, son la prueba de que el hombre ideal está ahí, a su entera disposición, si no fuera por esos pequeños detalles irritantes que a veces lo hacen insoportable. Pero bueno, ¿tan complicado tiene que ser enamorarse? Porque de eso se trata, ¿no? La pregunta ya se la ha hecho mil veces, ahora ha llegado la hora de las decisiones.

* * *

uno

Vivir para ver. Nadie hubiera dicho que Nick iba a ser el hombre de mi vida, ni siquiera yo. Y sí, ya sé que los que están felizmente casados dicen que no hay modo de saberlo, al menos no de inmediato, pero yo lo sabía. La verdad es que el tipo estaba muy bien, pero no teníamos nada en común.

Para empezar estaba el tema del dinero. Mi trabajo de relaciones públicas quizá no sea el mejor remunerado del mundo, pero me da para pagar las facturas, la hipoteca, y aún me queda suficiente para invertirlo en esa extraña terapia que es ir de compras. Nick no ganaba ni un penique. Bueno, quizá decirlo así sea un poco exagerado, pero no era como los otros novios que había tenido, no nadaba en la abundancia, y, pese a que ése no es mi

objetivo principal, pues no me importa si mi pareja no puede invitarme, sí que me fastidia un montón que no tenga ni para pagar sus gastos.

Y aunque de vez en cuando Nick se ofrecía a pagar a medias, lo hacía con tan poca gracia y yo me sentía tan culpable que retiraba su mano, le decía que no fuera tonto y sacaba mi tarjeta de crédito.

Luego estaba el asunto de la política. O mejor dicho, mi falta de interés en ella. Nick era feliz cuando estaba con sus amigos de izquierdas, discutiendo los pros y los contras del Nuevo Laborismo mientras yo me moría de aburrimiento, sin decir palabra por si a alguien se le ocurría preguntarme qué votaba y yo tenía que admitir de mala gana que a los conservadores porque, bueno, porque mis padres los habían votado.

Hablando de pros y contras, tal vez sería más sencillo si os enseñara la lista que hice al poco tiempo de conocer a Nick. Y es que si me siento aquí y os cuento todas las razones por las cuales no me convenía, nos estaríamos hasta la noche, y como aún conservo la lista, mejor le echáis un vistazo. Quizá os ayude a entender por qué estaba tan resuelta a considerarlo sólo una aventura.

Pros:

Me gusta sin pantalones.

Tiene los ojos más grandes, tiernos y azules que he visto en mi vida.

Es muy cariñoso.

En la cama es fantásticamente desinteresado. (Dejémoslo sólo en fantástico.)

Me hace reír.

Contras:

No tiene ni un penique.

Vive en un cochambroso estudio de una habitación en Highgate.

Es de izquierdas.

Le gustan los pubs y la cerveza.

Sus amigos son un horror.

Es un mujeriego de los pies a la cabeza.

Es alérgico al compromiso.

Dice que no está preparado para una relación (aunque yo tampoco).

Aquí lo tenéis, muchos más contras que pros y, para ser sincera, los contras son mucho más importantes. ¿Cómo puedo pensar en liarme con un hombre a cuyos amigos no soporto? Siempre he pensado que puedes juzgar a una persona por sus amigos, así que debería haber sabido cómo irían las cosas.

Sin embargo, en última instancia es imposible elegir quién te gusta, ¿no? Asunto concluido. Nick me gustaba. Me gustaba más de lo que nadie me había gustado en años, y cuando alguien te provoca ese cosquilleo en el estómago, dejas de pensar en lo bueno y en lo malo, en lo que deberías y en lo que no deberías hacer, te lías la manta a la cabeza y sigues adelante.

Seguramente os preguntaréis cómo encontré a Nick porque, no nos engañemos, nuestros caminos no estaban destinados a cruzarse. Ya hacía algún tiempo que lo conocía. Solía verlo con mi amiga Sally, Sal, en alguna que otra fiesta. Nunca me fijé mucho en él, no lo veía lo suficiente; Sal y yo tampoco nos vemos tan a menudo.

Antes trabajaba con Sal, aunque de manera indirecta. Hace años, cuando empecé de humilde ayudante de relaciones públicas, Sal trabajaba de periodista en una de las revistas con las que colaborábamos, y era la única persona que no me trataba como si fuese basura. A raíz de eso nos hicimos amigas.

No es que me disguste. Es una chica estupenda. Pero diferente. De mí, vaya. Se parece más a Nick, y recuerdo vagamente que hubo un tiempo en que le gustaba. Supongo que ésa es la única razón por la que me acuerdo de él. Sal me pedía que lo observara para ver si él la miraba y todo eso, y yo lo hacía porque era mi amiga y así tenía algo con que matar el tiempo, lo que era mejor que quedarme allí plantada, aburrida, deseando estar en cualquier otro sitio.

Sal me arrastraba a fiestas, fiestas de estudiantes, pensaba yo con cierto engreimiento, salvo que los que acudían a ellas hacía años que no estudiaban y vivían en casas destartaladas, mantenidas por las cuatro, o seis, personas que las habitaban. Aquello no iba conmigo.

Y no lo digo porque entonces pudiera permitirme el estilo de vida que quería. Entonces no.

«Sueñas con champán y sólo alcanzas a comprar cerveza», me decía siempre mi madre arrugando la nariz si yo cometía el terrible error de llevar un vestido nuevo cuando iba a su casa.

—¿Qué es eso? — decía ella con tono de desaprobación.

—¿El qué? ¿Estos trapos viejos? — había aprendido a decir, haciendo de menos con mi comentario el fabuloso vestido de diseño que tanto me gustaba y que era el sexto día consecutivo que me ponía-. Hace siglos que lo tengo. — O bien-: Estaba tirado en el cajón de los trapitos de moda en el trabajo y me lo dieron. ¿Te gusta?

Me costó algún tiempo, pero al fin descubrí que, mientras no admitiese que era nuevo, a mi madre le encantaba. Si alguna vez se me pasaba por la

cabeza decirle que sí, que me había comprado algo, la mujer levantaba las cejas y decía:

—¿Y cuánto has pagado por eso?

Yo masculaba un precio, casi siempre unas cien libras menos de lo que me había costado, y ella volvía a poner cara de resignación y movía la cabeza, con lo que conseguía que me sintiera como una niña mala.

Antes soñaba con ser una ejecutiva agresiva. Quería hombreras, maletines y teléfonos móviles. Quería ropa de diseño y un apartamento de la hostia, con los suelos de madera y sofás blancos, y enormes recipientes llenos de lirios en cada una de las mesas de madera pulida. Quería un Mercedes deportivo y joyas de oro macizo.

Por desgracia, la vida de una relaciones públicas no es la mejor manera de conseguir todo eso; mi trabajo es una de las profesiones peor pagadas del mundo. Ya sé lo que debería haber hecho; debería haber buscado trabajo en la City, puesto que me licencié a finales del boom de los ochenta y podría haber hecho una fortuna, pero nunca se me ha dado muy bien lo del dinero ni los números, y mi carrera profesional habría sido un desastre. Así es que convertirme en relaciones públicas pareció lo más sencillo. Era glamuroso, emocionante y no tendría que empezar como mera secretaria, cosa que me horrorizaba, porque no hubiera soportado que la gente me preguntase cómo me ganaba la vida. Empecé de ayudante de relaciones públicas, lo que, a la madura edad de veintiún años, me hizo sentir como si me hubiera tocado la lotería.

Contesté a un anuncio que apareció en *The Guardian*, y cuando me presenté a la entrevista, decidí que, si no conseguía el puesto, me moriría. Las oficinas de Joe Cooper RP estaban en una callejuela del barrio de Kilburn, no precisamente una de las zonas más recomendables, ya lo sé, y aunque vistas desde el exterior tenían todo el aspecto de un enorme almacén, una vez dentro eran magníficas. Un loft muy grande, suelos de madera, sillas pintadas de colores brillantes y cojines de terciopelo y un rumor constante de conversaciones por teléfono que provenían de algunas de las personas

más guapas que había visto en mi vida.

Pero mi aspecto era un desastre. Allí estaban ellos, todo el mundo con vaqueros, camisetas de ultimísima moda y botas grandes de motorista (lo que se llevaba entonces), y allí estaba yo, con mi traje chaqueta de color crema de Jigsaw, con zapatos de aguja a conjunto y agarrando un maletín para parecer más profesional.

«Mierda -recuerdo que pensé cuando entré-. ¿Por qué?, ¿por qué no me informé antes de venir?», pero luego apareció Joe Cooper y me estrechó la mano.

—Tú debes de ser Libby -dijo, y tan pronto como lo vi supe que me gustaría y, aún más importante, que yo le gustaría a él. Y así fue. Empecé a trabajar a la semana siguiente con un sueldo miserable, pero estaba encantada. Dios, cuánto me gustaba.

Al cabo de un mes todos mis amigos se morían de envidia porque me codeaba con algunas de las celebridades más de moda de la televisión y me pasaba el día ayudando a los ejecutivos del momento, mecanografiando dossieres de prensa y, en ocasiones, haciendo de canguro de aquellas celebridades que se iban a la radio y a los programas de la tele para hacer publicidad de su último libro, programa o película. Todo aquello era tan emocionante y conocía a tanta gente nueva que al final decidí colgar mi traje de Jigsaw en el rincón más oscuro del armario; ya vestía como el resto, ya encajaba.

Mis sueños de lujo y champán se vieron cumplidos en Joe Cooper RP. Si bien no exactamente como había planeado. En lugar de Yves Saint Laurent quería Rifat Ozbek. En lugar de Annabel's quería Quiet Storm. En lugar de Mortons quería el Atlantic Bar o cualquier otro local que estuviese de moda y cuyo nombre ahora no me viene a la cabeza. Pasaba la mayor parte del tiempo «entreteniendo» a los clientes, de modo que todo estaba pagado, pero cuando acostumbras a una chica a ese estilo de vida durante el trabajo, no puedes esperar que se contente con comida rápida por las noches, ¿no os parece?

Y ahora, al fin, ya puedo más o menos costear mi estilo de vida, siempre con la tan comprensiva ayuda de un director de banco que estuvo de acuerdo en concederme una línea de crédito, «por si acaso». ¿Por si acaso qué? ¿No estaba claro que lo necesitaba? Porque casi siempre tengo el saldo al descubierto, qué diablos; al fin y al cabo no es más que dinero, sólo estamos en este mundo unos ochenta años, eso con suerte, así que en el respetable orden de las cosas nada tiene mucha importancia, y el dinero, menos. Ni siquiera los hombres, cuando aparece alguno.

Lo que he decidido es que los amigos son lo más importante. Mi vida social no es más que una sucesión de columpios y de tiovivos. A veces estoy en medio de un torbellino social, salgo todas las noches, y agradezco la rara ocasión de pasar una velada viendo la televisión y recuperando horas de sueño; pero entonces las cosas se calman un poco y me quedo en casa todas las noches, hojeando mi agenda, preguntándome por qué no me apetece hablar con nadie.

Bueno, con nadie no. Hablo con Jules todos los días, unas cinco veces, incluso aunque no tengamos nada que contarnos, como sucede a menudo, porque ¿qué novedades puedes contarle a alguien con quien hace una hora que has hablado? Muchas veces terminamos hablando de gilipolleces. Ella me llama y me dice:

—Acabo de zamparme medio paquete de galletas, un quesito y un sándwich de cebolla con salsa. Creo que me voy a morir.

—Pues yo me acabo de comer una crepé con salmón ahumado, sin mantequilla, y una barrita de Twix -le respondo. Y eso es todo.

O la llamo yo y le digo:

—Sólo te llamaba para saludarte.

—Hola -suspira, y añade-: ¿Alguna novedad?

—No, ¿y tu?

—No.

—Muy bien. Te llamo luego.

—Muy bien.

Nunca, nunca nos decimos adiós o te llamaré el fin de semana o incluso mañana porque, a menos que estemos hablando a última hora de la noche cuando ya estamos acostadas (algo que hacemos prácticamente todas las noches), sabemos que volveremos a hablar más tarde, aunque no tengamos nada que decirnos.

Lo más sorprendente no es que estemos muy unidas, sino que Jules esté casada. Se casó con James, o Jamie, como todo el mundo lo llama (qué bonito, ¿no?, *Jules et Jim*), el año pasado, y yo estaba aterrorizada porque creía que nunca más volvería a verla, pero pasó todo lo contrario. Es casi como si no estuviera casada, porque contadas veces hablamos de Jamie. Él nunca parece estar por allí, o, si lo está, se encierra en su despacho para trabajar, razón por la que durante una temporada temí que Jules se hubiera equivocado, que quizá su matrimonio no era como debía ser, pero en las contadas ocasiones en que los veo juntos, me doy cuenta de que funciona, de que ella es feliz, de que el matrimonio le ha dado la seguridad que nunca tuvo, la seguridad que me gustaría tener.

Y yo, mientras tanto, aún conservo a mi amiga del alma, mi hermana. No es que lo sea, pero así es como ella se siente, y Jules es la mujer más inteligente que conozco. Yo puedo ponerme a hablar y aburrirla con mi última aventura, y ella me escuchará con calma y esperará unos segundos antes de hablar (lo cual al principio me preocupaba porque creía que la estaba aburriendo, cuando lo que hacía era pensar en lo que yo le había contado y así se formaba una opinión), de tal suerte que cuando me da un consejo siempre es acertado, aunque no sea exactamente lo que deseo oír.

Es lo que mi madre llamaría una amiga de verdad, y sé que no importa lo

que ocurra, siempre nos tendremos la una a la otra, incluso en esas noches en que me escondo en mi caparazón porque no puedo enfrentarme al mundo. Y Jules es la única persona a quien siempre telefono. Siempre.

Y al menos mi apartamento se convierte en un lugar confortable para todos esos períodos solitarios de comida rápida y vídeos. No es el apartamento con el que siempre he soñado, aunque lo haya dejado bastante bonito si se tiene en cuenta que la mayoría de los muebles los he heredado de mis padres o los he comprado de segunda mano.

Pero de no haber sido por mis padres, que Dios los bendiga, nunca habría podido comprarme estas cuatro paredes. Lo más probable es que a estas alturas estuviera compartiendo una casa destartada con cuatro o seis chicas y me pasara todas las noches peleándome por la colada o tomándome a mal el mero hecho de que respiraran. Yo nunca lo he vivido, pero tengo muchos amigos que han pasado por eso y, con franqueza, estoy harta de que me llamen para pedir si pueden venir a repantigarse en mi sofá porque necesitan un respiro.

Mi apartamento es minúsculo. Minúsculo. El apartamento más pequeño que os podáis imaginar. Está en una planta baja, en Ladbroke Grove. El caso es que tras cruzar la puerta ya estáis en medio de la salita. Sin embargo, por sorprendente que parezca, tiene bastante luz y he procurado realzar esa característica manteniéndolo tan neutro como he podido. A pesar de todo, no he podido evitar el desorden, las estanterías de libros y fotografías y tarjetas. Yo soy de esas que nunca tiran nada; nunca sabes cuándo puedes necesitar algo.

Junto a la salita hay una cocina en forma de L, una cocina como las de los barcos, abierta, y delante del ventanal hay una puerta de cristal que da a un dormitorio, tan pequeño que la cama se recoge en la pared, aunque nunca me he molestado en subirla, excepto cuando organizo una fiesta. Al lado del dormitorio hay un cuarto de baño pequeñísimo, y eso es todo. Es perfecto para mí, aunque no he olvidado mi sueño de espacios gigantes y techos altos. Tan sólo he aceptado que mientras trabaje de relaciones públicas es poco probable que pueda comprarme lo que quiero y que no me quedará

más remedio que casarme con un hombre rico para conseguir el nivel de vida al que quiero acostumbrarme.

Sí. Hombres. Probablemente la única parcela de mi vida que es un auténtico desastre. No es que no conozca hombres, por Dios, si parece que salgan de debajo de las baldosas, pero los que salen para conocerme siempre son gilipollas. ¡Típico!, ¿verdad? Jules no lo entiende. Yo no lo entiendo. Cada vez que pienso que éste será diferente, que me tratará bien, que cuidará de mí, acabo hecha un mar de lágrimas.

Creía que Jon sería el definitivo. Sí, sí, sí, ya sé que siempre digo lo mismo, pero en aquella ocasión lo creí. Era lo que había estado buscando. Trabajaba de promotor inmobiliario, lo que es un poco aburrido, ya lo sé, pero él no lo era ni pizca. Era guapo, vestía bien, tenía un bonito apartamento en Maida Vale, conducía un Mazda MX-5, conocía a gente fenomenal y era genial en la cama... Y la lista sigue y sigue. El único problema era que yo no le gustaba demasiado. Me refiero a que estaba claro que yo le hacía gracia, pero no le gustaba de verdad, no quería que pasáramos todo el día juntos y yo no dejaba de pensar que si fuese perfecta, si me comportase como la novia perfecta, él se enamoraría de mí. Pero no fue así. Cuanto más intentaba ser esa novia perfecta, tanto más desagradable era conmigo.

Al principio me telefoneaba, pero las llamadas fueron disminuyendo hasta que cesaron, y luego, al final, la gente me llamaba para preguntar por qué la noche anterior no había ido a la fiesta a la que asistió Jon. Además, se iba muchos fines de semana sin decirme nada, desaparecía, y yo me pasaba todo el fin de semana ahogada entre lágrimas, llamando a su contestador automático y colgando el teléfono de golpe antes de dar tiempo a que el mensaje terminase.

Se lo presenté a mis padres. Gran error. Mayúsculo. Les cayó de maravilla. Estaban encantados de que por fin hubiera conocido a un hombre que me arrancara de sus brazos, que me cuidara, y, por sorprendente que parezca, cuanto más lo adoraban ellos, más lo adoraba yo. Pero llegó un momento en el que ya no pude aguantar más. No podía soportar que me tratara como si fuera basura y, estoy bastante orgullosa de ello, terminé la historia.

Al muy cabrón ni siquiera pareció importarle. Hizo algo así como encogerse de hombros, dijo que ya estaba bien como estábamos, y cuando le dije que necesitaba algo más, volvió a encogerse de hombros y añadió que sentía no poder ofrecerme más cosas. Un cabrón. UN CABRÓN.

Pero de eso hace ya mucho tiempo. Fui como un alma en pena durante una semana. En el trabajo rompía a llorar, y todos se mostraron la mar de comprensivos y no preguntaron nada. Cada vez que empezaba a sollozar en mi mesa de trabajo, sentía una mano en el hombro y alguien colocaba una taza de té delante de mí, un detalle de lo más encantador. Era la manera que mis colegas tenían de demostrarme que les importaba.

Al cabo de una semana Jules me dijo que tenía que sobreponerme, que ella ya sabía desde el principio que Jon no me merecía, que era demasiado arrogante, y que yo debía aspirar a algo mejor y que en el mar había muchos más peces, y bla bla bla. Pero empecé a entender adónde quería llegar.

Comencé a «salir» de nuevo. Iba a bares, fiestas, cócteles, y aunque me sentía como una mierda hacía como que lo pasaba bien, y al cabo de un par de meses caí en la cuenta de que en realidad lo pasaba bien y decidí que estaba harta de los hombres. Al menos por un tiempo.

«Sí -pensé-. Ya basta de cabrones.» Sin embargo, algo así como a los seis meses, empecé a notar síntomas de abstinencia. No de Jon, sino de mimos, de ternura y, vale, lo admito, de sexo. Ahora ya sé que existe un límite. Sé que cuando te has acostumbrado a disfrutar del sexo de manera regular con alguien y dejas de practicarlo durante seis meses, dejas de pensar en ello porque ya no forma parte de tu vida, y de pronto, cuando vuelves a practicarlo, te sorprendes de cómo pudiste pasar sin él durante tanto tiempo, porque es genial. Lo sé porque he tenido dos LARGOS períodos de sequía en mi vida. Uno que duró diez meses y el otro..., no sé si me apetece contarlo. El otro duró dos años.

Ya lo sé. Veintisiete puñeteros años y me pasé dos de ellos sin hacer el

amor. Qué triste, ¿no?

Es probable que estuviese a punto de conseguir que el sexo dejara de ser importante para mí cuando, en lugar de esperar a que aquellos calentones desaparecieran, decidí tener una aventura.

«No quiero una relación -pensé-. Sólo quiero sexo. Eso es todo.»

Me encontraba en ese raro estado mental al que tus amigas no cesan de repetirte que debes aspirar, pero que parece imposible de alcanzar. Ese estado mental de completa felicidad sin hombres, de no buscar a nadie, y en el que te basta con tu trabajo y tus amigos.

Y yo lo había logrado. Me di cuenta de que, tras el trauma con Jon, no quería liarme con nadie a menos que fuera el hombre apropiado y, no nos engañemos, ¿cuántas veces encuentras a alguno que te haga tilín y que te guste de veras? Exacto.

Hago lo que la mayoría de las mujeres. Conozco a alguien, y una parte de él está bien, quizá es guapo, tiene un buen trabajo, no hay nada sospechoso en él y, en lugar de sentarme y ponerme a esperar a que muestre el resto, me lo invento. Decido cómo piensa, cómo va a tratarme y, por supuesto, siempre llego a la conclusión de que el tío que tengo delante es el hombre perfecto y, de pronto, bueno, quizá no tan de pronto, por lo general alrededor de seis meses después de nuestra separación, veo que no era el tipo de persona que yo creía.

Y ése es el punto en el que me encuentro cuando Sal llama (hace siglos que no la veo) y me invita a salir, casi sin poder hablar por la emoción de tener un nuevo novio; y cuando llego al bar, Nick también está allí, y se acuerda de mí, y eso es todo.

Bueno, no exactamente, pero luego os cuento más detalles. ¿Creéis que aprendí la lección después de mi historia con Jon? ¿La aprendí? Y un cuerno la aprendí. Salvo que con Nick sé desde el principio que nunca lo conoceré a fondo y que jamás llegaré a la conclusión de que puedo ser feliz

con él. De modo que esa noche, cuando de golpe y porrazo parece que se produce esa química tan sorprendente, decido que tendré una aventura con Nick, que será perfecto pasar con él unas semanas de sexo genial, que no pienso enamorarme y que lo más probable es que luego sigamos siendo amigos.

Me siento muy fuerte. Siento que, por primera vez en mi vida, puedo hacerlo. Que puedo hacer el amor con un hombre sin estrechar lazos sentimentales, sin empezar a soñar de la noche a la mañana con el matrimonio y con tener hijos, un final de cuento de hadas. Me siento mujer. Me siento adulta.



dos

—¡Libby! — grita Sal dándome un enorme abrazo de oso-. Dios, hacía siglos. ¡Mírate! ¡Estás fantástica! — Así es como habla Sally, con signos de exclamación.

—Gracias -digo, y le creo porque ¿quién no estaría fantástica con una rebeca nueva de algodón, súper cara, larga, de canalé gris pálido, pantalones grises de franela y unas botas negras de tacón alto de lo más sexys?-. Tú también -añado, aunque para mí Sal siempre tiene la misma pinta. Con su pelo castaño rojizo natural cortado a lo chico, siempre se encuentra bien con su eterna imagen; Sal no cree que deba seguirse la moda, su idea es que tienes que dar con el aspecto que más te favorece y seguir con él hasta la muerte.

Por eso, como ya he dicho, siempre va igual. Faldas largas y sueltas, a veces pantalones y botas de montar, cazadoras ajustadas y un fular de seda al cuello. Esta noche toca pantalones de montar, y ya veo por qué.

—Jesús, Sal -digo al tiempo que retrocedo, porque hoy hay algo diferente en

su aspecto-. Has adelgazado un montón.

—¡Ah, sí! — dice ella con una sonrisa burlona, sabe que es verdad. De no ser así, nunca se atrevería a llevar esos pantalones de montar de color pardo que se le ajustan a las piernas como un guante-. Será el amor -susurra mientras me coge de la mano y me lleva a una mesa que hay en un rincón-. Ven, que los conocerás a todos.

Menudo grupo más, ejem, ecléctico. Siempre he admirado en Sal cómo elige a sus amigos, el hecho de que siempre esté dispuesta a mezclar y a emparejar, a reunir a la gente y a no preocuparse lo más mínimo por las consecuencias. Yo me paso la vida temiendo que mis amigos no se lleven bien, e intentando desesperadamente mantenerlos separados. Por un lado están los modernos de los medios de comunicación, a la mayoría de los cuales he conocido por el trabajo, los amigos de la universidad, los viejos amigos del colegio y los amigos de las clases de arte, aunque hace meses que no los veo. Y luego está Jules, a la que puedo llevar a todas partes, porque le cae simpática a todo el mundo. Pero Sal no hace distinciones y veo que en la fiesta hay muchas caras conocidas.

—Hola -digo con una sonrisa a Kathy, la amiga más antigua de Sal, una rubia alta y despampanante que rebosa estilo y sofisticación, y que parece tener siempre a su lado un enjambre de tíos que están tan buenos como ella.

—Libby -dice, y alarga una mejilla de un moreno inmaculado para darme uno de esos besos que se dan al aire-. ¿Cómo estás? Hace tanto tiempo... Tienes que conocer a Phil. — Y hace un gesto a un macizo que corta el aliento.

—Es un placer conocerte -me saluda, con una de las voces más afectadas que he oído en mi vida, y me ofrece la mano, lo cual me desconcierta por unos segundos, pues fuera de la oficina nadie que yo conozca se estrecha la mano, pero luego caigo en la cuenta de por qué me ofrece la suya, de modo que, intentando secarme disimuladamente el sudor de la palma de las manos en la rebeca, estrecho su mano con firmeza y le digo como si estuviésemos en una reunión de negocios:

—¿Cómo estás? — No puedo mostrarme demasiado amable con alguien que está tan bueno, no sea que Kathy crea que quiero ligar, algo que nunca haría, y tan pronto como lo digo me doy la vuelta para ver a quién más conozco.

—Te acuerdas de Paul, ¿no? — me dice Sal mientras coloca un taburete al lado de un joven con aspecto desaliñado y cara de niño que bebe una cerveza y que sé que es su último novio, aunque no estoy muy segura de por qué razón debería recordarlo.

—Humm, bueno, en realidad no estoy muy segura.

—Claro que sí, mujer -dice ella-. Paul trabajaba conmigo en el *Sunday Mail*.

—¡Oh, Paul! — exclamo-. Ese Paul. Lo siento. Vaya, al fin puedo ponerle una cara a ese nombre.

El tío me dedica una amplia sonrisa.

—Ya sé a qué te refieres. Seguro que te pasas todo el día hablando por teléfono con periodistas sin saber qué cara tienen.

—A menos... -digo sonriendo con descaro, recordando de pronto dónde lo he visto antes-, a menos que el periodista en cuestión se haya puesto una minifalda para ver qué tal sienta la última moda de hombre.

—Mierda -gime-. Pensaba que ya nadie se acordaría.

Los dos nos echamos a reír.

—Y Nick -dice Sal, mirándome con ojos como platos, lo que no acabo de entender; pero me doy la vuelta hacia Nick y caigo en la cuenta de que es el tío que le gustaba, y que ella está intentando avisarme telepáticamente de que no meta la pata-. Seguro que te acuerdas de Nick.

Nick se da la vuelta para mirarme y cabecea.

—Hola, Libby -dice, y el modo que tiene de pronunciar mi nombre hace que suene muy íntimo, y noto como un pequeño estremecimiento en el extremo de la espina dorsal.

¿Qué es esto? ¿Qué está pasando aquí? Miro a Nick detenidamente y es como si fuera la primera vez que lo viera. «Dios -pienso-, nunca había reparado en que sus ojos fueran tan azules.» Y se ha cortado el pelo. Ya no se lo recoge en aquella cola de caballo desordenada, ahora lo lleva cortado al cepillo, lo cual le descubre unos pómulos increíbles, y, ¡Jesús!, es guapo, y al cabo de un momento recuerdo qué significa ese estremecimiento. Deseo. Puro y duro.

«Podría tener una aventura con él», me digo, me recuesto en la silla, y ya estoy en código ligue. Nick. Perfecto.

—¿Y qué has estado haciendo? — pregunta mientras me mira con descarado interés.

—Trabajando duro, para variar -respondo e, inmediatamente, lamento lo aburrido que suena y me pongo a estrujarme el cerebro para encontrar algo gracioso que contarle.

—Me gusta tu pelo -dice él, y otro estremecimiento me recorre el cuerpo-. Se ve distinto.

Y es cierto. La última vez que vi a Nick llevaba el pelo largo, completamente liso y con flequillo. Ahora me llega a los hombros, no llevo flequillo y tengo las puntas arqueadas hacia arriba.

—Es extraño que te acuerdes de mi pelo -me río-. Eres un tío un poco raro.

—Te sorprendería saber la de cosas que recuerdo -dice él con una sonrisa.

—¿A qué te refieres?

—La última vez que coincidí contigo fue hace dos años, en una fiesta de Sal-añade.

—No. — Muevo la cabeza de un lado a otro-. No me impresionas. Cualquiera podría acordarse de eso.

—Llevabas el pelo recogido -prosigue sin dejar de sonreír- y unos pantalones negros de piel, zapatillas deportivas y una camiseta de color naranja chillón donde se leía: EXTRAVAGANTE.

—Por Dios. — Me deja con la boca abierta-. Ahora sí que me has impresionado. ¿Cómo es que te acuerdas de lo que llevaba?

Se encoge de hombros.

—Ya te dije que te sorprendería.

—No, de verdad... ¿cómo es posible que te acuerdes de eso? — lo obligo a que hable.

—Digamos que tengo muy buena memoria para recordar las cosas que quiero recordar.

—Ah -digo en voz baja, como si el comentario me revelara que quizá no estuviera tan distante las veces que coincidimos. ¿Quizá le gustaba? Quizá.

—¿Así que el emocionante mundo de las relaciones públicas sigue tan emocionante como siempre? — pregunta.

—Ya sé que piensas que trabajar de relaciones públicas es una pérdida de tiempo -comienzo a decir, aunque de hecho no lo sepa y sólo lo sospeche-, pero es lo mío. Me gusta.

—Yo no creo que sea una pérdida de tiempo -parece sorprendido-, y cuando mi novela sea un éxito, tú serás probablemente la primera persona a quien

acuda.

—¿Tienes un contrato? — pregunto emocionada. Esto cada vez se pone más interesante. Si Nick ya ha firmado un contrato, entonces tiene dinero, y si tiene dinero, eso lo convierte en un posible candidato, y si es un posible candidato, entonces, y sólo entonces, puedo imaginarme saliendo con él.

—No -suspira-. Lo estoy intentando.

—Vaya. ¿Y de qué va el libro? — Estoy siendo educada, ¿vale? Supongo que me hará un resumen de un par de minutos, pero al cabo de diez se calla al ver que mis ojos se cierran.

—Mierda. Lo siento. Te estoy aburriendo.

—No, no -contesto inmediatamente, moviendo la cabeza para despabilarme-. Es que yo no sé gran cosa de política y no me interesa demasiado. Pero suena muy bien -añado con entusiasmo-. Me cuesta creer que aún no lo hayas publicado.

—Ya lo sé -comenta con tristeza-. A mí también.

—¿Qué te apetece? — Se levanta y yo le digo que un Sea Breeze, si hay, y si no tienen zumo de arándanos, pues un vodka con soda y un chorrito de lima.

—Bien -dice Sal con tono de complicidad cuando Nick desaparece a por las bebidas-. Parece que Nick y tú os lleváis muy bien.

Me encojo de hombros.

—Parece majo, nada más. Nunca había reparado en él.

—Deberías ir a por él. No me cuesta nada imaginaros juntos.

—¿Ya no te gusta? — susurro.

—No seas tonta -ríe-. Ahora ya tengo a Paul. No sé lo que vi en Nick... -Se detiene porque acaba de darse cuenta de lo que ha dicho-. No quería decir eso; Nick es genial, pero ahora veo que lo nuestro nunca habría funcionado. Tú, en cambio...

Me pongo a reír.

—¡Sal! Estás loca. Yo sí que no nos veo juntos.

—¿Por qué? — Parece sorprendida, y recuerdo que ella no piensa en las cosas importantes, en nuestros estilos de vida, en lo distintos que somos.

—Míranos -le digo al tiempo que señalo disimuladamente mi ropa de diseño y luego a Nick, a sus vaqueros sucios, su chupa holgada y andrajosa con agujeros en las mangas y sus Doc Martins hechas una pena.

—¿Qué? — repite ella con el entrecejo fruncido. No lo coge-. ¿Qué quieres que mire?

—No importa -ríe-. Definitivamente Nick no es para mí, pero está bien. De hecho resulta bastante sexy.

—Quizá deberíais salir juntos y ver qué pasa -dice Sal con una sonrisa, y se aparta para que Nick, que vuelve con las bebidas, pueda pasar.

—Quizá tengas razón -respondo, y pienso que ahora me iría de perlas que saliéramos juntos, pero ya sé lo que sucedería. No encajaríamos, eso es lo que sucedería. «Pero no pasa nada -me digo-. Ahora no quiero un novio, ni siquiera un rollete. Sólo busco un poco de diversión. Sin ataduras.»

—¿Qué estáis cotilleando? — pregunta Nick, y por su sonrisa me atrevo a decir que los oídos le zumbaban.

—Ejem... cosas del trabajo -responde Sal, que es una auténtica pena a la hora de mentir.

—Entiendo -dice él mientras se sienta y me pasa el vodka-. ¿Así que no hablabais de hombres?

—¡No! — se apresura a responder Sal, al tiempo que con el dedo me envía una señal de aprobación de lo más indiscreta y se da la vuelta para acurrucarse en el hombro de Paul.

Nick y yo nos pasamos toda la fiesta hablando y, una vez que aparcamos el tema de su libro, el chico es interesante, divertido, diferente.

—¿Qué harías si te tocara la lotería? — pregunta en un momento dado, y yo casi me pongo a gritar de placer porque me encantan ese tipo de preguntas.

—¿Como cuánto?

—Lo que sea -responde él.

—No, no. Tienes que hacerlo bien. Tienes que decirme una cifra.

—De acuerdo -dice con una sonrisa-. Cinco millones de libras.

Me recuesto en la silla y pienso en todas las cosas maravillosas que podría comprar con cinco millones de libras.

—Bueno... Me compraría una casa.

—¿Qué tipo de casa y dónde?

—Una de esas enormes y blancas que hay en Holland Park.

—¿Te das cuenta de que eso te costaría unos tres millones de libras?

—Bueno, está bien. Una de esas pequeñas y blancas de Maida Vale.

—¿Por cuánto?

—¿Quinientas mil?

Asiente.

—¿Y cómo la decorarías?

Le describo la casa de mis sueños aunque me pierdo un poco cuando termino con el salón, el cuarto de baño, la cocina y el dormitorio. Nunca he tenido que pensar en más habitaciones.

—¿Y el comedor? — pregunta-. ¿Y la habitación de invitados? ¿Y tu segundo dormitorio? ¿Qué pasa con el estudio?

—Dios mío -me quejo al fin-. Demasiadas habitaciones. Quizá me quede con un apartamento fantástico de dos dormitorios con habitaciones enormes y una zona elevada para montar el despacho.

—Aún te quedan cuatro millones y medio.

—No, un poco menos. Probablemente me costaría unas cien mil en decorarla.

Me mira como si estuviese loca; luego, mueve la cabeza y se ríe.

—De acuerdo. Te quedan cuatro millones cuatrocientas mil libras. ¿Qué más?

—Me compraría una casa para ir a pasar las vacaciones en el Caribe.

—Lo tuyo son las casas.

—¿Qué esperabas? Soy hija de la generación Thatcher.

—Humm -dice con desdén-. No me digas que la votaste...

No miento con la gracia de una experta, y respondo lo de siempre:

—Voté al partido ecologista.

—¿Ah, sí? — Y pone cara, bueno, si no de estar impresionado, al menos de no estar cabreado del todo, y por un momento pienso en la posibilidad de confesarle la verdad: que la política me importa un pito y que la única razón por la que voté a los conservadores es porque mis padres también lo hicieron, y que por mí podría gobernar cualquiera. Me da lo mismo.

Decido seguir mintiendo.

—Sí -digo mientras asiento-. Ningún partido parecía ofrecer nada nuevo, y ya sabemos de qué calaña son los políticos. Unos cabrones en quienes no vale la pena confiar. — Esta última frase la oí en una fiesta y pensé que sonaba bastante bien, que daba la sensación de que sabía de qué estaba hablando. Y funciona. Nick asiente, como si acabase de decir algo muy sensato-. De todas formas -añado para llevar la conversación a un terreno más familiar-, volvamos a mi casa del Caribe.

—Ah, sí -dice él con una sonrisa-. Eso es mucho más importante que la política.

—Muchísimo más. — Y sigo describiendo la casa que me construiría en la pequeña isla de Anguilla.

—Ya nos queda un millón menos -dice Nick-. ¿Y luego?

—Luego, seguramente cogería cien mil libras y me daría el gustazo de irme de tiendas -admito.

—¿Cien mil? Por Dios. ¿Qué te comprarías? ¿Perlas y diamantes?

—Pues no. — Muevo la cabeza-. Eso está bien para las viejas. Me iría a Armani, Prada, Gucci...

—¿Tiendas de lujo? — pregunta Nick-. ¿Tipo Oasis?

—¿Estás loco? — salto-. Por nada del mundo me rebajaría a poner los pies en un sitio como ése.

—Ah, vale -contesta y sonrío-. Por supuesto. ¡Qué tonto que soy! — Y me acerca su mano, a la que doy una palmada con mucha suavidad.

—En cualquier caso, ¿cómo sabes que existe Oasis?

—Yo sé muchas cosas -responde, y se echa a reír.

—Tú no eres un poco raro -comento mientras lo miro con el entrecejo fruncido-. Tú eres una chica, ¿verdad?

—Maldita sea -dice Nick moviendo la cabeza y riendo-. Y yo que pensaba que no te habías dado cuenta.

Cuando me gasto tres millones de libras me quedo sin ideas. Llegados a ese punto ya tengo dos casas, un guardarropa que pondría celosa a Oprah Winfrey, un Porsche 911 descapotable, una criada que duerme en casa, pero que de hecho no vive conmigo, sino que ocupa el coqueto pisito que adoso a la planta baja, y muchas inversiones en propiedades. Ya no sé qué hacer con el resto.

—Eh, bueno, el resto lo daría a instituciones benéficas -digo magnánima, confiando en que no me pregunte a cuáles, porque no sabría darle el nombre de una sola aunque mi vida dependiese de ello, y porque, tal vez, les daría algo, aunque, sinceramente, no me veo donando dos millones de libras. Por más encomiable que sea.

—¿A qué instituciones? — pregunta. Lo ha hecho.

—A unas cuantas. A esa del cáncer de mama. A... -Pienso con todas mis fuerzas-. A la Sociedad Nacional para la Prevención de la Crueldad con la Infancia. — Recuerdo las cajitas azules de plástico que nos daban en el

colegio-. A la investigación para el sida, sí, a ésa mucho dinero. ¡Y a instituciones para animales! Sí, daría mucho dinero a instituciones benéficas para animales para que no tuvieran que picar carne de poni ni de caballo para hacer comida para gatos. ¿Y tú? – le pregunto-. ¿Qué harías tú con cinco millones de libras?

Se sienta y lo piensa un rato.

–No creo que me fuese a otro sitio -responde-. No tendría mucho sentido, la verdad; estoy bastante bien donde estoy.

–¿Dónde vives?

–En Highgate.

–¿Vives solo? – Pero no es eso lo que realmente le estoy preguntando. Sólo quiero saber si el piso es de propiedad, si es responsable, si puede mantener a una esposa. Pero no, echo el freno, no pienso ser su esposa y él no será mi marido. No importa.

–Ajá. – Asiente-. Tengo alquilado un estudio. Supongo que podría buscar un apartamento, pero ya estoy bien donde estoy.

–Tendrás que comprarte algo -le digo con tono de reproche-. Ya va siendo hora de que tengas un sitio donde caerte muerto. – Otra frase que he oído en algún sitio y que siempre utilizo cuando hablo sobre casas.

–¿Sí? ¿Por qué?

–Porque... -De pronto no sé por qué, pero me han educado en la convicción de que todo el mundo debería comprarse una casa, si puede permitírselo.

–Porque creciste en la era Thatcher, ¿no?

–Y tú también -digo en mi defensa.

–Pero yo soy de los sociatas -añade él.

–¿Los sociatas?

–Quizá yo sólo sea un par de años mayor que tú, pero mis padres son votantes de toda la vida de los laboristas.

–Lo que quieras, pero tú creciste con los gobiernos de Thatcher.

–¿Y por eso debería creer en ella?

–No, pero a veces resulta difícil ir en contra de lo que se supone que debes creer mientras te estás formando.

–Yo no crecí suponiendo que eso era en lo que debía creer.

Empiezo a perder el norte. Me levanto.

–¿Otra cerveza?

Nick se echa a reír.

–Entonces, ¿no te vas a comprar una mansión? – digo cuando regreso.

–No, no -dice-. He estado pensando y es probable que tengas razón. Debería comprarme algo, pero no sería nada alucinante. A lo mejor incluso me compro el estudio donde vivo.

Lo miro horrorizada.

–¿Un estudio?

–De acuerdo -se ríe-. Me compraría un apartamento de una habitación.

–¿Qué más? ¿Qué más?

Se pone a cavilar.

—¡Ya lo sé! — exclama de pronto. Sus ojos se encienden-. Me compraría un ordenador como Dios manda.

—¿Estás escribiendo una novela y no tienes ordenador? — digo despacio.

—Tengo una de esas máquinas de escribir con una pequeña pantalla en la que puedes ver las últimas tres líneas que llevas escritas.

—Pues te estarás gastando una fortuna en líquido corrector -le comento.

—Sí. — Me dedica una amplia sonrisa-. Me compraría líquido corrector para toda la vida.

—Pero si tuvieses un ordenador no necesitarías el líquido.

—A lo mejor tendría nostalgia.

—¿De tu vieja máquina de escribir medio estropeada con la que te vas a pasar toda la vida para escribir tu novela y con la que no puedes ni retroceder ni corregir?

—¿Y cómo sabes tú que está medio estropeada?

—Lo está, ¿verdad?

—Sí, un poco, pero tiene personalidad. Los ordenadores parecen demasiado fríos.

—Muy bien -suspiro-. Hasta ahora llevamos gastadas menos de cien mil. No es que se te dé muy bien lo de gastar.

—Podría donar un buen pellizco al Partido Laborista -dice con timidez.

—¿Como cuánto?

—Un millón.

—¡No puedes dar un millón de libras a esos puñeteros políticos! — exclamo horrorizada-. No tienes remedio.

—Lo siento. — Parece sentirlo-. No sé qué hacer con el dinero.

—Ya veo. — Por suerte se pone a reír, y cuando lo hace no puedo evitarlo y reparo en lo blancos que son sus dientes, en cómo se suaviza su rostro y en lo bueno que está.

—¿Qué tal? — dice Sal, inclinándose sobre nosotros e interrumpiéndonos-. ¿Tienes alguna historia interesante que contarme, Libby?

Me siento y pienso.

—No exactamente, pero tal vez te interese una entrevista con Sean Moore.

—¡Sean Moore! — Sus ojos se encienden-. ¿Lo llevas tú?

Asiento.

—Nos estamos encargando de la promoción de su nueva serie de televisión, y estoy organizando una ronda de entrevistas para dentro de un par de semanas. Debes de tener el dossier de prensa. Te lo mandé la semana pasada.

—Oh -dice Sal con ademán culpable-. Es probable que lo recibiera, pero recibo tantos que la mitad ni los miro.

—¿Qué? — exclamo en actitud de falsa consternación-. ¿Me estás diciendo que me tomo tantas molestias para escribir algo que sea ingenioso y luego se va directo a la papelera?

—No -dice ella-. Pasa a engrosar la pila de papeles que se acumulan en mi escritorio y que amenaza con venirse abajo y caerle a alguien encima.

—Te perdono... -Pausa-. Siempre y cuando redactes un buen artículo de Sean.

—¿Doble página?

—Eso sería perfecto.

—Con una condición.

Sé perfectamente lo que viene ahora.

—¿Lo podemos tener en exclusiva?

—Odio cuando los periodistas os ponéis a pedir cosas así -gruño.

—Pero ya sabes por qué lo hacemos -dice Sal-. No tiene ningún sentido que hagamos una entrevista a Sean Moore si ya ha aparecido en todas partes.

—Te diré lo que haremos -le digo-. No puedo prometerte una exclusiva porque tengo que conseguir la máxima cobertura informativa posible, pero puedo dártela a ti primero; sin embargo, y ahora hablo en serio, Sal, tienes que publicarla cuando me digas que la publicarás.

Estoy hasta el moño de dar entrevistas en exclusiva a los periódicos, salir corriendo a comprarlos a la mañana siguiente y ver que en su lugar hay otra historia que se considera más importante. Entonces tengo que ponerme a perseguir a los periodistas durante días, los cuales siempre te dicen que la historia saldrá pronto, no saben cuándo, y antes de que te des cuenta ya nadie se acuerda de tu historia.

—Lo haré -asiente-. Te lo prometo.

—De acuerdo. Llámame mañana a la oficina.

A las once todo el mundo empieza a levantarse, dispuesto a marcharse.

—Ya sabes cómo son estas cosas -dice Kathy-. Mañana hay cole. — Y nos ponemos los abrigos y nos arracimamos a la salida para despedirnos.

—¿Dónde vives? — me pregunta Nick justo cuando me pregunto cómo voy a despedirme de él, y si quiero despedirme de él.

—En Ladbroke Grove. — No puedo disimular un cierto tono de lamento en mi voz. No puedo ofrecerme para llevarlo hasta Highgate, sería demasiado evidente-. ¿Llevas coche? — le pregunto.

Nick dice que no con la cabeza.

—No, no tengo coche.

—¿Y cómo te desplazas?

—En bici.

—¿Y dónde está tu bici?

—He venido en metro.

—Oh.

Se me ocurre una idea.

—¿Quieres que te lleve hasta la estación?

Su rostro se ilumina.

—Me encantaría.

Y mientras nos alejamos veo que Sal me sonríe, y yo no puedo evitarlo y

también esbozo una sonrisa.



tres

Caminamos hacia mi coche en silencio. Ando a zancadas para mantenerme a su lado y me pregunto por qué el corazón me martillea en el pecho, por qué de pronto me encuentro algo mareada, pero una vez que enciendo el motor y la música retumba en los bailes empiezo a sentirme más relajada. ¿Me conviene tener una aventura con Nick?

No es que esté buscando una noche de aquí te pillo aquí te mato, quizá unas cuantas semanas de sexo delicioso antes de decir adiós sin que se nos rompa el corazón. Las citas de una sola noche no van conmigo. De hecho, no creo que vayan con nadie, ¿verdad? Por supuesto que todas lo hemos hecho alguna vez, pero incluso cuando no lo soportas, incluso cuando no es más que un desliz de borrachera, quieres que te llame, ¿no creéis?, aunque sólo sea para que puedas darte el gustazo de decirle que no quieres volver a verlo nunca más.

Es por amor propio. Claro está. No te quiero, pero quiero que tú me quieras. De modo que no me apetece un lío de una noche con Nick, ya que siempre te queda la preocupación de que se te irá de las manos. Crees que la historia se repetirá, y te sientas al lado del teléfono y esperas durante semanas a que te llamen, pero no lo hacen, y sin darte cuenta añades otra puñetera aventura de una noche a tu lista.

Sin embargo, por lo que a mí se refiere, noches como ésas sólo ocurren con desconocidos. Cuando se da con alguien a quien conoces, sobre todo si es un conocido de tus amigos, normalmente vuelve a llamar, y esa noche, mientras conduzco, sé, más o menos, que pase lo que pase Nick volverá a llamar.

Y ¿sabéis?, en circunstancias normales nunca hubiera soñado con acostarme con él la primera noche. Si hubiera mirado a Nick y hubiese pensado: «Sí, tú podrías ser el hombre de mi vida», le habría dado mi número de teléfono y le habría dejado que me invitase a salir unas cuantas veces antes de considerar la posibilidad de irme a la cama con él. Tampoco es que me marque un límite de tiempo. Yo creo que una sabe cuándo es el momento, pero según Jules debes pasar treinta y seis horas con ellos antes de irte a la cama. Dios sabe de dónde ha sacado semejante idea. Es probable que de alguna de esas revistas espantosas, pero supongo que el momento llega después de salir juntos unas siete veces. Un tiempo más o menos prudencial.

Bueno, sí, de acuerdo, quizá a la cuarta cita.

Pero si dejo mi cinismo a un lado, el momento en el que decido irme a la cama con ellos es cuando sé, con absoluta certeza, que están locos por mí y que no van a desaparecer.

Aunque me ha salido mal. Una vez. Fue con Michael. Estuvimos enamorados dos semanas, pasamos juntos todo el tiempo que pudimos y, pese a que sabía que debería haber esperado, la relación funcionaba tan bien que pensé: «A la mierda, vamos a la cama.» Fue fantástico. Pero después de esperar cuatro días a que me telefonease el mismo hombre que llevaba dos semanas llamándome tres veces cada día, me di cuenta de que algo iba mal. Efectivamente. Había cambiado de opinión. Ya ni me acuerdo de con qué gilipollez me salió. Algo así como que no estaba preparado para una relación, bla, bla, bla. El rollo de siempre. Me dejó destrozada. Destrozada.

Pero aquello me sirvió de lección y la única razón por la que no voy a aplicarme el cuento con Nick es porque Nick no será nunca mi novio, y cuando la cosa sólo va de sexo, las normas cambian.

Cuando sólo se trata de sexo te puedes permitir el lujo de convertirte en una depredadora, de dar el primer paso, de atraerlos hasta la cama, porque no es necesario que se enamoren de ti.

Cuando sólo se trata de sexo te puedes permitir el lujo de ponerles la mano en el muslo mientras conduces y decir con voz susurrante:

—¿Vienes a casa a tomar un café?

Cuando sólo se trata de sexo te puedes permitir el lujo de llevarlos a tu salita y besarlos apasionadamente antes incluso de que hayan tenido tiempo de quitarse el abrigo. Y luego te puedes permitir el lujo de...

Lo siento. Me estoy adelantando a los acontecimientos. ¿Dónde estábamos? Ah sí, en el coche, escuchando música. Ninguno de los dos dice nada. No quiero ser la primera en hablar, no sea que me diga en qué estación quiere que lo deje, así que sigo conduciendo. Finalmente giramos en Ladbroke Grove y llega el momento de que diga algo, y eso es lo que hago.

—El metro está al final de la calle -digo sin pizca de imaginación.

—Ah -dice él, y yo sonrío para mis adentros.

—¿Te apetece entrar y tomar una taza de café? —pregunto.

—Me encantaría -responde él y sonrío.

Aparco el coche. No puedo mirar a Nick porque soy demasiado consciente de su presencia, de la química, de ese acuerdo implícito al que vamos llegando. Me limito a abrir la puerta de mi casa y los dos entramos.

¿Y sabéis lo que me encanta? Me encanta el hecho de que, aunque Nick no sea carne de novio, parezca sentirse a gusto en mi casa al instante.

—¿Te importa si me quito los zapatos? —pregunta y, por supuesto, yo respondo que no, aunque mientras lo digo rezo para que no lleve unos calcetines andrajosos, llenos de agujeros, y para que no le huelan los pies o algo que me disuada de enrollarme con él. Echo un vistazo rápido y sus pies, o mejor sus calcetines, están bastante bien y no huelo nada, salvo el

aroma a hogar, de modo que me voy a la cocina para poner al fuego el hervidor de agua-. Tienes un gusto increíble -dice mientras se pasea arriba y abajo, coge cosas y vuelve a dejarlas en su sitio-. De veras -repite-. Vaya estilo.

—Gracias. — Le agradezco el comentario al tiempo que realizo los movimientos oportunos para poner en marcha el hervidor y lo observo con curiosidad para ver dónde tiene intención de sentarse. Si se sienta en una silla, pienso, voy a tener problemas para colocarme en una posición desde donde pueda besarme. Quizá pueda sentarme en el brazo de la silla, pienso, mientras veo cómo Nick parece dudar al lado del sillón.

Fiu. Lo piensa dos veces y se acomoda en el sofá. Me quito los zapatos con brusquedad, dispuesta a acurrucarme como un minino, y llevo las tazas hasta la mesita, pero luego me da un ataque de pánico por mi maquillaje y desaparezco a toda pastilla en el cuarto de baño.

Me seco el brillo de la nariz y de la frente y pienso en repasarme los labios con carmín, pero no, demasiado evidente, y termino revolviéndome un poco el pelo para darle un toque salvaje, sensual. Me contoneo hasta la salita para poner algo de música.

«Música de seducción -pienso-. Necesito algo suave, jazz, algo sexy. Algo que nos ponga a tono.» Busco entre los compactos hasta que doy con uno del infalible Sinatra. Perfecto. Siempre ha funcionado. Lo pongo y bajo el volumen para que haga de música de fondo. Después me acerco al sofá donde Nick sorbe su café y desde donde me observa.

—Necesito el toque de una mujer -dice, y yo me acurruco en el otro extremo, porque no quiero sentarme muy cerca, aunque sé que estoy a un salto, a un brinco de la pasión que tan desesperadamente busco.

Arqueo una ceja y él se ríe.

—Me refiero a que mi casa necesita un toque femenino -dice, y yo también me echo a reír, y los dos fingimos que nos bebemos el café, aunque no se

puede beber de lo caliente que está.

—Cuéntame, ¿cómo es tu piso? — le pregunto.

—Un tugurio -responde, y se ríe.

—No, en serio.

—Sí, de veras -insiste.

—¿Por qué? — vuelvo a preguntarle, aunque en realidad su respuesta no me haya sorprendido tanto.

Los solteros parecen dividirse en dos categorías. Si el soltero en cuestión tiene dinero, todo es cuero negro y cromados, con dibujos horribles de coches deportivos pintados con aerógrafo que cuelgan de las paredes, y televisores y equipos de música de la hostia. Y si el soltero, como es el caso de Nick, no tiene donde caerse muerto, el piso está lleno de libros y papeles y ropa sucia y basura. Creedme. Sé de lo que hablo.

—Bueno -digo mientras levanto mi taza-. Brindemos porque nos toque la lotería.

Después del comentario parece que nos relajamos. Hablamos de Sal, de su novio, de nosotros. Le cuento que no estoy para relaciones, que ya me han roto el corazón suficientes veces y que no estoy preparada para nada serio.

Nick asiente educadamente mientras hablo; luego, comenta que entiende lo que quiero decir. Se ríe y me cuenta que hace dos años que no tiene una relación seria, pero que después de la última, una que duró cinco desgraciados años con una tal Mary que lo amaba, pero que parece que a él no le gustaba mucho, no está preparado para un compromiso.

Después, levanta los ojos, me mira con esos ojos azules increíbles que tiene y me dice:

—Pero tú me atraes mucho.

Y aunque se supone que yo soy quien debe controlarse, quien ha decidido tener una aventura con él, el estómago me da un vuelco y empiezo a sentirme mareada otra vez.

Sigue un largo silencio y yo digo:

—Gracias. — No se me ocurre otra cosa, y no puedo contarle que él también me atrae mucho porque sería muy horterera y, además, seguro que él ya lo sabe, porque, si no, a santo de qué lo habría invitado a tomar café.

Y nos quedamos un rato sin mediar palabra y luego le ofrezco otro café, aunque yo apenas he probado el mío, y él niega con la cabeza, y el alma se me cae a los pies.

«Mierda -pienso-. Mierda, mierda, mierda. Se va a su casa. Joder.» Pero no se levanta. En cambio, ríe y dice:

—¿Sabes qué me apetecería mucho?

—No. — Muevo la cabeza.

—Darme un baño.

—¿Un baño? ¿Estás loco?

—Ya sé que suena raro, pero en mi casa sólo tengo una ducha y echo de menos darme un baño. ¿Te importaría?

Muevo la cabeza, preguntándome de qué diablos va esto; la situación es completamente nueva para mí. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Quedarme aquí y hacerme las uñas mientras él se baña? ¿O se supone que debo hablar con él? ¿Qué coño se supone que tengo que hacer?

No tengo que romperme la cabeza mucho rato porque en ese mismo

momento suena el teléfono.

—Hola, bonita -dice Jules-. Soy yo.

—Hola -respondo con cautela, en un tono de voz que le haga saber que quizá no sea el mejor momento para llamar.

—Oh, oh -dice ella-. Algo me dice que no estás sola.

—Ajá -digo mientras Nick se levanta del sofá y baja un poco la música.

—¿Quién está contigo? Seguro que es un tío, ¿me equivoco?

—Ajá -repito abriendo un poco los ojos cuando Nick se pone a reír como un maníaco mientras se desabrocha la camisa.

—¿Qué pasa? — pregunta cuando me entra la risa tonta.

—¿De verdad quieres saber qué pasa?

—¡Sí!

—Como quieras. Hay un tío que está como un tren dando brincos en mi salita y quitándose la ropa.

Nick contonea las caderas en agradecimiento por mi descripción.

—Ja, ja, qué risa -dice Jules-. En serio, ¿qué ocurre?

—Hablo en serio. Está a punto de quitarse la camisa.

Nick se quita la camisa.

—Y -prosigo mientras un torrente de deseo empieza a ascender por mis muslos- tiene el vientre como una tabla de lavar.

—No te creo -suelta Jules al tiempo que le paso el teléfono a Nick.

—Hola -saluda mientras yo estoy al borde de ponerme a babear con la visión de su torso desnudo, musculoso y fibrado-. ¿Quién eres?

Hay un momento de pausa.

—Yo, Nick -le oigo decir mientras se desabrocha los botones de la bragueta de los vaqueros, lo que me provoca un leve ataque al corazón-. Voy darme un baño -sigue diciendo, y se echa a reír cuando le arranco el teléfono de las manos.

—Pero ¿qué has dicho? ¿Qué has dicho? — exclamo.

—¡La madre que te parió! — grita Jules-. Ahora sí que te creo, pero dime, ¿quién coño es ese Nick?

—Es una larga historia -le respondo, dando gracias a Dios porque Nick lleva bóxers y no algo tan asqueroso como un tanga violeta o esos calzoncillos pequeños tan repulsivos-. ¿Puedo llamarte mañana?

—Dime sólo una cosa. ¿Está desnudo?

—Todavía no -respondo con los ojos clavados en Nick, quien hace esfuerzos para mantener el equilibrio con una sola pierna mientras se quita los calcetines-, pero creo que pronto lo va a estar.

Nick desaparece entre contoneos en dirección al cuarto de baño.

—Es la hostia -susurro-. ¡Está buenísimo!

—Mientras sepas lo que estás haciendo... -Se echa a reír.

—Pasarlo bien -le digo-. Algo que hace tiempo que no hago.

—Entendido -dice ella-. Te dejo en paz. Llámame mañana a primera hora sin

falta, y por el amor de Dios, que se ponga un condón.

—Bien -digo, y me pongo a reír porque Jules es la única persona en todo el mundo que sabe lo del cajón de condones, un cajón en mi mesita de noche lleno hasta los topes de condones de diferentes formas, tamaños y colores, la mayoría de los cuales, dicho sea de paso, me los ha dado ella.

Oigo correr el agua de la bañera, me pongo en pie, cruzo el dormitorio dando gracias a Dios de que esta mañana se me ocurriese hacer la cama, y con mucho cuidado abro la puerta antes de echarme a reír como una loca.

Nick está sentado en la bañera mientras el agua la va llenando. Ha vaciado casi una botella entera de gel, pero no me molesta, porque eso significa que no puedo ver nada, algo que me daba pavor pues no lo conozco lo suficiente para tomarlo como si tal cosa. Por si fuera poco, Nick se ha puesto un gorro de baño en la cabeza.

Si no estuviese tan bueno parecería ridículo. Pero está mono a rabiar. Bajo la tapa del váter y me siento. Muevo la cabeza de un lado a otro.

—Estás como una cabra -le digo mientras se frota la cara.

—En absoluto -se defiende él incorporándose-. Esto es fantástico. ¿Por qué no te metes conmigo?

—Ya me he bañado.

—¿Y? Necesito que alguien me frote la espalda.

«Oh, mierda», pienso mientras me pongo de pie y me desabrocho la rebeca. Esto no es exactamente lo que había planeado, pero ¿qué puedo perder?

Por suerte, Nick no mira mientras me desnudo. Se recuesta en la bañera, cierra los ojos y yo no lo pierdo de vista para asegurarme de que no me mira a hurtadillas. Aún no estoy preparada para quitarme toda la ropa delante de él, de modo que cuando me quedo en ropa interior agarro una

toalla y regreso al dormitorio.

—¿Libby? — grita mientras yo me voy-. ¿Tienes velas?

Encuentro tres, y después de quitarme el sujetador y las braguitas en la relativa intimidad de mi dormitorio, me envuelvo con una toalla, regreso al cuarto de baño, enciendo las velas y apago la luz mientras las reparto por el cuarto.

Nick se sienta, sin mirarme. Yo dejo caer la toalla y me meto en la bañera, detrás de él.

—Aquí tienes -me dice al tiempo que me pasa el jabón por encima de su hombro-. Frótame la espalda.

—Lo único que querías era un masaje -le digo enjabonándole la espalda y preguntándome cómo demonios he hecho para, en tan poco tiempo, compartir un momento tan privado con alguien a quien apenas conozco.

—Mmm -murmura-. Un poco más abajo. Sí, ahí. Perfecto.

Observo cómo mis manos describen círculos alrededor de su espalda, cómo la vacilante luz de las velas mejora la definición de su espina dorsal, sus omóplatos, y cuando la espalda ya está completamente cubierta de jabón, dejo la pastilla a un lado de la bañera y, con lentitud, se la froto con suavidad.

Lo tengo entre mis piernas y, mientras le froto la espalda, Nick recoge el jabón y empieza a enjabonarme las pantorrillas. Al contacto con aquellas manos suyas, grandes y fuertes que me dan jabón con ternura en las piernas, en las rodillas, en los tobillos, y cuando me sujeta los pies en silencio mientras los frota, me quedo sin respiración.

Y mientras medio nos sentamos, medio nos hundimos en la bañera, la música que suena desde la sala de estar parece contagiarse de una sensación marcadamente sexual, y antes de que me dé cuenta de lo que estoy

haciendo, me echo un poco hacia delante y le beso el cuello. Oigo cómo gime cuando mis labios le acarician la piel, y le doy suaves chupetones mientras mis labios buscan su lóbulo. Su mano deja de dibujar círculos en mi pierna. Se ha detenido. Todo parece estar sucediendo muy lentamente.

Se da la vuelta al tiempo que el agua se agita a su alrededor, y me mira con ojos iluminados por el deseo antes de besarme con dulzura, sus labios abiertos jugando con los míos durante lo que me parece una eternidad y luego, finalmente, me muerde el labio superior mientras yo gimo e introduzco mi lengua en su boca.

Tengo la vaga impresión de que, mientras me besa, Nick está medio de pie y va dándose la vuelta, y cuando se sienta otra vez en el agua templada lo tengo de cara, con las piernas encima de las mías. Sus labios no han abandonado los míos.

Y sin dejar de besarnos, le quito el gorro de baño y lo dejo caer al suelo. Acto seguido rodeo su cuello con mis manos, lo acerco a mí mientras él inclina la cabeza y me besa la clavícula.

Me estremezco.

Nick se reclina y vuelve a recoger la pastilla de jabón sin dejar de mirarme, como si comprobase que todo va bien, y la verdad es que va de perlas, y con mucha suavidad comienza a enjabonarme los brazos, los codos, las manos y, santo cielo, nunca hasta ese día supe cuán sensuales podían ser las manos, o cuánto me excitaría el hecho de que alguien me recorriese los dedos con jabón.

Y me acaricia los brazos con jabón, sigue con los hombros y luego, lentamente, describe círculos alrededor de mis pechos, acercándose cada vez más a los pezones, que están duros como rocas, aunque no llega a tocarlos. Todavía no.

A continuación, desliza la pastilla de jabón por mi pezón izquierdo, jadeo y bajo los ojos hacia el agua, porque a estas alturas el jabón ha hecho

desaparecer todas las burbujas y puedo ver su polla, gruesa y dura, y recojo la pastilla de su mano y la dejo resbalar hacia ella, y ahora le toca a él jadear mientras la muevo arriba y abajo del miembro.

El jabón me resbala de la mano, él lo recoge y traza una línea a lo largo de mi cuerpo, por encima de los pezones, hacia el vientre y hasta el clítoris mientras yo cierro los ojos para poder sentir esa sensación tan fantástica; y cuando vuelvo a tocarle la polla lo único en lo que pienso es que quiero sentirlo dentro de mí.

Oigo un gorgoteo y abro los ojos de golpe. Nick ríe mientras sostiene el teléfono de la ducha, lo que rompe el hechizo durante un segundo, tan sólo uno, porque cuando el agua empieza a derramarse fuera de la bañera Nick hace que me recueste y, mientras mis piernas se apoyan una a cada lado de la bañera, desliza su mano por mi cuerpo, hasta que noto que se detiene entre mis muslos. Abro los ojos y lo miro, y él me mira como si quisiera preguntarme si debe hacerlo, y yo cierro los ojos y suspiro en un gesto de afirmación.

Noto cómo su lengua se escurre entre mis piernas y, mientras me lame, me chupa y me da lengüetazos, siento que un orgasmo crece en mi interior, y mi cuerpo se estremece como loco entre los estrechos límites de la bañera, Nick me mira y me sonrío. Lo beso, deleitándome en su boca. Lo saco de la bañera y lo llevo hacia el dormitorio.

Le pongo un condón, empujo a Nick hacia atrás y me siento a horcajadas encima de él, para que me penetre con mayor facilidad, y cuando me he metido su miembro unos tres centímetros suelto un jadeo, porque ya no me acordaba de lo fantástica que es esa sensación.

Es perfecto. El polvo perfecto. Ni muy corto, ni demasiado largo, porque no hay nada, nada peor que los hombres que se creen que todo lo que necesita una mujer para sentirse satisfecha son horas y horas de movimiento continuo. Por favor, antes preferiría ver cómo se seca la pintura de una pared recién pintada.

Pero Nick es perfecto y me encanta esa sensación de poder, estar encima, controlar la situación, y me encanta observar su cara cuando finalmente se deja llevar por el orgasmo.

Cuando se acaba pienso que es probable que Nick sea uno de esos tipos que se dan la vuelta y caen dormidos, pero no es así. Me abraza y me acaricia sin parar.

—Ha sido... -dice después de abrazarme muy fuerte- genial.

—Sí. A mí también me lo ha parecido.

—Y tú -dice besándome la nariz- eres una chica muy sexy.

—Mi aspiración es complacer -digo entre risas.

—Pues lo has conseguido. Y ahora quiero un cuento.

—¿Un qué? — Me levanto apoyada en un brazo y lo miro.

—Un cuento. Quiero que me cuentes un cuento antes de ir a dormir.

—¿Un cuento sobre qué?

—Sobre lo que quieras.

—Pues no se me ocurre nada.

—Vamos, mujer, por el amor de Dios. — Suspira en un gesto de lo más dramático-. Si no, te lo tendré que contar yo.

—¡Sí, por favor! — digo con voz infantil, sintiéndome, por extraño que parezca, como una niña, a salvo y amparada, protegida entre sus brazos.

—Érase una vez -entona en voz baja y suave- una niña que se llamaba Libby. Libby vivía solita en un enorme girasol de color amarillo en un bonito

jardín.

Suelto un suspiro y me arrimo más a él.

—Detrás del jardín -prosigue- había una gran casa, y en esa casa vivían el señor y la señora Narizarrugada. Se llamaban señor y señora Narizarrugada porque cada vez que salían al jardín arrugaban la nariz, ya que el señor y la señora Narizarrugada odiaban el olor de cualquier cosa fresca y bonita, aunque nunca descubrieron que no se trataba del olor de las flores, o de los árboles o del río, no. Era el olor de Libby.

—¿Me estás diciendo que Libby olía mal? — digo indignada aunque sonría.

—Te estoy diciendo que Libby olía a fresco porque era bonita.

—Ah, en ese caso puedes continuar. — Y le cojo la mano y se la beso mientras él sigue hablando, y, antes de que me dé cuenta, caigo dormida.



cuatro

Odio la mañana siguiente porque nunca sabes cuál es tu situación, y aunque nos despertemos y volvamos a hacerlo, sigo sin estar segura de qué ocurrirá una vez que se rompa el hechizo, cuando salgamos de la cama y, en mi caso, vaya a trabajar, de modo que intento retrasar el momento todo lo que puedo, arrimándome a Nick porque, no nos engañemos, él no tiene que ir a ningún sitio.

Pero a la quinta vez que suena la alarma del reloj tengo que levantarme o llegaré tardísimo al trabajo. Voy a la cocina para preparar un poco de café y Nick se da la vuelta, quejándose por la luz del sol.

Me envuelvo con la bata de seda que Jules me regaló el año pasado y que tan sólo me pongo si un hombre se queda a pasar la noche, así que ni decir tiene que la prenda parece nueva. Pruebo a ahuecarme el pelo y limpiarme el rimel que se me ha corrido ante el espejo de la polvera que tengo en la salita.

Le llevo una taza de café y me quedo un rato de pie en el dormitorio, mirándolo. No está dormido, pero tiene los ojos cerrados, y está tendido en la cama; el edredón sólo le cubre las piernas, el resto de su cuerpo está desnudo, con un brazo encima de los ojos. Y yo me quedo allí al tiempo que pienso: «Joder, quizá no sea lo que esté buscando, pero, Dios, qué bueno está.»

Y mientras lo observo abre los ojos, y al verme extiende los brazos hacia mí y me dice:

—Ven y abrázame.

Y durante el tiempo en el que estoy entre sus brazos y él me hace reír, dándome ruidosos besos, pienso: «Vaya, podría acostumbrarme a esto.»

No, Libby. No podrías. No es lo que quieres. ¿De verdad crees que podrías pasar el resto de tu vida en un cochambroso estudio de Highgate? ¿De verdad crees que podrías disfrutar de tu vida social bebiendo cerveza caliente en pubs? ¿Crees que podrías olvidar tus sueños de convertirte en la esposa de un hombre rico y en una señora que almuerza decentemente? Me parece que no. No, no pienso enamorarme de este hombre. Seré una mujer de los noventa, disfrutaré del sexo. Pero ¿qué pasa si el chico resulta cariñoso y divertido? Bueno, será un plus.

Nick se sienta en la cama y se bebe el café mientras yo me preparo para ir a trabajar. Me hace reír cuando abro el armario y me dice:

—¿Qué diablos es eso? — al tiempo que señala un montón de perchas cubiertas con papel de seda y celofán.

—El tinte -le digo, y él se pone a mover la cabeza asombrado.

—¿El tinte? Jesús, realmente somos de mundos distintos.

—Supongo que tú ni siquiera planchas -replico echándome a reír.

—Si encuentro la forma de evitarlo, no -contesta; y luego, mientras me maquillo en el espejo del baño, entra y se sienta en el borde de la bañera para hablar conmigo y, como él dice, «ver qué hago».

—¿Para qué es eso? — no deja de repetir cuando hurgo en mi estuche de maquillaje y saco otra cosa insólita, al menos para él-. No sé -dice al fin, volviendo a mover la cabeza de un lado para otro mientras yo hago un gesto provocador con los labios a la perfecta imagen que me devuelve el espejo-. Si quieres saber mi opinión, estás mucho mejor sin nada.

—Ahora sí que bromeas -le digo porque nunca me atrevería a salir de casa sin una aplicación total de toda esa ciencia milagrosa.

—No, lo digo en serio -dice-. No necesitas llevar todo ese maquillaje. Sé que hay mujeres que sí, porque sin él parecen perros, pero tú eres guapa por naturaleza y realmente estás mucho mejor sin nada.

No sé qué pensáis vosotras, pero conmigo un adulator siempre consigue lo que quiere. Podría besarlo por haberme dicho eso. De hecho, eso es lo que hago. Me olvido por completo del maquillaje y me concentro en que Nick me ha dicho que soy guapa. ¡Guapa! ¡Cree que soy guapa!

Cuando salimos de casa y vamos a la estación de metro voy por los aires como una cometa. No es que me haya enamorado, tampoco es que esté a punto de hacerlo, pero es tan bonito pasar una noche acurrucada al lado de un hombre, tener alguien con quien poder hablar por la mañana y que te vuelvan a decir cumplidos...

Pero cuando nos separamos en la estación, él en dirección norte, yo hacia Kilburn, siento una punzada ya que, aunque sé que esto no va a ninguna

parte, no creo que pueda soportar que me diga: «Adiós.» Creo que Nick me lo nota en la cara, porque me rodea con sus brazos y me abraza.

—Hacía años que no pasaba una noche tan maravillosa -dice mientras el corazón se me encoge porque seguro que luego dirá: «Cuídate.»

Pero no. Me equivoco.

—¿Cuándo volveré a verte? — dice a continuación y, a pesar de mi estado de ánimo, me apetece ponerme a bailar allí mismo.

—Humm -le digo mientras saco la agenda del bolso. Paso las páginas y echo un vistazo-. Esta semana estoy un poco ocupada. Tendrá que ser o el fin de semana o la semana próxima.

«Por favor, di el fin de semana», pienso.

—¿El sábado? — propone.

—Genial -digo sonriente.

—Muy bien. ¿Por qué no vienes a mi casa?

—¿Qué? ¿Y poner los pies en el tugurio donde vives?

Nick se echa a reír.

—Podríamos salir y comer algo. Te llamaré al trabajo para quedar a una hora, ¿qué te parece?

Me parece bien. Habría sido mejor que hubiese quedado a una hora en aquel mismo momento porque, cuando un hombre te dice que te llamará, por mucho que sepas que volverás a verlo, te pones a esperar su llamada; pero qué diablos, al menos tengo una fecha en firme, ya que no una hora, y de pronto me siento más feliz de lo que me he sentido en meses.

—Parece que te haya tocado el gordo -dice Jo, la recepcionista de la oficina, que siempre viste a la última.

—¿Ah, sí? — pregunto toda inocente, pero no puedo evitarlo y una enorme sonrisa como la del gato de Cheshire de *Alicia en el país de las maravillas* se me dibuja en la cara.

—Estás enamorada, ¿eh? — me dice.

—Pues no. — Muevo la cabeza-. Para nada. — Y ya no digo más, me doy la vuelta antes de desaparecer por la puerta-. Pero ardo de deseo. — Y le guiño el ojo antes de dirigirme hacia mi mesa.

¿Creéis que consigo sacarme trabajo de encima? Y un cuerno. Me siento a mi escritorio y miro a las musarañas, echo un vistazo por la ventana y tiemblo de deseo cuando esporádicamente recuerdo la noche anterior, cargada de pasión.

Y los recuerdos se empeñan en aparecer en los momentos más ridículos. Estoy hablando por teléfono con un periodista y de pronto, en mitad de una frase, una imagen de Nick lamiéndome el cuello se dibuja en mi mente, y me detengo, sonrío, y el santo se me va al cielo.

No es que me esté enamorando de él, es sólo que resulta delicioso que un hombre tan guapo haya pasado por mi cama, que me haya recordado que soy atractiva, sexy, que aún puedo atraer a los tíos.

Porque, para seros sincera, después de los últimos seis meses ya empezaba a dudar de mí misma. No mucho, tampoco me han interesado tantos hombres. Sin embargo tiendo a enamorarme de los que nunca se interesarán por mí, y los que se enamoran de mí son, por lo general, bastante repulsivos.

No tengo ni idea de por qué me enamoro de los tíos equivocados. Jules tampoco. Los conozco, me enamoro locamente y nos hacemos amigos con

la errónea esperanza de que un día se den cuenta de que su planteamiento inicial está equivocado y que los atraigo un montón. Pero ni que decir tiene que eso nunca ocurre. Salgo con ellos, como amigos, y malinterpreto cada mirada, cada suspiro, cada roce, e intento convencerme de que están a punto de dar el paso y siempre termino sintiéndome como una mierda porque otra vez no le intereso al hombre que me gusta.

La última vez que me pasó fue con Simeon. Me fui derechita hacia él en una conferencia de prensa y, como era mono, me comporté como la mujer más brillante, divertida y ocurrente que pude y, cómo no, Simeon pensó que yo era genial.

Pero tenerme por alguien genial no significa que yo vaya a gustarle, y me puse en campaña para hacer que Simeon sintiera lo mismo que yo. Empecé a telefonarlo un par de veces a la semana, cosa que a él no parecía importarle; siempre parecía estar encantado de oírme, algo que no debería haberme sorprendido lo más mínimo, puesto que sólo hablaba yo, para contarle las historias más ingeniosas y conseguir que se riese.

Hasta que al final lo invité a una fiesta y me pasé toda la noche pegada a su lado. Eso tampoco pareció importarle. Incluso parecía que le agradaba.

Y poco a poco le impuse mi amistad, hasta que el chico no tuvo otra opción que hacerse amigo mío y muy pronto me llamaba con tanta asiduidad como yo a él, y cada vez mi corazón me daba un vuelco y yo me convencía de que él iba sintiendo lo mismo que yo.

Terminamos durante otra fiesta en la que Simeon se pegó a una morena bajita con un lamentable gusto para la ropa y acento americano, y yo me quedé colgada, viendo el espectáculo y sintiéndome como una mierda.

Al cabo de una semana, cuando me llamó, presa de la emoción por lo bien que lo había pasado con la americana la noche anterior, le colgué el teléfono y me eché a llorar. Aquel día decidí que ya estaba harta de enamorarme de los hombres que no me querían. Conseguiría que uno se enamorase de mí, y tendría que tratarme como a una princesa para que yo mostrase un poquito

de interés.

Pero eso es amor. El deseo es algo completamente distinto y hace siglos desde la última vez que me sentí atraída por alguien que sintiese lo mismo por mí y, de acuerdo, eso no significa nada, por supuesto no significa que Nick tenga que ser el hombre de mi vida, pero me hace sentir bien, y eso es bueno, ¿no?

De hecho, me siento tan bien que no estoy nada estresada por mi trabajo, lo que es un milagro porque estos últimos días me han pasado más y más clientes y tengo que confesar que hay veces que no sé cómo me las voy a arreglar con tanto trabajo.

¿Mis clientes? Bien. Ahora estoy trabajando en Sean Moore, del que ya os he hablado; una actriz de teatro que se llama Rita Roberts, cosa rara, porque normalmente no toco cosas de teatro, no tengo ni idea de ese mundo; una película titulada *La copa misteriosa* sobre la que es posible que aún no hayáis oído hablar pero que, si hago bien mi trabajo, pronto leeréis artículos sobre ella en todos los periódicos; el cómico Tony Baloney y una mujer que se llama Amanda Baker y que aspira a ser presentadora de televisión.

Digo que aspira, lo que no le hace justicia, porque ya sale en la tele, aunque no tan a menudo como le gustaría. Presenta un microespacio sobre el mundo del espectáculo en un magazine, y en cuanto su rostro apareció en pantalla, la chica decidió que ya era una estrella. Por desgracia, nadie parece saber quién es y eso acaba convirtiéndose en un círculo vicioso. Los periódicos no publican nada sobre ella porque es una don nadie, pero sin cobertura periodística la Baker no puede salir de un segundo plano, así que es el cliente más difícil que tengo, no sólo por esa razón, sino porque la tipa en cuestión es una mala zorra. Conseguí colarla en una tertulia de famosos para hablar de la peor cita de su vida. Seguro que pensáis que se puso a dar saltos de alegría, pero todo lo que hizo fue quejarse de ser el último mono de la reunión. Por el amor de Dios, ¿de verdad creía que la cámara le prestaría más atención que a Germaine Greer, Vanessa Feltz, Emma Noble y Ulrika? Bueno, por lo visto ésa era su idea. La muy estúpida estaba convencida.

Pero ni el hecho de que Amanda venga hoy a una reunión va a arruinarme el buen humor, y cuando la recepcionista me avisa de que ya ha llegado, salgo presta a buscarla e incluso logro dedicarle un cumplido, lo que parece desconcertarla.

—Me encanta tu vestido -miento al fijarme en su traje chaqueta de tono pastel que tan bien queda en la tele y que recuerda vagamente un modelo de Armani, aunque sé que no lo es porque Amanda está muy lejos todavía de tener el éxito para permitírselo.

—¿Estos trapos? — dice, aunque os aseguro que está la mar de complacida.

—Pasa. — Le sostengo la puerta abierta para que entre y le digo con mi mejor voz de relaciones públicas-: ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—Bien, ya sabes -responde mientras se pasa una mano por su melena rubia y con reflejos-. Tan liada como siempre.

—Vi tu programa la semana pasada, cuando entrevistaste a Tony Blackburn. Sensacional. Das muy bien en televisión.

—¿Tú crees? ¿No se me ve gorda?

Me echo a reír porque incluso siendo una mala zorra, como todas las mujeres que conozco está convencida de que está gorda y, sí, en la tele siempre te ves con unos cuantos kilos de más, pero aun así la chica hace su papel de presentadora de televisión tipo Barbie pastel a la perfección.

—¿Gorda? — exclamo-. ¿Tú? Pero si estás delgada, mujer.

—Ya me gustaría -dice, pero ya lo he conseguido, la he puesto de buen humor, lo que debería poner las cosas más fáciles, porque solemos empezar con mal pie y terminamos con Amanda quejándose de que la prensa no le hace ni caso. Cabe esperar que ahora se muestre algo más comprensiva. Si no me interesase tanto mi trabajo le diría que sólo es otra de esas puñeteras

pelmazas con ínfulas de estrella y que no tengo tiempo para perder con ella; pero es evidente que no puedo hacerlo, así que remuevo algunos papeles encima de mi escritorio y le pregunto por qué quiere verme.

—Estoy convencida -empieza a decir- de que ahora es el momento adecuado para ponernos a trabajar a tope con los periódicos y obtener un poco más de cobertura.

—Bueno, sí -le digo y le paso la lista para que pueda ver con quién nos hemos puesto en contacto-. ¿Tenías algo pensado?

—Pues sí. Vi que en *Helio!* publicaron unas fotos de Lorraine Kelly con su nuevo hijo, y como yo acabo de mudarme y he decorado mi casa, he pensado que eso daría para un excelente artículo.

—Entendido -le digo, maldiciendo para mis adentros-. Los llamaré. — Cosa que pienso hacer, y ellos se sentarán al otro extremo del aparato, sin duda mirando al techo, mientras yo les suelto mi rollo de relaciones públicas acerca de lo brillante que es Amanda hasta que ellos dicen que lo sienten mucho, pero que nunca han oído hablar de ella.

—Y me preguntaba con quién has hablado exactamente de mí estos últimos días.

¡Ajá! Aquí está mi oportunidad para vengarme. Le paso la hoja de contactos y empiezo a hablar con mi tono de voz más agradable.

—La semana pasada hablé con los de «Femail» del *Daily Mail*, con *Sun Woman*, el suplemento de estilo del *Express*, *Bella*, *Best*, *Woman's Realm* y *Woman*. Esta semana he hablado con *OK!*, *Here!*, *TV Quick* y *Cosmopolitan*.

—Oh -dice con voz apagada y, por primera vez desde que la conozco, lo juro, seguro que mi reacción se debe a mi buen humor, siento verdadera lástima por ella.

—Mira -le digo-. Ya sé que esto es duro. — Y le suelto mi discursito sobre el círculo vicioso del que antes os hablaba-. Tenemos que buscar cómo enfocar el asunto, lo digo en serio.

—¿Y en qué estás pensando? — quiere saber y, por un momento, me olvido de que estoy con un cliente que no me gusta y a quien no gusto, y antes de que pueda evitarlo, le propongo:

—¿No te podrías follar a algún famoso?

Me mira horrorizada.

Yo también estoy horrorizada.

—Sólo era una broma -le digo intentando reír, pero no lo consigo y suelto un gruñidito ahogado-. Hablo en serio. ¿Ha habido algún cambio en tu vida que podamos utilizar, algo de lo que pueda salir una buena historia?

—¿Que no sea mi mudanza? — pregunta esperanzada.

—Eh... no. Nada de mudanzas. — «Algo así como robar, una crisis histérica», pienso.

—Humm. — Se sienta y casi puedo ver cómo su cerebro intenta ponerse en marcha. Ay, casi, casi. Nada, que no lo consigue.

—Muy bien -digo-. ¿Alguna vez robaste algo cuando eras una niña?

—¿Hablas en serio?

—Completamente. — Y asiento con la cabeza, muy seria.

—No. Creo que no. Bueno...

—¿Sí? — la animo.

—Bueno, una vez cogí un lápiz de ojos de Boots por error. Quería pagarlo, pero me olvidé.

—¡Perfecto! — exclamo-. ¡El infierno de remordimientos de una ladrona súper presentadora de televisión! ¡Como si lo viera!

—¿Estás segura de que ahí hay una historia? — pregunta dudosa-. Únicamente fue un lápiz de ojos, y yo tenía unos catorce años, y tampoco diría que fue un infierno, sólo me sentí muy culpable.

—No diremos que fue un lápiz de ojos, diremos que fue todo un juego de maquillaje y no tendrás catorce años, habrá pasado hace un año y después de llevártelo te sentiste tan mal que te viste impelida a volver y confesarlo todo.

—¡Pero eso es mentir!

—Esto es el mundo de las relaciones públicas -digo-. Espera. — Descuelgo el teléfono y marco un número-. ¿Keith? Soy Libby, de Joe Cooper RP. Bien, bien ¿y tú? Genial. Escucha, ¿sabes? Amanda Baker del programa *Breakfast Break*... No, no, el espacio sobre el mundo del espectáculo. No, no, ésa se ocupa del tiempo. No, no, la rubia. Bueno, es igual, cada vez hace más cosas, se está haciendo muy famosa, y acaba de confesar una historia de lo más alucinante que sería perfecta para tu revista. Resulta que hace un año pasó por una experiencia infernal después de robar algo y cree que ha llegado el momento de confesarlo todo. Sí. — Asiento mientras escucho lo que Keith me dice-. Sí. Perfecto. ¿Una página entera? Excelente. — Escribo el número de teléfono directo del periodista que va a cubrir la noticia y cuelgo-. Bueno, Amanda. Tienes una página entera en *Female Fancies* con fotografías y toda la historia.

—¡Es fantástico! — exclama, casi sin aliento por la emoción-. ¡Fotos! ¡Es increíble! ¿Será una foto de estudio, con peluquero y maquillador?

—Ya te daré los detalles -le digo evasiva, porque pienso que ahora no es el mejor momento para decirle que quieren fotografiarla en una perfumería,

metiéndose furtivamente un estuche de maquillaje en su impermeable grande y voluminoso-. Y ¿qué te parece un poco de radio? – le suelto al tiempo que marco un número de teléfono.

Amanda está tan impresionada que no puede hablar. Asiente.

–¿Mark? Soy Libby, de Joe Cooper RP. Escucha, ¿conoces ese espacio sobre los londinenses y sus restaurantes preferidos? ¿Qué te parece Amanda Baker, de *Breakfast Break*? Luego te pongo al corriente, sí, sí. Genial. – No puedo molestarme en contarle a nadie más quién es la Baker y, además, ya sabía que Mark diría que sí, las radios locales dan tiempo de antena a cualquiera, y surte efecto: Amanda está entusiasmada.

–Libby -dice mientras se pone de pie y se sacude unas imaginarias motas de polvo de su chaqueta-. Estás haciendo un trabajo increíble.

Sonrío.

–¿Qué te parece una llamada rápida a «Femail» por si quieren hacer un artículo sobre mí?

–Eh... -Decido escurrir el bulto-. Antes de que llegaras he hablado con la redactora de la sección y sé que ahora está reunida. Ya la llamaré más tarde.

–Oh. – El entusiasmo de su rostro disminuye-. De acuerdo. Será mejor que me vaya. – Comprueba su reloj-. Gracias.

Y me da un beso en cada mejilla, lo que me desconcierta un poco porque hasta ahora sólo me había estrechado la mano sin ganas.

–*Ciao* -se despide mientras yo me estremezco-. Te llamaré. – Y lo hará, cuanto más pequeña es la estrella, más te toca las narices.

–¡Libby! – me llama Jo mientras acompaño a Amanda hasta la puerta-. Jules está al teléfono. Es como la octava vez que llama. ¿Lo coges o la llamas más tarde?

Pero ya corro hacia mi mesa cuando Jo termina de decir la frase.

—Lo cojo, lo cojo -grito cayendo en picado en la silla y cogiendo el teléfono casi sin resuello.

—¡Libby! — grita Jules-. Me muero de ganas de hablar contigo. No creo que tuvieses una de esas puñeteras reuniones. No hay manera de que me concentre en el trabajo, cuéntame quién es ese Nick y qué pasó. Os fuisteis a la cama, ¿verdad? Sé que sí. ¿Cómo fue? ¿Cómo es? Cuéntamelo todo...

—Cálmate -le digo riendo, enciendo un cigarrillo y me recuesto en mi silla para pasar un buen rato colgada al teléfono-. En primer lugar, ya puedes olvidarte de planear la boda porque ese chico no es para mí, pero sí, nos fuimos a la cama y, joder, está buenísimo.

—¿Por qué no es para ti? ¿Cómo sabes que no es para ti?

—Muy bien. Para empezar no tiene dinero...

Silencio al otro extremo de la línea.

—Segundo, vive en un estudio asqueroso de Highgate.

—¿Y cómo sabes que es asqueroso?

—Me lo dijo él. No busca ninguna relación. Le interesa mucho la política. Su idea de una buena noche es irse a un pub para beber diez jarras de cerveza.

—Vale, vale -suspira Jules-. Ya me hago la idea, pero, Libby, sólo porque no tenga dinero no significa que no sea para ti. Quizá deberías empezar a bajar un poco el listón de tus pretensiones.

—¡Jules! Sabes que no podría salir en serio con alguien así. De todas formas -digo y me siento un poco culpable por tener que admitirlo-, no es sólo el dinero. Es todo. Nos parecemos como un huevo a una castaña.

—Así pues, ¿qué pasó anoche?

Y se lo cuento.



cinco

La sensación de volar como una cometa dura exactamente dos días. Dos días de flotar con una resplandeciente sonrisa de amor. Perdón, deseo. Dos días de hacer poco más que soñar despierta con las imágenes de mi noche con Nick. Dos días de saltos cada vez que suena el teléfono.

Después, cuando no es él quien llama, empiezo a encontrarme mal. Ya sé que soy ridícula porque, sí, sí, ya sé que Nick no es El Puñetero Hombre de mi Vida, pero eso no significa que no quiero que me quiera. Quiero decir que a estas alturas ya tendría que estar locamente enamorado de mí y, por supuesto, debería haberme telefoneado.

Llamo a Jules.

—Jules -gimo-, no me ha llamado.

—¿Y? — responde ella pragmática-. Ya lo hará.

—Pero ¿por qué no ha llamado? Dijo que lo haría.

—Libby, por el amor de Dios. Parece que estés coladita por él, por más que insistas en decir que tan sólo se trata de una aventura. Las aventuras no llaman todos los días.

—Pero que yo no lo quiera de esa manera no significa que no quiera que él

me quiera.

—Mira -dice Jules-, esto es ridículo. Deja de comportarte como una niña. Además, sabes que volverás a verlo, claro que te llamará, pero es probable que lo haga el sábado, para confirmar la hora, como te dijo.

—De acuerdo -refunfuño.

—Y además -prosigue Jules-, tú no quieres que se enamore de ti, porque eso sólo complicaría las cosas.

—De acuerdo -vuelvo a refunfuñar.

—Así que relájate -concluye.

—Tienes razón, tienes razón. Sé que tienes razón.

—Por supuesto que tengo razón -se ríe-. Como siempre.

Es una putada cómo cambian las cosas una vez que te has acostado con alguien, ¿no os parece? Porque, aunque sabes que no te vas a enamorar de ellos, albergas esperanzas y al final te defraudan.

Pero no, esta vez no. No voy a llevarme un chasco. No hay ningún compromiso, sólo ganas de pasarlo bien, y voy a pasarlo en grande con Nick. Por supuesto que lo haré.

El teléfono suena el sábado a la una de la tarde.

—¿Sí? — digo expectante.

—Hola, bonita. — Es Jules.

—Ah -respondo con un tono de decepción más que evidente-. Hola.

—¿Qué haces? — me pregunta y decido no contarle que estoy sentada al lado

del teléfono esperando a que suene.

—No mucho. ¿Y tú?

—Nada. Jamie está trabajando y yo me aburro. ¿Quieres que vayamos de compras?

Ahora la escucho. Un poco de terapia consumista nunca ha hecho daño a nadie y, además, después de haber echado un vistazo a mi enorme armario lleno de ropa súper de moda veo que no tengo nada que ponerme esta noche. Bueno, no es que no tenga nada que ponerme, digamos que no hay nada que sea adecuado y Nick no es de esos que vayan a apreciar mis vestidos de John Rocha o mis pantalones de Dolce Gabbana.

—¿Pasas a buscarme? — le pregunto.

—No -responde-. Ven tú y pasamos por Hampstead. ¿Qué te parece?

—Perfecto -le digo-. Estaré allí dentro de una hora.

Cuando salgo de casa compruebo mi bolso. Sí. Llevo dinero, tarjetas de crédito, talonario, maquillaje. ¡Mierda! Casi me olvido del móvil, lo cojo y me dirijo hacia mi fantástico coche, el Escarabajo Chupón, nombre con el que fue convenientemente bautizado (y sí, ya sé que la mayoría de los coches tienen nombres femeninos, pero el mío, con su increíble baño de azul metalizado, es todo un macho) porque chupa gasolina que da gusto.

Nos dirigimos lentamente hacia el piso de Jules y de nuevo suspiro de envidia cuando entro porque, gracias a que son pareja, ambos con buenos sueldos -Jules es decoradora y Jamie, abogado del tribunal superior de justicia-, mi amiga vive en la casa que a mí me gustaría tener. Un dúplex situado en una calle lateral al lado de Haverstock Hill. Entrás en una sala de estar enorme, clara y ventilada, con el suelo de arce y cortinas de muselina que cuelgan a ambos lados de las cristaleras que dan a un balcón enorme. Todo el mobiliario es de color crema y pardo, auténticos clásicos modernos mezclados con antigüedades de ensueño. Los lienzos que cuelgan de las

paredes son gigantes, llenos de colorido, abstractos, y de lo más hermosos.

La cocina está en la planta baja y Jules se pasa la mayor parte de su tiempo allí. Tan grande como la sala de estar, la cocina está presidida por una grandiosa y vieja mesa de pino francés y aún queda espacio suficiente para colocar cómodos sofás a cuadros de color amarillo en uno de los extremos. Otras cristaleras conducen directamente al jardín, y los módulos de la cocina son con los que yo sueño, ligeramente rústicos, pero con un toque moderno. Es mi habitación preferida de toda la casa y donde siempre terminamos, bebiendo descomunales tazas de té en la mesa de madera o acurrucadas en el sofá mientras los rayos de sol penetran en el interior.

Toda la casa parece decorada por un interiorista, pero también tiene sabor a hogar; es uno de esos sitios donde te encuentras a gusto de inmediato. La adoro, y cuando llego, hago lo de siempre, enciendo el hervidor de agua. A Jules no le importa; le encanta que me sienta como en mi casa.

—Hola, Libby -me saluda Jamie desde su estudio, al lado de la cocina.

—Hola, currito -la versión abreviada de currante, como hace años que lo llamo. Aparece en la puerta y se acerca para darme un beso y, aunque sé que no podría soportar estar con alguien que se pasa todo el tiempo trabajando, tengo que decir que veo lo que Jules vio en él, porque es guapísimo. El único hombre que conozco que está guapo con una peluca de abogado.

Antes de conocer a Jamie, yo siempre había pensado que todos los abogados de los tribunales superiores eran unos gilipollas presumidos. A todos, según mi limitada experiencia, les interesaba el ballet, la ópera y el teatro. Todos hablaban como si tuviesen un calcetín en la boca y se comportaban con un aire paternalista que echaba para atrás.

Pero Jamie no es así. Cuando no trabaja, Jamie es un cachondo y no lleva la típica ropa inglesa pretenciosa. Jamie lleva vaqueros descoloridos y botas de montaña. Y también viste pantalones de terciopelo de un tono azul como el del color de la medianoche y mocasines Patrick Cox. Jamie fuma como

una chimenea y bebe como un cosaco. Jamie, en realidad, es genial, y una noche, cuando todos estábamos borrachos, nos confesó que de no haber sido abogado, habría sido una estrella del pop, y casi nos ahogamos de la risa. Sin embargo, no me cuesta imaginármelo como líder de un grupo muy de moda y concediendo entrevistas con un indolente movimiento de cabeza.

Jamie y yo tenemos una relación extraña; me refiero a que siempre tienes una relación extraña con los hombres que se casan con tus amigas. Hacía años que Jules era mi amiga y entonces llegó Jamie y sí, conectamos desde el principio, pero siempre queda esa pizca de resentimiento porque te han quitado a tu mejor amiga.

Pero lo perdoné. ¿Cómo no iba a perdonarlo? Y ahora, aunque no lo veo tan a menudo como antes, llevamos esa relación tan deliciosa de hacernos la puñeta, casi de hermano y hermana. Se sienta y me pregunta sobre mi vida amorosa y luego intenta darme algún consejo, del que yo casi siempre hago caso omiso, porque al fin y al cabo no deja de ser un tío.

Ya sé lo que estáis pensando. Que los hombres están más capacitados para dar consejos cuando una tiene problemas con los tíos porque saben cómo piensan los hombres, pero Jamie es un poco ignorante en la materia, porque, por muy bueno que esté, no es que antes de conocer a Jules y volverse loco por ella fuese la experiencia personificada. Estaba demasiado ocupado labrándose un porvenir y, sí, tenía cientos de admiradoras, pero nunca encontró el tiempo para darse cuenta.

Jules era distinta de todas las mujeres que se preparaban para convertirse en la esposa perfecta de un abogado de un tribunal superior. Jules no llevaba ropa de diseño. Jules no iba a la peluquería o a hacerse la manicura una vez por semana. A Jules no le importaba ir a los mejores restaurantes o al ballet. Y, más importante aún, Jules nunca se las dio de ser diferente para cazar a su hombre.

No, Jules siempre ha sido una de esas mujeres que enloquecen a los hombres porque confía lo suficiente en sí misma para decir: «Ésa soy yo, tómalo o déjalo.» Y, como siempre en estos casos, los hombres lo toman. O

al menos lo intentan. Les encanta que la mujer no lleve maquillaje, que la ropa con la que viste sea lo primero que ha cogido del armario esa mañana, que su sonrisa sea explosiva y contagiosa y, por encima de todo, que escuche. Jules ama la vida y ama a las personas, y encuentra tiempo para ellas; incluso antes de que Jamie apareciese, los hombres caían rendidos a sus pies.

He intentado parecerme a Jules, pero aunque en raras ocasiones haya tenido la sensación de aproximarme, al final del día no tengo la suficiente confianza en mí misma para lograrlo, y ellos lo saben. Así que empiezan enamorándose de mí, con la excepción, según parece, de Nick; pero al final, al cabo de tres semanas, desaparecen cuando se dan cuenta de que en realidad soy un saco de inseguridades en lugar de la mujer que ellos creían.

Pero en cualquier caso, ya he hablado lo suficiente de mí, así que volvamos a Jules y Jamie. Pese a que Jamie se pasa todo el santo día metido en su estudio, su relación parece funcionar y lo que más me gusta cuando salgo con ellos dos es que nos divertimos. Ellos se divierten y eso se contagia.

Mientras yo estoy al lado del hervidor, Jamie me dice:

—¿Té? Excelente. Necesito un descanso. Cuéntame -me dice al tiempo que retira una silla de debajo de la mesa-. ¿Cómo llevas tu vida amorosa?

Siempre me pregunta eso porque sabe que tengo una historia que contar y, la verdad, tengo mucha gracia contando historias. Las cuento con chispa y resultan ingeniosas y sorprendentes. Las cuento de forma que captan la atención de la gente y hacen que se partan de risa, mientras mueven la cabeza y dicen:

—Libby, eres increíble.

Las cuento de manera que la gente crea que llevo la vida más glamurosa y emocionante del mundo y sólo puedo ser sincera cuando se las cuento a Jules a solas. Entonces puedo contarle lo sola que me siento, que me paso la vida preguntándome la razón por la que nunca tengo relaciones buenas y

normales, y que lo más probable es que no tuviera una relación de esas ni aunque el tío se me echase encima.

Y ella me escucha con tranquilidad y luego piensa en lo que le he dicho, y finalmente me explica por qué esos hombres no me convienen, y que algún día encontraré a alguien que se enamorará de mí, y que el truco está en dejar de buscar, y que ocurrirá cuando menos lo espere.

Todo eso está muy bien, y seguramente es cierto, pero ¿cómo voy a dejar de buscar si encontrarlo es lo que más quiero en esta vida? Bueno, aparte de ganar la lotería, supongo, pero sólo porque eso multiplicaría por mil mi atractivo. Pero, hablando en serio, nunca he logrado entender todo ese rollo que te cuentan las casadas de que tienes que dejar de buscar, porque ¿cómo vas a dejar de buscar si estás buscando, y cómo vas a estar bien sola si no lo estás?

Sentada en la cocina con Jules y Jamie les cuento mi extraña historia con Nick y cómo se desnudó en la salita y cuando se metió en la bañera con un gorro de baño en la cabeza. Se ríen y yo me río con ellos, y Jamie mueve la cabeza y dice:

—Dios mío, Libby, ¿qué haríamos sin ti?

Yo no me ofendo y me limito a encogerme de hombros.

—¿Y adónde vais vosotras dos? — pregunta Jamie mientras le frota el hombro a Jules en un gesto tan cariñoso que casi me pongo a suspirar de anhelo.

—A la calle de las tiendas -responde ella, contenta, mientras Jamie pone cara de resignación y levanta los ojos hacia el techo.

—Que Dios nos ampare. Ya conozco la historia. Será mejor que avise a los del banco.

—No, cariño -dice ella-. No vamos por mí, vamos por Libby. A no ser que

vea algo que me guste, en tal caso...

—Ya sé, ya sé. — Jamie se ríe-. ¿Queréis que os lleve con el coche o preferís ir andando?

Jules me mira, con el asco estampado en su rostro porque ya sabe qué opino de ir andando: «Si Dios hubiese querido que camináramos no habría inventado los coches», y no es necesario que diga nada, me limito a mirarla con cara de súplica y ella suelta un suspiro de exasperación y dice:

—Nos llevas.

Nos metemos de un salto en el BMW de Jamie y yo hago lo de siempre: insisto en ir en el asiento de delante para que la gente crea que estoy casada con Jaime, y Jules también hace lo de siempre: se quita la alianza para que la pueda llevar yo y vamos calle arriba, yo con el brazo fuera de la ventanilla, por si pasa algún conocido, que, naturalmente, nunca pasa, y Jamie nos deja al lado de la estación.

—Jules -grita por la ventana antes de desaparecer con el coche-. ¿Puedes comprarme un par de calcetines?

Ella asiente y se da la vuelta hacia mí con un suspiro.

—¿Quién dijo que ser la esposa de un abogado tenía su glamur?

Vamos a Whistles, Kookai y Agnes b. Deambulamos por Waterstone's, Our Price y David Wainwright. En Nicole Farhi no dejamos de exclamar aahh y oohh y, finalmente, en una diminuta tienda de deportes escondida en un extremo de la calle principal, doy exactamente con lo que estoy buscando.

—No irás a comprarte eso... -dice Jules, horrorizada, mientras yo me miro al espejo con unas Adidas súper de moda.

—¿Y por qué no? — Pongo cara de inocente aunque sé perfectamente lo que

Jules está a punto de decir.

—¡Pero si no van contigo! — consigue exclamar consternada-. Tú eres la Señorita que aspira a Prada, la Señorita Gucci, no la Señorita Adidas.

—Mira -le digo muy seria y con calma, intentando que lo entienda-. Déjame que te lo explique. Estoy harta de ser Patsy y ahora para variar me apetece ver qué se siente siendo Liam.

—¿De qué estás hablando?

—Patsy siempre viste de Prada y Gucci, y Liam, Adidas. Ahora me apetece un aspecto más informal y estas zapatillas son exactamente lo que buscaba.

—Pero ¿qué te vas a poner con ellas?

—Una camiseta y unos vaqueros.

—¡Una camiseta y unos vaqueros!

—Sí. Una camiseta y unos vaqueros.

—Pero si tú no tienes ni camisetas ni vaqueros.

—Pues claro que sí, Jules. No seas ridícula. Gracias -le digo a la dependienta con mi tono de voz más ensayado-. Me las llevo.

En realidad toda esa historia de Patsy y Liam es un rollo patatero y, aunque Jules es probable que lo comprendiera -de hecho, seguro que lo comprende-, no tengo tiempo para contárselo ahora mismo. Entendámonos, no es que intente cambiar por Nick, en absoluto. Pero como apenas lo conozco, las zapatillas de deporte parecen ir más con su estilo y yo no puedo presentarme en su pub de Highgate con mis trapitos de diseño, ¿no os parece? Estas Adidas son mucho más apropiadas y, además, hacía años que quería unas. En serio.

Así que cargada con mis nuevas y fantásticas zapatillas de deporte (y vaya ganga, ¡cincuenta y cuatro libras con noventa y nueve!) vamos a tomarnos un capuchino y tan pronto como nos sentamos saco el móvil del bolso y llamo al servicio de mensajería sólo para comprobar si el teléfono ha sonado y no lo he oído; pero no, la grabación dice al final: «No tiene ningún mensaje», y ahora sí que empiezo a cabrearme de verdad, pero Jules parece saber cómo me siento incluso antes de que el cabreo se apodere de mí, y dice:

—No lo hagas. Ya verás como te llama.

Me relajo un poco y no pasa nada. Mientras nos tomamos el café, Jules me pregunta:

—¿Estás segura de que no te vas a colgar más de la cuenta?

Y yo desdeño su comentario con un golpe de melena y me río de forma adulta, como si controlara la situación, y le digo que está siendo ridícula, pero ¿por qué diablos no me ha llamado? El número de mi móvil está en el contestador, y podría llamar para recoger los mensajes, salvo que si lo hago no podré teclear el código 1471 para ver quién ha hecho la última llamada, que es lo que automáticamente siempre hago cuando llego a mi piso. Quizá Nick sea uno de esos que odian los móviles y nunca dejan mensajes, y quizá ha llamado, pero no ha dejado ningún mensaje, pero, Dios santo, Libby, CÁLLATE. Te estás poniendo paranoica.

—¿Qué te hace pensar que no puedo tener una aventura? — le pregunto al fin—. Ya sabes, sexo sin ataduras.

—Porque no puedes —me responde con firmeza.

—Ahí te equivocas. Hace tiempo que no lo practico, pero he tenido la tira de aventuras con hombres cuando no he estado comprometida con nadie. Sólo sexo. Me atraían, pero no me gustaban o me di cuenta de que no eran para mí.

Jules permanece sentada y piensa por espacio de un minuto.

—¿Y cuándo fue la última vez que hiciste algo parecido?

—Hace cosa de cinco años, pero podría haberlo repetido montones de veces desde entonces.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Pues porque no.

—¿No se te ha ocurrido pensar que quizá cambiemos entre los veintitrés y los veintiocho o veintinueve y que lo que para nosotras resultaba tan fácil con veinte años se convierte en algo casi imposible cuando rozamos los treinta, razón por la cual ya no lo hacemos?

—¿Qué quieres decir?

—La razón por la que las mujeres dejan de tener aventuras, o de ir zorreando por ahí, o como se diga, es porque se dan cuenta de que no pueden hacerlo, porque cuanto mayores se hacen más ven que no pueden acostarse con alguien de manera regular y no querer algo más, incluso cuando una llega a una edad en la que la sociedad, por desgracia, sigue diciéndote que deberías casarte y tener niños.

—No. — Niego con la cabeza—. Me parece que o eres el tipo de mujer que puede hacerlo o no lo eres, y yo pertenezco al primer grupo.

Jules no dice nada. Sólo me mira.

—Lo soy, y tú lo sabes -insisto, y ella no deja de mirarme. Al final digo-: Por el amor de Dios, deja de mirarme.

Jules se encoge de hombros y cambia de tema.

A las cinco, volvemos a recorrer la calle de las tiendas, algo que no me

importa lo más mínimo porque ahora es cuesta abajo e incluso mi cuerpo, nada en forma, puede bajar una colina. Cuando llegamos a casa de Jules, me meto en mi coche y conduzco hasta casa. Cuando entro hay tres mensajes en el contestador y al apretar el botón de «llamada» rezo, rezo con todas mis fuerzas para que sea de Nick.

El primer mensaje es de mi madre:

—Hola, Libby, soy yo, mamá.

Como si no estuviera claro.

—Vamos, vamos -la azuzo.

—Sólo llamaba para hablar contigo, y porque me preguntaba si mañana vendrás a tomar el té. Llámame luego si puedes, o si no, mañana por la mañana, y si esta noche sales, diviértete. Si te quedas en casa, a las nueve ponen un documental muy interesante sobre revistas que yo tengo intención de ver con tu padre y...

—Oh, cállate -le grito al contestador cuando mi madre termina de hablar. En cualquier caso, ¿qué clase de inútil se cree que soy para quedarme en casa un sábado por la noche? Aunque no tenga plan saldré para poder decir que salí. Y sí, tomar café en la mesa de la cocina de Jules y ver *Blind Date* y *Stars in Their Eyes* cuenta como salir, porque no estoy en casa y todo lo que tengo que decir es que fui a cenar con unos amigos.

El segundo mensaje es de Joe Cooper y casi me da un ataque de pánico. No es que no me guste, adoro a Joe tanto, si no más, como cuando nos conocimos, pero cada vez que recibo una llamada relacionada con el trabajo en fin de semana tengo ataques de ansiedad, convencida de que algo ha ido terrible e irrevocablemente mal. Por suerte Joe sólo llama para pedirme un número de teléfono y concluye el mensaje diciéndome que probará a conseguirlo de otra persona.

El tercer mensaje es mudo, luego cuelgan. Mierda. Descuelgo y marco el

1471.

«Número de teléfono 0.1.8.1.3.4.0.2.3...»

¡Sí! ¡No me molesto en oír el número hasta el final porque es un número de Highgate y no conozco a nadie más que viva en Highgate! ¡Sí! ¡Ha llamado! y eso me da la inyección de energía que necesito para correr hacia el baño y estar lista cuando vuelva a llamar. Sí, ya sé que podría llamarlo yo, no juego a hacerme la esquivada, es sólo que, al cabo de tantos años de perseguir a los hombres, me doy cuenta de que es mejor no llamarlos. Nunca. Si puedes evitarlo. Y eso incluye devolverles las llamadas. Lo que ocurre es que no se me da muy bien.

Y para asegurarme de que no me rindo a la urgencia que tengo de telefonarle, decido bañarme, y nada más sumergir la cabeza bajo el agua, el teléfono suena y salto como si me hubiese dado un calambre y echo a correr hacia la salita, dejando tras de mí un rastro de charquitos. Descuelgo el teléfono e, intentando parecer lo más calmada y sexy posible, digo con voz aterciopelada:

—¿Dígame?

—¿Libby?

—¿Sí?

—Soy Nick.



seis

Dios mío, tengo una crisis aguda de vestuario. Las zapatillas deportivas son geniales, más que geniales, perfectas, pero ¿con qué diablos las combino? Me he probado los vaqueros y la camiseta, y no me sientan muy bien, y no, no es que esté nerviosa, pero, demonios, quiero estar guapa.

La cama está cubierta de ropa y, al final, en el fondo del armario, encuentro una camiseta negra estrujada que hace al menos un año que no veía. Insegura, la olfateo y, bueno, huele un poco a cerrado, pero la puedo rociar con perfume y plancharla y ¡sí! Es perfecta. Se me abraza al cuerpo, se ajusta a la perfección a mi cintura y me queda bien con los vaqueros negros. Pero, un momento, aunque lleve zapatillas deportivas, ir de luto riguroso impresiona un poco. No es suficientemente desenfadado, no es suficientemente joven. Mierda.

Una hora más tarde me pongo una camiseta blanca con un logotipo de niña ingenua estampado en el pecho, mis 501 favoritos, los más viejos y descoloridos, y mis queridas zapatillas deportivas. Saco unos pendientes de plata maciza del fondo de la cajita de cartón piedra que utilizo como joyero y, qué diablos, también me pongo un par de anillos de plata maciza. Perfecto.

He quedado con Nick en el Flask de Highgate, un pub que recuerdo vagamente de mis años de adolescente, y como sé que voy a beber dejo el coche en casa y llamo a un servicio de taxis. Cuando estoy a punto de salir, el teléfono se pone a sonar.

—Hola cariño, soy mamá.

Como si no estuviera claro.

—¿Qué pasa mamá? He quedado para salir y voy a llegar tarde.

—Qué bien. ¿Vas a algún sitio en especial?

—Tengo una cita. — Maldita sea, no quería decírselo. Ahora me va a

acribillar a preguntas.

—¡Fantástico! — exclama y casi puedo oír cómo su cerebro se pone en marcha al otro lado del teléfono-. ¿Un buen chico?

Y sé que ahora viene la pregunta de cómo se gana la vida, qué coche conduce, dónde vive y, básicamente, si es lo suficientemente bueno para su hija.

Ése es el problema de tener unos puñeteros padres burgueses. No es que no los quiera. Los quiero mucho, me machacan con esa historia de que debo casarme con un hombre que pertenezca a un nivel social más alto que el mío, y procuro no contarles nada sobre mi vida, pero a veces hay cosas que se me escapan.

—Sí, muy bueno -suspiro-, pero tengo que irme ya.

—Bueno -me retiene-. Estos jóvenes de hoy en día. No sé, siempre vais con prisas... Tu padre y yo nos preguntábamos si vendrás mañana a tomar el té.

—Oh. — Lo había olvidado-. De acuerdo.

—Perfecto, cariño. Tengo un poco de tu pastel favorito, el de mazapán y chocolate.

Mi madre aún cree que mis gustos son los mismos que cuando tenía seis años, pero no me molesto en decirle que últimamente huyo del pastel de mazapán y chocolate como de la peste, porque no termina en mi estómago, más bien se acomoda en mis muslos.

—De acuerdo, mamá. ¿Os va bien a las cuatro? — Mentalmente ya me estoy organizando el día. Un desayuno tarde en la cama con Nick, tal vez un paseo por Kenwood y luego un largo beso de despedida. Sí, si lo programo a la perfección puedo llegar a casa de mis padres en Finchley a las cuatro de la tarde.

—Perfecto, cariño. ¿De qué trabaja el chico con el que vas a salir?

—Mira, mamá, tengo que irme. Ya ha llegado el taxi.

—¿No te recoge él? — pregunta con una nota de horror en la voz.

—No, mamá. Nos vemos mañana. Adiós. — Y suavemente cuelgo el teléfono, no sin soltar un suspiro, cuando el timbre de la puerta suena y el taxi llega de verdad.

Veamos, ¿lo llevo todo? ¿Braguitas limpias, pasta de dientes, maquillaje, crema hidratante? Sí. El bolso de Prada está tan lleno que parece que vaya a reventar de un momento a otro. Cojo una chaqueta y bajo la escalera corriendo.

Cuanto más nos acercamos a Highgate más nerviosa estoy. En Queen's Park compruebo el carmín de los labios. En West End Lane miro que mi cara no brille por el sudor. En Hampstead me atuso un poco el pelo. En Kenwood empiezo a dar golpecitos con los pies e intento hacer caso omiso del conductor, que no deja de mirarme por el retrovisor.

—¿Va a un sitio elegante? — pregunta al fin con un acento europeo del este muy marcado.

—Ejem, sí -respondo porque, con franqueza, no tengo por qué darle conversación y no me gusta ni pizca la forma que tiene de mirarme.

—Va muy guapa.

—Gracias -le digo con un tono de voz que espero que lo desanime. Lo consigo, pero luego me siento culpable, así que cuando detiene el coche le doy un par de libras de propina y me quedo de pie en la calle durante un rato, preguntándome cómo irán hoy las cosas y dónde está Nick.

—¡Libby! — Levanto la vista y allí, sentado en una mesa de la terraza, está Nick, y mientras me dirijo hacia él siento cómo toda la tensión desaparece

porque, después de todo, sólo se trata de Nick y está guapísimo, es guapísimo, y de pronto sonrío resplandeciente porque todo el mundo se da la vuelta para mirarlo cuando me llama. La mayoría de las mujeres no dejan de mirar y ¡eh! ¡Está conmigo! Me quedo de pie delante de él sin estar muy segura de qué hacer. ¿Le doy un beso? ¿Un abrazo? ¿Le digo sólo «hola»? Y entonces, se echa hacia delante, en busca de mis labios, y, tonta de mí, vuelvo la cabeza por los nervios, y sólo alcanza la comisura. Me mira algo sorprendido, pero luego sonrío y me pregunta qué me apetece beber.

Veo que ya ha dado cuenta de media pinta de cerveza, y pedir un vodka con zumo de arándanos, lo que siempre tomo, desentonaría por completo, así que pido una jarrita de cerveza, algo que parece complacerlo, y luego desaparece en el interior del pub para ir a por ella mientras yo tomo asiento y me felicito por mi fantástica fuerza de atracción.

Nick vuelve con una sonrisa en los labios y deja la cerveza encima de la mesa, delante de mí, diciendo:

—¿Sabes, Libby?, me sorprendes. Te tenía por una amante de los combinados.

Y yo levanto mi vaso de cerveza y doy un sorbo, procurando no hacer ninguna mueca, y digo:

—A donde fueres...

—Ah. Así que hubieras preferido un gintónico.

—¡Un vodka con zumo de arándanos! — exclamo-. ¡Por favor! — Porque los gintónicos, por deliciosos que sean, siempre me recuerdan a mis padres y es la única bebida que nunca pido porque sé perfectamente que eso, más que cualquier otra cosa, delataría mis orígenes.

Nick se echa a reír.

—¿Cómo te ha ido la semana? — me pregunta, y no sé si contarle la historia

de Amanda y las fotos que le van a hacer, pero se lo cuento porque es una buena historia y se ríe sin parar. Y yo me lo paso en grande. De hecho, me lo paso mejor de lo que creía.

El caso es que desde esa noche, la noche que pasé con Nick, cada vez que pienso en él pienso en sexo. Nunca he pensado en él como persona, porque los objetos sexuales no tienen por qué tener personalidad, ¿verdad? Pero ahora aquí sentada, en el primer calor de la noche, me sorprende que Nick sea tan agradable, alguien con quien resulte tan fácil sentirse a gusto.

Nick me cuenta cómo le ha ido la semana. Me cuenta que una vez más ha hecho unos cuantos envíos por correo, en esta ocasión a ocho editores, con los tres primeros capítulos de su obra maestra, y que de momento ya ha recibido una carta de rechazo donde le dicen que la idea es interesante, pero que «no entra en su línea editorial».

—¿Alguna vez has pensado en dedicarte a otra cosa? — me atrevo a preguntarle, ya que no sé por qué se toma tantas molestias si no es suficientemente bueno.

—No. — Niega con la cabeza—. Bueno, quizá. Si surgiese algo interesante supongo que lo haría, pero escribir siempre ha sido mi sueño.

—Pero ¿de qué vives?

—¿A qué te refieres?

—¿De dónde sacas el dinero?

—Del gobierno de Su Majestad -responde orgulloso.

Yo palidezco.

—¿Vives del paro?

—Pues sí.

—Ah. — Me quedo sin habla, y sigo sentada preguntándome qué voy a decir y pensando en cuánto se reiría Jules. De Jon con su Mazda MX-5 a esto. Vaya. ¿Qué demonios hago yo aquí?

—No me importa -dice, riéndose en mi cara-, aunque a ti, por lo que parece, sí.

—No es que me importe -me defiendo y decido no decirle que nunca hasta entonces había conocido a alguien que viviese del paro-. Es sólo que me parece una pena que desperdicies tu talento.

—Pero si no lo desperdicio. Sólo quiero que se reconozca.

—Ah. En ese caso, de acuerdo.

—¿Tienes hambre? — pregunta a la cuarta ronda de bebidas (yo pago dos porque no soy una tacaña y más sabiendo que Nick vive del paro).

—Pues la verdad es que sí. Me muero de hambre.

—Un poco más allá hay una pizzería donde se come muy bien. Pensé que podríamos ir y cenar algo.

—Ajá. — Asiento enérgicamente, quizá demasiado porque tanta cerveza se me ha subido a la cabeza-. Suena de perlas. — Nos levantamos y nos ponemos a andar. Al final resulta que la pizzería no está un poco más allá, está casi en la otra punta de Londres y después de veinte minutos de paseo le pregunto-: Nick, ¿dónde está ese sitio?

—Ya casi hemos llegado. Dios mío, no tienes remedio.

—No es verdad -digo, y le doy una bofetada en broma y él se da la vuelta y me agarra, diciéndome:

—No me abofetee, señorita.

Me entra la risa tonta cuando Nick me dice que mi castigo es darle un beso, y me acerco y le doy un pico en los labios y él se echa hacia atrás y se los relame.

—No. Eso no es suficiente.

Le doy otro beso un poco más largo, y él se queda allí de pie y mueve la cabeza, y yo me vuelvo a acercar. Esta vez abre los ojos y me mira mientras lo beso y, antes de darme cuenta, se ha convertido en un enorme y delicioso morreo, y el corazón me da un vuelco.

El beso rompe el hielo, el poco que había. No me doy cuenta de los últimos veinte minutos del paseo porque vamos cogidos de la mano y nos detenemos cada dos por tres para besarnos apasionadamente. Nos entra la risa tonta como a dos adolescentes. Me he olvidado por completo del hambre que tenía y de las piernas que me duelen, y de pronto Nick se gira hacia mí y me pregunta cómo están mis piernas.

—Bien -le respondo, después de dejar de quejarme por tener que andar tanto.

—¿No quieres que te lleve a caballito?

—¡Estás loco! — Me echo a reír—. No, no quiero que me lleves a caballito. — Pero antes de que me dé tiempo de reaccionar me carga a sus espaldas como si nada y echa a correr por la calle mientras yo grito encantada y lo golpeo en los hombros con los puños para que me baje, que es, más o menos, lo que quiero (me preocupa que pese demasiado), y entonces llegamos y, ¿sabéis qué?, me gustaría que el paseo durase siempre, no recuerdo haberlo pasado tan bien desde hacía siglos.

Nos dan una mesa pequeña y agradable en una esquina con una botella en el centro cubierta de la cera de una vela y todos los comensales que hay en el establecimiento son iguales que Nick: jóvenes, modernos, sin dinero, pero todos sonríen y me pregunto si, quizá, podría acostumbrarme a todo esto, a este mundo tan lejos de los bares y restaurantes caros y encopetados a los

que suelo ir, a este mundo donde la gente parece estar más relajada, sin que les importe vestirse de una forma o de otra para impresionar. Me pregunto si, al fin y al cabo, el tipo de vida que lleva Nick está tan mal.

El camarero, que, por supuesto conoce a Nick, se acerca para tomarnos nota y los dos se estrechan la mano y se saludan: «Me alegro de volver a verte» y Nick le pide lo que quiere y yo me quedo allí sentada pensando: «Deberías habérmelo preguntado a mí primero», pero luego pienso que no tiene importancia y pido una pizza Fiorentina y una ensalada para acompañarla. Nick pide una botella de vino tinto de la casa.

Tan pronto como el camarero desaparece, Nick se pone un poco serio y suspira.

—¿Qué ocurre? — pregunto.

Silencio.

—De acuerdo -dice al fin-. ¿Crees que es hora de que hablemos?

Oh, mierda. Mierda. Mierda. Sabía que era demasiado bonito para ser verdad. Ahora es cuando me suelta que no quiere volver a verme.

—Bueno -digo dubitativa-. No me parecía que tuviésemos nada de que hablar, pero si hay algo que quieras decirme, será mejor que lo hagas.

—Como quieras.

Cabecea y luego suspira, y luego no dice nada y yo empiezo a sentirme incómoda.

—Mira... El caso es que...

Se detiene y me mira, y me coge la mano, pero al cabo de unos segundos la retiro porque sé que no me va a gustar lo que tiene que decirme y no quiero tener mi mano entre la suya mientras lo haga.

—Jesús -dice-. Es tan difícil...

—¡Por el amor de Dios! — exclamo, tan nerviosa que mi voz se torna áspera, fuerte-. ¿Piensas decirlo de una vez?

—Allá voy. No estoy preparado para una relación.

Yo no digo nada. No hay por qué. No es la primera vez que me lo dicen.

—Pero... -Y levanta la vista-. Me gusta mucho estar contigo.

—¿En qué quedamos?

—No lo sé. — Suspira de nuevo y mueve la cabeza-. Me parece que lo que intento decirte es que quiero que sepas que no estoy preparado para comprometerme. No estoy preparado para mantener una relación. De un tiempo a esta parte he estado sin pareja, me gusta estar así y no estoy listo para renunciar a eso.

—¿Eso es todo?

—Bueno, no, porque me gustas y quiero seguir viéndote, pero es que no quiero que te hagas una idea equivocada.

—Pero Nick, yo tampoco estoy preparada para una relación -le digo, y es verdad-. Hace tiempo que no salgo con nadie y sigo pensando lo mismo. — Nick parece que se haya quitado un peso de encima-. Y sé que tú no eres mi príncipe azul ni yo tu princesa, pero eso no significa que no podamos disfrutar de la compañía del otro.

El alivio que se dibuja en su rostro se extiende por todo su ser. Casi veo cómo sus hombros se relajan.

—¿Así que nuestra situación te satisface? — me pregunta.

—Absolutamente -afirmo con decisión-. Nos gusta estar juntos, nos lo pasamos bien en la cama, de modo que relajémonos y disfrutemos hasta que se acabe.

—Libby -dice, acercándose hacia mí por encima de la mesa y besándome-, ¡eres fantástica!

Me sonrojo y pienso para mis adentros: «Ya está. No ha sido tan difícil y al menos esto hará que no me enamore de él.» No es que tenga intención de enamorarme, entendámonos. Pero ahora seguro que no me enamoro. No tendría sentido.

Disfrutamos de una cena encantadora. No, de hecho no es verdad, porque aunque no pueda hablar por Nick, apenas he tocado lo que tenía en el plato. Estaba demasiado ocupada besándolo por encima de la mesa y cogiéndole la mano por debajo, pero fue encantador. La velada fue encantadora. Él fue encantador.

¿Y sabéis lo mejor de todo? Lo mejor de todo fue pasar un sábado por la noche en compañía de un hombre. Hacer como que éramos una pareja. Hacer como que soy tan buena como el resto de las mujeres que hay por ahí, que yo también tengo un hombre, que no soy una soltera triste y solitaria que vuelve a salir con sus amigas los sábados por la noche.

Es probable que penséis que estoy loca. Sé que Jules piensa que estoy loca, porque estar soltera tiene sus ventajas, cuando estás ocupada y conocer hombres y tener citas es lo mejor del mundo y no lo cambiarías por nada. Pero cuando todas tus amigas solteras de pronto se echan novio y tú eres la única que sigues sola, te sientes la más desgraciada. Llamas a las chicas de tu pandilla y les preguntas si les apetece acompañarte a un bar un sábado por la noche y se disculpan y te dicen que están con Steve o con Pete o con Jake, pero que pueden quedar contigo para tomar un café por la tarde. Si tienes suerte aparecerán solas, con una sonrisa enorme estampada en el rostro y se sentarán y te entretendrán cantándote las excelencias de su nuevo amor. Si no tienes suerte, arrastrarán a su chico hasta donde habéis quedado y no te quedará más remedio que dar un poco de conversación a

alguien a quien no conoces de nada mientras tu amiga lo mira a los ojos, extasiada por todas esas cosas aburridas que se le ocurren a su novio y tú desapareces tan rápidamente como la buena educación te lo permite.

Y así te pasas los sábados por la noche sola o, peor aún, vas a una cena a la que te han invitado y cuando llegas te enteras de que esos horrorosos solteros que habían invitado para que los conocieras no han venido, de modo que entonces hay tres parejas y tú con tu circunstancia, y te pasas toda la velada sintiéndote como una mierda.

Pero esta noche, soy una de ellas. ¡Formo parte del juego! ¿Y sabéis qué? Me encanta.

Terminamos de cenar y vamos andando al piso de Nick, se supone que me quedará a pasar la noche, aunque ninguno de los dos lo ha mencionado, porque, después de todo, ¿qué significa «disfrutar de la compañía del otro» sino irse juntos a la cama? Nick me lleva por un sendero hacia un edificio Victoriano de ladrillos rojos. En la ventana de delante hay postigos con tablillas de madera. Casi puedo ver a través de ellos. El sitio no parece tan horrible, más bien tiene toda la pinta de ser encantador.

Ha dejado una luz encendida y, de acuerdo, quizá no sea muy de mi agrado, pero es bonito; en absoluto el mugriento agujero con el que esperaba encontrarme. Cruzo la puerta y, mientras Nick revuelve unos sobres que hay en una mesa de la entrada, dejo mi bolso en el suelo delante de su puerta y espero.

Nick levanta la vista y se echa a reír.

—Este piso no es el mío. Yo vivo arriba.

—Oh -digo ruborizándome y recojo el bolso-. Lo siento.

Subimos. Abre la puerta que, esta vez sí, da a su piso y entro en el estudio donde imagino que vive. Es horrible.

No es que esté sucio, al menos no a primera vista, es sólo que es un caos donde todo está revuelto y dejado. Hay un futón sin hacer en un extremo que, supongo, debe de ser un sofá cuando Nick se toma la molestia de recogerlo, molestia que, evidentemente, esta mañana no se ha tomado, porque el edredón está hecho un lío a los pies de la cama y todo el estudio está lleno de pilas de papeles y revistas. Y cuando digo todo el estudio me refiero a todo el estudio. A duras penas se puede andar y, mientras cruzo la pieza, se me ocurre pensar que las montañas de papeles y revistas es preferible que permanezcan tirados, porque el trozo de suelo que alcanzo a ver está cubierto por remolinos anaranjados y moqueta de pub de color marrón. Me siento con mucho tiento en un sofá que, por supuesto, ha visto días mejores. Mucho mejores. Hace mucho tiempo.

Todo el mobiliario parece sacado de baratillos, y sin duda de ahí proviene. Se cae a trozos. Nick ha colocado estanterías de cualquier manera por toda la habitación y hay tantos libros, que se amontonan unos encima de otros, en lugar de estar bien alineados como en mi piso. El estudio parece un basurero.

Un asqueroso basurero.

—¿Te apetece un té? — pregunta Nick al tiempo que desaparece en lo que debe de ser la cocina y me levanto para seguirlo, pero se vuelve y me dice: Quédate ahí. La cocina está hecha un desastre. Ya te lo traigo yo. — Y me pregunto qué aspecto debe de tener la cocina, pero decido que no pienso poner los pies en ella-. Siento que esté todo patas arriba -dice cuando trae dos tazas melladas-. Hoy quería ordenar un poco, pero no me ha dado tiempo.

—No te preocupes -lo disculpo, estrujándome el cerebro para que se me ocurra algún cumplido-. Es exactamente lo que debe ser el piso de un escritor.

—¿Tú crees? — Resulta fácil deducir que mi comentario lo hace feliz.

—Sin duda.

—A mí me gusta -comenta-, pero tengo que limpiarlo más a menudo.

No digo ni pío y me tomo el té.

Luego regresa y se sienta a mi lado. Empieza a acariciarme la espalda y yo dejo mi taza de té y me apoyo en él. Al cabo de unos minutos me olvido del cuarto, del desorden, de todo menos de la sensación de su mano en mi espalda y me doy la vuelta para besarlo. Supongo que una de las ventajas de un sitio como éste es que saltar al futón es sólo cuestión de segundos y ni siquiera reparo en el estado de las sábanas, porque Nick me ha quitado la camiseta y ahora me desabrocha el sujetador y ohhhh. Es genial.

Yo misma me desabrocho los vaqueros, tiro de ellos con decisión porque no quiero perder ni un instante y luego miro cómo Nick se desabrocha los suyos y veo, hipnotizada, cómo la polla le asoma completamente empalmada por la pernera de los bóxers, y Nick mira cómo lo miro acariciándosela. Me echo hacia delante y le beso el capullo. Él gime y le doy un empujón hacia atrás, de modo que cae de rodillas, y abro los labios y me meto su glande en la boca, luego todo el miembro y él empieza a jadear.

Al cabo de un rato me susurra que pare, que se va a correr. Me levanta y nuestras lenguas se confunden con pasión. Nick me acaricia los pechos antes de deslizar una mano hacia abajo, y ahora me toca a mí jadear, y juega conmigo un rato hasta que aparta las braguitas y, sí, sus dedos me acarician el clítoris, me los introduce para mojarlos, para que se deslicen con más facilidad y con la otra mano describe círculos alrededor de mis pechos hasta que alcanza los pezones y los pellizca, y yo gimo y me hundo en la cama.

Entonces nos quitamos toda la ropa. Yo no puedo más e insisto en que se ponga un condón y me penetre AHORA MISMO y así lo hace y resulta mejor, Dios, mucho mejor de lo que recordaba, y mientras se mueve hacia dentro y hacia fuera le chupo el cuello y me pregunto por qué razón nunca antes había sido tan genial, pero pronto me dejo de tanta pregunta, porque Nick me empuja hacia arriba para cambiar de postura y yo estoy confundida porque para qué moverse si las cosas iban tan bien, pero él me susurra: «Ya

verás.» Me da la vuelta y me penetra por detrás, y mientras lo hace con una mano me frota el clítoris y de pronto gimo al mismo ritmo que él y siento cómo crece su miembro, y me pongo a proferir sonidos increíblemente animales al tiempo que el orgasmo más intenso de toda mi vida me recorre de pies a cabeza.

Cuando terminamos estoy agotada y hago algo que nunca había hecho. Me duermo entre sus brazos.



siete

—Cuéntame, Libby, cariño -dice mi madre mientras sirve té de su mejor tetera de porcelana-. ¿Cómo te fue anoche?

¿Sabéis? Resulta extraordinario, pero aquí estoy, con veintisiete años, independiente, madura, sofisticada y, sin embargo, en cuanto cruzo la puerta de la casa de mis padres me convierto en una adolescente malhumorada a quien las preguntas de mis padres irritan tanto como hace diez años.

—Fue bien -respondo, resuelta a ser agradable y a que sus preguntas no me amarguen la fiesta.

—¿Y? — insiste mi madre con una sonrisa.

—¿Y qué? — gruño mientras cojo la delicada taza de té.

—El chico con el que saliste, ¿es agradable?

—Está bien.

—Si sólo está bien, ¿por qué sales con él? — Mi madre se echa a reír y se

recoge el pelo detrás de las orejas, un tic nervioso que, por desgracia, he heredado.

—No estoy saliendo con él -vuelvo a gruñir-. Sólo salimos juntos anoche.

«Dios», pienso mientras, mentalmente, levanto la vista hacia el techo. ¿Qué diría si le contara la verdad? Si le cuento que sí, que salí con un chico y que luego acabamos en su piso follando porque nos apeteció hasta que caímos dormidos y que por la mañana me tomé un té en la cama (lo siento, mis ideas románticas de tomar el desayuno en la cama eran algo ambiciosas dado que lo único que había en la nevera de Nick, admitió de mala gana, eran seis cervezas, una lata de mantequilla y medio paquete de bacón caducado hacía tres meses), volvimos a hacerlo y que luego me he venido derechita para aquí (Nick y yo no nos pusimos de acuerdo para salir a pasear porque él quería ver un partido de fútbol, de modo que tuve que entretenerme leyendo números atrasados de *Loaded*).

—¿Y qué hace?

—Es escritor.

—Vaya, un escritor. Qué interesante. ¿Y qué escribe?

Mi madre será un incordio, pero no puedo contarle la verdad.

—Escribe, bueno, artículos.

—¿Qué tipo de artículos?

—Para revistas de hombres.

—Qué bien. Seguro que tiene éxito.

—Sí. ¿Mamá? — Se me acaba de ocurrir algo para cambiar de tema-. Creía que tenías pastel de mazapán y chocolate.

—Oh, qué tonta soy -dice y se levanta mientras yo suspiro de alivio-. Lo había olvidado. Está en la cocina. — Y desaparece mientras me cruzo con la mirada de papá y sonrío cuando él pone cara de resignación y mira al techo.

Mamá regresa y me pregunta:

—¿Y tiene nombre tu novio?

—No es mi novio, pero sí, se llama Nick.

—Nick -repite ella y pienso que le daría un ataque al corazón si viera dónde vive-. Las cosas le deben de ir bien si puede permitirse el lujo de vivir en Highgate. ¿Vive en una de esas magníficas casas tan grandes?

—No, mamá -vuelvo a suspirar-. Nadie vive en casas grandes, ya lo sabes. Todos tenemos pisos.

—Oh, claro -dice-. ¿Has estado en su piso? ¿Es bonito?

—No la atosigues -la interrumpe mi padre bajando el periódico-. Hace poco que lo conoce, ¿verdad, Libby?

Asiento mientras le dirijo una sonrisa de alivio.

—Sólo me preocupo por ti -dice mi madre alisándose el delantal antes de sentarse-. Cuando yo tenía tu edad ya estaba casada y tú tenías tres años. No os entiendo, chicas. Queréis ser tan independientes...

—Sí. Somos las mujeres de los noventa -le digo- y, además, no me preocupa casarme. Mi trabajo me interesa demasiado.

Dios, si eso fuese cierto...

—¿Y cómo te va en el trabajo? — pregunta papá y, como siempre, saco a la luz todas las historias del trabajo que les fascinan y les cuento lo de Amanda esperando que se rían y mi padre lo hace aunque al poco tiempo se

detiene en seco cuando ve la expresión de mi madre.

—Eso no está bien, Libby. ¿No crees que deberías decírselo?

—Oh, vamos, mamá. Todo irá bien. Esa chica posaría desnuda si pensase que con ello obtendría publicidad.

—Bueno, quién mejor que tú para saber lo que haces -dice con las cejas arqueadas, lo que significa que no tengo ni idea de lo que tengo entre manos y que desapruéba mi comportamiento.

—¿Cómo está Olly? — les pregunto al fin porque sé que la única forma para ponerla de buen humor es preguntarle por mi querido hermano, la niña de sus ojos.

—Hecho un tunante, para variar -dice mi madre-. Entregado en cuerpo y alma a su trabajo y rompiendo el corazón de todas las chicas. No sé de qué me sorprendo.

Por mucho que odie admitirlo, adoro a mi hermano. Veintiséis años, guapísimo, cada vez que lo veo me da un ataque de risa y eso que no coincidimos tan a menudo como me gustaría. Es el tipo de persona que todo el mundo adora al instante y aunque a veces creo que debería estar celosa de eso, de su naturalidad, la verdad es que no lo estoy y sólo me jode cuando me dice que debería dejar en paz a mamá.

No obstante, cuando éramos niños lo odiaba. Lo odiaba por ser siempre tan listo y tener un gran espíritu deportivo y ser tan popular. Porque nunca se equivocaba, de ahí que, lógicamente, fuese el favorito de mamá. Pero, cuando me fui de casa para ir a la universidad, las cosas cambiaron de repente, y la primera vez que regresé a casa para pasar las vacaciones, Olly dejó de ser el incordiante hermano pequeño y empezó a ser un igual.

También ayudó el hecho de que comenzase a fumar. Los dos nos encerrábamos en mi habitación y fumábamos frenéticamente asomados a la ventana para luego, en cuanto terminábamos, rociar con un ambientador

dulzón hasta la náusea. Él fue quien me introdujo en el mundo de los petas y me enseñó cómo coger un Rizla grande, espolvorearlo primero con tabaco, luego con trocitos de maría ligeramente quemados y liarlo, hasta que cogía una forma sospechosamente parecida a la de un tampón súper plus.

Pero, por supuesto, mamá nunca lo supo. De haber sido así, se hubiese puesto a chillarme por beber o por fumar o por volver tarde por la noche, pero como Olly nunca hacía nada malo, cuanto mayor me hacía tanto más nos reíamos juntos, y a partir de entonces, de repente, Olly se puso de mi parte y le contaba a mamá que yo no había estado bebiendo, ni follando ni nada.

Y ella le hacía caso. Se ponía a despotricar hasta que aparecía Olly y decía que se había encontrado conmigo hacía un rato y que yo estaba con Susie y que mamá debía de haberlo entendido al revés... ¡y ella lo creía!

Incluso hablamos de compartir un piso durante un tiempo, pero decidí que, por mucho que lo quisiese, no podría vivir con su desorden, de modo que yo me busqué un piso y él consiguió un trabajo en Manchester.

Olly es feliz. Le encanta vivir allí. Ha alquilado un piso enorme en Didsbury, trabaja de productor en una importante cadena de televisión y los fines de semana se va de juerga por todos los clubes. No tiene ninguna novia con la que vaya en serio, los problemas con las relaciones deben venir de familia, pero tiene todas las aventuras que le apetecen. Lo telefonoo cada fin de semana, por lo general mi llamada lo rescata de la profundidad de otra resaca descomunal, y también demasiado a menudo tiene que llamarme al cabo de un rato, cuando el resultado de la noche anterior se ha maquillado y se ha ido.

Además, aparte de Jules, es perfecto para solucionar mi vida amorosa. No es tan listo como ella, pero se le da muy bien explicar la perspectiva que los hombres tienen de las cosas; y me he pasado horas y horas al teléfono hablando con él para buscar estrategias que me ayuden a conseguir al hombre de mis sueños.

—¿Cómo le va en el trabajo? — pregunto, porque últimamente he estado muy liada y no he podido llamarlo.

—Tiene un nuevo programa de cocina -responde mamá, sacando pecho porque la producción televisiva es un tema que conoce. Al menos debería, después de las horas que se pasa delante de la tele.

Las relaciones públicas, por lo que a ella se refiere, no cuentan. No puede presumir de que su hija trabaja de relaciones públicas, porque nunca ha llegado a entender en qué consiste mi trabajo, por mucho que haya intentado explicárselo un millón de veces. Además, mi madre piensa que yo no debería trabajar. Cree que debería quedarme en casa preparando comidas succulentas para mi marido, que trabajase para mantenerme a mí y a mis diez hijos. Ése es el estilo de vida al que le gustaría que me acostumbrase. Cualquiera diría que aún vive en los albores de la Edad Media. Sin embargo, un productor de televisión... Eso es algo que sí entiende, algo de lo que puede ver pruebas, razón por la que dice: «Mi hijo, el productor de televisión.» Con el tiempo se ha convertido en su muletilla.

—¿De cocina? — Me echo a reír-. Pero si Olly no sabe nada de cocina, excepto el arroz al curry y las hamburguesas para llevar.

—Se llama *El gastrónomo vegetariano*. -Es evidente que está resuelta a pasar por alto mi último comentario.

—¿*El gastrónomo* qué? — Esto sí que es increíble-. Olly siempre ha sido el típico hombre de carne y guarnición de verduritas.

—Ya lo sé -dice ella-, y para serte sincera no entiendo toda esa tontería vegetariana. No me cabe la menor duda de que coméis así porque está de moda, pero ya ves... -Y me mira intencionadamente mientras yo desvío la mirada, porque a la mínima ocasión que le das, hurga en la herida.

Sí, muy bien, ¿y qué? Fui vegetariana durante una época, alrededor de dieciocho meses y no puedo decir que lo hiciese para evitar la crueldad con

los animales, sino porque todos mis amigos lo eran y yo no iba a ser menos. No estuvo mal. Ni siquiera echaba en falta la carne. Pero toda esa historia de que comer vegetariano es comer sano es un rollo patatero. Será verdad si te pasas la vida comiendo ensaladas y frutos secos. Pero yo vivía de pan, queso, huevos y pasteles. Me puse como una vaca. Recuerdo la primera vez que volví a comer carne; salí con unos amigos, un grupo en el que todos comían carne, y fuimos a un restaurante chino donde sirven comidas para llevar y yo me quedé allí en medio, de pie en el establecimiento, oliendo todos aquellos aromas deliciosos. Todo el mundo pedía cerdo agridulce y pollo al limón y yo pensé: «A la mierda. Si tengo que volver a comer verdura a la cantonesa me pondré a gritar.» Así que no lo hice y pedí costillas de cerdo a la barbacoa. Estaban deliciosas. Nunca eché de menos mi régimen vegetariano.

Pero que Olly haga un programa sobre cocina es ridículo. Y se lo digo.

—Está leyendo libros sobre el tema -dice mamá con orgullo-, y ya sabes cómo es Olly. De la noche a la mañana se convertirá en un experto en la materia. No entiendo por qué razón ninguno de los dos ha heredado mis habilidades culinarias.

—¡Yo sé cocinar! — exclamo casi a gritos.

—Libby, cariño, preparar unos espaguetis a la boloñesa no tiene ningún secreto.

—Disculpa, mamá, pero aparte de que nunca has comido en mi casa, ¿cómo sabes si sé cocinar o no? Resulta que soy una excelente cocinera -insisto sin bajarme del burro.

—¿De veras? — responde mamá con tono de aburrimiento-. ¿Y cuál es tu especialidad?

Mierda. Me quedo quieta intentando pensar en algo, pero no hay forma, me he quedado en blanco.

–Puedo cocinar cualquier cosa -fanfarroneo.

–Claro, cariño.

Y punto. Ya he tenido suficiente.

–Tengo que irme -digo mientras me levanto y me acerco a mi padre para darle un beso de despedida.

–¿Tan pronto? – pregunta mientras vuelve a bajar el periódico.

–Sí. Tengo cosas que hacer y he quedado con unos amigos.

–Pero Libby -objeta mi madre-, si sólo hace cinco minutos que has llegado.

Más de una puñetera hora y, en cualquier caso, ya hace demasiado rato.

–Lo siento, mamá. Ya te llamaré durante la semana. – Y salgo disparada antes de que me haga sentir culpable.

Subo al taxi que he llamado antes y enciendo el móvil de inmediato. Maldita sea. No hay mensajes. Pero ¿qué esperaba? ¿Que Nick llamase para decirme que me echa de menos? Poco probable, pero en ese momento se pone a sonar y el número de Jules aparece en la pantalla y abro el teléfono.

–¿Dónde estabas? – se queja-. Tenías el móvil desconectado. Me pongo enferma cuando lo haces.

–Lo siento -digo recostándome en el asiento del coche. Enciendo un pitillo antes de levantar la vista y ver que mi madre aparta las cortinas-. Mierda. Espera. – Ni siquiera le he dicho al taxista adónde vamos-. A Ladbroke Grove -le indico y me despido de mi madre con la mano mientras recorremos la calle a paso de tortuga hasta que la pierdo de vista. Entonces vuelvo al teléfono. Los móviles son, cómo no, otro de los «aparatos modernos» que mi madre no soporta.

—¿Y bien? — me pregunta.

—¿Y bien qué? — Me echo a reír.

—¿Cómo te fue?

—Increíble. Fue encantador, es encantador.

—¿Te quedaste en su casa?

—Sí y volvimos a disfrutar de una fantástica sesión de sexo. — Bajo la voz hasta convertirla en un susurro para que el taxista no me oiga.

—Y su estudio, ¿es tan asqueroso como pensabas?

—Dios mío, Jules -gruño-. Peor. Mucho, mucho peor.

—¿Cómo?

—Está hecho un desastre. En serio, Jules; suerte que esto sólo es una aventura, porque no podría vivir así. No entiendo cómo él puede.

—¿Estaba sucio?

—No, aunque las sábanas no olían precisamente a detergente. Es un agujero de lo más cochambroso.

—Ya veo. La prueba definitiva es el baño. Mientras el aseo esté decente no importa cómo esté el resto del piso.

Humm. Qué interesante.

—En realidad el cuarto de baño estaba bien. De hecho, es bonito. ¡Y me mintió en lo de que no tenía bañera!

—¿No había manchas?

—No. Limpio como los chorros del oro.

—A Dios gracias. Me da igual si un hombre vive en una pocilga siempre y cuando el pavo sea limpio.

—Nick es limpio -le informo, al tiempo que recuerdo su olor a limpio, masculino y adorable.

—Entonces, ¿no te has enamorado?

—¡Dios mío, no! Ayer tuvimos una conversación. — Y se la cuento palabra por palabra, con pelos y señales, mientras ella escucha con suma atención. Cuando termino me vuelve a salir con la misma historia.

—¿Estás segura de que vas a poder controlarlo?

—¡Por supuesto! Jules, escucha, si creyese que va en serio te lo diría, ¿verdad?

—Ajá.

—En todo caso, después de nuestra conversación, ahora los dos sabemos en qué punto nos encontramos y nos parece bien.

—Mientras no te haga daño.

—Cállate, Jules. Sabes de sobra cuánto odio esa expresión.

Y es cierto. La odio. ¿Por qué se molesta la gente en decirte algo así? Quiero decir, ¿tengo otra opción? ¿Encerrarte en un ático y no salir nunca por miedo a que te hagan daño? ¡Y un cuerno! Por la cuenta que te trae, en una relación tienes que darlo todo, porque si tiene que hacerte daño, te lo hará, pero al final al menos te queda el consuelo de saber que lo has intentado con todas tus fuerzas.

Aunque no tenga previsto darlo todo en esta relación, o aventura, o sea lo que sea, al menos no cuando estamos fuera del dormitorio. No, así está bien. Una relación sana. Controlo la historia y eso es algo en lo que no tengo mucha experiencia. Qué diablos, ni he pensado en Nick desde que me fui de su piso. No mucho. Bueno, vale, no tanto como pensaba en mis otros novios. ¿Contentas?

Seguramente debéis de pensar que miento, pero es verdad, porque en el pasado pensaba en mis nuevos novios todo el santo día. Bueno, casi. Esto es algo que nunca he entendido de los hombres. No importa lo locos que estén por ti, pueden seguir con sus vidas, sus trabajos, sus amigos y no volver a pensar en ti. Cuando lo hacen, algo que por lo general ocurre cuando no piensan en nada más, descuelgan el teléfono y te llaman, sin tener en cuenta el hecho de que tú hace una semana que lloras desconsolada porque no te han llamado.

Personalmente creo que es porque los hombres son unos inútiles a la hora de hacer malabarismos. No estoy hablando de sabérselas componer con el trabajo o con los niños ni todo ese rollo, no; estoy hablando de hacer más de una cosa a la vez. Las mujeres pueden planchar, ver la televisión, hablar por teléfono y contestar a la puerta y todo al mismo tiempo. En cambio los hombres... Los hombres sólo pueden ocuparse de una sola cosa a la vez. ¿Alguna vez habéis probado a hablar con un tío mientras intenta aparcar el coche? Exacto. No os hará ni caso porque sólo puede concentrarse en una cosa al mismo tiempo. Así que nosotras seguimos con nuestras vidas mientras ellos se instalan en nuestras cabezas, sin tan siquiera pagar alquiler, y ellos siguen con sus vidas sin volver a pensar en nosotras.

Y no estoy diciendo con esto que nuestra manera de hacer las cosas sea mejor. La de veces que he deseado poder dejar de pensar en alguien y continuar con mi trabajo, pero no puedo. Una vez se te han metido en la cabeza, se quedan ahí para siempre, hasta que te dejan o tú logras olvidarlos. Para seros sincera, encuentro todo este proceso agotador, y ésa es la razón por la que, sentada en el coche y hablando por teléfono con Jules, decido que esta vez no pienso hacerlo. De hecho, estoy harta de hablar de él, de recordarlo, de analizarlo.

—Jules, tengo que colgar -le digo.

—¿Por qué? ¿Adónde vas?

—A mi casa, quiero darme un baño. Ahora estoy en un taxi y no puedo hablar.

—De acuerdo. ¿Me llamas luego?

—Sí. ¿Estarás en casa?

—Sí.

Cuando llego a mi casa salto a la bañera, y mientras disfruto del baño, empapada en burbujas con olor a lavanda, me recuerdo que no voy a pensar en Nick, pero entonces pienso que pensar un poco en él tampoco me va a hacer ningún daño. Así que decido darme tres minutos para recordar a Nick y se acabó, al menos por hoy.

Y cuando sus tres minutos han pasado, cojo un libro y me pongo a leer y cada vez que Nick amenaza con colarse en mi cabeza (una vez cada dos páginas) lo echo fuera hasta que estoy tan enfrascada en el libro que ya no pienso en él y cuando Jules me llama un poco más tarde estoy en mitad de una buena película de domingo por la noche, lo cual, estaréis conmigo, es una razón perfectamente válida para no hablar con tu mejor amiga, ya que por lo general la programación del domingo por la noche no vale un pimiento, y cuando me meto en la cama estoy tan cansada que no tengo ni fuerzas para pensar en Nick, por mucho que quiera. Pero no quiero. Lo digo por si alguna sentía curiosidad.



ocho

Sal me llama al día siguiente por lo de la entrevista y, como aún me envuelve el agradable calorcillo poscoito y me siento un punto bondadosa, trato de endosarle a Sal el muerto de Amanda Baker.

—¿Amanda qué? — pregunta, y yo suelto un gruñido.

—Ya sabes, Sal. La reportera del mundo del espectáculo en *Breakfast Break*.

—Tú crees que me levanto tan temprano como para ver *Breakfast Break*.

—Es la rubia imponente del programa. — Soy consciente de que estoy a punto de perder la batalla.

—No. No sé quién es.

—Bueno. Supongo que no te interesará hacer un reportaje sobre ella.

—Vamos, Libby, sabes que no puedo escribir un artículo sobre alguien a quien nadie conoce.

—Sí -suspiro-. Ya lo sé. ¿Y cómo está el gran amor de tu vida?

Su voz delata que ahora está entre las nubes.

—Es maravilloso. De verdad, Libby, es completamente distinto de los otros.

—¿Qué otros? — le pregunto, porque a decir verdad nunca he oído a Sal hablar de otros hombres.

—Todos los otros.

—¿Cuánto hace de tu última relación? — le pregunto con curiosidad.

—La tira de años -dice-. Hasta ahora nunca he tenido relaciones, parecía que me hubiese especializado en aventuras y casi siempre con hombres casados. Son unos cabrones.

Y las dos nos echamos a reír.

—¿Tienes planes para después del trabajo? — me pregunta, y por su tono de voz resulta fácil adivinar que está desesperada por hablar de Paul, por contarme hasta el menor de los detalles sobre él, y aunque estoy segura de que voy a aburrirme, nunca se sabe, quizá hasta descubra algo sobre Nick, y dado que no tengo nada que hacer, a no ser que ver *Brookside* en la tele signifique tener la tarde ocupada, accedo a que nos veamos.

Quedamos en encontrarnos en el Paradise Bar, a medio camino entre el trabajo y casa. Nos veremos allí a las siete.

Y esa tarde consigo adelantar mucho trabajo. Me siento al teléfono y logro convencer a dos periodistas para que escriban un par de artículos sobre Rita Roberts, además de organizar el lanzamiento de la serie de Sean Moore. Un buen día de trabajo, en definitiva, y lo mejor de todo es que apenas pienso en Nick, si no es para felicitarle por casi no pensar en él, ya me entendéis.

Me apetece ver a Sal. Quizá no nos veamos mucho, pero siempre que quedo con ella lo paso bien, parece que tengamos tantas cosas de qué hablar... Como llevamos vidas tan dispares tenemos la tira de cosas sobre las que ponernos al corriente.

Estoy muy contenta de que haya encontrado a Paul. Siempre he pensado que Sal sería una esposa y una madre perfecta porque, aunque tan sólo me lleva un año, hay algo en ella increíblemente afectuoso y maternal y nunca he logrado entender por qué ha estado sin pareja durante tanto tiempo. No es que tenga problemas para atraer a los hombres, pero al poco tiempo éstos salen huyendo; tal vez ese punto maternal los asusta. Pero Sal, más que nadie en el mundo, necesita una relación. Si hasta hace su propia

mermelada, por el amor de Dios. ¿Quién puede resistirse a eso?

Cuando llego al Paradise ya me está esperando, sentada a una mesa en un rincón; y cuando me acerco me da un abrazo y un beso en la mejilla la mar de efusivos.

—Me muero de hambre -me dice-. ¿Qué te parece si reservamos mesa en el restaurante para luego?

—Bien -respondo-. Ya me encargo yo. — Porque estoy de pie, mientras me alejo veo que me hace un gesto para que vuelva a la mesa.

—Reserva una mesa para tres -me informa-. Nick vendrá un poco más tarde, ¿te parece bien?

—Ah -digo, algo desconcertada; no tengo ni idea de si Sal sabe lo nuestro ni de por qué Nick no me ha llamado. Sólo pensar que voy a verlo me emociona. Quizá estoy nerviosa. Tal vez debería contárselo a Sal.

¿Cómo debería reaccionar cuando llegue? ¡Qué más da! El caso es que ¡Nick viene!

Pido una copa cuando regreso a la mesa, me siento con un ojo clavado en la puerta para ver a Nick cuando llegue y Sal empieza a contármelo todo acerca de Paul.

—Es tan considerado... Tiene unos detalles... -Y alarga el brazo para presumir de un precioso brazalete de la suerte. Digo los oohes y aahes de rigor y, pese a que la estoy escuchando, de pronto siento una urgente necesidad de hablar de Nick, de contarle lo nuestro, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo.

—¿Así que piensas que es el hombre de tu vida? — le pregunto como siempre hago cuando una de mis amigas empieza a salir con alguien, no porque tenga curiosidad en conocer la respuesta, sino porque quiero saber cómo lo saben y si yo también lo sabré. Jules dice que soy una idealista, que vivo

con esa idea romántica tan ridícula de que dejaré que la pasión me arrastre y que al momento sabré si he conocido al hombre con quien me voy a casar. Imagino que tiene razón. Tal vez, como nunca he tenido una relación larga, siempre he pensado que sucedería muy rápido, que conocería a alguien, nos enamoraríamos y al final de nuestra primera noche juntos ambos lo sabríamos. No estoy muy segura de cómo llegaré a saberlo, pero estoy convencida de que lo sabré. El único problema, como Jules no deja de repetirme, es que cada vez que conozco a un chico creo que es mi príncipe azul.

Cada vez que conozco a un tío, telefoneo a Jules y le cuento que ahora sí, que la historia es diferente, que ahora sí, que el chico es diferente, y aunque cada vez piense lo mismo, procuro no decírselo porque ella se echa a reír y me dice que toda esa situación tiene mucho de *déjà vu*.

Pero, volviendo a lo que dice Jules, yo creo que una realmente no sabe cuándo conoce al hombre con el que se casará. Es la única persona que conozco que dice algo parecido. Todo el mundo con quien he hablado, y creedme cuando os digo que he investigado a fondo, dice que lo sabían. Jamie le cayó fatal a Jules la primera cita. Lo recuerdo muy bien. Lo conoció en una fiesta y, aturdida por la borrachera, le dio su número de teléfono e inmediatamente se olvidó de él. Jamie la llamó al cabo de dos semanas (¡Dos semanas! ¡Imaginaos si le hubiera gustado y Jules hubiese tenido que esperar dos semanas!) y ella no tenía ni la más remota idea de quién era. Por más que Jamie le contaba dónde se habían conocido, Jules no se acordaba de él, pero aceptó salir a cenar para comprobar si realmente lo había visto antes.

Y aun así no lo recordó, lo cual la sorprendió muchísimo porque está tan bueno que Jules estaba convencida de que nunca se olvidaría de una cara como aquélla. Pero el hecho de estar como un queso no significaba que el chico fuera a ser agradable y Jamie (un día me contó su versión de la historia y ahora tengo una visión de conjunto) estaba tan nervioso que se comportó como un auténtico imbécil. Se pasó toda la noche hablando de sí mismo y bebió tanto que terminó con la cara en un sorbete de fruta de la pasión. Jules estaba indignada. Se fue y se negó a atender sus llamadas o a

aceptar sus disculpas.

Sólo cuando Jamie se presentó en su oficina con un ramo de flores inmenso y cara de cordero degollado, Jules decidió concederle una segunda oportunidad, pero nunca, ni por un momento, pensó que se casaría con él.

Y ésa es la razón por la que mi historia con Nick resulta tan refrescante, porque sé, sin lugar a dudas, que no es el hombre de mi vida, aunque yo no me liaría con alguien a menos que tuviera potencial, pero lo que ahora me apetece es pasarlo bien.

—Me parece que sí -responde Sal a mi pregunta-. Es la primera vez que siento algo así.

—¿De verdad? — Esto me resulta tan nuevo que estoy fascinada-. ¿Nunca pensaste que te casarías con alguno de los tíos con los que salías?

—¡Dios mío, no! — Se echa a reír-. Y si los hubieses conocido entenderías por qué. No, incluso las relaciones cortas que tuve cuando tenía veintipocos fueron con gilipollas enamorados de sí mismos. Ahí estriba la diferencia. Hasta ahora nunca me habían tratado tan bien, y antes de conocer a Paul no tenía ni idea de cómo era sentirse mimada. Creo que la razón por la que esta historia es diferente es porque hace mucho que somos amigos y siempre he considerado a Paul un buen amigo.

—¿Y cómo ocurrió?

—Hacía tiempo que no lo veía y un buen día me llamó porque necesitaba un contacto para la historia en la que trabajaba y quedamos en vernos para tomar una copa. Yo ni siquiera me molesté en hacer el esfuerzo, quiero decir que todo fue por obra y gracia de Paul, Dios, y cuando nos encontramos pasamos una velada genial y de pronto al final de la noche se dio toda esa química extraña que nos vuelve locas.

—¿Te acostaste con él?

Sal se empieza a reír.

—¡Estás de coña! Ni siquiera le di un beso, aunque me moría de ganas, y sabía que a él le pasaba lo mismo, pero estaba muy confundida.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Me llamó al día siguiente para agradecerme lo bien que lo había pasado, un detalle que me pareció algo raro porque hasta entonces siempre había sido yo quien llamaba para dar las gracias por una velada fantástica, lo que no dejaba de ser una excusa para llamar. Me preguntó si quería volver a salir con él, y aquella noche pasó y eso es todo, en serio. Y lo más curioso de todo es que funciona. Supongo que es verdad lo que dicen, eso de que nunca sabes si las cosas van bien hasta que van bien, aunque me da un poco de miedo decirlo en voz alta, no vaya a ser que después Paul resulte un cabrón, pero algo me dice que no lo será. ¿Y sabes qué? — prosigue mientras yo niego con la cabeza—. Es la primera vez que alguien cuida de mí y eso es lo que me encanta. Antes siempre era yo quien cocinaba, quien lavaba; antes siempre era yo quien hacía demasiadas cosas por ellos, mientras que ahora es Paul quien quiere hacerlo todo por mí.

—¿Y eso te encanta? — digo con una sonrisa maliciosa, que Sal no duda en devolverme.

—Me encanta. Bueno, Libby, ya hemos hablado bastante de mí. ¿Y tú qué? Tú que siempre has tenido una vida amorosa tan tempestuosa, tan alucinante. ¿Quién es el último?

—Pues en realidad... -Estoy a punto de contárselo cuando veo que se abre la puerta y entra Nick. Sal me ve mirando por encima de ella y se da la vuelta.

—¡Nick! — Se levanta y mueve la mano. Nick se acerca a nuestra mesa.

—Mi pelirroja preferida -dice él, le da un abrazo de lo más efusivo y yo tengo una sensación muy extraña y además no sé qué decir. Él me mira y yo ya siento un cosquilleo de deseo en las ingles, y sonrío y me dice-: Mi

morena preferida. – Y me rodea con sus brazos y a mí también me da un abrazo para luego irse hacia la barra y pedir otra ronda.

–Espero que no te moleste que le haya dicho que viniese -susurra Sal cuando Nick se ha ido-. Esta mañana hablábamos por teléfono y le dije que tú y yo habíamos quedado, y cuando me preguntó si podía venir no pude decirle que no.

Me siento tan feliz que tengo ganas de ponerme a saltar.

–No te preocupes -le digo-. No pasa nada.

–Qué raro -sigue susurrando Sal-. Antes me gustaba mucho, pero ahora ni siquiera me parece guapo, debe de ser que estoy enamorada.

–Sí -le digo, porque no se me ocurre nada mejor que decir, y gracias a Dios, Nick elige ese momento para coger una silla y sentarse.

–Bueno -dice Sal-. Estábamos hablando de la vida sentimental de Libby.

–¿Ah, sí? – dice Nick animadamente-. ¿Y qué decíais?

–Estaba a punto de ponerme al día de su última conquista y antes de que digas nada, Libby, sé que no estás sola, lo llevas escrito en la cara. Sí, estás enamorada.

Mierda. No puedo evitarlo. Siento cómo un intenso rubor me sube por el cuello hasta que me inflama las mejillas.

–Ahora sí que sé que estás enamorada. – Sal se echa a reír mientras yo pienso: «Cállate de una puta vez.»

–Esto no me lo pierdo por nada del mundo -dice Nick sonriendo.

–No estoy enamorada -afirmo categóricamente-. En absoluto.

—Vamos -me pincha Nick haciéndose el tonto-. Dínoslo. Te mueres de ganas.

—Nick es un genio cuando se trata de resolver la vida amorosa de los demás, ¿verdad, Nick? — dice Sal, que sólo parece abrir la boca para meter aún más la pata. Nick se limita a asentir, pero sonrío y sé que lo está pasando en grande.

—Vamos, Libby, no es propio de ti ser tan reservada.

—Sal, no tengo nada que contar.

—No te creo -salta Nick al tiempo que le doy una patada por debajo de la mesa.

—¡Au! — exclama Sal-. ¿A qué ha venido eso?

—Oh, Dios mío, lo siento -me disculpo mientras Nick se recuesta en su silla y se pone a reír como un histérico.

—¿Qué pasa aquí? — Ahora sí que Sal parece confundida.

—Lo de siempre -masculla Nick-. Bueno. Pues que Libby y yo... -Se detiene.

«Vamos -pienso-. ¿Qué somos? ¿Salimos juntos? ¿Nos vemos? ¿Dormimos juntos? ¿Qué?»

—Libby y yo... -repito y se vuelve a callar.

—Libby y tú ¿qué? — pregunta Sal, y yo estoy convencida de que sabe lo que Nick está a punto de decir, sólo que ahora está saboreando su venganza.

—Ya sabes, somos... -Ladea la cabeza y arquea las cejas.

—No -dice ella-. ¿Sois qué? — Y entonces, sin poder evitarlo, se echa a reír-.

Dios mío -dice-. Me siento como una idiota.

—No pasa nada -digo-. Debería habértelo contado.

—Sí, puñetera, deberías habérmelo contado. ¿Por qué no lo has hecho?

—No sabía cómo -le respondo, aunque en realidad no quería contárselo.

—Así que la otra noche congeniasteis... -dice con una sonrisa.

—Mucho -contesta Nick alargando las vocales mientras me rodea con el brazo y me da un besito en la mejilla.

—Oh, no. Ahora no te pongas a hacer el tortolito conmigo.

—Perdona -dice Nick mientras se aparta-. Es que no puedo tener las manos quietas cuando Libby se sienta a mi lado.

Sonrío. Y sonrío. Y sonrío.

Entonces viene la camarera para decirnos que ya tenemos mesa en el restaurante, así que nos levantamos y entramos. Sal va primero; luego, yo, y después, Nick. Me coge por la cintura mientras entramos, se arrima a mi cuello y me susurra: «Esta noche estás preciosa», y yo le dedico la más amplia de mis sonrisas y tomo asiento.

Al final pasamos una velada de lo más agradable. Me gusta estar con Nick y Sal. Me gusta la sensación de que Nick se lleve bien con mis amigos, aunque Sal sea una amiga de los dos, quizá incluso más suya que mía. Y más que eso me gusta que se pase la mayor parte de la velada con mi mano cogida por debajo de la mesa y que todo lo que digo le resulte fascinante, aunque no lo sea, y que me haga sentir como la mujer más especial del mundo.

Hablamos un poco del trabajo y de la gente que conocemos. Luego jugamos a ver quién cuenta la historia más divertida. Empezamos con historias de

bar, a ver quién cuenta la mejor anécdota de borrachos y, por supuesto, Nick nos gana. Luego seguimos con historias de borrachos al volante, lo que deriva en historias de policías, cosa que me obliga a revelar que en una ocasión conocí a un tipo que me pidió que saliera con él y que se presentó en casa de mis padres vestido con el uniforme de policía. Creo que en ese apartado gané yo.

Después pasamos a contar las peores citas de nuestra vida. Nos echamos a reír como histéricos cuando Sal nos cuenta que una vez contestó a uno de esos anuncios de contactos, intercambió fotografías por correo con el tío y cuando vio aquel cuerpo cachas de casi dos metros decidió que estaba enamorada, pero cuando llegó el momento de conocerse en persona, el tipo era un taponcete, gordo y calvo.

—Creo que pensé que no me daría cuenta -farfulla entre risas mientras Nick y yo pensamos cada uno por nuestra cuenta en una historia que la supere.

Nick nos sale con una historia de acoso. Conoció en un bar a una rubia escultural (seguro que la muy zorra lo era, seguro). La invitó a salir unas cuantas veces antes de decidir que la chica carecía de interés; de hecho, era el prototipo de modelo rubia y tonta, y la dejó. Entonces ella lo bombardeó a llamadas, se presentaba en su piso cada día, le escribía cartas donde le contaba sus planes de boda y, al final, apareció con un cuchillo de cocina, diciéndole que si no era para él no sería para nadie.

Sal y yo escuchábamos boquiabiertas.

—Qué horror -digo-. ¿Qué diablos hiciste?

—Intenté quitarle la pistola a la fuerza, pero no pude y al final llegó un policía y ella lo retuvo como rehén. El poli acabó con un tiro y la casa rodeada. La internaron en un psiquiátrico -concluye asintiendo tristemente con la cabeza.

—Espera un momento -lo interrumpo-. Dijiste que llevaba un cuchillo, no una pistola.

—¿Ah, sí? Mierda. — Se encoge de hombros-. Bueno, no me negaréis que era una buena historia.

—¿Lo has inventado todo? — Sal está confundida.

—No exactamente. Sucedió de verdad. Al personaje de Mick en *Brookside*.

—Oh, Nick -digo al tiempo que me pongo a reír-, eres un caso.

Y cuando terminamos de tomar el café y Sal empieza a bostezar, pagamos la cuenta y nos vamos. No me tomo ni la molestia de decirle a Nick si se viene a mi casa a pasar la noche, porque los dos sabemos que lo va a hacer, y cuando Sal le pregunta si quiere que lo acerque hasta la estación él responde que no y Sal vuelve a avergonzarse.

Nos despedimos y vamos a mi piso. Cuando entro hay un breve momento de incomodidad, pues Nick ve que la luz del contestador indica que tengo cuatro mensajes.

Podría oírlos, pero no lo hago, y antes de que os hagáis una idea equivocada, no es porque haya otros hombres en mi vida, es por Jules. Sé cómo es. Seguro que me ha dejado un mensaje del tipo «¿Dónde te has metido? Espero que no estés follando por ahí» o «¡Confío en que puedas andar después de lo de anoche» o «¿Cómo está el gran amor de tu vida?». Y si Nick lo oyese me daría un patatús.

—Tienes mensajes -dice mientras se sienta.

—Sí -digo con indiferencia-. Probablemente de mi madre o de Jules. En cualquier caso, da igual quien haya llamado porque es demasiado tarde para devolverles la llamada. Ya los escucharé mañana.

Nick se levanta de un salto y se pone a besarme el cuello.

—Supongo que no te habrá llamado ningún desconocido guapo, alto y

moreno...

—¡Qué más quisiera! — Me río y luego adopto un tono bastante serio-. Nick - digo y estoy segura de que por mi tono de voz Nick sabe que tengo que decirle algo, de modo que se echa hacia atrás y dice:

—Oh, oh, ¿he sido un niño malo? He hecho algo malo, ¿no es eso? ¿Qué he hecho?

—No. — Vuelvo a reírme-. Sólo quiero que sepas que mientras me acueste contigo no tengo intención de irme a la cama con nadie más.

Nick asiente serio, es evidente que entiende lo que le estoy diciendo.

—Entiendo -responde-. Yo pienso igual que tú. Ya sé que esto nuestro no va en serio, pero estoy de acuerdo en que mientras durmamos juntos no nos acostaremos con nadie más. Lo único que me queda por añadir es que si alguno de los dos se siente tentado, o conoce a alguien, lo hablemos y seamos sinceros el uno con el otro.

—Perfecto -contesto, y le doy un beso, y mientras lo digo espero que nunca suceda, y que si alguien de los dos tiene que conocer a otra persona o se siente, como él dice, «tentado», que ese alguien sea yo. No me parece que sea mucho pedir.



nueve

¿Cómo puedo rechazar una invitación de Jules para ir a cenar cuando Nick está sentado a mi lado, en mi piso, y puede oírlo todo? Y lo está oyendo todo, porque sonrío como un idiota, y asiente, y no es que no me apetezca ir,

pero no estoy muy segura de que Nick encaje con mis amigos. Después de conocer a los suyos la otra noche, no lo estoy.

Aunque cabe decir que mis amigos seguro que son más simpáticos que los suyos. Jesús, me sentí como si me hubiesen puesto a prueba y no la hubiera superado. Y no precisamente por mi culpa.

La velada fue, para decirlo diplomáticamente, una terrible pesadilla. No me gustó pero que nada. Creí que sólo seríamos Nick y yo. Cuando nos encontramos, me dijo que había quedado con unos amigos y que si me importaba. Yo le mentí y dije que no, que no pasaba nada. Y una parte de mí tenía curiosidad por saber cómo eran sus amigos porque, por mucho que conozca a Sal, no conozco a los demás y quería saber quiénes eran y cómo.

Nos encontramos en un pub (sorpresa, sorpresa, vaya mierda de sorpresa), y desde el mismo momento que llegamos supe, por el aspecto del pub, que no iba a ser una velada memorable, porque hay pubs y pubs. No sé si entendéis lo que quiero decir. Vale. Los pubs no me gustan, me parece que ya os lo he dicho, pero alguna vez me dejo caer en alguno. Me gustan los que tienen un aire campestre en medio de Londres (como el Clifton, por decir uno), los que intentan ser algo más (como el Lansdowne, que ahora es más un restaurante que otra cosa) o los que han sido completamente restaurados y están limpios, son luminosos y resultan elegantes (como el Queens).

Los pubs en los que nunca he entrado son los auténticos. Los que tienen solera. Oscuros, lóbregos, llenos de humo, con camareras de barra que llevan el pelo rubio oxigenado y clientes poco fiables que hacen negocios en el bar. Podría deciros algunos nombres, pero no me gustaría jugarle la vida, y el tipo de gente que acude a esos pubs sabe cómo quitarte de en medio.

Y el pub en el que estábamos era uno de éstos, salvo que aún resultaba más oscuro, más lóbrego y había más humo que en los desagradables locales de mi imaginación. A través de la calima de humo distinguí a un grupo de

personas en un extremo, que se callaron cuando entramos y saludaron a Nick con la mano antes de repasarme de arriba abajo.

Yo me había puesto los trapos para la ocasión: mi uniforme de zapatillas deportivas, vaqueros y un jersey muy suelto. Y vale, muy bien, el jersey era de Nicole Farhi, ¿y qué? Para mí es una prenda de vestir informal. Y sí, llevaba joyas, pero eran de plata, ¿y qué pasa si eran de Dinny Hall? Sólo lo reconocerían los expertos en la materia.

Probablemente aquellas tías no eran unas expertas, pero tras un intercambio de miradas supe que no íbamos a llevarnos bien. Todos los que se agolpaban en la mesa diminuta del pub parecían estudiantes repetidores. Genial. «Al menos -pensé con desdén mientras los desnudaba con la mirada del mismo modo que ellos me desnudaban a mí-, al menos llevo los vaqueros limpios.» Ni una sola de ellas llevaba maquillaje y aunque yo no iba muy maquillada, bueno, quizá un poco, pero casi no se notaba, veía cómo se entretenían mirando el carmín de mis labios y me entraron ganas de echar a correr.

¡Y la ropa! Dios mío, la ropa. Aquellas chicas parecían socialistas cortadas por el mismo patrón: vaqueros sucios, Doc Martins y jerséis holgados y sin forma, con agujeros, y sí, hablo en serio cuando os digo que incluso tenían un par de lamparones aquí y allá. Ahora que lo pienso, los hombres iban vestidos casi del mismo modo.

«Jesús -pensé mientras caminaba-, sé que voy a odiarlos», pero decidí ser encantadora y amable y que las cosas fuesen bien porque eran amigos de Nick y tenía que hacer el esfuerzo.

—Ésta es Joanna -dijo Nick mientras una rubia de lo más guarra me miraba con el entrecejo fruncido.

—¿Cómo estás? — dije ofreciéndole mi mano para que la estrechara. Se quedó mirando a su vecino, sorprendida, y dudó con una sonrisa desdeñosa estampada en el rostro antes de, al cabo de unos segundos, darme una mano increíblemente floja y más o menos moverla para luego retirarla.

—Éste es Pete. — E hice lo mismo, salvo que Pete ni se molestó en estrechar mi mano. El tipo se limitó a desviar la mirada de su cerveza hacia arriba y dijo:

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias -respondí-. ¿Y tú?

No dijo nada. Sólo me dedicó una sonrisa afectada.

—Rog, Sam, Chris, Alce.

—¿Disculpa?

—Ése es mi nombre -dijo Alce-. ¿Cómo estás?

Nick se fue hacia la barra para encargarse de otra ronda y me di cuenta, con algo más que un ligero desagrado, que todas las mujeres bebían cerveza, aunque eso no significaba que yo también tuviese que hacer lo mismo. Y un cuerno.

De modo que me quedé allí plantada sin saber qué hacer, esperando a que alguno de los chicos me ofreciese un taburete, pero ninguno lo hizo y se limitaron a seguir hablando de Tony Blair y esos cabrones de la Tercera Vía, y yo me quedé ahí como una idiota, deseando estar en cualquier otro sitio, lejos de aquel antro.

Finalmente me acerqué a la mesa de al lado y pregunté si podía coger un taburete y asintieron, de modo que me senté al lado de Joanna e intenté ser amable.

—Me encanta tu jersey -mentí, con la idea de que la mejor manera de hacer amigos es hacer tantos cumplidos que al otro le resulte imposible no mirarte con buenos ojos-. ¿De dónde lo has sacado?

—Del mercadillo de Camden Lock -respondió antes de darse la vuelta con

cara de asco.

—Así que tú eres Libby -dijo Rog, y respiré aliviada porque alguien iba a darme conversación, porque alguien iba a ser amable conmigo-. Hemos oído hablar mucho de ti.

—Vaya -dije al tiempo que sonreía educadamente-. Cosas buenas, supongo.

Se encogió de hombros.

—¿A qué te dedicas, Rog? — osé preguntar, procurando incluir su nombre en la frase, porque he leído en algún sitio que cuando utilizas muchas veces el nombre de alguien eso hace que esa persona sea amable contigo.

Me miró durante unos segundos y volvió a encogerse de hombros.

—Nada.

—Vaya. — No sabía qué más decir-. Bueno -proseguí-. ¿Qué te gustaría hacer?

Se encogió de hombros por tercera vez.

—Nada.

—Eres un jodido mentiroso -dijo Joanna y se dio la vuelta hacia mí-. Es artista, pintor.

—¿De verdad? — exclamé-. ¿Y qué pintas?

—Abstracto.

Dios, no había nada que hacer.

—Trabajas de relaciones públicas, ¿no? — dijo Chris, no el chico, sino la chica.

Agradecida, asentí.

—¿No crees que es una pérdida de tiempo? — me preguntó agresiva-. Me refiero a que no estás ayudando a nadie, ¿verdad? Te limitas a complacer a esos estúpidos famosos de mierda.

—Me gusta lo que hago -respondí malhumorada-. ¿Por qué dices eso? ¿A qué te dedicas?

—Trabajo para *Greenpeace*. No soportaría un trabajo como el tuyo. Al menos con el mío sé que estoy cambiando el mundo.

—¿Por qué? ¿Has estado ayudando a rescatar ballenas? — pregunté inocentemente.

Chris soltó un resoplido.

—Personalmente no, pero formaba parte de la organización.

Se hizo un silencio porque todo el mundo bajó la vista hacia sus cervezas, pero vi que Chris miraba a Pete y arqueaba las cejas y comprendí que, por desgracia, aquella mirada iba por mí.

—¿Vives por aquí? — me preguntó Joanna, la única de todo el grupo que parecía ser normal. Fijaos que no me atrevo a decir amable, sólo normal.

Moví la cabeza.

—Vivo en Ladbroke Grove.

—¿De verdad? — dijo-. Tengo muchos amigos que viven allí. Tienen un piso de la Asociación de la Vivienda fantástico, enorme. ¿Vives de alquiler o qué?

—No, lo compré -respondí orgullosa.

—Vaya. ¿Y cómo te lo pudiste permitir?

—Ahorré durante años para poder dar la entrada -mentí, consciente de que si les contaba la verdad, si les contaba que mis padres me echaron una mano, probablemente todos se pondrían a silbar y hacer ascos.

—Debes de estar forrada -dijo y los otros me miraron, a la espera de que dijese lo que iba a decir.

—No creas. — E intenté reír-. Procuro ser cuidadosa con el dinero.

—Me gustaría tener el suficiente dinero para poder ser cuidadosa con él.

—¿Trabajas?

—No. — Meneó la cabeza-. Vivo del paro.

Y me quedé atascada, sin saber qué decir, porque no iba a cometer el mismo error de preguntarle qué haría si no viviese del paro.

—Bueno -dijo Alce al fin-. Hablábamos de los de la Tercera Vía. ¿Qué piensas de ellos?

—Creo que son una panda de cabrones en quienes no vale la pena confiar - respondí con firmeza.

—¿Ah, sí? — dijo Alce-. ¿Blair también?

Mierda. ¿Y ahora qué digo? Me parece que Tony Blair está bastante bien, pero algo me decía que no era ésa la respuesta que se esperaba de mí.

—Blair el primero -dije y, gracias a Dios, todos asienten y sentí como si hubiese superado una prueba. Salvo que, por desgracia, mi aprobado justito no duró mucho tiempo y me quedé callada como una tumba mientras todos se ponían a hablar de política, rogando porque no volviesen a pedir mi

opinión.

Nick regresó, me rodeó con su brazo y me susurró:

—Lo siento, me han hecho esperar una eternidad en la barra. ¿Va todo bien?

¿Qué iba a decir? ¿Que sus amigos eran horribles? ¿Que eran desagradables a rabiar además de unos maleducados? ¿Que hubiese preferido quedarme en casa contemplando las musarañas antes que estar en ese pub repugnante con esa gente repugnante? No tuve las agallas de decir nada, así que me limité a asentir y Nick pensó que todo iba bien, así que terminamos quedándonos y yo no dije nada en toda la santa noche, lo que no estuvo tan mal porque todos pasaron de mí. Nick se pasó toda la noche intentando que participara en la conversación, pero era demasiado política para mí y me quedé calladita, pensando qué coño estaba yo haciendo allí.

Y cada vez que Nick me preguntaba si lo estaba pasando bien, le respondía que sí, aunque era evidente que no, porque no decía ni pío. Así fueron las cosas, daos cuenta. La gente me tiene por alguien con mucha confianza en mí misma porque cuando estoy con gente que conozco, o gente con la que me siento a gusto, las cosas van sobre ruedas, pero si me ponen en medio de un grupo como ése, de gente hostil y antipática, cierro la boca.

Finalmente, a eso de las diez, ya no pude soportarlo más.

—Nick -le susurré-. Me duele un poco la cabeza. ¿Te importa si nos vamos?

Nick me miró sorprendido porque llevaba la voz cantante en la conversación y era obvio que se lo estaba pasando en grande.

—En absoluto -dijo-. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Pensé que el dolor se iría solo -mentí. Me puse en pie-. Encantada de haberos conocido -volví a mentir y en cuanto salimos fuera solté un enorme suspiro de alivio.

–Te han caído fatal, ¿eh? – me preguntó Nick.

–Lo siento mucho. Estoy convencida de que son una gente muy maja, pero la verdad es que conmigo no han sido muy simpáticos que digamos y no me sentía nada cómoda.

–Lo siento, Libby -dijo Nick y me rodeó con sus brazos-. Soy un estúpido. Siempre me figuro que todo el mundo con quien estoy a gusto va a llevarse bien y ya sé que pueden ser un poco raros con los extraños, pero nunca pensé que serían tan antipáticos. Debimos habernos ido hace rato.

–No te preocupes. – Me acurruqué en su hombro mientras andábamos por la calle-. ¿Nos podemos quedar en mi casa esta noche?

Nick asintió y no sentí necesidad alguna de contarle que después de sentirme tan insegura durante toda la noche necesitaba ir a mi casa, estar rodeada de mis cosas, dormir en mi cama, segura y cómoda.

Y entonces llamó Jules.

–Hola, corazón -dice-. Jamie y yo hemos invitado a unos cuantos amigos a cenar la semana que viene. ¿Qué te parece si te traes al famoso Nick?

¡Dios mío! Nick con un grupo de abogados de los tribunales superiores se va a sentir tan incómodo como yo con un puñado de socialistas de la línea dura. Estoy a punto de decir que no, pero Nick se pone a asentir enérgicamente, porque Jules habla tan alto que puede oír todos y cada uno de sus comentarios.

–Lo tengo a mi lado -le advierto-, y dice que sí con la cabeza, así que supongo que iremos los dos.

–El miércoles por la noche, a las ocho y media. No es necesario que os arregléis mucho.

—Muy bien -le digo mientras Nick sonríe, entusiasmado por tener la oportunidad de conocer a mis amigos.

—Así que al fin voy a conocer a Jules -me dice cuando ya he colgado el teléfono-. ¿Cómo es? ¿Cómo es Jamie? ¿Quiénes son sus amigos?

Y me echo a reír porque Nick siempre me hace reír y luego el muy cabrón se pone a hacerme cosquillas y le pido a gritos que se detenga, aunque cuando lo hace ya estoy más o menos histérica y por suerte se detiene, porque unos cuantos segundos más y me meo encima. Entonces se pone sentimentaloides y serio y empezamos a besarnos y es la primera vez que hago el amor en un sofá, pero es estupendo y lo perdono por la mierda de velada y por tener unos amigos que son una mierda. De hecho, ahora mismo, creo que le perdonaría cualquier cosa.

«No es necesario que os arregléis mucho.» Eso puede significar cualquier cosa, pero sé que no quiere decir que podemos ir con vaqueros y zapatillas de deporte. Nick nunca me ha visto bien vestida y no sé qué pensará y, aunque no estoy nada mal cuando me pongo en plan elegante, no quiero que piense que venimos de mundos distintos, por lo tanto, éste es el objetivo en el que me voy a concentrar... aunque lo cierto es que nuestros mundos son diferentes.

Y sé que lo nuestro no tiene futuro, pero, y me cuesta admitirlo, también sé que es cierto que estoy pensando en él mucho más que antes, que tengo ganas de volver a verlo mucho más que antes, y sé, o al menos creo saber, que cabe la posibilidad de que las cosas se me vayan un poco de las manos.

Pero soy una adulta, puedo manejar la situación, ¿y qué pasa si Nick empieza a gustarme un poco más de lo que tenía previsto? ¿Qué implicaría eso? ¿Que debería cortar nuestra relación de raíz porque me gusta? No. Exacto. Seguiré adelante y quizá esto sólo sea una etapa, quizá dentro de poco vuelva a mi situación de antes, tranquila, calmada, sosegada, libre.

Ya sé que sus amigos me cayeron fatal, pero me cago de miedo cuando

pienso que Nick va a conocer a los míos, porque deseo muchísimo que le gusten y que él les guste a ellos. Supongo que lo que busco es una aprobación general, aunque es imposible que no les guste cuando Nick es tan natural y divertido y dulce... Bueno. Ya saldrá el sol por donde quiera.

Aquí estoy, en mi dormitorio. He quedado con Nick que lo recogería en la estación del metro. Toda la habitación está llena de ropa y, como he cambiado de imagen completamente desde que conocí a Nick, ya no sé qué va con qué, y pese a que me apetece ir sofis, no quiero parecer una mujer elegante de mediana edad, no sé si sabéis a lo que me refiero. Quiero estar elegante, moderna y total, y al final creo que me he salido con la mía.

Un vestido estampado de color pardo, ceñido a las caderas, casi transparente y sandalias con tiras de Prada muy altas, que no me convencen demasiado, porque tal vez sean algo llamativas, pero hacen que me sienta guapa y esta noche lo que más necesito es un buen chute de confianza.

Me maquillo con cuidado, sólo un poco, lo imprescindible para resaltar mis ojos y mis labios, y cuando ya estoy lista me echo para atrás y, aunque suene pretencioso, Dios, estoy genial. Había olvidado por completo que podía estar tan guapa y no importa el hecho de que casi no pueda andar con estas puñeteras sandalias, porque estoy la mar de atractiva.

—Adiós, Liam -grito triunfante mientras cojo el bolso y salgo pitando del piso-, hola, Patsy. — Y salto al interior de mi coche para ir a recoger a Nick.

Y que Dios lo bendiga, el chico se ha esforzado. Esta vez no lleva su uniforme reglamentario de vaqueros y zapatillas deportivas; mi pareja viste pantalones de algodón y zapatos marrones con cordones, y una camisa azul celeste que resalta el color de sus ojos, y está guapísimo y, vaya, lo que hace la ropa, porque de repente me doy cuenta de que me gusta más que nunca.

—Estás increíble -le digo tan pronto como entra en el coche-. ¿De dónde has sacado esa ropa? — Y casi me caigo del susto cuando advierto que no sólo es bonita la camisa que lleva, sino que en el lado izquierdo lleva un jugador de

polo que me resulta de lo más familiar-. ¡No será de Ralph Lauren! – exclamo cuando me repongo y sé que es una pregunta estúpida, porque resulta bastante evidente que es el bordado de Ralph Lauren, aunque si Nick lo lleva debe de ser una falsificación.

–Sí -responde-. ¿Y qué?

–¿De dónde la has sacado?

–Mi madre me compró toda esta ropa el año pasado, pero nunca me la pongo.

–Ya me he dado cuenta. – Me echo a reír-. Nunca he visto que la llevaras, pero, Nick, estás guapísimo.

También es cierto que se le ve muy incómodo. Jesús, me casaría con Nick si siempre vistiese así. Bueno, no, probablemente no lo haría. Que nadie se ponga nervioso, es sólo una manera de hablar.

Y entonces me mira y suelta un silbido de lobo muy lento y muy sexy.

–Dios mío -dice mientras asimila la visión de mi vestido-. Estás increíble.

–¿Increíblemente bien o increíblemente mal?

–Increíblemente sexy -responde, moviendo la cabeza de un lado para otro con incredulidad, al tiempo que mi ego amenaza con hincharse de tal manera que pronto no cabrá en el coche-. ¿Por qué no pasamos de la fiesta, te llevo a casa y nos damos un revolcón?

Y yo me echo a reír, pero cuando lo miro veo que va medio en serio.

–¡Estás nervioso! – Y yo asombrada de que lo esté.

–No lo estoy -replica demasiado deprisa.

—Lo estás. Nick, ¿por qué estás nervioso?

—No estoy nervioso. — Pausa-. De acuerdo, quizá un poco.

—¿Por qué?

—Voy a conocer a tus amigos. Jules es tu mejor amiga y quiero causarles una buena impresión.

Es tan dulce...

—Eres tan dulce...

—No digas que soy dulce -gruñe-. No lo soporto.

—Lo siento -digo. Me acerco a él y lo beso-, pero lo eres.



diez

—Creí que dijiste que ibas a organizar una cena -digo en voz baja y cabreada mientras empujo a Jules hacia un lado-. No dijiste nada de una jodida fiesta.

—Bueno, ya sabes cómo son estas cosas. — Se ríe-. Se suponía que sólo íbamos a ser seis, pero luego invitamos a un par de personas más y alguien llamó y preguntó si podía traer a unos amigos, de modo que antes de que nos diésemos cuenta ya éramos dieciséis. De todas formas, ¿qué problema hay?

—Ninguno -murmuro y de hecho no hay ningún problema, pero no estaba preparada para esto. Creía que resultaría más fácil presentar a Nick en una cena, en plan íntimo, con menos presión; pero, ahora que lo pienso, quizá

sea mejor así.

—¿Y dónde está? — dice mientras recorre la habitación con la vista.

—¡Nick! — llamo hacia donde está Nick, que ya está hablando con Jamie-. Ven, que te presento a Jules.

Jamie sonrío, así que supongo que fuera lo que fuese de lo que estuviesen hablando las cosas iban bien, y se acerca con Nick para darme un beso de bienvenida.

—Jules, Nick. Nick, Jules. — Nick le ofrece la mano con mucha formalidad y yo tengo que reprimir una carcajada porque así no se comporta el Nick que yo conozco, pero Jules, tal como es, se echa a reír y le da un beso en la mejilla.

—Bienvenido a nuestra fiesta. Es un placer conocerte por fin.

—Lo mismo digo -responde Nick mientras se relaja-. Me han hablado mucho de ti.

—Ni la mitad que a mí de ti -contesta ella mientras me guiña un ojo.

—También he oído hablar de *Tom* -dice Nick, recogiendo del suelo al minino persa de color gris que no deja de serpentear alrededor de sus piernas-. Hola -le dice a *Tom* mientras le acaricia la barbilla al tiempo que el gato se pone a ronronear como si fuese el motor de un automóvil-. Eres precioso, ¿verdad que sí?

—Bueno, Nick -dice Jules-. Quedas aceptado. Me gustan los hombres a quienes les gustan los gatos.

—Tengo dos en casa de mis padres -añade-. Los añoro muchísimo, pero no estarían a gusto aquí, no tengo jardín.

Miro a Nick sorprendida porque nunca se me ha ocurrido que sea el tipo de

tío a quien le vayan los gatos, pero creo que lo que más me sorprende es que no deja de sorprenderme. Primero la ropa que le compró su madre y ahora los gatos. Es más, ¿de dónde saca su madre semejante buen gusto? Rara vez me compra ropa la mía, normalmente lo hace cuando se ha ido de vacaciones con papá, y cuando lo hace demuestra tener un gusto espantoso. Camisetas enormes con un lema estampado tipo «Mi madre estuvo en Mallorca y lo único que me trajo fue esta horrible camiseta». Tendré unas diez guardadas en algún cajón. Siempre pienso que me las pondré para dormir, pero nunca encuentro el momento de buscarlas y nunca me molesto en ponérmelas. ¡Pero Ralph Lauren! Por Dios. Mi madre no tendría ni la más remota idea de quién es Ralph Lauren, aunque se lo presentasen formalmente.

—Libby dice que eres escritor -dice Jamie.

Nick asiente.

—Pero no parece que eso me lleve a ninguna parte. Por desgracia.

—Entonces tiene que ser una novela.

—Pues sí.

—Siempre he querido escribir una novela -comenta Jamie-. Me parece increíble que haya personas suficientemente disciplinadas para sentarse y escribir todos los días.

—Sé que le parece increíble a todo el mundo, pero estoy llegando a un punto en el que creo que debería buscar otro tipo de trabajo. Por supuesto, este libro es lo más importante para mí, pero no sé durante cuánto tiempo puedo continuar enviando cartas para sólo recibir negativas.

—¿Y qué tipo de trabajo buscarías? — pregunta Jules al tiempo que mis ojos se iluminan porque es la primera vez que Nick menciona algo así.

—Quizá un trabajo en la televisión, escribir guiones, algo por el estilo.

–Deberías conocer a Charles -dice ella, dándose la vuelta hacia donde está Jamie-. ¿No trabaja de productor de dramáticos para una cadena?

Jamie asiente.

–Es el novio de una amiga nuestra, Mara. Estarán al caer. Ya te los presentaré.

–¿Y quién más va a venir? – pregunto.

Jules recita una lista de nombres y, esta vez sí, todo son parejas y doy gracias a Dios de que en esta ocasión no he tenido que rechazar la invitación por no venir sola.

–Oh, y tenemos una sorpresa para ti.

–¿Para mí? – Me encantan las sorpresas, aunque finja que las odio.

–Sí. – Jules comprueba su reloj-. De hecho -dice mientras se acerca a la puerta para atender el timbre que acaba de sonar-, podría ser nuestra sorpresa. Ven conmigo. – La sigo y cuando llegamos al pasillo me agarra y susurra-: ¡Es increíble!

–Ya lo sé -le devuelvo el susurro.

–No, no, me refiero a que es increíble de verdad. ¡Es tan guapo! ¡Tan dulce!

–Ya lo sé. – Sonrío contenta mientras el timbre vuelve a sonar.

–Ya voy, ya voy -refunfuña y echa a correr hacia la puerta-. ¡Ya voy!

Son Ginny y Richard, una pareja que ya conozco y que parece ser muy maja, aunque él intimida un poco, con sus ademanes de abogado de tribunal superior, tan formal, pero siempre han sido encantadores.

Me quedo atrás mientras Jules les da un beso de bienvenida y luego Richard me ofrece una enorme sonrisa y se agacha para darme un beso.

—¡Libby! — exclama-. ¡Es un auténtico placer volver a verte!

Ginny hace lo propio y los cuatro volvemos al salón, mientras Jamie saluda y luego desaparece para ir a buscar bebidas.

—¡Nick! — grita Richard-. ¡No puedo creerlo! — Y yo me quedo con la boca abierta cuando Richard da a Nick un abrazo como los que se dan los tíos y se estrechan la mano-. ¿Qué demonios haces tú aquí?

—He venido con Libby.

—¿Qué? ¿Libby y tú?

Nick mueve afirmativamente la cabeza.

—No puedo creerlo. — Richard se da la vuelta hacia mí-. Hacía años que no veía a Nick. Fuimos al mismo colegio.

¿Al mismo colegio? Pero si yo creía que Richard había ido a...

—Pero ¿tú no fuiste a Stowe? — Miro a Richard, atónita.

—Sí, claro -asiente-. Los dos.

—Nunca me habías dicho que estudiaste en Stowe -le digo a Nick y él se encoge de hombros.

—Nunca me lo has preguntado.

—El mundo es un pañuelo -dice Jules encantada de la vida de que sus invitados se lleven tan bien. El timbre vuelve a sonar.

Llegan más parejas, algunas a las que ya conozco, todas muy bien habladas,

muy bien vestidas y que se sienten como en casa, bebiendo Kir Royales y charlando.

Y allí estoy yo, preocupada por Nick, viendo cómo Richard y él se mondan de risa mientras recuerdan los viejos tiempos del colegio.

Y estoy tan impresionada por el hecho de que Nick haya estudiado en Stowe que me olvido por completo de mi sorpresa. Entonces el timbre vuelve a sonar y una cara familiar aparece en la puerta y estoy tan emocionada que casi derramo mi copa. Jules sonríe mientras yo grito: «¡Olly!» y mi querido hermano entra corriendo, me levanta en sus brazos y me da un abrazo enorme.

—Quería que fuese una sorpresa -dice, y yo estoy contentísima de que esté aquí, es tan inesperado...

—¿Qué haces aquí? — pregunto emocionada, casi me falta el aire.

—Lo llamé -explica Jules-, nuestras fiestas no serían lo mismo sin Olly.

—Por lo que más quieras, no se lo digas a mamá -me ruega-. Me mataría si supiese que he venido a Londres y no duermo en su casa.

—¿Y dónde estás? ¿Quieres venir a casa?

—No. — Mueve la cabeza-. Estoy en casa de Carolyn. — Entonces reparo en la chica alta y morena que está de pie en la puerta.

—Carolyn. — Le hace señas de que se acerque-. Ésta es mi hermana Libby.

Nos damos la mano y al instante me gusta su cálida sonrisa, el hecho de que la suya sea una belleza natural sin maquillaje, la manera tan adorable que tiene de mirar a Olly, lo que me dice que es algo más que una buena amiga.

—Es un placer conocerte -dice-. Olly pasa todo el tiempo hablando de ti.

—¿Trabajáis juntos?

Indica que sí con la cabeza.

—Soy documentalista. Así es como nos conocimos.

Miro a Olly y, sin que Carolyn se dé cuenta, asiento de forma casi imperceptible, para darle a entender que ha pasado la prueba y él me sonríe.

—Oh, Dios mío -digo-. ¿Dónde está Nick? — Echo un vistazo a mi alrededor, pero de pronto ha desaparecido.

—¿Nick? — pregunta Olly-. ¿Quién es ese Nick? ¿Tu último ligue?

Y entonces distingo a Nick, que sale de la cocina, y lo llamo para presentarlo y resulta, otro hecho sorprendente que desconocía, que Nick es tan fan de Man United como Olly y a los pocos minutos los dos están charlando animadamente como si hiciese años que se conociesen.

Jules presenta Carolyn a Ginny y luego me arrastra hacia la cocina para acabar de preparar la comida.

—Todo el mundo parece pasarlo bien, ¿no crees? — me dice y sé que estaba nerviosa, que siempre está nerviosa antes de reunir gente que no se conoce entre sí, pero también sé que es tan buena anfitriona que sus veladas siempre terminan bien, aparte de las fiestas reservadas a las parejitas a las que no voy, lo cual no significa que no vayan bien, sino que no sé cómo funcionan.

—No puedo creer lo bien que encaja Nick.

—¿Ah, no? — dice Jules mientras abre el horno y saca algo que huele deliciosamente-. ¿Y por qué no?

—Dios, Jules, si hubieses conocido a sus amigos la otra noche, sabrías por qué. Son tan distintos de nosotros...

—Pero encaja a las mil maravillas -dice ella-. Parece encontrarse muy cómodo.

Y es verdad, está muy cómodo, y no entiendo por qué debería sorprenderme tanto. Lo que quiero decir es que Nick se encuentra más cómodo que yo, y éstos son mis mejores amigos, vivir para ver. Pero no me malinterpretéis, me gusta. En realidad no sólo me gusta, me encanta.

—No entiendo por qué te empeñas en decir que vuestra relación no tiene futuro -dice Jules mientras abre la puerta de un armario-. Hacéis muy buena pareja.

—No te dejes llevar por la primera impresión, Jules. No lo conoces.

—¿Y qué necesito saber? Es guapo, es brillante y parece que os lleváis muy bien. ¿Dónde está el problema?

¿Cómo puedo explicarle cuál es el problema? ¿Cómo puedo contarle que nunca podría casarme con Nick porque, si lo hiciéramos, de qué viviríamos? Yo nunca podría abandonar mi trabajo y nuestros hijos tendrían que ir a un instituto público, donde probablemente frecuentarían malas compañías y terminarían tomando drogas y metidos en una banda callejera. ¿Cómo puedo decirle que la idea que yo tengo del infierno es ser una madre agobiada que tiene que llevar el pan a su casa además de criar a los niños? Que iría hecha un adefesio porque no tendría ni el tiempo ni el dinero para hacer el esfuerzo de arreglarme. Que la ropa de diseño sería algo que tan sólo podría llevar si alguien como Jules se apiadase de mí y me diese alguna prenda de segunda mano. Que tendría que decir adiós a los bares y restaurantes de diseño que tanto me gustan y que las contadas ocasiones en las que saliésemos tendríamos que ir a un sitio barato y ruidoso.

En realidad nada de todo eso suena tan mal, pero sé que intento convencerme de que no es tan malo porque Nick cada vez me gusta más y más y que intento llegar a un arreglo, cambiar mi estilo de vida para encajar en el suyo, porque no me queda otra opción.

Cabe decir que no he ido a un puñetero bar o restaurante de diseño desde que conocí a Nick y, de acuerdo, es verdad que no lo echo mucho de menos, pero no quisiera pasarme el resto de mi vida sabiendo que no podría ir porque no me lo puedo permitir. Quizá ahora no vaya, pero no voy porque no quiero.

Cómo puedo contarle todo eso a Jules cuando sé que no lo entendería, sobre todo porque ha conocido a Nick en su casa, vestido con un tipo de ropa que normalmente no lleva, y que, sí, le sienta de maravilla, pero si lo viese en su salsa, con sus amigos, haciendo lo que le gusta hacer, estoy segura de que mi mejor amiga entendería lo que quiero decir. No le quedaría más remedio, ¿no os parece?

—Es largo de contar -le digo-. Pero ya te lo he dicho, es sólo una aventura.

—Pamplinas. — Se da la vuelta para mirarme-. Libby, eres mi mejor amiga y te conozco mejor que nadie en el mundo. Quizá puedas engañar a los demás diciéndoles que Nick te importa un pito, que es sólo una cuestión de sexo, pero mírate, por el amor de Dios. Estás loca por él.

—¿Por qué dices eso?

Jules suspira.

—Es la manera que tienes de mirarlo, cómo se te ilumina la cara cada vez que habla, cómo estás pendiente de todo lo que dice. No te preocupes - intenta consolarme cuando ve la cara de consternación que pongo-. No creo que él lo sepa, pero yo sí lo sé.

—¿Y qué crees que piensa de mí? — No puedo evitarlo. Aquí sale mi inseguridad.

Jules se encoge de hombros.

—Es más difícil sacar conclusiones cuando se trata de un hombre, pero me

imagino que, probablemente, sienta lo mismo. Lo único que me preocupa es que al principio te dijese que no buscaba una relación, creo que no debes perder de vista ese comentario, porque no hay duda de que te has enamorado de él. Quizá él también se haya enamorado de ti, pero si no vais al unísono, coordinados, podrías acabar con el corazón destrozado.

Coordinación. Jules cree muchísimo en la coordinación. Siempre dice que Jamie y ella se conocieron en el momento apropiado y que si el encuentro se hubiese producido antes ella no habría estado preparada para una relación, ni siquiera con el bombón de Jamie.

Me mira detenidamente y ve que lo que me ha dicho me ha afectado, razón por la cual su voz se suaviza mientras dice:

—Mira, Libby, no quiero ver cómo te hacen daño y creo que él siente lo mismo que tú, pero tienes que ser consciente de que cuando un hombre dice que no está preparado para una relación, nueve de cada diez veces significa que no está preparado para una relación, y aunque seas la mujer más maravillosa del mundo eso no va a hacerle cambiar de opinión. Sin embargo -añade casi para sus adentros-, siempre hay mujeres que pueden lograr que un hombre cambie de parecer, vaya, supongo.

Eso es lo que necesitaba oír y no bien Jules dice esas palabras tomo una decisión. Voy a ser la mujer que haga cambiar de idea a Nick. No le digo nada a Jules, ése será mi pequeño secreto.

Jules suspira cuando el teléfono empieza a sonar.

—¿Y ahora quién será? — dice mientras deja los cuencos y sale corriendo para atender la llamada.

—¿Diga? ¿Diga? — Hay una pausa-. ¿Diga? ¿Hay alguien ahí? — Cuelga y se da la vuelta hacia mí, enojada-. Es la cuarta vez en lo que va de semana. ¿Por qué hay gente que cuelga después de llamar?

Jamie entra corriendo en la cocina, asustado.

—¿Quién era? — pregunta casi sin resuello.

—Y yo qué sé -responde ella-. Ya te dije que hay alguien que llama y luego cuelga.

—Oh -dice Jamie mientras Jules recoge los cuencos y sale de la habitación. Si no lo conociese bien, juraría que Jamie está pálido como la cera. Pero no. Deben de ser imaginaciones.

Llevo el resto de la comida al salón y la deposito con cuidado en la mesa de caballetes, cubierta con un mantel blanco de damasco, que han colocado en un extremo de la habitación.

—Mmm, esto debe de estar de muerte -dice Ginny mientras Jules se echa a reír.

—¿Esto? — pregunta-. Si no es nada. — Y probablemente para ella no ha sido nada, pero para quien no lo sepa tiene toda la pinta de un festín báquico: montones de pollo con salsa de nata al curry; un enorme salmón entero decorado con los pedacitos de pepino más pequeños que he visto en mi vida; montañas de cuscús rodeadas de verduras; ensalada caliente de patata salpicada con perejil y cebollino; cuencos de ensalada, platos de aguacate, tomates y mozzarella con albahaca fresca por encima.

—Espera a ver lo que hay de postre -me susurra y yo suelto un gemido de placer anticipado y me froto la barriga.

—No me lo digas...

—Sí. Tu postre favorito.

—¿Qué es? — pregunta Nick mientras se ríe por la expresión de éxtasis de mi cara.

—Tiramisú.

Cada uno coge un plato y nos servimos con apetito, los platos llenos a rebosar, y entonces grupos pequeños de invitados se juntan sin pensarlo, de modo que a los pocos minutos la gente está agrupada, desperdigada por toda la habitación; naturalmente, los amigos con los amigos.

Me siento con Nick, Olly, Carolyn y Jamie. Jules grita que se nos unirá en un momento, pero que antes quiere comprobar que todo el mundo tenga bebida y rechaza la propuesta de Jamie de que ya se encarga él, porque a Jules le gusta ser quien controle las cosas.

Me siento y observo a Carolyn y cómo reacciona Nick delante de ella, porque es muy, muy guapa y aunque sé que sale con Olly, no puedo evitar que aparezca esa vieja inseguridad mía que me dice que quizá a Nick le haga gracia y quizá le haga más gracia ella que yo y espero que se ponga a flirtear con ella, pero no lo hace.

Lo que hace es rodearme con el brazo y frotarme la espalda y yo sonrío y me relajo porque eso marca el territorio; Nick se asegura de que todo el mundo sepa que estoy con él y que él está conmigo y aparte de ser educado con Carolyn, apenas parece reparar en ella.

—¿Y qué es toda esa historia del gastrónomo vegetariano? — pregunto a Olly mientras Carolyn se echa a reír.

—Ridículo, ¿verdad? — dice ella-. Olly no sabría cocinar ni aunque su vida dependiese de ello y aquí lo tenéis, produciendo un programa de cocina.

—Gracias, chicas -dice Olly fingiéndose indignado-, pero en realidad sí sé cocinar.

—¡Y un cuerno! — exclamo.

—Claro que sé cocinar, Libby. Anda, cuéntales lo que hice para cenar la otra noche. — Mira a Carolyn.

–Preparó una cena china -dice ella, e intenta reprimir una sonrisa.

–¿Sí? – Estoy impresionada-. ¿Y cómo demonios lo hiciste?

Carolyn responde por él, lo que al instante me da la pista de que quizá la chica no sea tan pasajera como el resto de mujeres de las que he oído hablar, que tal vez esta historia lleva más tiempo de lo que yo pensaba y que quizá esto va en serio, o todo lo en serio que puede ir con Olly porque, no nos engañemos, todo es relativo.

–Yo corté las verduras -dice ella guiñándome un ojo-, y Olly abrió el paquete de la salsa de ostras.

–Sí -dice Nick-. Así es exactamente como me gusta cocinar.

–Claro -añade Olly totalmente de acuerdo-. Es la forma masculina de hacer las cosas.

–Nunca has cocinado para mí -dice Nick-. ¿Sabes cocinar?

–Por supuesto que sé cocinar -exclamo-. La semana que viene te prepararé una cena.

–Maldita sea -dice Olly-. Me apetecía reírme un rato. Qué pena que para entonces ya haya vuelto a Manchester.

Le arreo una patada.

–¿Y cómo os conocisteis vosotros dos? – Olly nos hace un gesto a Nick y a mí.

–Por una amiga, Sally -responde Nick.

–No la conoces -añado.

–¿Cuánto hace que estáis juntos?

Tres meses, tres semanas y dos días, podría decir, pero me callo porque se supone que no llevo la cuenta, así que no digo nada y espero a ver qué dice Nick.

—Hará cosa de un par de meses. — Me mira y yo asiento.

—¿Va en serio, pues? — ríe Olly.

Nick palidece un poco.

—Todo un récord -remata Olly sin advertir la cara que pone Nick.

Me levanto.

—Vamos a por el segundo plato. ¿Viene alguien?

Nos despedimos de todos con un beso y Olly me da un fuerte abrazo y me susurra:

—Es genial. Mañana por la tarde estaré en la oficina, llámame.

Le digo a Carolyn que ha sido un placer conocerla, porque es cierto; pero, por muy bien que lo haya pasado, mejor lo voy a pasar ahora que voy a tener a Nick para mí sola.

Y mientras salimos Nick se da la vuelta hacia mí y me dice:

—¡Son tan agradables! ¡Lo he pasado tan bien!

—¿Y bien, qué esperabas de mis amigos?

—Son bastante diferentes de la gente que conozco... -Me mira-. Supongo que no hacía falta que te lo dijera, ¿verdad?

—No hacía falta, no. — Me echo a reír.

—Todos tienen éxito pero no te miran por encima del hombro.

—Tener éxito no significa que tengas que ser un engreído -le digo.

Nick camina a mi lado en silencio durante un rato y apuesto una pierna a que está pensando y podría fastidiarlo si le dijese algo tan poco original como «¿en qué piensas?» o «un penique por tus pensamientos», pero no lo hago.

Y al cabo de un rato dice:

—No es que me haya sentido fuera de lugar, en absoluto, pero me ha hecho pensar en mi vida, en qué estoy haciendo con ella y qué podría estar haciendo con ella. Sobre todo haberme encontrado con Richard al cabo de tantos años...

Camino a su lado y me pregunto si debo limitarme a escucharlo o si debo darle un consejo. Me refiero a que, por supuesto, he leído el dichoso libro *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus*, pero ésa es la parte que no acabo de entender. No recuerdo qué se supone que debo hacer. No digo ni pío, no quiero que se encierre en sí mismo si digo algo equivocado.

—No lo sé -suspira-. En este momento estoy algo confundido.

—¿Quieres que hablemos del tema? — le pregunto.

—No sé muy bien cuál es el tema -dice y después se queda en silencio.

Se queda callado durante todo el trayecto hasta casa, está callado cuando le preparo café, cuando nos metemos en la cama y cuando nos abrazamos antes de caer dormidos. O quizá debería decir antes de que Nick se quede dormido. Y eso me preocupa. Una parte de mí piensa que es bueno, que vamos progresando, que lo nuestro ya no es sólo una cuestión de sexo, que nos estamos haciendo amigos, que vamos consolidando nuestra relación,

pero la otra parte piensa por qué demonios no quiere que hagamos el amor y no puedo evitar pensar que, por más encantador que haya estado conmigo durante toda la velada, tengo la terrible sospecha de que pronto se alejará de mí.



once

—Es genial -repite Olly por teléfono al día siguiente-. Estoy sorprendido.

—¿Sorprendido? ¿Qué quieres decir?

—Es tan normal y tan agradable, tan poco engreído -dice Olly en un extraño eco de lo que dijo anoche Nick-, me parece que ese chico te conviene.

—¿En qué sentido?

—Se te ve relajada, mucho más que cuando salías con aquel otro, ¿cómo se llamaba?

—¿Jon?

—¿El chulillo del Mazda?

—No era ningún chulillo.

—Oh, vamos, era un espanto.

—No lo era. — ¿Por qué diablos lo defiendo? Era un espanto.

—Muy bien, no era un espanto, pero no te trataba bien y Nick parece más adecuado para ti.

—Pero no vamos en serio.

—Nunca se sabe si la cosa va en serio o no -dice Olly crípticamente.

—¿Así que Carolyn y tú vais en serio?

—¿Te gustó?

—Me pareció encantadora.

—Ajá. Lo es, ¿no crees?

—En serio. Y a mamá le encantaría.

—No le digas nada. Acabamos de empezar.

—¿Cuánto hace que salís?

—Cosa de un mes.

—¡Caray! Esta vez te superas.

—Ya lo sé.

—¿Crees que le gusto a Nick?

—Por supuesto que le gustas. De lo contrario, no estaría contigo.

—Estoy un poco preocupada porque cuando nos fuimos estuvo raro conmigo.

—¿Raro?

—Es que cada vez que pasamos la noche juntos bueno, acabamos... -Se me hace un poco raro contárselo a Olly, pero qué demonios, sé que me dirá lo

que realmente piensa, de manera que mejor será que sea sincera-, bueno, acabamos manteniendo relaciones sexuales y anoche cuando nos fuimos de la fiesta no dijo nada y en la cama sólo nos abrazamos y luego se durmió y quizá estoy siendo estúpida e insegura, pero toda esa historia me resulta un poco extraña.

—Las mujeres sois la hostia -dice Olly-. La hostia. Todas las que he conocido esperan que todos los hombres estén despiertos y preparados para echar un polvo a cualquier hora, en cualquier sitio y en cualquier postura.

—Bueno, ya es eso ¿no?

—¡No! — dice casi a gritos-. Jesús, no. A veces estamos cansados, a veces estamos estresados, a veces no nos apetece. Anoche Nick soportó mucha presión al conocernos a todos de golpe. Es comprensible que sólo quisiese dormir.

Por primera vez en todo el día suelto un suspiro de alivio.

—¿No crees que vaya a dejarme?

—No seas ridícula.

—Entendido -digo feliz-. ¿Estoy siendo ridícula?

—Sí, Libby, estás siendo ridícula.

Pues estoy siendo ridícula, mira tú. Para mí hay una relación directa entre hacer el amor y gustarle mucho a un chico y si pienso en ello, algo que prefiero no hacer muy a menudo, cada vez que he roto con uno la última noche que pasamos juntos no hubo sexo. De acuerdo, admitámoslo, ha habido otros problemas, como que me evitaban, que estaban distantes, pero aun así siempre me cogen por sorpresa cuando se dan la vuelta y me dicen que no hay fiesta.

Y cuando lo pienso, creo que debería haberme dado cuenta la noche

anterior. Debí haberlo sabido cuando se daban la vuelta y me decían que estaban cansados o que no estaban de humor, o que iban estresados, pero quizá Olly tenga razón y supongo que es injusto que esperemos que siempre estén listos cuando nosotras lo estamos.

Por la mañana Nick estaba encantador. Bueno, tampoco lo hicimos, pero qué pasa, nos acostamos tarde y sé que estoy siendo ridícula y que la inseguridad me devora, quizá hasta me esté volviendo un poco paranoica, pero Olly me hace sentir mejor, de modo que cuando Jules me telefonea para realizar la autopsia de la noche anterior, me siento tan bien que ni me molesto en comentárselo.

Y básicamente ella me dice lo mismo que anoche acerca de Nick, todo lo bueno, vaya, lo de que me trata bien y que se nos ve muy bien juntos y yo me lo trago, y me siento tan bien que ni siquiera me molesta que Nick no me llame en toda la mañana, pues ¿por qué debería hacerlo? Está ocupado con su vida y yo estoy ocupada con la mía.

A la hora del almuerzo Jo me llama y me pregunta qué hago.

—Nada -respondo mientras miro con desagrado el bollito de salmón ahumado que hay en mi escritorio y que no me apetece en absoluto.

—Quiero ir a comprar -me dice-. ¿Te apuntas?

—¿Adónde vas? — le pregunto mientras siento el viejo cosquilleo ante la perspectiva de gastar, una sensación que hacía tiempo que no tenía.

—Pensé que podríamos coger un taxi a Saint John's Wood y perdernos por la avenida principal.

—¿Saint John's Wood? ¿Qué diablos hay allí?

—Joseph, para empezar.

—Te acompaño.

Como recepcionista con un salario miserable Jo no podría permitirse la ropa que lleva a diario, pero afortunadamente para ella, sus padres son ricos y no parecen pensarlo dos veces cuando les pide dinero para ampliar su vestuario y, aunque deberíamos odiarla por ello, lo cierto es que es tan agradable, que no podemos por menos de adorarla.

Y lo que es más, ella paga el taxi.

—El taxi de vuelta corre de mi cuenta -le digo sintiéndome un poco culpable cuando ella devuelve su monedero Louis Vuitton a su bolso de Gucci.

—Como quieras -dice mientras anda hacia la avenida principal, una pequeña revelación para mí, como una mini Bond Street en el norte de Londres.

—¿Cómo descubriste un sitio así? – le pregunto mientras me muero de ganas de entrar en casi todas las tiendas por las que pasamos.

—Mis padres viven a la vuelta de la esquina, así que paso la mayor parte de mi vida en este barrio. Resulta mucho más fácil que ir hasta el centro.

Es evidente que se pasa la mayor parte de su vida en el barrio, porque nada más entrar en Larizia, nuestra primera parada, la dependienta le dice:

—¡Hola, Jo! ¿Cómo estás?

Pronto me doy cuenta de que Jo debe de ser una de sus mejores clientas.

Luego vamos a una tienda de ropa un par de puertas más abajo, yo detrás de ella, mirando cómo Jo, con auténticos aires de experta, descuelga prendas de las perchas y las arroja a la dependienta con una sonrisa desenvuelta mientras yo me siento en una silla fuera del probador y le doy el sí o el no de rigor, aunque, para ser sincera, casi todo le sienta de maravilla, porque Jo es alta y delgada.

Después entramos en Joseph, una experiencia horrorosa porque una de las

cientas me mira de arriba abajo y al parecer decide que no tengo suficiente clase para que se moleste en saludarme, de modo que me mira por encima del hombro, sigue pidiendo cosas a la dependienta y yo lo único que quiero es fundirme.

—¿No echas un vistazo? — me pregunta Jo y yo me encojo de hombros y miro sin entusiasmo, pero no tiene mucho sentido que me tome la molestia. Me doy cuenta de que mi reacción se debe a que ya no voy a sitios en los que pueda lucir ropa como ésta, que no tendría ningún sentido comprar esa camisa de gasa «ideal» o esos pantalones de PVC tan «chachis», porque con Nick ya no necesito ese tipo de cosas.

—No pareces tú -dice Jo al tiempo que saca una American Express oro de su monedero y paga un montón de ropa envuelta en papel de seda-. ¿Qué te pasa?

Vuelvo a encogerme de hombros y pienso en contárselo todo, pero luego decido que es mejor que no lo haga porque sé lo que Jo haría. Resoplaría en tono de burla y me diría que las mujeres no nos vestimos para los hombres de nuestra vida, sino que nos vestimos para nosotras mismas y, además, ¿qué diablos hago yo saliendo con alguien a quien es evidente que no le gusta hacer las mismas cosas que a mí?

No lo entendería.

—En este momento voy mal de dinero. — Sé que la chica no dirá nada después de mi comentario, ya que se siente tan culpable porque sus padres le dan tanta pasta que se limita a asentir con la cabeza y abandona el tema.

Y cuando volvemos a la oficina hay una nota en mi escritorio que dice que Nick ha llamado, y el corazón, incluso después de tres meses, etc., etc., aún me da un vuelco. Lo llamo de inmediato, aunque sé que no debería hacerlo, pero, como creo que ya he dicho, no se me da muy bien hacerme la esquivo, y me encanta el sonido de su voz cuando descuelga el teléfono y olvido todas mis inseguridades, porque ha llamado, y no sólo eso, sino que lo ha hecho al día siguiente.

Creo que estaréis de acuerdo en que es todo un éxito.

—Hola, cariño -dice.

—Hola, cariño -repito.

—Estoy aburrido.

—¿Por qué no escribes?

—No me apetece.

—Vaya, ¿y qué te apetece?

—Tú. En una bandeja de plata. Preferiblemente sin nada puesto. No, espera, con unas bragas con agujerito de encaje rojo.

—¡Por Dios, eres un tipo de lo más raro! — Me río-. ¿Bragas con agujerito de encaje rojo? Qué horterera.

—Pensé que era una chica...

—Y lo eres, pero cuando se trata de sexo, te sale el machito.

—Siento lo de anoche. Llamaba para disculparme por estar tan cansado y por no..., ya sabes..., por no haberte follado como de costumbre.

—No pasa nada -digo mientras me abrazo de felicidad-. Sé que la mayoría de las mujeres piensa que todos los hombres estáis preparados para mantener relaciones sexuales a cualquier hora, en cualquier sitio y de cualquier manera, pero yo no soy de ésas. Sé la presión a la que eso os somete, pero para mí no es ningún problema si no te apetece hacerlo. A mí tampoco me apetecía -miento para terminar.

—¡Que me aspen! ¿Estás segura de que no eres un tío?

Me echo a reír.

—Me preocupaba que te hicieses una idea equivocada -dice Nick.

—¡No seas tonto! — exclamo entre carcajadas-. Lo de abrazarnos fue muy bonito.

—Eres un encanto -dice muy serio-. Dios mío, ¿cómo puedes ser tan encantadora?

—¿A qué te refieres? Yo soy así.

—Ya lo sé, pero es la primera vez que conozco a una mujer como tú. ¡Eres siempre tan comprensiva y tan encantadora!

—Deja de repetir lo encantadora que soy. — Sonrío tan intensamente que en cualquier momento soy capaz de decirle que lo quiero. ¡Ja! Pillada. Era una broma. Por supuesto que no lo quiero.

—Muy bien, encanto, ¿estás ocupada?

—No -le miento-. Esta tarde no tengo muchas cosas que hacer. — Mientras lo digo repaso mentalmente todos los números de teléfono que tengo en el escritorio y a los que tengo que llamar.

—¿Qué haces esta noche?

—No tengo nada planeado. — Otra mentira. Le he dicho a Jo que iría con ella al cine, pero bueno, sólo se trata de Jo, y total, solamente es ir al cine. Lo entenderá-. ¿Y tú?

—He quedado con Rog para ir a tomar algo. Te echo de menos, ¿te apuntas?

Mierda. Dilema. Lo que más me apetece es ver a Nick, pero, en confianza, no creo que pueda aguantar otra noche con uno de sus impresentables

amigos.

–Humm. – Gano tiempo.

–Vamos -dice.

–Casi que no. Había hablado con Jo de ir al cine.

–Muy bien -refunfuña-. ¿Y después de la película?

–Vuelves a pensar en el sexo, ¿eh?

–Soy un tío, Libby. Pienso en el sexo cada seis segundos.

Me echo a reír.

–¿Por qué no vienes a mi casa cuando salgas del cine? – me propone.

–Te diré lo que haremos. ¿Por qué no vienes tú a mi casa?

–Detestas mi casa, ¿verdad?

–No la detesto, pero prefiero la mía.

–Ya lo sé -dice Nick-. Ahí está el problema. Yo también.

Cinco minutos más tarde me llama Jules.

–Me acabo de zampar una tonelada de pollo que sobró de anoche, una montaña de cuscús, una bolsa entera de patatas fritas de las grandes y una barrita de chocolate Mars.

–Pues yo sigo aquí observando un bollito de salmón ahumado.

–Estoy gorda. Estoy enorme. Doy asco.

—Tú no estás gorda. ¿Has comido mucho?, ya ves qué drama. Además, eso es comida sana.

—¿Desde cuándo es sano comerse una barrita de chocolate Mars?

—De acuerdo, quizá la chocolatina no lo sea, pero esta noche te comes una ensalada y listo.

—No creo que pueda -gime-. No tengo fuerza de voluntad y sé que comeré más pollo.

—Mañana estarás bien. No pasará nada. No vas a engordar porque un día te hayas pegado un atracón.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Qué cenarás esta noche?

—No lo sé. Si va a hacer que te sientas mejor, iré a un chino y compraré algo para llevar.

—Ya me siento mucho mejor. ¿Y tú?

—Humm. Déjame pensar. ¿Qué te parece costillas a la parrilla, pollo y anacardos con salsa de judías y arroz?

—No está mal. ¿Qué tipo de arroz?

—¿Al vapor?

—No, que sea frito.

—Vale. ¿Ya estás contenta?

—Todavía no. No puedes ir a un chino y no comer algas.

—Muy bien. También pediré algas. ¿Contenta la señora?

—Muy contenta. Dios, Libby, eres una cerda.

Y las dos nos echamos a reír.

Al final no voy al cine. Jo me deja plantada, pero aún me queda la comida china, aunque hago un poco de trampa, al menos ésa es mi intención, porque ahora tenemos un nuevo cliente, el fabricante de esas milagrosas pastillas para adelgazar que están tan de moda en Estados Unidos y que acaban de llegar a Inglaterra.

Dios sabe qué contienen, una especie de crustáceo, creo. Se supone que su función es absorber toda la grasa que ingieres de modo que, en lugar de asimilarla, la eliminas. Tenemos la oficina llena de frascos y he sisado un par antes de salir del trabajo, y aunque sé que según las instrucciones hay que tomar entre dos y cuatro con un vaso grande de agua justo antes de empezar a comer, decido tomarme seis para curarme en salud.

—¡Maldita sea! — Me miro la barriga al espejo y compruebo el frasco. ¿Cuánto demonios tardan esas malditas cosas en hacer efecto? Me siento, miro la tele y espero a que, bueno, las pastillas eliminen la grasa de mi cuerpo, pero no, no sólo ir al baño parece que sea lo último que mi cuerpo desee, sino que además la barriga no me baja. Mierda. Demasiado tarde. Nick tendrá que aguantarse.

Humm. Quizá unos cuantos abdominales sirvan. Me agarro con las piernas debajo de la cama mientras me pregunto por qué diablos no hago ejercicio más a menudo, porque esto es fácil. Y una. Y dos. Y tres. Y cuatro. Y cinco. Y, caray, ¿por qué ya estoy jadeando? Y seis. Y siete. Y ocho. Y nueve. Y me parece que ya no puedo más.

Me levanto y me miro al espejo. Tengo la cara roja como un tomate y no

tengo el aspecto de estar muy en forma que digamos. ¡Qué diablos!, decido que voy a fumarme otro cigarrillo y en cuanto lo enciendo el timbre de la puerta suena y, ¡Dios!, ¡miradme! Estoy hecha una pena.

—¿Qué has estado haciendo? — pregunta Nick mientras me saluda con un beso y me acaricia el pelo.

—Mejor no te lo digo.

—Quiero saberlo.

—Ejercicio.

—¡Ees! No me hables de ejercicio. Soy alérgico.

—A ti no te hace falta -le digo frotándole el vientre, tan deliciosamente firme como una tabla de planchar-, pero échale un vistazo a esta barriga. — Es mejor decir la verdad.

Nick retrocede horrorizado.

—¿Qué es eso?

—Ya lo sé ¿Verdad que es horrible?

Nick se acerca, se pone de rodillas y aprieta una oreja contra mi barriga.

—Si -Asiente muy serio-. Sé perfectamente de qué se trata. Una niña glotona.

Me echo a reír.

—Es más -prosigue mientras me da golpecitos en el estómago como si fuese un médico-, yo diría que es una niña glotona que se ha dado un atracón de comida china.

¿Cómo demonios lo sabía?

—¿Cómo demonios lo sabes?

Nick se pone en pie y se encoge de hombros.

—Me pagan por saberlo.

Me doy la vuelta y veo la prueba en la cocina. Envases de aluminio y tapas blancas de cartón que quería recoger porque prefiero que ningún hombre sepa que vivo casi exclusivamente de cocina china para llevar, la idea es que pensase que mi dieta diaria es a base de lechuga y salmón ahumado, pero ya es demasiado tarde.

—Como veo que aún estamos a tiempo de llegar a la última ronda -dice Nick-, he pensado que quizá podríamos salir a tomar una copa.

—¡Pues claro! — exclamo entusiasmada mientras me siento y me pongo las zapatillas deportivas-. ¿Adónde te apetece ir?

—¿Qué te parece al Westbourne?

—Genial.

Así que nos vamos hacia el Westbourne y, por extraño que parezca, el Westbourne es el primer sitio al que voy con Nick en el que los dos nos sentimos como en casa. Tiene lo justo de pub para que él se relaje y lo justo de establecimiento a la moda, es decir, que está lleno de ejecutivillos de Notting Hill, para que yo me relaje, es la mejor decisión que podíamos tomar, pienso para mis adentros.

La noche es cálida. Nos sentamos fuera, en una mesa de madera, y, justo cuando pienso que estamos pasando un buen rato, Nick se pone a suspirar de nuevo.

—¿Y ahora qué pasa?

Suelta otro suspiro.

—Vamos, Nick. Algo no va bien, ¿me equivoco?

Suspira por tercera vez y luego me mira.

—Me gustas mucho, Libby.

El alma se me cae a los pies porque ya sé lo que viene ahora. Ahora toca un «pero».

—No, de veras, lo digo en serio, me gustas mucho, pero... -Y ahí se detiene.

—Tú también me gustas mucho -Le devuelvo el cumplido sin mucha convicción.

—Ya lo sé -dice-, y eso es precisamente lo que me preocupa.

Oh, mierda Jules lo entendió mal. Nick lo sabe y, como toca en estos casos, ahora se echa atrás. Oh, Dios, ¿por qué no me hice la esquivia? ¿Por qué no fingí que controlaba la situación?

—No se qué hacer.

—No te entiendo.

—Me gustas más que ninguna otra mujer desde hace siglos. Me refiero a que este último año ha habido algunas con las que me hubiese podido liar sentimentalmente, pero no lo he hecho porque no estaba preparado para una relación y tampoco estaba preparado para liarme contigo, pero me gustas tanto que no he podido evitarlo.

—Nick -le digo lentamente-, estás tomando muy en serio nuestra historia y nosotros no vamos por ahí. No mantenemos una relación estable, sólo nos lo estamos pasando bien, ¿qué hay de malo en eso?

—Sabes perfectamente que estamos manteniendo una relación.

No tiene sentido que lo neguemos, Nick tiene razón.

—Y lo que más me asusta es que sé que tu necesitas más. Sé que llegará un momento no muy lejano en que querrás que me comprometa contigo y sé que no podré hacerlo por más que quiera, por más que sea lo que más deseo en este mundo. No estoy preparado.

¿Qué puedo decir? Vuelve a tener razón.

—Y me gustas demasiado para hacerte daño y sé que resultará inevitable que te lo haga.

—Quizá no -digo enfadada-. Quizá no esté tan colada por ti como crees.

—¿Ah, no?

Me encojo de hombros.

—No lo sé.

—Mira. — Me coge la mano-. Eres la mejor persona que he conocido en años y si te hubiera conocido hace un año o quizá hace unos meses, sé que podríamos ser felices juntos, pero ahora no puedo darte lo que necesitas. — Vuelve a suspirar-. Mi vida es un desastre y no puedo mantener una relación hasta que resuelva el problema. Quiero publicar mi novela, pero también sé que necesito dinero, estabilidad, y no puedo seguir así siempre. Si tuviese editor o un trabajo, entonces las cosas serían diferentes, pero ahora necesito concentrarme en eso y no es el mejor momento para mantener una relación.

Creo que voy a ponerme a llorar, pero, no sé cómo, consigo mantener el tipo. Por un momento pienso en decirle que no me importa, que no me preocupa que no tenga dinero, que estoy dispuesta a esperarlo, pero sé que Nick ya ha tomado una decisión y que nada de lo que yo pueda decir

cambiará las cosas.

—¿Y ya está? ¿Se acabó? — le digo en voz baja, pensando: «Lo sabía, lo supe desde el momento en que no lo hicimos.»

—No -suspira-. No lo sé. No quiero que dejemos de vernos.

—Entonces, ¿seguimos? — Un rayo de esperanza. Una luz al final del túnel.

—No lo sé. No creo que podamos, pero no quiero perderte.

—No puedes tener las dos cosas -le digo, sorprendida de mi determinación, pero rezo para que, si le digo que nunca podré verlo como a un amigo, encuentre la forma de solucionar el problema, la forma de quedarse conmigo-. No puedo ser tu amiga -concluyo-. Lo siento, pero no puedo.

—No sé qué hacer. ¿A ti qué te parece?

—Me parece que... -Me detengo y de repente me siento muy adulta-. Me parece que es tarde. Me parece que ayer nos acostamos tarde y que los dos estamos cansados y que cuando estás cansado ves las cosas peor de lo que en realidad son. Me parece que deberíamos irnos a casa, acostarnos y ver cómo van las cosas por la mañana.

Creo que he dicho lo correcto. Nick se relaja y dice:

—Quizá tengas razón. De acuerdo. ¿Nos vamos?

Y nos vamos.

Nos vamos a casa y hacemos el amor y eso sí que es hacer el amor, no sólo sexo, porque resulta muy tierno y mientras lo hacemos nos miramos a los ojos, y si no lo supiese, diría que un par de veces los de Nick nadaban entre lágrimas, pero fue muy hermoso y después pensé: «¿Cómo puede Nick querer dejarlo? ¿Cómo puede decirme adiós cuando estamos tan bien juntos?»

Y caemos dormidos, abrazados. Normalmente cuando acabamos así al cabo de veinte minutos me separo porque no soporto dormir tan cerca de alguien, necesito espacio para descansar como Dios manda, pero cuando vuelvo a abrir los ojos, sus brazos aún me rodean y faltan diez minutos para que den las ocho de la mañana y lo despierto con un beso, pensando que la noche anterior debe de haber sido una pesadilla.

Vamos juntos a la estación de metro, pero la situación es diferente, aunque no hablemos de lo de anoche. Cuando nos despedimos con un beso Nick me pregunta:

—¿Estás bien?

Asiento.

—¿Y tú?

—Sigo confundido -responde-. Todavía más.

Me da un abrazo y no estoy segura de que me guste porque lo hace con tanta fuerza, se agarra tanto a mí, que si no lo supiese casi pensaría que era el último, pero nos quedamos abrazados durante lo que parece una eternidad. Al final yo me separo y él me dice:

—Ya te llamaré.

Pero no sé qué coño está pasando y, además, ninguno de los dos ha dicho que se haya acabado, así que quizá nuestra historia todavía no se ha acabado, pero si es así, ¿por qué me siento tan hecha polvo?



doce

Me siento como una mierda todo el santo día. No me pongo a llorar, pero siento que a cada minuto estoy a punto de hacerlo y es como sufrir una pesadilla, cuando sabes que hasta el detalle más nimio te empuja al precipicio y te agarras a la cordura con las uñas.

Ni que decir tiene que Jules es la primera persona a quien llamo cuando llego a la oficina, y ella me escucha sin decir nada mientras yo le cuento lo que ha pasado. Al término de mi confesión dice.

—Esta historia pinta muy mal.

—Sí, pinta muy mal, Jules, pero dime, ¿qué está pasando?

—¿Tú qué crees?

Yo no creo nada. Lo sé.

—Me parece que se acabó.

—Probablemente tienes razón al decir que se ha acabado, aunque me parece que no es algo definitivo.

—¿Que quieres decir?

—Que Nick está confundido y que tendrás que darle un poco de tiempo. Podría equivocarme, pero creo que volverá.

—Pero yo no quiero darle tiempo, lo que yo quiero es verlo, estar con él, convencerlo de que soy la mujer perfecta para él.

—No olvides lo que siempre has dicho -prosigue Jules con delicadeza, intentando calmar mi dolor-. Nunca pensaste que Nick fuese el hombre de tu vida, así que quizá sea algo bueno.

—Ya lo sé -suspiro-, pero tal vez me equivoqué. Ya sé que todo empezó como una aventura, pero no puedes acostarte con alguien que te gusta de manera habitual y no implicarte emocionalmente.

Jules se echa a reír.

—Eso es lo yo que llevo diciéndote desde el principio.

—Pero creí que podría -gimo-. Ya lo he hecho antes, ¿por qué no puedo hacerlo ahora?

—Porque cuando tenías veinte años todo era distinto. Aparte de muchas otras cosas, es algo que te podías permitir, tenías tiempo, pero, como ya te dije una vez, después de los veinticinco ya no puedes actuar de esa manera, porque hay otras cosas en juego y, por desgracia, todos y cada uno de los hombres que conoces se convierten en un marido potencial, quieras o no admitirlo.

—Tienes razón, tienes razón. Sé que tienes toda la razón, pero no por eso deja de dolerme.

—Ya lo sé, bonita, y te hará daño durante un tiempo, pero tienes que seguir adelante. ¿Qué haces esta noche?

—Nada.

—Vale. Pasaré a recogerte a las ocho y cuando llegue te quiero ver con tus mejores trapitos. Nos vamos a Mezzo a tomar una copa.

—No me apetece, Jules.

—Me da igual. Saldremos, nos emborracharemos y lo pasaremos en grande.

—¿No podemos dejarlo para otro día?

—De ninguna manera. No voy a dejar que te deprimas quedándote sola. Recuerda quién eres, Libby. Hace tres meses habrías saltado de alegría ante la idea de acicalarte y conocer a hombres ricos.

«Pero a mi ya no me interesan los ricachones -pienso-. Yo quiero a Nick», pero no puede ser, de modo que digo que sí y cuelgo el teléfono sintiéndome una completa desgraciada. A los dos segundos el aparato vuelve a sonar.

—¿Libby? Soy Sal.

—¡Hola! ¿Cómo estás? — Justo la persona con quien necesito hablar, conoce a Nick y quizá ella sepa qué ocurre.

—Nick me acaba de llamar -dice-. ¿Estás bien?

Mierda. Eso significa que ya le ha dicho que lo nuestro se acabó.

—¿Te ha dicho que lo hemos dejado?

—No, no exactamente. Sólo me ha dicho que estaba confundido y que no creía que fuese justo para ti que continuárais. No lo entiendo.

—Ni yo.

—Porque me ha dicho que le gustas mucho, y si es así, ¿por qué no se decide de una puta vez?

—Exacto.

—Dios, a veces me desespera. Ya lo ha hecho demasiadas veces.

—¿Qué?

—Cada vez que está a punto de empezar a mantener una relación le entra el pánico y echa a correr.

—¿Me estás diciendo que no es la primera vez que hace una cosa así?

—Libby -me dice con su voz más amable-. Tú no eres como Nick, además, él lleva la típica vida de soltero, pero, hazme caso, estás mucho mejor sin él. Es un tío adorable, pero cuando se trata de comprometerse, no es más que un gilipollas. Te mereces a alguien mejor. Todas lo merecemos.

No puedo creer lo que estoy oyendo, no es que culpe a Sal por decírmelo, pero no tenía ni idea. Supongo que nunca me detuve a pensar que quizá Nick ya le había hecho lo mismo a otras chicas y, vale, ya mencionó que había conocido a otras mujeres con las que pudo haberse ennoviado, pero no lo hizo. Nunca pensé que el tipo era un «asqueroso compromiso fóbico» en serie o un mujeriego, y empiezo a sentirme mal, mal, mal.

¿Por qué me tenía que ocurrir esto a mí?, no puedo creer que me haya vuelto a pasar. Me han vuelto a dejar sin contemplaciones cuando creía que controlaba la situación. Pensé que podía llevar las cosas a mi manera, que no me harían daño. ¿Qué me pasa? Quiero decir que soy una buena persona, soy amable con la gente y con los animales, y procuro tratar a mis semejantes con respeto, y luego, ¿qué pasa?

Que me dejan.

Una vez y otra, y otra.

—¿Libby? — Es lógico que Sal se pregunte si sigo al teléfono, estaba tan ensimismada que me había olvidado de la conversación.

—Disculpa -le digo-. Ya he tenido suficiente, Sal.

—Libby, no es tu problema. El problema lo tiene él.

—Sí, sí, eso es lo que siempre me dicen.

—Hablo en serio, Libby.

–¿Libby? – Jo me llama desde recepción.

–Espera un momento -le digo a Sal-. Dime.

–Nick al teléfono.

–Oh, mierda Sal, es Nick, tengo que dejarte.

–De acuerdo, pero escúchame, llámame si me necesitas, ¿vale?

Por Dios, cuelga el teléfono.

–Hola -digo con voz nerviosa a Nick.

–Hola. Sólo llamaba para asegurarme de que estás bien.

–Estoy bien. Sal me acaba de telefonear.

–¿No te importa que se lo haya contado?

–En realidad no. Así que ¿se acabó?

Nick suspira.

–No lo sé, pero no es por tu culpa. El problema soy yo.

Casi me pongo a reír.

–Me parece que tendré que apuntarme a una terapia o algo así. – Vuelve a suspirar.

Buena idea y, qué coño, a lo mejor yo debería hacer lo mismo. Quizá si fuese a ver a alguien me ayudarían a entender por qué siempre me lío con los más cabrones. No estoy diciendo que Nick sea un cabrón, sólo que ninguno de los hombres que he conocido parecen estar disponibles o tiene

algún tipo de trastorno, en otras palabras, que no les intereso, vaya, o no están disponibles emocionalmente hablando, como Nick.

—Me gustaría que continuásemos siendo amigos -dice-. Eres muy importante para mí, Libby.

Bueno, ahora sí que se acabó, ¿verdad? Lo mismo hubiese podido decir que nuestra historia ha llegado a su fin, pero no ha tenido pelotas para hacerlo.

—Ya tengo suficientes amigos -le digo-. Gracias.

Su voz suena triste.

—¿Puedo llamarte?

—Si quieres -Ahora me toca a mí ser dura.

—Oye, cuídate.

—Sí. Adiós.

Cuelgo el teléfono y me rindo. Me echo a llorar. A la mierda con todo. Me da igual si estoy en el trabajo o si alguien me mira, y mientras me quedo sentada en mi escritorio inclinada hacia delante, mi garganta profiere un sollozo, y ya está, momentos más tarde lloro como una niña y me levanto y corro hacia el cuarto de baño, donde me encierro en un cubículo y me desahogo.

Oigo que se abre la puerta, pero no me detengo. No puedo parar.

—¿Libby? ¿Te encuentras bien? — Es Jo.

Intento responder, pero las palabras no me salen y sólo alcanzo a emitir gemidos y a hipar.

—Se trata de Nick, ¿verdad? Déjame entrar.

Y se pone a dar golpes a la puerta, de modo que me levanto, abro el pestillo y luego me siento en la tapa de la taza del váter.

—Son todos unos cabrones -dice con vehemencia-. No vale la pena. — Espera un poco mientras yo intento recobrar la compostura, lo que resulta difícil cuando te resbalan los mocos por la cara y tus ojos se parecen a los de la hija de Drácula.

—Ya -hipido- lo sé. — Hipido, sollozo, sollozo.

—Tranquila -Me rodea con su brazo, un gesto más difícil de lo que parece en el estrecho cubículo, pero lo consigue y me frota la espalda y no puedo evitarlo. Es tan amable, tan comprensiva que me pongo a llorar otra vez-. Tranquila -no cesa de repetirme en voz baja-. No pasa nada.

«Sí que pasa», pienso. Sí que pasa porque ya me había acostumbrado a tener a Nick cerca, porque me encanta tenerlo cerca. Porque por primera vez en mucho tiempo había dejado de ser una triste y solitaria que o tenía que quedarse en casa los sábados por la noche o a la que tenían que arrastrar sus amigas, porque no tenía nada mejor que hacer.

Sí que pasa porque me encanta, me encantaba, hacerlo con Nick, porque no hay nada mejor que despertarse y darse la vuelta en la cama para descubrir que no estás sola.

Sí que pasa porque Nick me hacía reír, porque no tenía que fingir nada, porque cuando estaba con él podía ser yo misma, porque no creo toda esa historia de que tienes que buscar tu media naranja, lo que yo creo es que hay que buscar a alguien que te haga sentir mejor persona cuando estás con él, que te cambia a mejor, que hace que seas la mejor persona que puedes ser y porque pensaba que todo eso lo había encontrado en Nick.

Aunque no creo que me hubiese dado cuenta hasta ahora. Y sí, quizá tengáis razón, quizá me estoy poniendo melodramática, quizá estoy convirtiendo un granito de arena en una montaña porque siento lástima de

mí misma, pero ¿por qué hostias no puedo? Por qué hostias no puedo sentirme así y, tanto si es cierto como si no, ahora mismo tiene toda la pinta de que se ha acabado de verdad y es una auténtica mierda.

Y, ¡oh, Dios mío!, nunca volveré a despertarme a su lado y, ¡oh, Dios mío!, no voy a mirarlo más a los ojos mientras hacemos el amor y, ¡oh, Dios mío!, lo hará con cualquier otra y seguramente muy pronto, ¿y yo? Yo me quedare sola el resto de mi puñetera vida. Empiezo a sollozar otra vez.

Llaman a la puerta. Es Lisa, otra relaciones públicas que trabaja en una mesa al lado de la mía. Jo abre la puerta y oigo que Lisa susurra:

—¿Está bien Libby?

—Sí, ya se encuentra mejor -dice Jo, aunque resulta evidente que no es cierto.

—¿Puedo ayudar en algo? — pregunta Lisa.

Ya sé lo que eso significa. Se muere por saber qué ocurre, por saber qué me pasa, y estoy segura de que a estas alturas el rumor se ha extendido por toda la oficina y sin duda se están haciendo apuestas acerca de lo que me ha sucedido. Es probable que piensen que me han puesto de patitas en la calle.

Me odio a mí misma por perder la compostura en la oficina. Eso es todo. Cuando haces creer a todo el mundo, como yo he hecho, que eres una mujer fuerte e independiente, que siempre lo tiene todo bajo control, la gente se pone muy nerviosa cuando pierdes ese control, no saben muy bien cómo reaccionar y, por supuesto, al cabo de media hora, cuando consigo serenarme un poco (sobre todo gracias a Jo, a su colirio y a su rimel impermeable), salgo del lavabo con la cabeza bien alta y todo el mundo deja de hablar y se pone a hacer como que están muy ocupados.

Dos minutos después de que me haya sentado a mi escritorio, Lisa se acerca y coloca una taza de té delante de mí, un gesto de lo más dulce, y luego me mira con unos ojos llenos de preocupación y me dice.

—¿Te encuentras bien?

Asiento.

—¿Quieres que hablemos? — me pregunta y veo que Jo me hace una mueca y yo casi me echo a reír, porque sé, sé perfectamente, que Lisa se muere por saber de qué va la historia.

—Gracias, Lisa -le digo-, pero en realidad no hay nada de que hablar.

—Oh -dice desilusionada, y se echa hacia delante con ademán conspirador-. No será el trabajo, ¿verdad?

—No -le respondo con afectación-, no se trata del trabajo.

Como se da cuenta de que no voy a soltar prenda, se va.

Sin saber cómo, consigo sacarme trabajo de encima, aunque la voz se me quiebre en mitad de las conversaciones por teléfono que mantengo con los periodistas y deba fingir que tengo un resfriado de mil diablos para explicar mi nariz tapada.

Finalmente me voy a casa y quizá porque me he concentrado tanto en el trabajo, al salir del edificio empiezo a sentirme mucho mejor, y cuando Jules llega he estado leyendo tan absorta que no he tenido tiempo de arreglarme y lo primero que hacemos las dos después de servirnos un vaso de vino es sentarnos y hacer una lista. Sí, la famosa lista. La lista que os enseñé cuando nos conocimos.

Y, ¿sabéis?, cuando la miro comienzo a sentirme muchísimo mejor porque sí, quizá Nick esté bien y sí, quizá fuese dulce conmigo, pero de veras, ¿cómo pude haber llegado a pensar en liarme en serio con él? Jesús, la sola idea de volver a pasar otra noche con sus repugnantes amigos en un cochambroso pub me revuelve el estómago. Dejo a Jules sentada en la sala de estar mientras voy a vestirme y, ¡joder!, voy a hacer un auténtico

esfuerzo. Saco un vestido de Joseph de la temporada pasada y lo combino con mis fantásticos zapatos de Prada. Me pongo toneladas de maquillaje y me recojo el pelo de forma que parece que lleve una colmena en la cabeza, y cuando salgo Jules da un silbido y se pone a aplaudir.

—¡Viva! — exclama. Se levanta, me agarra y las dos nos ponemos a bailar por la habitación-. La vieja Libby ha vuelto, la Libby que todos conocemos y a quien todos queremos.

—¿Tan mal estaba?

—¡Peor! — Se echa a reír-. Ahora dime, ¿dónde están esas apestosas zapatillas de deporte? — Echa un vistazo alrededor de la habitación.

—No huelen mal ¿Por qué?

—Porque van a ir directas a la basura.

Me entra un ataque de pánico.

—No -digo. Es que las zapatillas me recuerdan a Nick, y aún no estoy del todo preparada para deshacerme de mis recuerdos-. Son perfectas para ir al trabajo. Quiero quedármelas.

Jules me mira horrorizada.

—¿Lo dices en serio?

Yo asiento.

—Como quieras -Se encoge de hombros-. ¿Sabes?, estás guapísima, Libby, como en los viejos tiempos.

Que Dios la bendiga. En ningún momento menciona el hecho de que mis ojos, pese a las toneladas de rimel y de sombra de ojos que tan bien me he puesto, parecen charcos de orina en medio de la nieve.

Y nos vamos hacia Mezzo, que está hasta los topes de ejecutivillos y tías sofis. Es una lástima que no estuviésemos en el local hace cinco minutos cuando un grupo de mocosos ha invitado a champán y, vale, no son mi tipo, pero está muy bien volver a disfrutar de un ambiente como éste, y me doy cuenta de que, aunque pensase que no lo echaba en falta, ahora creo que sí que lo hacía.

—¿Y cómo es que una chica tan guapa como tú no tiene novio? — me pregunta Ed, que no es mi tipo para nada. Alto y robusto, con bigote, yo odio los bigotes. No, en realidad no los soporto. Además, el tío es demasiado serio.

Y sí, es probable que nade en la abundancia y sí, también sé que lo que yo busco es un hombre rico, pero no quiero que sea serio, quiero que sea capaz de sentirse tan cómodo en la ópera como en un concierto de los Lightning Seeds y la verdad es que no corren muchos hombres como éstos. De hecho, también podría ser que Jules se hubiese quedado con el último de una especie en extinción, pero aún puedo tener esperanzas, ¿no os parece?

Ese tío, Ed, quizá estuviese bien sin el bigote, pero aunque se lo afeitase sé que resulta demasiado serio para mi, pero qué demonios, muevo un poco el pelo hacia un lado y sonrío con timidez mientras le digo.

—¿Y cómo sabes que no tengo novio?

—Oh, bueno, eh, entonces, ¿tienes novio? — O el hombre es un genio o...

Muevo la cabeza de un lado para otro y de pronto me siento increíblemente triste Jules se da cuenta y me agarra.

—Perdonadnos, chicos. Ahora mismo volvemos.

Nos vamos mientras ellos se quejan de por qué las mujeres siempre van al cuarto de baño en parejas y cuando llegamos Jules me pregunta si estoy a gusto.

—Sí, de verdad. Lo estoy pasando bastante bien. No sé, es que echo de menos a Nick.

—¿Y qué me dices de Ed?

—¿Que le pasa?

—Podrías salir con él una noche. Está claro que le interesas.

—No. No es mi tipo. Demasiado serio.

—¿Cómo lo sabes? A veces la gente puede sorprenderte.

—De acuerdo. Te lo demostraré.

Volvemos con ellos.

—Dime, Ed -le espeto-, ¿has ido a algún concierto últimamente?

—¿Concierto? — Me mira desconcertado-. Ah, sí, concierto -Y se pone a reír-. Es para desternillarse de risa -dice una y otra vez mientras miro a Jules y arquea una ceja-. ¿Sabes, Libby?, eres muy graciosa -dice, aunque yo no he cogido el chiste-. Me encantaría invitarte a cenar un día de estos.

—Muy bien -Me encojo de hombros, me importa un carajo si tiene o no intención de hacerlo.

—¿Me das tu número de teléfono?

Jesús, que poco original. Hurgo en el bolso para ver si encuentro un bolígrafo, pero no, otra vez llevo un bolso mágico que devora bolígrafos, llaves y barras de labios y no encuentro nada con que escribir. Ed llama a una camarera que pasa por nuestro lado, le pide un bolígrafo y anota mi número con cuidado en una cosa que parece una cartera negra de piel que contiene unas cuantas hojitas blancas de papel y que tiene toda la pinta de

ser carísima.

—Te llamaré, e iremos a algún sitio estupendo.

Me contengo para no encogerme de hombros y decirle: «Como quieras», pero en lugar de eso sonrío y digo:

—Perfecto.

Y cuando nos vamos, que es casi de inmediato, empiezo a acusar en el cuerpo todos los nervios de esta mañana, Ed me da la mano y dice:

—Conocerte ha sido un inmenso placer. Te llamaré por lo de la cena.

Eso es todo. Nos metemos en un taxi y nos vamos a casa.

—No puedo creer que te hayas atrevido -dice Jules-. ¡Te has atrevido a quedar con un hombre en tu primera noche de soltera!

—Oh, vamos, Jules, ese tío no es nada del otro mundo.

—Estás loca, Libby. Era encantador y es evidente que está colado por ti. ¿Vas a aceptar su invitación?

—No lo sé.

—Es igual, al menos ya sabes que allí fuera hay otros hombres, que esto no es el fin del mundo.

Sé que tiene razón, lo que pasa es que en este momento no quiero a otros hombres. Quiero a Nick.

—Seguro que te lleva a un sitio fantástico, es obvio que está forrado. — Jules me mira consternada—. Libby, todo lo que sé lo he aprendido de ti. No me dirás ahora que no te has fijado en el Rolex que llevaba.

Digo que no con la cabeza.

—¿La corbata de Hermés?

Digo que no con la cabeza.

—¿El llavero de Porsche?

Digo que no con la cabeza.

—Quizá vaya a cenar con él -digo de pronto porque la sola idea de dar una vuelta en un Porsche me gusta-. Pero sólo a cenar. Nada más.

Jules se queda sentada, sonrío para sí y yo me quedo mirándola.

—Te conozco tan bien... -Se ríe entre dientes.

No puedo evitarlo y yo también me echo a reír.



trece

El buen humor dura hasta que llego a mi piso. Abro la puerta, enciendo las luces, me quito los zapatos de una patada y mientras voy de aquí para allá empiezo a luchar contra los recuerdos de Nick, que me asaltan allí donde miro.

El sofá donde nos acurrucamos aquella primera noche cuando regresamos después de la fiesta de Sal. La bañera donde Nick se sentó con aquel ridículo gorro de baño. La cama. Dios mío. La cama.

Me dejo caer en el suelo, las lágrimas me corren por la cara, y me hago un

ovillo, las rodillas contra el pecho, y lloro como un niño.

¿Por qué me ha tenido que pasar a mí? ¿Por qué no podía salir bien? Pruebo a recordar lo que dijo Nick, por qué se ha acabado nuestra historia; no tiene sentido. ¿Cómo es posible que te guste alguien, que te guste de verdad y, sin embargo, quieras cortar? Dijo que tal vez hubiera funcionado si nos hubiésemos conocido hace unos meses, así que tal vez podría funcionar ahora, quizá podría conseguir que cambiara de opinión.

Estoy desvariando. Me levanto, me seco las lágrimas y cojo las llaves del coche. Lo único que me hará sentir mejor es ver a Nick. Tengo que verlo. Hablar con él. Hacer que vea que lo nuestro puede funcionar, que me da igual su trabajo, su dinero, porque ya todo me da igual. Lo único que ahora me importa es estar junto a él, solucionarlo, y la única manera de hacerlo es ir a verlo.

Me subo al coche decidida, tan decidida a que lo nuestro funcione que me olvido de llorar, me concentro en conducir por las calles de Londres hasta que, finalmente, me detengo delante de la casa de Nick.

Me quedo en el coche un rato, sin estar muy segura de si llamar al timbre, de si enfrentarme a él, pero ahora ya estoy aquí, y es lo único que puedo hacer. No puedo creer que lo nuestro se haya acabado, no lo creeré hasta que pueda hablar con él cara a cara y si él me ve, si ve lo que me está haciendo, cambiará de opinión. Tiene que hacerlo.

A Nick le cuesta una eternidad bajar a abrir la puerta. Decido darme la vuelta y volver por donde he venido, me siento morir por lo que estoy haciendo, vuelvo a pensar en nosotros y justo cuando me doy la vuelta oigo una puerta en el piso de arriba y luego el suave ruido de pisadas que bajan por la escalera.

La puerta se abre y allí está. Con el pelo revuelto, los ojos entrecerrados por el sueño. Está sorprendido.

Nos miramos mientras intento dar con las palabras, las palabras que me lo

devolverán, pero no se me ocurre nada e intento contener la lágrima que está a punto de brotar por el rabillo de mi ojo derecho.

—Libby -susurra mientras me rodea con sus brazos. Y no puedo evitarlo. Me vengo abajo, me pongo a llorar a lágrima viva, porque mientras Nick está allí, de pie, rodeándome entre sus brazos y acariciándome la espalda, sé que todo es inútil, que estoy haciendo el ridículo, que nada le hará cambiar de opinión.

—Será mejor que subas -dice al fin, al tiempo que se despega de mí con ternura y me conduce hacia arriba, cogiéndome de la mano, mientras yo intento secarme la cara.

Nos sentamos en silencio durante un rato, yo en el sillón y Nick en el futón. Lo único que ahora me apetece es saltar al futón con él y abrazarlo, hacer que todo vuelva a ir bien, hacer retroceder el tiempo para que todo sea como anoche. No puedo creer que las cosas puedan cambiar tan deprisa. No puedo creer que ya no tenga derecho a hacer el amor con él porque se acabó, y cuando me pongo a pensar en todo eso vuelvo a deshacerme en lágrimas.

—Por Dios, Libby -susurra Nick-. Lo siento tanto. Yo no quería herirte.

—No lo entiendo -digo de repente-. Dijiste que de habernos conocido hace unos meses todo iría bien, que podríamos estar juntos, así que no entiendo por qué no podemos seguir juntos. — Nick no dice nada-. Me da igual el dinero -Me sorbo los mocos, y voy subiendo el tono de voz, como si Nick fuese a entenderme mejor si me pongo a gritar-. Me importa un pito que no tengas trabajo. Estamos tan bien juntos, Nick ¿Por qué tienes que hacer algo así? ¿Por qué no podemos seguir como antes?

—Precisamente por esto -responde con suavidad-, porque se suponía que ninguno de los dos se iba a enamorar. Yo nunca quise causarte daño y verte así me parte el corazón.

—Entonces, ¿por qué me estás haciendo tanto daño? — Levanto los ojos sin

importarme el mar de lágrimas que corre sin freno por mi cara-. ¿Por qué me haces esto?

—Libby -me dice mientras se acerca y se agacha para que su cara esté a la altura de la mía-. Desde el principio te dije que no estaba preparado para empezar una relación. Sabía que tú te estabas enganchando cada vez más, pero intentaba negar la evidencia porque sabía que no podía darte, que no puedo darte, lo que quieres. El único problema es que no estoy preparado. Lo siento.

—Entendido -digo entre hipidos y recobro un poco de calma-. No puedes darme lo que quiero ¿Y qué? Ahora ya lo sé. Pero sigamos juntos de todas formas. No puedes hacerme más daño del que ya me has hecho, y ahora sé cuál es mi posición, así que no veo por qué no podemos seguir viéndonos, si nos llevamos tan bien, si las cosas entre nosotros van tan bien. — Intento que Nick se acerque a mí, que mis argumentos lo conmuevan, pero parece que cuanto más hablo, mayor es la distancia entre nosotros.

—No, Libby -Mueve la cabeza, apesadumbrado-. Me gustaría, pero no puedo hacerte pasar por lo mismo otra vez, y sé que volverá a ocurrir, porque en este momento no puedo comprometerme con nadie y por más que digas que no importa sé que eso es lo que tú quieres y no funcionaría. Créeme -dice en voz baja, tocándome la mejilla-, si tuviese que comprometerme con alguien sería contigo, pero no estoy preparado.

Las lágrimas se secan en el mismo momento en que me doy cuenta de que no puedo convencerlo, de que ya ha tomado una decisión, de que ahora sí que no hay duda de que lo nuestro se ha acabado. Me levanto y me dirijo hacia la puerta mientras intento recuperar un poco el amor propio, aunque ya sea tarde para eso.

—Ya te llamaré -dice Nick bajando la escalera detrás de mí mientras yo me dirijo a la puerta que da a la calle, y siento que nada es real, que todo esto no es más que una horrible pesadilla. No me molesto en decir nada. Salgo afuera y, no sé cómo, consigo llegar a casa.

—¿Qué has hecho esta vez? — Mi madre me mira, pero no puedo ponerme a gritarle porque, como siempre, es por mi puñetera culpa. A mi madre nunca se le ocurriría que quizá todos los hombres que he conocido tienen un problema. Pero no. Siempre soy yo quien hace que salgan corriendo-. ¿Lo tomaste muy en serio? — me pregunta y daría lo que fuese, cualquier cosa, por no haberle mencionado nada.

No era mi intención hacerlo, pero mi madre parece tener un sexto sentido, dedujo que algo iba mal y antes de que me diese cuenta, ya se lo había contado. Le conté que había cortado con Nick, aunque omitiese los detalles de la visita a su piso. Trato de olvidarlo.

Y sí, lamento haberlo hecho. Lo lamento porque permití que Nick me viese en mi estado más vulnerable. Puse todas mis cartas boca arriba y él las apartó sin apenas mirarlas. Desde esa noche, que aún está reciente, he intentado no pensar en ello, porque lo único que siento, cuando recuerdo cómo expuse mis sentimientos con toda franqueza, es vergüenza. Pura vergüenza.

—No -digo furiosa-. No lo tomé muy en serio, lo que pasa es que él no quiere una relación, ¿vale?

—¿Qué significa que no quiere una relación? ¿Desde cuándo los hombres quieren una relación? — Mamá se ríe de su propio chiste, yo la miro y me pregunto: ¿cómo es posible que mi madre sea una experta en relaciones? Por el amor de Dios, tan sólo ha estado con mi padre. No ha conocido a nadie más-. Sabes que tienes que hacerte la interesante, Libby. Nada de irte a la cama la primera noche y estar disponible siempre que quieran.

¿Qué coño sabrá ella?

—La verdad es que no os entiendo a las chicas de ahora. — Mueve la cabeza de un lado para otro-. Os creéis eso de la igualdad, pero cuando se trata del corazón, no hay ninguna igualdad. Los hombres no han cambiado: les encanta la emoción de la caza, y si te ofreces a ellos en una bandeja, pierden

el interés. Es tan sencillo como eso.

—Las cosas no son así, mamá -le digo con los dientes apretados-. Lo nuestro no ha tenido nada que ver con eso.

—Ya sé que piensas que yo sólo soy tu madre y que no sé nada, pero déjame que te diga que veo los programas de Vanessa, de Ricki y de Oprah y todas vosotras decís lo mismo. Para mí la respuesta está tan clara como el agua. Tenéis que haceros las esquivas. Esa es la solución a todos vuestros problemas.

—Mamá, que no sabes de qué estás hablando. Mirar unos cuantos culebrones no te convierte en una experta en relaciones.

—Eso es lo que tú crees -me dice con firmeza-, y de todos modos yo no te estoy diciendo que sea una experta, todo lo que digo es que veo lo que haces mal.

Se acabó, ya he tenido suficiente. Otra vez la misma historia.

—¿Por qué siempre soy yo quien hace las cosas mal? — digo casi a gritos-. ¿Has pensado alguna vez que quizá sean los hombres quienes tienen el problema? No, no, qué estúpida soy, por supuesto que es mi culpa. Siempre es mi jodida culpa.

—No hace falta que utilices ese tipo de vocabulario -dice mi madre-, pero ¿has pensado por qué razón sigues soltera a tu edad?

—Sólo tengo veintisiete años, ¡por el amor de Dios! No soy una cuarentona, aún me quedan muchos años por delante.

Mi madre vuelve a cabecear apesadumbrada.

—No, Libby, no tienes tantos años por delante si lo que quieres es casarte y tener hijos. Me parece que va siendo hora de que analices detenidamente todos los novios que has tenido, todos los novios y a ti misma.

–Eres increíble. – Muevo la cabeza con incredulidad-. La mayoría de las chicas de mi edad matarían por llevar la vida que yo llevo. Tengo un piso, un buen trabajo, un coche y unos buenos ingresos. Tengo una vida social de lo más ocupada, cientos de amigos y conozco a famosos todos los días.

–Bien -dice mi madre-. Muy bien, pero yo no veo que ninguno de esos famosos se te declare, ¿tú sí?

–Pero ¿es que no te das cuenta de que en los tiempos que corren tener un hombre ya no es tan importante? Que estoy mucho mejor siendo una mujer liberada.

–¿Una qué?

–Alguien que está mejor soltera y sin ataduras.

–Libby, cariño -me dice con tono paternalista-. Las dos sabemos perfectamente que eso no es cierto.

¿Por qué siempre ha de tener la puñetera última palabra? Y lo peor de todo es que la muy bruja tiene razón. Bueno, sólo en lo de que no me gusta estar soltera. Del resto de cosas que ha dicho no tengo ni idea y aunque también tuviese razón, huelga decir que no se la daría.

–Mamá, cambiemos de tema -le digo y me levanto para marcharme.

–Cariño, aún no te puedes ir. Acabas de llegar, y me preocupas, Libby. Me parece que has engordado un poco.

Santo Dios, a eso le digo yo dar donde más duele. Y qué pasa si me he engordado un poco, tampoco es que esté hecha una vaca ni nada por el estilo. Además, siempre he procurado estar un poco más delgada de lo que debería; pero mi madre tiene razón. Desde mi visita nocturna al piso de Nick he estado comiendo como una cerda, aunque esta mañana he decidido que se acabó. Definitivamente.

—No me he engordado -digo-, aunque según la báscula peso un kilo y medio más.

—Muy bien, muy bien -suspira-. Sólo lo digo porque no me gustaría que te engordaras, lo digo por tu bien.

—Bueno, mira, me voy.

—Todavía no -Se levanta-. Te diré lo que haremos, he guardado unos pastelitos de azúcar quemado ¿Qué te parece si te traigo un par?

—¡Me acabas de decir que he engordado!

—Uno no te hará ningún daño -Y sale disparada.

Por favor, decidme que no soy la única persona que tiene una madre completamente loca e insensible. Por favor, decidme que todas las madres son como la mía, que no soy la única que lo pasa fatal cada vez que va a visitar a sus padres. Ni siquiera sé por qué voy. Los domingos me esperan para tomar el té y voy todos los domingos, me comporto como una adolescente cabreada y huyo tan deprisa como puedo.

Quizá debería hacer lo que hizo Olly. Quizá debería mudarme a Manchester.

Mi madre regresa y pone un plato con pastelitos de azúcar quemado en la mesa. Los rechazo sólo para cabrearla y le digo que estoy a régimen.

—Coge solo uno -me dice-. Mira, nos comemos la mitad cada una -Se sirve uno. Le da un mordisco y me ofrece la otra mitad.

—No lo quiero -digo con los dientes apretados-. ¿Vale?

—Libby, me gustaría que no lo tomaras a mal cada vez que intento ayudarte.
— Suspira y me mira con sus ojos afligidos, y si no la conociese mejor,

empezaría a apiadarme de ella. Por suerte ya conozco la historia-. Soy tu madre y quiero lo mejor para ti. Solamente te digo estas cosas porque tengo experiencia y puedo verlas desde una perspectiva diferente, eso es todo. Nada me gustaría más que verte feliz y con un buen hombre.

Resoplo, pero no digo nada y al cabo de un rato la mujer suelta un nuevo suspiro y decide cambiar de tema.

—¿Has hablado con Olly últimamente? — me pregunta tras un largo silencio.

Ejem. Ahora sí que la fastidiaría si le dijese que sí, que hace poco he hablado con él, que lo he visto y no sólo eso, sino que también he conocido a su novia, Carolyn. Pero ¿cómo, mamá?, ¿no estabas enterada de que Olly tiene novia? ¿No sabías que ha estado en Londres? Vaya, pues eso si que me sorprende.

Pero no, no podría hacer algo así. Por mucho que pudiese satisfacer mis deseos de darle un disgusto, no se lo podría hacer a Olly, de modo que me limito a asentir y a decirle que hace unos días hablamos por teléfono.

—¿Te comentó algo acerca de si tenía novia? — me pregunta, procurando dar la impresión de que el tema no le interesa demasiado, lo que resulta un poco extraño, porque estoy convencida de que Olly no le ha comentado nada.

—¿Por qué? — le digo con cautela, no tengo ganas de caer en una trampa.

—Oh, por nada en especial -responde sin darle importancia-. Pero como mencionó que se iba el fin de semana y no me dijo con quien, pensé que a lo mejor tenía una amiguita.

—Si es así, a mí no me ha dicho nada -le miento, porque sé que Olly haría lo imposible para mantener a Carolyn lo más alejada de mamá que pueda y porque para mamá ninguna chica es lo suficientemente buena para su querido hijo. No es que lo haya dicho, pero siempre dispara a dar.

«Un acento muy interesante ¿De qué parte de Londres dice que es?» O bien

«Estoy segura de que es lo que ahora se lleva, pero con franqueza, cariño, llevaba la falda tan corta que casi se le veía la ropa interior»

Creedme, no lo invento. Mi madre ha dicho cosas como ésas y Olly hace todo lo posible por no darle importancia, pero una vez que ya ha hecho el comentario mi hermano parece caer en la misma cuenta y Sara no tardó en saltar por la ventana poco después de que mamá insinuase que era una chica ordinaria, de la calle ¿Y Vicky? Incluso yo tuve que admitir que Vicky era algo provocativa. Sin embargo, papa la adoraba. Sobran comentarios.

—Espero que si está con alguien, sea una buena chica.

—¿De que demonios estás hablando?

—Olly es un buen chico y se merece a alguien muy especial, no como todas esas novias que ha traído a lo largo de todos estos años.

Típico.

—Mama -digo al tiempo que me pongo en pie y le doy el besito de rigor en la mejilla-. Me voy. — Y finalmente, gracias a Dios, consigo marcharme.

—Bien -dice Jules mientras se acurruca en mi sofá, bolígrafo en mano-. Tienes que ser totalmente sincera y cuando digo totalmente sincera lo digo en serio. Quiero oír todo lo que buscas en un hombre.

—Pero ahora no busco nada, Jules. Quiero tomarme un descanso de los hombres. Me apetece estar sola durante un tiempo.

—Perfecto, en ese caso descríbeme al hombre de tus sueños.

Me encojo de hombros.

—Alto, metro ochenta, cabello castaño claro; no, que sea castaño oscuro.

–¿Los ojos?

–Verdes.

–¿Que se parezca a algún famoso? ¿A Mel Gibson?

«Que se parezca a Nick», pienso con tristeza e inmediatamente alejo ese pensamiento lo más rápido que puedo.

–Ees, no. No. Déjame pensar. ¿Quién me gusta? ¡Ya lo sé! – exclamo-. Tom Berenger.

–¿Quién es Tom Berenger?

–El actor... *Platoon, La sombra del testigo.*

Jules mueve la cabeza, pero de todos modos escribe el nombre.

–Muy bien ¿Qué más?

–Tiene que ser rico, inmensamente rico. Que viva en una de esas enormes casas de estuco que hay en Holland Park, pero no un piso, no, no, una casa entera en la que pueda perderse mientras espera a que su mujer y su mejor amiga, que es interiorista, vayan a decorarla.

–Humm -masculla Jules riéndose-. Eso me gusta.

–Probablemente sería un hombre de negocios, tendría su propio negocio, Dios sabe de qué, y conduciría un Ferrari.

–Un poco ostentoso, ¿no te parece?

–Muy bien, pues un Mercedes SLK.

Jules asiente y apunta.

—¿Un hombre de negocios rico con un solo coche?

—Buena observación. No, tendría el Mercedes y un Range Rover para ir los fines de semana a su casa de campo y me compraría ese BMW nuevo, ya sabes, el deportivo, ¿cómo se llama? El F3 o el Z3 o algo así. Iría a trabajar vestido con trajes azul marino preciosos, pero cuando estuviese en casa se pondría unos auténticos 501 descoloridos, y camisas deportivas, y pantalones de cuero, porque también tendría una moto.

—¿Que clase de moto? ¿Una Harley?

—No, demasiado corriente. Una Indian.

—Entendido -Sigue escribiendo y me siento con las rodillas en el pecho, preguntándome qué más puedo decir acerca del hombre de mis sueños, estos juegos me encantan.

—No se me ocurre nada más -digo y pienso un rato.

—Ejem, Libby -Jules levanta la vista.

—¿Sí?

—¿No te olvidas de algo?

—¿De qué?

—¿De su personalidad, quizá?

Vaya, ¿qué se puede decir de la personalidad, por el amor de Dios? Me refiero a que, no nos engañemos, cuando se trata de la personalidad todas queremos más o menos lo mismo. Querríamos que fuese inteligente, imaginativo, aunque eso no sea un requisito indispensable. Querríamos que fuera amable, sensible, sin olvidar que debería tener sentido del humor, aunque esto resulte un poco difícil porque, como ya dijo una vez Carrie Fisher en una película, todos los hombres creen que tienen buen gusto y

sentido del humor.

Queríamos a alguien a quien le gustase salir a cenar e ir al cine. Alguien que le agradase salir a pasear al campo para luego acurrucarse ante el fuego y, aunque mi sueño nunca haya sido dar un paseo por el campo, parece bonito, y esta claro que debería ser alguien que también lo creyera así.

Y antes de que penséis que soy de lo más superficial, debo decir en mi defensa que para mí la personalidad nunca ha sido algo secundario, porque es algo que se supone. Una da por supuesto el hecho de que su personalidad te va a gustar, de lo contrario ya ni te molestas.

Y así acabamos con una lista de dos paginas. Una página y media acerca de su aspecto físico, dónde vive, cómo vive y unas líneas escritas precipitadamente sobre su personalidad. Cuando terminamos Jules me pone las hojas de papel en el bolso y me dice.

—Me da la sensación de que en lo material tendrás que transigir un poco, pero escribir lo que buscas en un hombre siempre ayuda. El siguiente paso es el del vestuario.

Jules entra en la cocina, abre el frigorífico y rompe por la línea de puntos una bolsa de basura negra de un rollo. Jules es la única que me conoce lo suficientemente bien para saber que como hay tan poco espacio en mi cocina, el departamento de las verduras de la nevera también alberga unos cuantos artículos de limpieza que raras veces utilizo.

—¿Para qué es eso? — La miro con recelo.

—Para los recuerdos de Nick.

—No guardo ningún recuerdo de él -¿Por que siento todavía una punzada de tristeza cuando alguien menciona su nombre de improviso?

—¿Qué, nada? ¿No tienes fotos? ¿No guardas cartas? ¿Ni una camiseta sudada que olvidaste devolverle a propósito?

Muevo la cabeza y luego me acuerdo.

—¡Espera! — Corro hacia el dormitorio y saco una camiseta del cesto de la ropa sucia y no puedo evitarlo. Me avergüenza admitirlo, pero hundo la nariz en la prenda para oler a Nick, ya que él fue la última persona que se la puso, pero por mucho que lo intente, no lo huelo. El único olor que distingo es el de la humedad del cesto.

Regreso a la salita con la camiseta en la mano y se la doy con mucho cuidado a Jules, quien la coge con más cuidado aún y la mete en la bolsa.

—¿Estás segura de que sólo tienes esto? — Sé que no me cree, pero asiento con la cabeza—. ¿Es éste el último recuerdo?

Vuelvo a asentir.

Cierra la bolsa de basura con decisión y la saca al descansillo, con el resto de la basura.

—Pensaba que te gustaba -gimo, porque me cuesta creer que Jules sea tan despiadada.

—Y me gustaba, pero la única manera de que lo olvides de una vez por todas es deshacerte de todas las pruebas y salir con otros hombres. Por cierto, ¿te ha llamado aquel tío?

—¿Qué tío?

—Ed.

Ha llamado. Lo hizo al día siguiente y me dejó un mensaje en el contestador, un mensaje con la voz agarrotada por los nervios, lo que me resultó un poco extraño, porque cuando nos conocimos parecía muy seguro de sí mismo.

«Hola Libby, ejem soy, humm, soy Ed. Nos conocimos anoche en el Mezzo y me preguntaba si quizá, ejem, te gustaría que saliésemos a cenar. Me gustó mucho conocerte y me preguntaba si, tal vez, podrías llamarme.»

Quizá sea uno de esos que odian los contestadores automáticos. En todo caso, dejó su número de teléfono, el número de donde trabaja y el número de su móvil y dijo que lo tendría conectado todo el día y que por la noche lo encontraría en su casa. No le devolví la llamada.

Ya sé que dije que saldría a cenar con él, pero no me apetece demasiado y además, ¿qué sentido tendría? No me gusta nada, no siento ese adorable hormigueo en el estómago que sentía con Nick cuando estábamos juntos, que aún siento cuando pienso en Nick. Seguro que es un buen tío, pero la verdad es que no me veo nada con nadie por el momento, por mucho que conduzca un Porsche. Estoy cansada. Agotada. Mi historia con Nick me ha dejado con la moral por los suelos y por ahora, si no puedo tenerlo a él, no quiero a nadie.

Además, ese tal Ed quizá no conduzca ni un Porsche. Tal vez sólo sea uno de esos fantasmas que llevan un llavero de Porsche para impresionar a las mujeres con las que intentan ligar en el Mezzo.

—No -miento mientras muevo la cabeza-. No ha llamado.

—¿Seguro? — Jules parece sorprendida-. No puedo creer que aún no te haya telefoneado, parecía que le gustabas mucho. Bueno, tiempo al tiempo.

—No me quita el sueño.

—Ya lo sé -dice Jules-, pero te iría bien. Seguro que te lleva a un sitio tope elegante y te trata como a una princesa y lo pasas bien. Nadie dice que tengas que acostarte con él o que tengáis que volver a salir juntos, pero no sabes cómo pueden ser sus amigos. Quizá conozcas al hombre de tus sueños si te haces amiga de él.

Vamos, Jules, cállate de una vez. Estás hablando como mi madre.

Sé que aguantaré. Esta vez no será como las otras, cuando rompí con mis novios, cuando estaba tan abatida que me pasaba tres semanas llorando sin parar y no quería ir a ningún lado ni hacer nada. Muy bien, pasé una noche horrible, pero desde entonces no lo he pasado tan mal y al menos ahora ya sé que no tiene ningún sentido vivir con falsas esperanzas. Al menos ya sé que se ha acabado y que puedo seguir adelante, pero debo decir que esta vez me siento un poco entumecida, aún presa de la conmoción, aunque no tenga la sensación de que mi mundo se haya venido abajo, no del todo. Supongo que hay una luz al final del túnel, aunque no sea muy brillante.

La gente dice que nunca duele tanto como la primera vez e imagino que en ese tópico hay un punto de verdad, pero también es cierto que cada vez que te hacen daño, la coraza se cierra un poco más y acabas convirtiéndote en un ser duro y cínico, que ya no te entregas como antes.

Ojalá fuera así.

Me gustaría ser dura y cínica, tomar las cosas con calma, no dar demasiado de mi misma, tengo tanto miedo de que me hagan daño que tendría que ser así, pero no. Cada vez que conozco a alguien me lanzo a la piscina y los colmo de mil atenciones, de amor, esperando que esa vez sea diferente.

Quien no se arriesga no pasa el río.

No veo qué sentido tiene fingir que eres algo que en realidad no eres, porque si lo haces, en algún momento tendrás que mostrarte tal y como eres y, si resultas completamente distinta, los tíos salen corriendo.

Tal vez esté aprendiendo a contenerme un poco, quizá por eso no me hace tanto daño, o a lo mejor es porque Nick no era, no es, el hombre de mi vida, y aunque cada vez empezaba a gustarme más y más, en el fondo supongo que no podía vivir como él. Claro, y por eso me siento bien.

Pero sentirme bien no significa sentirme genial, y qué pasa si repaso mi

colección de compactos una vez que Jules se ha ido y rescato todas las canciones que garantizan una buena noche de llorera. Qué pasa si empiezo con REM y *Everybody Hurts* y me pongo a sollozar como una niña y sigo con *At Seventeen* de Janis Ian y me siento como el peor trapo del mundo y sí, luego me pongo a cantar *I Don't Want to Talk about It* de Everything But The Girl. Todos tenemos derecho a sentir un poco de lástima de nosotros mismos, ¿no?

De modo que me siento y no paro de poner discos y lloro y lloro y lloro hasta que me ahogo de tanto hipar y tengo un dolor de cabeza que me mata, y el teléfono suena, pero no atiendo la llamada porque no estoy segura de si esta vez puedo disimular que he estado llorando y no me apetece tener que dar explicaciones a nadie.

La cinta empieza a correr, oigo mi mensaje y después reconozco la voz.

«Hola, eh, Libby. Soy Ed. Nos conocimos la otra noche en el Mezzo. Te dejé un mensaje hace unos días, pero he pensado que quizá no lo hayas oído, de modo que te dejo otro porque me encantaría verte.»

Y de nuevo deja todos sus números de teléfono y sé que por muy raro que parezca, me alegra saber que gusto a alguien lo suficiente para que me deje dos mensajes y aunque no me alegre lo suficiente para descolgar el teléfono, en cuanto ha dejado de hablar, decido que quizá le devuelva la llamada.



catorce

Hoy me he decidido a telefonear a Ed. Anoche le di vueltas al asunto y llegué a la conclusión de que Jules tiene toda la razón: debería salir con otros hombres y ya sé que Ed no es mi tipo, pero qué demonios... Tengo,

como mi madre tuvo a bien recordarme, veintisiete años y supongo que al fin y al cabo es como la lotería: con cuantos más tíos sales, más fácil es que encuentres al Hombre Ideal.

Pero, mientras tanto, en la oficina trabajo como una posesa. Intento organizar el lanzamiento de una serie de televisión y acabo de terminar con el dossier de prensa y los tarjetones para los periodistas y fotógrafos cuando Amanda Baker me llama por teléfono.

Justo lo que necesitaba.

—Hola, querida -dice, cosa que me sorprende un poco porque no es del tipo de personas a quien yo llamaría «querida» y, además, porque es la primera vez que lo hace. Supongo que desde sus recientes apariciones en la radio me ha perdonado mi aparente falta de dedicación y ahora me trata como si fuéramos amigas.

—Pensé que podríamos quedar para comer -dice-. Ya sabes, un almuerzo de chicas. Tú y yo.

Me deja tan desconcertada que no sé qué decir y me pongo a tartamudear un poco, al tiempo que me pregunto qué diablos está pasando.

—¿Estás libre hoy? — pregunta-. Es que ahora estoy tan ocupada..., pero me encantaría verte y se me ha ocurrido que podríamos ir al Quo Vadis.

Ahora sí que ha conseguido acaparar mi atención, porque ni qué decir tiene que todavía no he ido al Quo Vadis y se ve que es uno de esos restaurantes a los que tienes que ir al menos una vez, aunque sólo sea para decir que has estado allí.

—Me encantaría -respondo-. ¿Quedamos allí?

—Perfecto -dice Amanda-. Reserva mesa para la una y cuarto. De acuerdo, querida, hasta luego. — Y cuelga, dejándome con el teléfono en la mano. Me

pregunto por qué diablos tengo que ser yo quien se encargue de reservar mesa si es ella quien me ha invitado.

Así que me pongo a desfilas por la oficina completamente atónita, preguntando si alguien tiene el teléfono del Quo Vadis cuando Joe Cooper sale de su despacho y me dice:

—Es un sitio muy pijo. ¿Cómo es que vas al Quo Vadis?

—Es muy extraño, Joe -le digo-. Amanda Baker me acaba de llamar y me ha invitado a comer, lo que resulta rarísimo porque hasta hace poco yo era su peor enemiga y ahora, de pronto, parece que me he convertido en su mejor amiga y me ha pedido que reserve mesa. Una historia muy rara, la verdad.

Joe echa la cabeza hacia atrás con una carcajada.

—Libby -dice-. Ése es el truco de Amanda. Ya lo ha hecho con todas las relaciones públicas con quienes ha trabajado. Empieza desconfiando de ti y cuando ve que le consigues algo, entonces decide que eres su mejor amiga. No te preocupes y míralo así: al menos te hará la vida más fácil.

Me encojo de hombros.

—Supongo. — Escribo el número de teléfono en un papelito amarillo y llamo al restaurante.

Es la una y media y estoy sentada a una mesa al lado de la ventana intentando ver a través del cristal de color, preguntándome qué deben hacer en este restaurante cuando hace mucho calor porque no tienen cierres, y por tanto no se pueden abrir. Procuro poner cara de estar de vuelta de todo, como si fuese una famosa, porque parece que aquí casi todo el mundo lo es. Ya he visto a tres presentadores de televisión, a un par de estrellas del pop y las personas que se sientan a la mesa de mi lado hablan de su última película, y como no reconozco a nadie supongo que trabajarán detrás de la cámara, como así es... Y no es que aguace el oído, pero resulta difícil que no

se te vaya la oreja cuando estás sola y se oye lo que hablan los de la mesa de al lado, sobre todo si están tan cerca de ti que casi se sientan en tus rodillas. Pero bueno, ¿dónde demonios se ha metido Amanda?

Pido otro Kir y me fumo el cuarto cigarrillo cuando de pronto oigo un familiar: «¡Querida!», levanto la vista y veo a Amanda que se abre camino a través del restaurante, saludando a todas las celebridades menores como si las conociese de toda la vida y cuál no es mi sorpresa al ver que todos la conocen y de repente me siento la mar de satisfecha de que hayamos quedado, y aún me satisface más cuando avanza rápidamente hasta mi mesa y me da dos besos antes de tomar asiento.

—Querida -dice de mucho mejor humor que la última vez que nos vimos-. Estás fantástica.

—Tú también -le devuelvo el cumplido-. Qué bien que hayamos quedado.

—He pensado que deberíamos comenzar a conocernos un poco más - comenta mientras recorre la sala con la mirada por si se está perdiendo algo.

Pide un agua con gas al camarero, nos sentamos y hablamos de esto y aquello durante un rato y luego, una vez que pedimos (yo, el menú de quince libras noventa y cinco, y Amanda, de la carta), la conversación deriva, como suele ocurrir entre solteras, hacia los hombres.

—Bueno, ya sabes. — Se inclina hacia delante como si conspirara-. Mi última aventura fue con... -Se inclina aún más cerca de mí y me susurra a la oreja el nombre de un muy conocido presentador de televisión; luego, se apoya de nuevo en su silla para ver la admiración que debe reflejar mi rostro, porque el presentador en cuestión está muy bueno y en circunstancias normales os confesaría su nombre, pero algo me dice que a Amanda no le haría mucha gracia que lo supieseis, porque además de estar muy bueno, también está muy bien casado y desvelar su secreto no haría ningún favor a su imagen.

Pero confiad en mí, el cotilleo es una bomba.

—¿Y qué ocurrió?

—Me salió con el rollo de siempre, que quiere a su mujer aunque no está enamorado de ella, y que dormían en camas separadas, y que sólo estaba con ella porque era bueno para su imagen, y que tenía decidido dejarla, porque ya había tenido suficiente. Pero evidentemente no lo hizo.

—Es sorprendente, ¿no crees? — digo-. Cuando nuestras amigas se lían con casados siempre nos cuentan la misma historia, y nosotras no nos cansamos de repetirles que no tienen intención alguna de dejar a sus mujeres, pero cuando nos sucede a nosotras, cuando conocemos a un casado y dice que quiere a su mujer, pero que no está enamorado de ella, nosotras vamos y los creemos.

—Ya lo sé. — Se echa a reír, aunque su risa tiene un deje amargo-. Siempre me tuve por una chica más lista. Creí que iba a dejarla.

—¿Y qué te hizo ver que no tenía intención de hacerlo?

—Cuando abrí las páginas de *Hello!* y leí un artículo en el que los dos contaban lo emocionados que estaban cuando se enteraron de que ella estaba embarazada de su sexto hijo.

—Joder -exclamo, y me recuesto en la silla-. Debió de dolerte.

—Me dejó destrozada. Así que ahora vuelvo a tener citas, lo que es un infierno, porque pese a que sea famosa...

Reprimo un resoplido.

—... parece que no hay manera de dar con un solo hombre decente. Para serte sincera tengo la sensación de que los intimido un poco.

—Es comprensible -digo.

—¿De veras? ¿Por qué dices eso?

—Oh, bueno, porque eres famosa, además de ser inteligente y atractiva. — Palidece-. Quiero decir que eres muy guapa y eso ahuyenta a muchos hombres.

—Ya lo sé. Tienes toda la razón.

—A mí me ocurre lo mismo -digo y espero a que me pregunte por mi vida privada, pero no lo hace y entonces pienso lo estúpida que soy por pensar que una celebridad, aunque sea una menor como Amanda, pudiera interesarse en otra persona que no fuese ella misma. A la mierda. Quiero hablar de ello. Necesito hablar de mi vida privada. Y sin saber cómo, sentada a la mesa con esta mujer que es casi una extraña, me encuentro contándole toda la historia, cosa que sospecho que la desconcierta un poco, porque está más acostumbrada a hablar de sí misma que a escuchar a los demás, pero no puedo evitarlo y se lo cuento todo-. Así que ahora -termino después de estar veinte minutos hablando sin parar-, ese tal Ed me persigue y no sé si llamarlo o no, porque aunque sea un tío majo no le veo futuro a la cosa y supongo que aún sigo colgada de Nick, por más que sea consciente de que esa historia tampoco me llevará a ningún sitio.

—¿Ed qué? — me pregunta Amanda con un destello de interés en sus ojos.

—No lo sé -respondo y me pongo a reír porque demuestro tener tan poco interés en él que ni siquiera me he molestado en mirar su tarjeta-. Espera -digo mientras revuelvo el bolso con la mano-. Su tarjeta tiene que estar por aquí.

Encuentro mi agenda y saco la tarjeta. Le doy un vistazo rápido.

—«Ed McMahon.»

—¡Estás de broma! — exclama Amanda-. ¡No puede ser! — Agarra la tarjeta y se pone a reír mientras la lee-. ¡Dios mío, Libby! ¡Ed McMahon! ¿No sabes quién es?

Niego con la cabeza.

—Es uno de los solteros de oro de Inglaterra. ¡No puedo creer que Ed McMahon se fijase en ti y que tú no supieses quién era!

—Pero ¿quién es?

—Es una joven promesa de las finanzas que anda en boca de todo el mundo, porque parece que haya salido de la nada. Es soltero, inmensamente rico y dicen que muy inteligente. Yo nunca lo he visto en persona, pero un amigo mío, Robert, lo conoce muy bien. Le he suplicado que lo organice para que nos conozcamos, pero Robert no para de decir que no congeniaríamos.

—Pero Amanda -digo despacio-, ¿lo has visto? No es que esté como un queso. — Me río aunque, de repente, Ed empieza a despertar mi interés. No mucho, sólo un poco.

—¿Y? — dice ella-. Con todo el dinero que tiene, ¿a quién le importa?

—¿Y cómo es posible que si es tan rico y tan buen partido siga soltero?

—Eso es lo raro. Parece ser que no tiene mucha suerte con las mujeres. Robert dice que es porque es algo excéntrico, pero yo no tengo ni idea.

—Bueno, en ese caso quizá lo llame.

—¿Llamarlo? — resopla Amanda-. Cásate con él mejor.

Cuando terminamos de comer, y, lo juro, yo soy la primera sorprendida, he tomado dos decisiones. La primera es que esta misma tarde llamaré a Ed McMahon y la segunda, que Amanda Baker empieza a gustarme. De acuerdo, no es que seamos amigas, pero después de los lazos que hemos estrechado a lo largo del almuerzo me parece de lo más dulce, y cuando nos vamos ya estoy resuelta a intentar que la prensa le dedique más atención,

trabajar un poco más para ella. No me entendáis mal. No estoy diciendo que se haya convertido en mi nueva mejor amiga ni nada por el estilo, es sólo que está bien, es una de las nuestras, ya me entendéis.

Así pues, regreso a la oficina, vuelvo a sacar la tarjeta de Ed McMahon y durante un rato me quedo mirándola. Luego, descuelgo el teléfono y marco su número.

—Hola, ¿podría hablar con Ed McMahon, por favor?

—¿Quién lo llama?

—Libby Mason.

—¿Y ya sabrá el señor McMahon sobre qué particular lo llama usted?

—Sí.

—¿Podría decírmelo?

—¿Decirle qué?

—Sobre qué particular lo llama usted.

—Es... bueno... Usted no se preocupe... Él ya lo sabrá -Dios mío, ¿qué es esto? ¿El Tribunal de la Inquisición?

Entonces hay un momento de silencio y me acomodo en la silla de mi escritorio mientras escucho música de fondo en la línea y finalmente, cuando ya estoy a punto de darme por vencida, Ed se pone al teléfono.

—¿Libby?

—¿Ed?

—¡Libby! Estoy encantado de que me hayas telefoneado. Ya empezaba a

pensar que no recibías mis mensajes.

—Lo siento -digo-. Pero es que llevo una semana de locos y con tanto trabajo no he tenido tiempo para nada.

—No te preocupes, no te preocupes ¡Lo que cuenta es que has llamado! ¡Ya estaba a punto de perder la esperanza! ¿Cuándo estás libre para salir a cenar?

—Déjame ver la agenda -digo mientras le echo un vistazo-. ¿Cuándo habías pensado tú?

—Mañana por la noche.

Por supuesto que mi agenda esta vacía mañana por la noche, pero la pregunta es ¿de verdad quiero ver a este hombre tan pronto? No, me parece que no, me parece que prefiero quedarme en casa y ver un poco la tele.

—Lo siento -digo como si de verdad lo sintiese-, pero esta semana tengo la agenda completa ¿Qué te parece la semana próxima? Antes no puedo.

—Oh, ejem. De acuerdo ¿Cómo te va el fin de semana? ¿El sábado por la noche?

La noche del sábado es una noche especial. La noche del sábado no es para desperdiciarla con cualquiera, sobre todo con un hombre que ni siquiera me gusta, pero entonces pienso que seguro que me lleva a un buen sitio, y aunque Ed no sea Nick, es uno de los mejores partidos de Inglaterra, debería demostrar un poco más de entusiasmo con ese hombre, así que de acuerdo, allá voy.

Y Ed está tan emocionado que casi puedo oír cómo pega saltos de alegría. Anota mi dirección y me río para mis adentros cuando me pregunto qué le parecerá mi pisito en el cochambroso Ladbroke Grove, porque él debe de vivir en alguna mansión increíble, pero lo cierto es que me da igual lo que le parezca, y me dice que me recogerá a las ocho y que reservará mesa en

un sitio muy especial.

Le digo adiós y llamo a Jules sin soltar el teléfono.

—¡El sábado por la noche tengo una cita con uno de los mejores partidos de toda Inglaterra! — le digo y encierro la frase con sendos signos de exclamación porque, de hecho, estoy muy satisfecha conmigo misma.

—¿Quién?

—Ed McMahon.

—¿Ed? ¿El Ed que conocimos?

—Sí.

—¿A qué te refieres cuando dices que es uno de los mejores partidos de toda Inglaterra?

Le repito palabra por palabra lo que Amanda me ha contado durante el almuerzo.

—Jesús -dice-. Eso sí que es un puntazo. Y Ed parece estar más en tu onda que ese tal Nick.

¿Os dais cuenta? Nick ya se ha convertido en «ese tal Nick», alguien que ya no forma parte de mi vida, alguien de mi pasado, alguien que nunca tuvo futuro conmigo.

—¿En qué sentido?

—Oh, vamos, Libby. Probablemente te lleve a uno de esos sitios increíbles y te haga regalos maravillosos, y tú vas a disfrutar como nunca.

—Jules, me parece que vas muy deprisa. Apenas lo conozco y ya te he dicho que no me gusta demasiado. Al menos, no me convenció la noche que nos

conocimos.

—Bien -se ríe Jules-. Esperemos a ver qué pasa.

Me levanto el sábado y tengo que admitir que, aunque no es que dé saltos de alegría ante la perspectiva de mi cita esta noche con Ed, estoy algo nerviosa, pero supongo que tiene que ver más con el hecho de tener una cita que con quien la tengo. Sigo echando de menos a Nick.

Hago todas las aburridas tareas de la casa: el lavado en seco, limpiar el piso, arreglar todas las cosas que no he tenido tiempo de ordenar durante la semana y luego, después de haber visto una recopilación de capítulos de *Brookside*, empiezo a pensar qué me pondré.

Un vestido negro, decido. Un vestido elegante, sofis, con el que me siento arrebatadora. Pero no quiero parecer demasiado seria, aunque por lo que recuerdo, Ed haría que un velatorio pareciese una fiesta, de modo que lo combino con unas sandalias negras de tiras con tacón alto y un bonito fular gris de seda.

Me miro al espejo y sonrío porque estoy perfecta en mi papel, por mucho que en mi interior no lo sienta. Me veo capaz de caminar bien erguida e ir a donde quiera a gusto conmigo misma.

Tampoco sé dónde me llevará Ed, pero estoy segura de que será a un sitio caro e impresionante, y siempre que voy a sitios como éstos me gusta sentirme segura, y la mejor forma de sentirme así es estar fantástica, preferiblemente llevando ropa de diseño.

El piso está perfecto. Bueno, tan perfecto como es posible. Incluso esta mañana he comprado un montón de flores y debo decir que estoy bastante orgullosa de cómo ha quedado mi casa, aunque estoy convencida de que Ed jamás habrá visto algo tan pequeño. Me he deshecho del desorden o, al menos, lo he barrido bajo el sofá o lo he metido en cajones, de modo que todo está impecable. He rociado el piso con ambientador y ahora huele

como si fuese una pradera en verano, o eso es lo que dice en el spray y vale, seguro que no pasaría la inspección de mi madre, pero no hay razón para pensar que el resto del mundo no le daría el visto bueno.

Lo único que no me he molestado en hacer es cambiar las sábanas, como tampoco me he depilado las piernas, dicho sea de paso, porque no me cabe la menor duda de que no me voy a acostar ni con Ed ni con nadie, al menos por ahora, y con veintisiete años de experiencia a mis espaldas me he dado cuenta de que el mejor método anticonceptivo para no caer en esa tentación son unas piernas peludas.

Mi perfección externa esconde unas braguitas viejas y amarillentas de Marks Spencer, pero esta noche eso no tiene demasiada importancia, nunca he tomado en serio todas esas gilipolleces acerca de que si llevas ropa interior sexy te sientes más sexy. Por lo que a mí se refiere, te sientes más sexy cuando has adelgazado y tienes un buen día. Tan simple como eso.

Y esta noche estoy delgada (desde el comentario de mi madre prácticamente no pruebo bocado), vuelvo a pesar lo de siempre y tengo un buen día, así que cuando el timbre suena a las ocho en punto, me acerco a la puerta con una seguridad absoluta y la abro con una sonrisa encantadora.



quince

La verdad es que durante un momento no veo a Ed. Lo único que distingo es el mayor ramo de rosas de color blanco que he visto en toda mi vida. La visión me deja sin habla.

Es la primera vez que alguien me compra flores. Sé que parece tonto, pero ninguno de mis novios era romántico y a pesar de todo yo siempre he deseado que alguien me regalase flores y bombones.

En una ocasión un tío al que yo le gustaba me pasó a recoger y me trajo una caja de chocolatinas Milk Tray. Le di un diez sobre diez por la intención, ¿pero Milk Tray? Al menos deberían haber sido bombones belgas.

Jon me compró flores una vez, pero sólo porque yo fui a su piso, él había salido a comprar unas flores para su casa y al ver que me disgustaba tanto que no hubiese pensado en mí que me puse a cien, cuando bajamos a la calle se detuvo delante de una floristería y me compró un ramo de crisantemos marchitos. No era eso lo que quería. Lo que recuerdo con más claridad es su cara. Jon estaba muy orgulloso de sí mismo porque pensó que yo daba saltos de alegría, pero si algo consiguió con esas flores fue cabrearme aún más.

Y ahora, en el umbral de la puerta de mi casa, hay un ramo de flores tan grande que oculta al hombre que lo sostiene y cuando lo recojo y descubro a Ed, mi primera impresión es que no está tan mal como recordaba. De hecho, salvo por el asqueroso bigote no está tan mal, y nos quedamos de pie sonriéndonos porque no estoy muy segura de si debo darle un beso o si eso sería demasiado atrevido y al final es él quien se acerca a mí, me besa en la mejilla y me dice que estoy preciosa.

Me doy la vuelta rápidamente, Ed me ofrece las flores y, claro está, lo invito a pasar. Se queda de pie en la salita, echa un vistazo a su alrededor y no dice nada, no dice lo encantador que es, lo limpio, lo inmaculado que está, lo que resulta un poco raro porque la mayoría de la gente, la primera vez que entra en tu casa, te hace un cumplido aunque sea por mera educación, por mucho que aborrezca el lugar.

Cojo las flores y rescato una jarra, que es lo único que tengo libre, porque el jarrón lo he utilizado para poner las flores que he comprado esta mañana, y mientras arreglo el ramo Ed sigue de pie algo incómodo, de manera que intento darle un poco de conversación.

—¿Te ha costado encontrar la casa? — le pregunto, no se me ocurre nada mejor.

—Me he perdido un poco -responde-. Está muy lejos de donde vivo.

—¿Y dónde vives?

—En Regent's Park.

—¿De veras? ¿Por los alrededores?

—¿Conoces el parque?

Asiento.

—En Hannover Terrace.

¡Santo Dios! ¡Hannover Terrace! Es una de esas enormes *terraces* de Regency Nash que corren paralelas al parque, junto a la mezquita. Una vez conocí a alguien cuyos padres vivían allí y me consta que las casas son enormes y que cada una tiene su pequeña antigua caballeriza al final del jardín. Pero quizá Ed sólo viva en un piso, quizá no sea para tanto.

—¿Vives en un piso?

—Ejem, no. En realidad tengo una casa.

—Y también tendrás una de esas antiguas caballerizas...

—Sí. — Se ríe-. Pero todavía no he pensado qué hacer con ella. Y dime, Libby, ¿cómo es que vives aquí?

—¿Dónde, en Ladbroke Grove?

—Sí.

—Es lo único que me puedo permitir. — Me pongo a reír y espero a que él también sonría, pero no lo hace. Parece decepcionado.

–Pero no es un barrio muy seguro -dice-. Me parece que yo no sería muy feliz viviendo aquí.

–Está bien -digo-. Al final te acostumbras y además me gusta que haya tanta mezcla de gente distinta, así siempre pasan cosas. Eso por no hablar de lo fácil que resulta conseguir droga. – No puedo reprimirme este último comentario, me sale solo, no sé por qué, pero que Ed sea un tío tan serio me empuja a escandalizarlo.

Funciona.

–¿Tomas drogas? – Ahora parece horrorizado.

–Estoy bromeando.

–Ah. – Gracias a Dios, se echa a reír-. Muy buen golpe. Eres muy divertida, Libby.

Me encojo de hombros y sonrío. Cojo el jarrón con las flores, lo coloco encima del mantel y ya estamos listos para irnos.

–Libby, esta noche estás preciosa.

–Gracias. – He aprendido a ser cortés con los cumplidos. Durante años decía cosas del tipo: «¿Qué? ¿Embutida en este trapo viejo?», pero ahora los acepto como la mujer sofisticada que tanto me esfuerzo en ser.

–Y en particular me gusta el fular -dice-. Es muy bonito.

–¿Qué? ¿Este trapo viejo? – No he podido evitarlo. Se me ha escapado.

–¿Es de seda?

Asiento.

—Ya me lo parecía. ¿Nos vamos?

Salimos del piso y soy incapaz de disimular una sonrisa cuando veo su Porsche, un Porsche Carrera de color azul oscuro que habría sido descapotable si yo hubiese tenido algo que ver con la compra, pero bueno, uno siempre está a tiempo de cambiarse el coche y éste no deja de ser bonito, maravilloso y sexy.

Y no solamente eso. Ed me acompaña hasta mi lado, me abre la puerta y espera a que yo esté dentro para cerrarla con suavidad, y a mí casi me dan ganas de abrazarme, porque no puedo creer que esté en el interior de un Porsche con uno de los mejores partidos de Inglaterra. Por el amor de Dios, ¿por qué diablos aguanté tanto con Nick si hace tiempo que hubiese podido tener todo esto?

—He reservado mesa en el River Café -dice-. ¿Te parece bien?

¿Me parece bien? ¿Me parece bien? Me parece genial, porque nunca he estado, es demasiado caro para mis escasos recursos, pero he oído mil y una historias acerca del lugar y para mí es la mejor decisión que podía tomar. Además, y esto es importante, no es un restaurante demasiado serio o estirado; de hecho, es tope moderno y ahora creo que me habría llevado una terrible desilusión si hubiésemos acabado en un sitio para carrozas.

—Me apetecía mucho llevarte al restaurante de Marco Pierre White, pero no ha habido forma de conseguir mesa -admite-. Se lo he suplicado, pero lo tenían todo reservado.

—No te preocupes. El River Café es perfecto. No he ido nunca y me apetece conocerlo.

—Qué bien. — Me sonrío-. Me preocupaba que no te gustase mi elección. ¿Te apetece escuchar algo de música?

—Por supuesto -digo en tono aprobatorio mientras busco en los compactos que se amontonan en la guantera-. Puedes descubrir muchas cosas de los

hombres a través de los libros que leen y la música que escuchan.

Ed se ríe.

—¿Y qué has descubierto de mí?

Saco los discos y les echo un vistazo. Vaya, hombre. Ópera y música clásica. Mucha ópera: Wagner, Donizetti, Offenbach, Bizet. ¡Dios mío! Los revuelvo mientras rezo para que haya algo que conozca, me da igual si no encuentro la música que me gusta a rabiar, algo así como Elton John o Billy Joel, por decir algo. Pero no. Nada, de modo que finjo que la suya era una pregunta retórica.

—¿Qué quieres que ponga? — me pregunta Ed.

—Bueno, verás -digo, porque decido que es mejor agarrar el toro por los cuernos y ser completamente sincera con él-. Lo que pasa es que la música clásica no es lo mío.

—Ah. — Un momento de silencio-. ¿Y qué tipo de música escuchas?

—De todo un poco -digo riendo-, menos música clásica y ópera.

—Pero ¿por qué no?

—No lo sé. Supongo que nunca escuché ese tipo de música cuando era pequeña y no tengo el oído muy educado.

—¿Qué te parece éste? — sugiere al tiempo que alarga la mano y coge un disco de mi mano-. *L'Eli sir d'amore* -dice en un italiano perfecto, haciendo que vibren las erres-. Me parece que éste te va a gustar.

Lo pone y me mira para que le dé el visto bueno. ¿Qué puedo decir? Suena bien, de verdad, bastante melódico, pero es ópera, por el amor de Dios, aunque no se lo puedo decir, así que me limito a sonreír y a decirle que ha acertado y que me gusta.

Entonces, cuando nos detenemos en un semáforo, giro la cabeza y veo que en el coche que se para a nuestro lado, un viejo Peugeot 106, para más señas, hay dos chicas de mi edad y las dos me miran a mí y al Porsche con envidia, y yo sonrío para mis adentros y me hundo un poco más en el asiento, porque disfruto de mi situación. A pesar de la música.

Decido que voy a hacer un esfuerzo con Ed, aunque sospecho que no es mi tipo, pero seguro que puede convertirse en el tipo de chico que me gustaría que fuese. Estoy segura de que si me trae flores aprenderé a que me guste, a que me haga gracia, ¿no os parece? Lo miro con disimulo mientras conduce y siento cómo una ola de decepción me invade, porque no está ni la mitad de bueno que Nick, pero Nick no está aquí y Ed sí.

—Háblame de tu trabajo, Libby -me dice, concentrado en el volante, en un intento por ser amable.

—No hay mucho que contar. Trabajo de relaciones públicas para personas como Sean Moore.

—¿Quién?

Lo miro sorprendida.

—Sean Moore. Seguro que sabes quién es. Es el mayor rompecorazones desde, bueno, desde Angus Deayton.

—Oh, ja, ja. ¡Angus Deayton sí que sé quién es! Es el tipo que sale en ese programa, ¿no? El informativo.

—*Tengo noticias para ti.*

Ed asiente enérgicamente.

—Sí, ése es. Un programa muy divertido. Siempre que puedo trato de verlo los viernes por la noche si estoy en casa.

—¿Y es fácil encontrarte en casa un viernes por la noche?

—No mucho. — Se ríe-. La mayoría de las noches del viernes trabajo hasta tarde.

—¿Nunca te tomas un respiro?

—Para serte sincero, supongo que me refugio en mi trabajo porque todavía no he conocido a la mujer adecuada.

Por algo se empieza. No puedo creer que me esté contando esto en nuestra primera cita. Por supuesto, estoy ansiosa por saber más cosas.

—¿Quieres sentar la cabeza?

—Decididamente. Por esa razón me compré la casa de Hannover Terrace. Pensé que sería un hogar perfecto para formar una familia y tener niños, pero por el momento me paseo por sus habitaciones yo solo.

Esto pinta mejor por momentos. El mejor partido de toda Inglaterra está desesperado por casarse ¡y me ha invitado a cenar! ¡Está conmigo! Me cuesta trabajo creer en su franqueza, en el hecho de que esté dispuesto a admitir que quiere casarse, y en el hecho de que por primera vez en toda mi vida tenga una cita con alguien que no parece alérgico al compromiso. Aunque, para ser sincera, empiezo a dudar del miedo que los hombres tienen a comprometerse. Me parece que se ha convertido en algo muy práctico, una frase la mar de útil que los hombres te sueltan siempre que les apetece ser unos cabrones. Estoy convencida de que hay hombres a quienes la sola idea de comprometerse los aterroriza, pero tampoco son tantos, y me parece que el problema de la mayoría es que aún no han encontrado a la mujer adecuada. Porque si un hombre, no importa cuan asustado diga estar, conociese a la mujer de sus sueños, no la dejaría escapar, ¿cierto? Y además, quizá no quisiese casarse, pero si estuviese perdidamente enamorado y corriera el riesgo de perderla, se casaría, ¿no os parece?

Eso es lo que yo pienso.

Y estoy tan acostumbrada a jugar con los hombres, a fingir que soy una mujer dura, segura de sí y profesional, contenta de estar soltera y a quien no le importa (de hecho a quien le encanta) tener relaciones que se basen en vernos un par de veces por semana, eso con suerte, que no sé muy bien qué hacer con alguien que demuestra ser tan sincero.

Decido hacerle más preguntas, para ver si lo que dice Ed es verdad.

—¿Y cómo es que sigues soltero?

—No lo sé. Creía que había conocido a la mujer adecuada, pero luego resultó que no. Supongo que estoy bastante chapado a la antigua. No entiendo que las chicas quieran tener una carrera profesional, y, sí, imagino que está bien que tengan un poco de independencia, pero lo que yo busco es una esposa. Alguien que cuide de mí y de mis hijos.

—¿De modo que no te gustaría que siguiese trabajando después de casarse?

Ed niega con la cabeza.

—¿Crees que es mucho pedir?

—No -respondo yo con decisión-. Estoy completamente de acuerdo.

—¿De veras?

—Sí. Me parece horroroso que las mujeres sigamos con nuestra carrera profesional cuando tenemos hijos. Una madre debería quedarse en casa con sus niños. Conozco a demasiadas mujeres que descuidan a sus hijos porque parecen estar más interesadas en hacer horas extra en la oficina.

La última parte no es que sea completamente verdad, pero qué demonios, sé que voy por buen camino y Ed está tan emocionado que a duras penas puede contenerse.

—Libby -me dice al tiempo que aparta los ojos del tráfico y se vuelve-. Me alegra haberte conocido. Me alegra mucho. — Y sonrío tan abiertamente que por un momento me parece que le va a estallar la cara.

Cuando llegamos al River Café, Ed se acerca a la chica que está detrás de la mesa de recepción y le dice: «¡Hola!» con tanta efusividad que me imagino que debe de conocerla, pero ella se limita a sonreírle torpemente, lo que me hace pensar que semejante euforia debe de ser el proceder habitual de mi acompañante.

—¡Ed McMahon! — dice-. ¡Mesa para dos!

—Oh, sí -musita ella examinando la lista-. Permítame.

—¡Confío en que será una buena mesa! — le advierte Ed-. He pedido la mejor mesa del restaurante. ¿Estamos al lado de la ventana?

—Me temo que no -responde ella-, pero están tan cerca como nos ha sido posible. — Y nos conduce a una mesa que está en el centro de la sala.

—¡Perfecto! — exclama Ed con su acento de colegio privado y yo me encojo con un poco de vergüenza cuando veo que todos los comensales del restaurante se dan la vuelta para ver de dónde procede esa voz-. *Très bien!* - dice luego con un acento francés malísimo. No puedo evitarlo y suelto una risita tonta, porque puede que otra cosa no, pero Ed es todo un personaje.

—Ejem, ¿hablas francés? — le pregunto mientras nos sentamos.

—*Mais bien sûr!* -responde, pero en realidad lo que pronuncia viene a ser: «Más bien sur.» Me siento y preferiría que se hubiese callado y luego, mentalmente, me doy una bofetada por ser tan mala, porque Ed es sólo un poco excéntrico, nada más, y resulta bastante simpático a su manera. Lo que pasa es que una tarda un poco en acostumbrarse, eso es todo.

¿Y sabéis qué? Lo paso muy bien. Ed resulta bastante divertido. Me cuenta

muchas historias acerca de inversiones y debo admitir que me marean, porque las finanzas no es exactamente un tema que domine, pero a él le entra la risa tonta mientras me las cuenta y resulta bastante ingenioso, por no decir contagioso, y pronto me encuentro riendo con él. La verdad es que me sorprende lo bien que se desarrolla la velada.

Pero sólo porque Ed sea buena compañía no significa que me haga gracia. Quizá el secreto está en que alguien te haga gracia, ¿no? Tal vez me equivocaba cuando esperaba la sensación de enamorarme locamente, la sensación que tuve con Nick. Además, no nos engañemos, no es que con Nick las cosas funcionasen, ¿verdad?, de manera que quizá he estado buscando algo equivocado.

Aquí estoy, sentada con un hombre rico, encantador, sincero y que desea casarse. La mayoría de las mujeres asesinaría por estar en mi lugar y, vale, quizá no sea mi tipo, pero acaso con el tiempo...

Me permito fantasear sobre cómo sería darle un beso. Me imagino su cara acercándose a la mía y entonces, ¡ecs! ¡Dios mío! ¡Ese bigote! ¡Ecs, ecs, ecs!

—¿Sabes guisar? — El sonido de la voz de Ed me devuelve a la realidad e intento despejarme de la cabeza la idea de que me besa. Por desgracia no lo consigo, pero por ahora se refugia en algún lugar posterior de mi cabeza, lo que ya me vale.

—Me encanta guisar -digo-, pero sólo para los demás. Nunca pierdo el tiempo cocinando para mí sola; sin embargo, mi velada ideal sería cocinar para mis amigos más íntimos.

—¡Diantre! — exclama Ed-. ¡Y también sabes guisar! Libby, ¿hay algo que no se te dé bien?

—¿El sexo?

—¡Ja, ja! — Se echa para atrás en su silla mientras se atraganta de tanto reír-.

¡Para desternillarse de risa!

Sonríó y me pregunto quién demonios es este hombre, pero no con malicia, sino más bien intrigada. Y entonces llega la cuenta, un momento siempre incómodo porque nunca sé si ofrecerme a pagarla, pero esta vez decido no hacerlo, porque, a fin de cuentas, Ed dijo que estaba chapado a la antigua y, además, con la cantidad de vino que nos hemos bebido, por no hablar del champán que pedimos antes de la cena, no me lo podría permitir ni aunque quisiera. Así es que me apoyo en el respaldo de la silla y observo cómo Ed saca su American Express platino... ¡platino! Es la primera persona que conozco que tiene una American Express platino, y cuando la camarera viene a recogerla me inclino hacia delante y le doy las gracias por una velada tan encantadora.

—Libby -dice con semblante serio-. El placer ha sido mío. ¡Eres fantástica!

Esbozo una sonrisa porque tengo la sensación de que hace mucho tiempo que nadie pensaba eso de mí, de hecho no estoy segura de que haya habido alguien que haya pensado eso de mí. Estoy acostumbrada a ser la perseguidora, la que siempre se enamora. Yo soy la que siempre piensa que mis acompañantes son fantásticos, por más que nunca me atreva a decirlo por miedo a que salgan despavoridos y aquí delante tengo a alguien que no sólo piensa que soy genial, sino que además ¡tiene las pelotas necesarias para decirlo!

Me parece que podría llegar a acostumbrarme a esto y, en confianza, si no puedo tener a Nick, quizá pueda conformarme con alguien que me adore. Por poco que esa persona me conozca.

Regresamos en su coche y nos pasamos todo el viaje de vuelta enfrascados en la conversación típica, esa en la que te preguntan por qué estás soltera, cuándo tuviste tu última relación y cuánto duró la relación más larga que has tenido. Digo que mantuvimos esa conversación, aunque las cosas no fueron exactamente así; estoy tan ocupada procurando no revelar el desastre que soy a la hora de mantener una relación por culpa de mi dependencia, paranoia e inseguridad que no le pregunto nada a Ed.

Pero a él eso no parece importarle. En realidad no dice nada cuando le digo que aún no he encontrado al hombre adecuado, que no tenía nada en común con mis antiguos novios y que la relación más larga que he tenido duró un año (bueno, de acuerdo, nueve meses, pero no tiene por qué saberlo, ¿verdad?). Menciono a Nick, pero muy de pasada, como también muy de pasada le cuento el daño que me hizo y lo hago lo mejor posible para hablar con ligereza sobre el asunto, con la intención de dejar claro que mi historia con Nick no significó nada.

Ed asiente pensativo y si no lo supiese diría que me estaba evaluando como posible carne de esposa, pero quizá eso suene ridículo porque no es más que nuestra primera cita.

¿Le ofrezco que pase para tomar café? No estoy segura de querer invitarlo a tomar café. No estoy muy segura de cómo hacer frente a toda esta situación, pero por suerte Ed se detiene delante del edificio donde está mi piso y no apaga el motor del coche, de modo que supongo que saldrá zumbando hacia su casa.

—Espera -dice mientras salta del coche-. Te abriré la puerta.

Da la vuelta al coche, me abre la puerta y, en contra de lo que me dicta el juicio, ¡me gustaría que mi madre me viese ahora!

—¿Puedo volver a verte? — pregunta y, sin pensar si realmente me apetece que volvamos a quedar, le digo que sí.

—¿Estás libre mañana?

—Me temo que no -respondo, porque, bueno, solamente tengo que ir a casa de mis padres, pero me parece que el día siguiente es demasiado pronto y si estuviese loca por él le diría que mañana me va bien, pero aún no estoy muy convencida de esta historia. Físicamente está tan lejos de ser mi tipo que decido darme unos días para pensar-. La próxima semana me va mejor -digo-. ¿El martes?

—¡Maravilloso! — exclama sin molestarse siquiera en echar un vistazo a su agenda. Te recogeré a las ocho. ¿Qué te parece?

—Bien. Y muchas gracias de nuevo por esta espléndida velada.

Ed me acompaña hasta la puerta, me doy la vuelta algo incómoda al tiempo que meto la llave en la cerradura, preguntándome cómo despedirme, y aun así Ed se inclina para darme dos besos en cada mejilla.

—Libby, permíteme que te reitere -dice mientras se da la vuelta camino del coche-, que ha sido todo un placer.



dieciséis

No tengo intención de decir nada. De veras que no, pero mi madre vuelve a la carga con la historia de que sigo soltera y, antes de que me dé cuenta, le cuento que la noche anterior tuve una cita con Ed McMahon y mi madre, siendo como es, sabe perfectamente quién es Ed McMahon y la noticia le causa tal impresión que casi palidece.

—¿Te refieres a Ed McMahon, el financiero?

—Sí, mamá -digo y no puedo evitar que mi voz tenga cierto timbre de orgullo-. Ed McMahon, el financiero.

Durante un espantoso minuto temo que vaya a abrazarme, pero a Dios gracias no lo hace.

—¿Cómo lo conociste?

—Lo conocí en el Mezzo -respondo-, le di mi número de teléfono y desde entonces no ha dejado de llamarme.

—¿El Mezzo? — dice sobrecogida, porque mi madre, pese a que nunca se aleja del barrio residencial en el que vive, sueña con hacerlo de manera habitual y, en consecuencia, lee todas las revistas de moda que le caen en las manos. Es, como en el argot de las relaciones públicas se conoce, una «aspirante»-. ¿Y cómo es?

—Está bien. — Me encojo de hombros-. Es grande.

—¿Y allí conociste a Ed McMahon? Bueno, Libby, lo único que puedo decirte es que espero que esta vez no lo envíes todo a paseo.

—¿Perdona?

—Ya me has oído. No lo echas a perder. Ed McMahon es muy, muy rico.

—Mamá, por Dios -digo indignada-, ¿sólo sabes pensar en eso?

Y lo más curioso del caso es que todo el santo domingo, cuando pienso en mi velada con Ed, sonrío. No es que sea una sonrisa de deseo, de estar loca por él, no, más bien es una sonrisa de «qué bien lo he pasado, estoy sorprendida» y aunque no me atrevería a decir que me muero de ganas de que llegue el martes, tengo ganas de volver a quedar con él porque tiene algo, lo que pasa es que aún no sé qué.

Además, esta historia hace que me sienta bastante adulta. Por supuesto que el hecho de que Ed roce los cuarenta hace que me comporte con madurez cuando estoy con él, pero es que salir con alguien como él también ayuda a que me sienta muy adulta, por mucho que no sienta lo que sentía con Nick.

Incluso que mi madre ya esté planificando el día de nuestra boda no parece sacarme de quicio. Hasta me parece divertido, aunque no pienso casarme con Ed. Obviamente.

–Dime, ¿cómo es?

Mi madre me escucha toda oídos.

–Es majo.

–¿Qué significa que es majo? Seguro que puedes decirme más cosas sobre él.

–De acuerdo. Es majo -Mi madre me clava su mirada-. Conduce un Porsche.

Casi se deshace antes de recobrar la compostura.

–¿Un Porsche? ¿Qué sensación se tiene cuando te llevan en un Porsche?

–Es cómodo, mamá ¿A ti qué te parece?

–¿Y adónde te llevó?

–Al River Café.

–Guau. Ese sitio es muy caro ¿Y qué cenasteis?

Se lo cuento y disfruto con el hecho de que esté pendiente de todas y cada una de mis palabras y, aunque sólo sea por una vez, me presta tanta atención como a Olly.

–¿Y quiere volver a verte?

Asiento.

–Hemos quedado para salir el martes.

–¡Qué emoción! ¿Qué te vas a poner? Por el amor de Dios, no se te ocurra ponerte uno de esos horribles trajes chaqueta que siempre llevas. Ponte algo

femenino. ¿Es que no tienes ni un solo vestido bonito?

Sabía que era demasiado bueno para que durase. Allá vamos de nuevo, Libby no sabe hacer nada a derechas.

—Pues resulta que mis trajes chaqueta son de diseño -digo indignada-, y no tienen nada de malo. Todo el mundo los lleva.

—Pero a los hombres les gustan las mujeres femeninas -me dice con voz desafiante-. Les gusta ver un buen par de piernas.

Muevo la cabeza con perplejidad.

—Si no te conociese diría que aún vives en los años cincuenta.

—Quizá tengas razón -dice mientras arruga la nariz-, pero yo sé lo que les gusta a los hombres, como también sé que no les gustan las chicas duras, masculinas y entregadas a su profesión.

Antes de que me dé la oportunidad de decirle lo ridícula que está siendo suena el teléfono. Salvada por la campana.

—¡Olly! — dice-. Hola, cariño, ¿cómo estás?

Me tumbo y pongo los pies sobre la mesita de centro al tiempo que enciendo el televisor.

—Espera ¡Quita esos pies! — me dice, y me los aparta bruscamente de la mesita.

Con el único ánimo de cabrearla un poco, subo el volumen del aparato para ahogar su voz.

—¡Libby!-grita-. Baja eso. Es tu hermano. Desde Manchester.

Como si no lo supiese, pero accedo y bajo el volumen.

—¿Y cómo está mi guapísimo hijo? — dice al tiempo que yo me pongo a hacer muecas ante la tele-. Oh, tu padre y yo estamos bien, pero te echamos de menos. ¿Cuándo bajaras a vernos? Entiendo. No, no, no te preocupes, sé lo ocupado que estas ¿Cómo va el programa? ¡Qué listo eres, Olly!

—¡Qué listo eres, Olly! — imito con voz que debería ser un susurro, pero mi madre lo oye y me fulmina con la mirada.

—Tu hermana está aquí. Sí. Espera. Muy bien, cariño. Ya te llamaré esta semana. Un beso muy grande de tu padre y mío.

Me pasa el teléfono.

—Hola, Oll -digo distraída porque en la tele aparecen unas modelos que desfilan con unos vestidos horribles por la pasarela en *The Clothes Show*.

-Hola, hermanita ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—También.

—¿Qué tal tus amistades?

—¿Qué?

—Ya sabes, Oll, tus amistades.

—¡Ah! — Se echa a reír-. ¿Te refieres a Carolyn?

—Ajá.

—Es muy maja. Aún no puedo creerlo. Me gusta mucho estar con ella.

—Eso es genial, Oll. — Hago caso omiso de mi madre, que me mira con un

interrogante estampado en la frente, sin duda intentando adivinar de qué hablamos.

—¿Y tú? ¿Cómo está Nick?

—Lo hemos dejado. Kaput. Se acabó.

—Oh, Libby, lo siento. Parecía un tío legal. ¿Qué pasó?

Miro a mi madre, que ahora finge estar sacando el polvo a las mesitas auxiliares, aunque sé perfectamente que está atenta a cada uno de mis comentarios.

—Te lo cuento luego.

Mi hermano se pone a reír.

—Mamá está en la habitación, ¿eh?

—Para no perder la costumbre.

—¿Hay alguien nuevo en tu vida?

—Más o menos. Ayer fui a cenar con un tío y es majo, pero no estoy segura de que sea mi tipo.

Mi madre arquea una ceja.

—En cualquier caso -prosigo-, ya veremos qué pasa.

—De acuerdo. ¿Por qué no vienes unos días y te estás en mi casa? — me propone—. En serio, estaría bien que pudiésemos pasar unos días juntos. Hace la tira que no nos vemos como Dios manda, tú y yo solos.

—Sí -convengo-. Sería genial. Consultaré mi agenda y ya te diré algo.

Nos despedimos y yo me levanto para marcharme.

—¿Qué dices que estaría bien?

Mi madre finge que mi respuesta no le interesa lo más mínimo.

—Quizá vaya a pasar unos cuantos días con Olly -digo-. Me ha invitado.

—¡Qué idea tan estupenda! — exclama con una sonrisa resplandeciente-. Quizá tú padre y yo también vayamos. Podríamos coger el tren los tres juntos. ¡Una excursión en familia!

—Sí. — Me encojo de hombros-. Quizá.

El lunes por la mañana Jo me llama desde recepción.

—¡Jesús! — dice-. Será mejor que vengas un momento. — ¿Por qué?

—¡Sal un momento! ¡Ahora mismo!

Cruzo la oficina hacia la mesa de recepción y allí, encima del mostrador, hay un bosque. Bueno, quizá no sea un bosque, pero sí un ramo de flores tan grande que amenaza con invadir toda la habitación.

—¡Jesús! — repito-. ¿Son para mí?

—Sin lugar a dudas -contesta con una sonrisa de oreja a oreja-. Vamos, vamos, abre la tarjeta. ¿Quién las envía?

Abro el sobre, los dedos me tiemblan un poco, y una parte de mí espera que sean de Nick, aunque sé que no lo son porque las flores no son su estilo y, además, el no se puede permitir algo así. Este ramo debe de haber costado una fortuna.

—«Querida Libby -leo en voz alta-. Tan sólo quería darte las gracias por una

velada tan maravillosa. Me muero de impaciencia porque llegue el martes. Con amor, Ed.»

—¿Quién es Ed?

—Un admirador -digo alegremente mientras regreso dando brincos a mi mesa con las flores.

Me encantan, me encantan las miradas de admiración que la gente me dedica mientras voy a mi escritorio.

Sé que puede parecer estúpido, pero me gustaría enviarle algo, aunque sé que no debería y tampoco es que quiera hacerlo porque Ed me guste, sino porque ha hecho algo bonito por mí y me gustaría devolverle el detalle.

Supongo que si realmente me gustase no podría hacer algo semejante, porque estaría demasiado ocupada jugando y haciéndome la esquivia. Pero, punto número uno: me da igual si el hecho de que le envíe algo lo ahuyenta, y punto número dos: estoy segura de que Ed no lo hará. Debe de ser la ley del cabroncete, ¿no os parece? Los tipos a los que gustas no te interesan lo más mínimo y los que te gustan son unos cabrones. Sin embargo, Ed es diferente. No tengo muy claro cómo me siento. Sé que no lo deseo, pero también es cierto que me gustaría volver a verlo. Estoy harta de estar siempre sola. Quizá Nick no me quiera, pero Ed sí, y la sensación es muy agradable. Ésa es la razón por la que quiero hacer algo por él.

Pero ¿qué?

Voy a ver a Jo.

—Entendido -suspiro-. Tú ganas. Te lo contaré todo si me echas una mano. —
Y le cuento mi historia con Ed.

—¡Ya lo tengo! — dice cuando termino, aunque le he hecho un resumen-.
¡Mándale una cesta de comida virtual!

—¿Una qué?

—¡Por Internet! Puedes meterte en un sitio de esos y enviar flores y cestas de comida virtuales, son increíbles. Seguro que le llega al corazón. Espera ¿Sabes si tiene correo electrónico?

—¿Y como demonios voy a saberlo?

—Mira en su tarjeta.

Regreso corriendo a mi escritorio, cojo la tarjeta y, efectivamente, en la parte inferior de la tarjeta aparece su dirección de correo electrónico.

—Perfecto -dice Jo-. Espera a que encuentre a alguien que me reemplace en recepción y te enseño como hacerlo.

Diez minutos más tarde Jo esta sentada delante del ordenador dándole al teclado ¡y ahí esta! Una página que te muestra fotografías de flores y de regalos que puedes mandar a quien quieras.

—¿Me va a costar algo?

—No, no seas tonta. Son regalos virtuales, lo que significa que no son reales.

Con ayuda del ratón elije una fotografía de una cesta llena de patatas fritas, pasteles y galletas y entonces, volviéndose, me dice:

—¿Que quieres decirle?

—Que te parece «Querido Ed, gracias por tus preciosas flores. Pensé que quizá tendrías hambre, pero guarda las Oreos para mí. Son mis galletas preferidas. Espero con impaciencia a que llegue el martes. Libby»

—¿Con amor, Libby? — me pregunta Jo mientras escribe el mensaje.

–Oh, bueno, vale. Con amor, Libby ¿Y ahora que pasa?

–Lo envías y Ed recibirá un mensaje en su correo electrónico diciéndole que tiene un envío virtual y en qué dirección de Internet puede encontrar el regalo.

–Esto es increíble ¿Puedo intentarlo?

–¿Qué? ¿Tienes más admiradores?

–Ajá.

Jo se levanta, yo me siento en su sitio mientras ella regresa a recepción y al cabo de diez minutos ya he enviado cestas de comida virtuales a Jules, Jamie, Olly y Sal.

Predeciblemente Jules me llama al cabo de media hora y se ríe a mandíbula batiente, tanto que casi no oigo lo que dice.

–¡Es fantástico! – balbucea-. ¿Cómo demonios lo has hecho?

–Déjame preguntarte algo, Jules ¿Qué estás haciendo comprobando tu correo electrónico en mitad del día? ¿No deberías estar diseñando interiores o algo por el estilo?

–Debería -responde-. Navegaba por Internet para intentar encontrar a los distribuidores de un mueble español que estoy buscando. Alguien me dijo que tenían una pagina web y entonces mi correo electrónico me ha informado de que tenía un mensaje. ¡Es de lo más ocurrente, Libby! ¡Me encanta!

Le cuento lo de las flores y de mi idea de enviarle la misma cesta a Ed y oigo como Jules grita y da palmas al otro lado del teléfono.

–¡Jesús, Libby! – exclama-. ¡Se volverá loco por ti! Me apuesto lo que quieras a que es la primera vez que conoce a alguien como tú.

—Yo me apuesto lo mismo.

Al final del día, antes de marcharme, compruebo mi correo electrónico, por si acaso y, efectivamente, hay un mensaje de McMhn@compuserve.com

«Querida Libby -leo-. ¡Me has dejado completamente patidifuso! Qué sorpresa mas agradable. Estoy muy contento de que hayas recibido las flores. Debo decirte que es la primera vez que alguien hace algo así por mí. A duras penas puedo esperar para volver a verte. Con mucho amor, Ed.»

—Caray -dice Jo, que esta detrás de mi leyendo el mensaje por encima de mi hombro-. Ahora Si Que Esta Entusiasmado.

Y me voy a casa con una sonrisa estampada en el rostro.

Hoy he salido del trabajo temprano para tener tiempo suficiente de arreglarme, porque esta noche quiero estar bien y no necesariamente por Ed, lo hago mas por mí, aunque ya os digo que no me costana nada acostumbrarme a todas esas flores y a esta sensación de haber conocido a alguien que, con un poco de suerte, puede adorarme.

Llegó la hora del emplasto facial, del acondicionamiento capilar a conciencia y de la nueva barra de labios MAC, porque no hay nada de malo en querer sacar lo mejor de ti, ¿no os parece? Además, Nick nunca apreció a la Libby vestida con ropa de diseño, y está la mar de bien poderse arreglar de nuevo y aun cuando sigo pensando en Nick, quizá ya no tan a menudo como antes.

Como ya ocurrió la última vez, esta noche no pierdo el tiempo con las viejas maquinillas de afeitar porque yo, igual que Ed, no pienso en que pueda pasar nada entre nosotros y aunque algo tuviese que pasar, de ningún modo sería esta noche, razón por la que, bajo mis pantalones (sí, pantalones; mi madre se puede ir al infierno), tengo las piernas peludas, propias de una mujer que hace más o menos una semana que no se las

depila.

Esta vez me gustaría darme tiempo con Ed. No quiero irme ya a la cama o iniciar una relación. Prefiero salir con él y ver qué ocurre: si acaba gustándome, si Ed acaba siendo alguien especial y si puedo convencerlo de que se afeite ese puñetero bigote.

Esta noche estoy muy satisfecha con mi aspecto. Un traje chaqueta gris claro con pendientes pequeños de perlas que no es que vayan mucho conmigo, pero fueron un regalo de mi madre hace un par de cumpleaños, y zapatos de ante color crema, planos.

Vaya. ¡Si mi madre me viese! Parezco el vivo ejemplo de una mujercita sofisticada. Aparte de los pantalones, claro está. Cuando me miro al espejo casi me echo a reír porque me parezco más a Sloane Ranger que a la princesa Diana de jovencita, pero este aspecto encaja con Ed y, además, engalanarse con buena ropa resulta de lo más divertido. Me siento como una niña que juega a fingir que es sofisticada, elegante y madura. ¡Qué divertido! ¡Yuju!

El teléfono suena justo en el momento que termino de aplicarme una última capa de esmalte de uñas clarito. No podía utilizar mis queridos esmaltes azules o verdes... demasiado modernos para Ed.

—¿Qué has comido hoy? — Es Jules, claro.

—Nada para desayunar. Una chocolatina Hobnob a eso de las once. ¿Sabes cuántas calorías lleva eso?

—Me parece que unas setenta y ocho.

—Mierda. Bueno, sigamos. Una ensalada César para comer y una manzana a media tarde.

—Muy bien. Has sido muy buena chica. La galleta no ha sido nada, si la comparas con lo que me he zampado yo.

—Adelante.

—Allá voy. Para desayunar me he tomado un tazón enorme de copos de maíz. Enorme. De veras. Asqueroso. A eso de las diez volvía a tener hambre, de modo que me he comido tres bombones Bourbons. A la hora del almuerzo he salido con un cliente y para empezar hemos pedido verduras a la parrilla rehogadas en aceite de oliva; luego, un plato descomunal de pasta con una salsa muy cremosa, y hemos acabado compartiendo una *crème brûlée*. Lo malo es que ella no ha comido casi nada y yo he arrasado prácticamente con todo.

Jules es una mentirosa rematada. La conozco como la palma de mi mano. Es probable que haya desayunado un cuenco pequeño de copos de maíz. Ni una sola chocolatina Bourbons. Verduras solas. Un par de bocados de pasta y un pellizco de la *crème brûlée*. Es imposible que Jules estuviese tan delgada si comiera todo lo que dice. Sé que en ocasiones dice la verdad, pero también sé que la mayoría de las veces le preocupa tanto no ganar peso que se pasa el día picoteando, pero no come nada. Está algo más que obsesionada, razón por la cual al cabo del día mantenemos tantas conversaciones sobre comida por teléfono. No me importa, de verdad que no, pero me gustaría que pensase menos en ello.

Aunque supongo que yo no soy mejor que ella.

Pero la chica me anima.

No es que dejase de pensar en ello si no habláramos del tema, pero no pensaría con tanta...

—No pienso cenar nada -dice con firmeza-. Por hoy se acabó. Y mañana me pongo a régimen.

—¡Jules, por el amor de Dios!

—¿Qué? ¿Qué?

No importa, no tiene sentido que le diga que no necesita perder peso, ganar en todo caso, porque no me creerá. La de veces que hemos salido juntas y lo primero que me pregunta es: «¿Me ves gorda?», y yo miro su cuerpo flaco, como de niño depauperado y le respondo: «¡No! No seas ridícula», y ella me dice «¿Es que no ves la cara que tengo? ¿Lo ves? ¿Mira?» y se toca una papada inexistente y se pasa el resto del día o de la tarde alisándosela.

Dios. Qué duro es ser mujer.

—¿Y qué te has puesto?

Se lo cuento.

—Vaya, muy sofis.

—Ya lo sé. Me siento un poco rara, pero no podía ponerme algo que estuviese a la última, porque Ed se desmayaría.

—¿Sabes qué eres?

—¿Qué?

—Una novia camaleón.

—¿Una qué?

—Leí un artículo sobre el tema. Trataba de cómo algunas mujeres cambian su imagen, sus aficiones, lo cambian casi todo según el hombre con el que salen.

Me gustaría no tener que decir esto, pero como siempre Jules tiene toda la razón. Siempre me he comportado así. He intentado cambiar según el hombre del momento y ya sé que está mal, aun cuando es exactamente lo que estoy haciendo ahora mismo, pero parece que no puedo evitarlo.

Jules nunca lo ha hecho, nunca ha tenido que hacerlo. Una vez nos sentamos e intentamos imaginarnos por qué lo hago, aunque en ese momento no sabíamos qué nombre dar a mi continua afición al mimetismo, y la única razón que se nos ocurrió fue mi baja autoestima.

Jules ha decidido que, puesto que Olly es quien se lleva toda la gloria, a mí sólo me queda pensar que no voy a gustar a nadie por mí misma, razón por la cual no dejo de intentar ser alguien distinto. Si alguna no da crédito, creedme, nadie me supera en este aspecto.

—Dime algo que no sepa -le digo mosqueada, porque, por mucho que quiera a Jules, envidio un poco la confianza que tiene en sí misma.

—No lo tomes así -dice como si estuviese dolida-. No pasa nada. En realidad te envidio un poco. Tú te levantas por la mañana y piensas: «Veamos, ¿quién voy a ser hoy?»

No puedo evitarlo, me echo a reír.

—A veces me gustaría parecerme más a ti -dice, y yo casi me caigo de la silla.

—¡Jules, estás loca! ¿Me estás diciendo que te gustaría estar soltera, sin tener ni una pizca de autoestima y con un radar que repele a todos los hombres decentes y que sólo atrae a los cabrones?

—Ed no es un cabrón.

—Todavía no. Y en cualquier caso, no es lo suficientemente guapo para serlo.

—¿Y Jon era guapo?

—Vale, vale, ya sé que no era tu tipo, pero a mí siempre me pareció guapo.

—Perdona, Libby, pero Jamie ha vuelto. Tengo que dejarte. Que tengas una

velada fantástica y llámame sin falta.

—Gracias, cariño. Adiós.

—Por cierto, Libby...

Me acerco el teléfono a la otra oreja.

—¡No hagas nada que yo no haría! — Y, soltando una risotada, cuelga.

Ahora sí que la situación se está volviendo ridícula. Suena el timbre, abro la puerta y, de nuevo, Ed está de pie en el umbral con un enorme ramo de rosas.

—Ed -digo-. Adoro todas estas atenciones, pero no quiero acostumbrarme, no quiero darlo por supuesto. Tienes que dejar de comprarme flores. Mi casa empieza a parecer una floristería. ¡Me estoy quedando sin floreros!

—Oh, ejem, lo siento, Libby. — Pone cara de alicaído y yo me siento como una cabrona.

—No, no, no seas tonto. Es sólo que me mimas demasiado, pero son preciosas. Gracias.

Entra en el piso y se queda de pie en la salita mientras yo abro infinidad de armarios con la esperanza de dar con algún florero que se me haya pasado por alto. Al final saco una botella de leche de la nevera, la vacío en el fregadero y aunque tengo que cortar el tallo de las rosas un palmo, las flores se ven preciosas en la botella de leche. Seguro que es cosa de la mezcla entre el lujo y lo cotidiano.

Como Ed y yo.

OceanofPDF.com



diecisiete

Vamos al Ivy, donde Ed parece conocer a muchísima gente y yo empiezo a disfrutar de la compañía de un hombre tan sofisticado y tan ingenuo al mismo tiempo, porque mira que es ingenuo. Tiene algo de torpe, de desgarrado, lo que seguramente es una de sus cualidades más atrayentes.

Pide champán y, cuando levantamos nuestras copas, oigo una voz repentina de lo más familiar.

—¡Libby, querida! — Me doy la vuelta y allí, con un pequeño vestido negro resplandeciente, está Amanda. Le doy los besos de rigor y ella se queda allí, plantada como un poste, mirándome a mí y luego a Ed, hasta que los presento.

Y resulta algo extraordinario, porque Ed se levanta para estrecharle la mano y Amanda se pone a sonreír con cara de idiota, pestañeando, callada, turbada, y yo siento vergüenza ajena. Al final, cuando Amanda se va, respiro aliviada.

—¿Quién era?

—Amanda Baker, una presentadora de televisión.

—Entiendo. ¿Es famosa?

—No tanto como le gustaría.

—¡Ja, ja! Ésa sí que es buena, Libby. ¿De qué la conoces?

—Soy su relaciones públicas.

–¿Así que tú podrías convertirla en famosa?

–Es algo así como un círculo vicioso. No puedes ser famoso sin que escriban sobre ti y nadie quiere escribir sobre ti si no eres famoso, pero estoy en ello.

–No veo mucha televisión. Probablemente por eso no la he reconocido, y cuando lo hago, solamente miro las noticias.

–¿Y qué haces si estás en tu casa por la noche?

–Normalmente trabajo. Escucho algo de música.

–Así que si te dijese que estoy enamorada del doctor Doug Ross, ¿te quedarías igual?

Pone cara de extrañeza.

–¿Quién es el doctor Doug Ross?

–No importa. – Me echo a reír-. No lo entenderías.

La comida es exquisita, el champán es delicioso, y me encanta estar sentada viendo famosos, aunque cada vez que le susurro que acaba de entrar otra celebridad, Ed la mira confundido y resulta increíble que no tenga ni la más remota idea de quién es toda esa gente. Santo Dios, algunas de las personas que han entrado son las mayores estrellas del mundo del teatro y del cine. Y sin embargo, ¡Ed no los ha visto en su vida!

–Libby -dice mientras esperamos a que nos traigan el café-. Me parece que eres extraordinaria. Nunca había conocido a nadie como tú.

–Gracias. ¿De veras? ¿Cómo es posible? – Ya sé que no debería buscar cumplidos, pero es más fuerte que yo, y después de lo de Nick mi ego

necesita un poco de mimo.

—Eres tan lista, tienes tanta chispa y estás tan llena de vida... Disfruto mucho de nuestras citas y... -Se detiene.

—¿Y? — lo animo a que siga.

—Bueno, no estoy muy seguro de que sea el momento de decirte esto y probablemente te suene ridículo, pero me gustas mucho.

—Eso no suena ridículo en absoluto.

—No, no. Quiero decir que me gustas de verdad.

—Tú también me gustas.

—Bien. Me parece que entre nosotros quizá hay algo especial.

Sonrío. ¿Qué más puedo hacer? Apenas me conoce.

—He pensado que quizá te gustaría ver mi casa -me dice a la vuelta.

—¡Me encantaría! — Es verdad. Quiero saber más cosas acerca de él, de dónde vive, de cómo vive. Quiero curiosear en su casa y buscar pistas sobre quién es y sobre si podría ser feliz con él.

Por favor, no creáis que soy ridícula. No es que haya decidido que Ed vaya a ser el hombre de mi vida ni nada parecido, pero tengo una inclinación natural a preocuparme por, cómo decirlo, planear las cosas. La de veces que, sentada en la cama, he soñado con casarme con alguien con quien sólo he tenido una cita y, aunque Ed no me gusta, resulta divertido soñar un poco. Para ser sincera, la cara del novio no se veía muy claramente en el sueño. No. Cuando sueño despierta con casarme me preocupa mucho más el vestido, dónde se celebrará la ceremonia y las damas de honor. El novio suele ser una persona sin rostro porque, en realidad, tampoco es tan

importante.

Así que, aunque todavía no esté planeando la boda, me gustaría echarle un vistazo a su casa.

Ed detiene el coche al lado de un caserón y lo que más me llama la atención de donde vive no es ni el tamaño ni lo ostentoso de la casa, sino que alguien de su edad pueda vivir ahí. Ya sé que me dijo que la había comprado con vistas a formar una familia, pero parece de locos vivir en un sitio que respira una atmósfera tan de mediana edad cuando todavía eres relativamente joven. Además, si me casase, me gustaría que nos comprásemos una casa juntos, empezar de nuevo. No me gustaría vivir en un sitio en el que él ya hubiera vivido.

El suelo de la entrada es de mármol blanco y negro, y resulta fácil adivinar que Ed está orgulloso de su casa, mientras abre de par en par las puertas que dan al salón más impresionante que he visto en toda mi vida. Enorme, espacioso, con imponentes molduras originales en las paredes y el techo. Sin embargo, está vacío.

—Vaya, ¿hace poco que te has mudado?

—No. ¡Hace dos años que vivo aquí!

—¿Y dónde están los muebles?

—Nunca he encontrado el tiempo suficiente para ir a comprarlos -dice, encogiéndose de hombros-. Supongo que espero a que mi mujer venga y lo decore a su gusto.

—Pero podrías haber contratado a un decorador.

—¡Y eso hice! — exclama indignado mientras señala las cortinas estampadas, con la parte superior cubierta por un dosel tapizado con el mismo estampado.

—¡Ah, ya entiendo!

Me lleva arriba, al dormitorio. Enorme e inmaculado, conduce a un vestidor grandioso, cuyas paredes están llenas de cajones, el cual desemboca en un cuarto de baño enorme.

La siguiente puerta da a su estudio y en el piso de arriba hay un gimnasio, una sauna y más habitaciones vacías. Y más. Y más. Parece que se prolonguen hasta el infinito y, sinceramente, tengo la sensación de estar en una casa fantasma, porque es obvio que todas estas habitaciones están en perpetuo desuso. La casa es fría, un museo, una pieza de exposición y cada vez empiezo a sentirme más incómoda.

Bajamos a la planta baja. Una cocina rústica. Suspiro aliviada porque al lado de la cocina hay sofás y cristaleras que dan a un jardín. A juzgar por las pilas de libros y papeles que se amontonan por toda la habitación, aquí debe de ser donde vive.

Y es la mar de confortable. Pero quizá no exactamente como yo la tendría. Para empezar me desharía de todas esas flores secas que cuelgan del techo, pero no está nada mal.

Ed empieza a preparar un poco de café, yo me siento y observo la habitación, decidiendo al mismo tiempo lo que cambiaría si viviese aquí. Tapizaría los sofás con tela a cuadros de color azul y amarillo vivo, tiraría esa espantosa mesa de madera de tilo y en su lugar pondría una vieja mesa de pino y...

—¿Te gusta? — Ed interrumpe mis pensamientos.

—¿Tu casa?

Asiente.

—Me parece que es espectacular -digo, porque es indudable que lo es, pero

por otra parte también decido confesarle que parece un depósito de cadáveres-. Y ¿no te sientes un poco solo en un sitio tan grande como éste?

—Sí -responde como si de pronto se hubiese convertido en un muchachito descarriado-. A veces sí.

Y se le ve tan dulce que me entran ganas de darle un abrazo. Viene a sentarse a mi lado en el sofá y de pronto el aire se vuelve más agobiante y sé que va a besarme, aunque yo no estoy muy segura de si quiero que lo haga. Intento no mirarlo y clavo los ojos en mi café porque siento que me está observando y rezo, Dios, cómo rezo para que no deje su taza de café.

Ed deja su taza de café.

Y disimuladamente pasa un brazo por detrás del sofá, todavía no me toca, y me entran ganas de salir a la carrera y gritando, porque en este momento sé con toda seguridad que no quiero besarlo.

Esta sensación me resulta un tanto nueva. Si me tomo la molestia de volver a salir con un chico después de nuestra primera cita es porque el tío me hace gracia, y me paso el resto de nuestro segundo encuentro rezando para que me besen y preguntándome cómo lo hará.

Recuerdo que John no me besó hasta nuestra sexta cita. La cuarta vez que salimos juntos estaba convencida de que iba a suceder. Habíamos ido al cine, me llevo a casa, y aunque rechazó subir a tomar café -arguyó que a la mañana siguiente tenía una reunión muy temprano-, me quedé en el coche con la cara arrebolada de esperanza. Él se limitó a sonreír y me dio un beso en cada mejilla.

Dos citas más tarde me invitó a cenar a su piso. Después de comer estaba en la cocina ayudándolo a fregar los platos, preguntándome si habría juzgado mal la situación y dándole vueltas a la idea de que quizá a John solamente le interesase como amiga, cuando, de pronto, me agarró y empezó a besarme. Minutos más tarde estábamos en el suelo de la cocina presas de un arretrato de pasión.

Recuerdo lo desesperada que estaba deseando que me besara, en cambio, ahora me pasa lo contrario no quiero que Ed me bese.

Y en concreto, ¿qué se supone que debo hacer? De repente, sin estar muy segura de cómo sucede, Ed me está besando y me encantaría poderos decir que fue encantador, que el corazón me dio un vuelco, que de pronto empezó a hacerme gracia. Fue asqueroso.

¿Sabéis como os olvidáis de los chicos que no saben besar cuando hace siglos que no os encontráis con uno? Yo lo había olvidado. Besar a Ed fue como uno de esos morreos de mis años de adolescencia con chicos con la cara llena de granos que intentaban ser adultos, pero que no tenían ni la mas remota idea de como se besa.

Me gustaría poder identificar que fue exactamente lo que resultó tan asqueroso, pero no puedo. Demasiada lengua. Demasiada saliva. Demasiado bigote. Ecs. De lo más desagradable, así es que me despego, hago esfuerzos para no secarme la boca con la manga y pienso que no habrá nada, absolutamente nada, que haga que me deje besar de nuevo por Ed.

Ni tan siquiera el Porsche.

Pero no me importa abrazarlo y él me rodea con su brazo y resulta bastante agradable, o al menos lo resultaría si yo no estuviese tan tensa de sólo pensar que puede volver a besarme.

—Libby -dice después de hociquear en mi cuello durante un rato-. Será mejor que te lleve a casa.

¿Qué? ¿Qué? Se supone que tiene que pedirme que me quede esta noche y que yo le doy calabazas ¿Qué es esto? Se supone que tiene que morirse de deseo por mí, que cada músculo de su cuerpo arda de pasión por mí, pero en ningún caso que quiera llevarme a casa.

Ya lo sé, ya lo sé. El hecho de que yo no quiera estar con él no tiene

importancia, lo que cuenta es que él me desee. Bueno, al menos no tendré que volver a besarlo.

Nos montamos en el coche y esta vez Ed me pone su mano en el muslo durante todo el viaje, pero lo más curioso es que el gesto no tiene nada de sexual, más bien resulta algo posesivo y, aunque deseo que deje de tocarme, no sé muy bien cómo decírselo. No dejo de moverme de un lado para otro, de cruzar y descruzar las piernas una y otra vez, pero no hay manera de que Ed retire la mano.

—¿Cuando puedo volver a verte? — pregunta mientras me acompaña hasta la puerta de mi casa e insiste en cogerme de la mano.

—Bueno, la verdad es que esta semana estoy un poco ocupada.

—Oh -Pone cara de decepción-. El caso es que quería invitarte a un baile.

—¿Un baile? ¿Qué clase de baile? — La voz de mi madre me taladra la cabeza «Sal con él porque nunca sabes cómo pueden ser sus amigos.»

—Unos amigos que viven en el campo celebran su baile anual. Me parece que te gustarían y a mi me encantaría que me acompañases.

—¿Cuando es?

Ed me dice que es dentro de dos fines de semana y le digo que me encantaría ir.

—¿Tienes ropa adecuada?

—Seguro que tengo algo que ponerme.

—Espero que no pienses que soy demasiado atrevido, pero me gustaría mucho comprarte algo especial ¿Puedo?

¿Cree que soy estúpida? Como si fuese a rechazar semejante ofrecimiento.

—Si estas seguro.

—Completamente ¿Por qué no vamos de compras el sábado?

Mi cabeza empieza a hacer tictac a toda prisa. Ir de compras. A plena luz de día. Sin demostraciones publicas de afecto, por lo tanto, sin besos.

Suena a las mil maravillas.

—¡Genial! Nos vemos el sábado.

Me rodea la cintura con los brazos y vuelve a acercar su boca, de modo que le doy unos picos en los labios, que tampoco están tan mal, para luego, con una sonrisa de misterio, alejarme y entrar en mi piso.

«Lo has llevado bastante bien», digo para mis adentros.

Pero una vez estoy en casa, de vuelta a la seguridad de mi piso, me pongo a pensar en el beso y, sin poder evitarlo, pienso en cuando Nick me besaba, en cómo me hacía sentir, y eso me trae otros recuerdos de Nick, y antes de darme cuenta me encuentro sentada en el sofá con las mejillas llenas de lagrimas. Por Dios, ¿es que no he derramado ya suficientes lágrimas estos últimos días?

Lo echo de menos. No puedo evitarlo. Lo echo mucho de menos. Y Ed, por muy majo que sea, no es Nick y nunca lo será.

Sin embargo, resulta curioso como a veces llorar un poco te hace sentir mucho mejor y cuando termino una sensación de resignación se apodera de mí. Soy consciente de que la historia con Nick ya es agua pasada, como también soy consciente de que no siento lo mismo por Ed, pero quizá el amor no tiene nada que ver con el deseo y quizá podría aprender a amar a Ed. Quizá...

—No, me parece que esta historia no va a ninguna parte.

—¡Pero es tan majo, Jules! Quizá con el tiempo.

—Libby, cuando te beso casi te da algo. ¿Que pasará exactamente con el tiempo?

—No lo sé -resoplo-. Quizá tenga que acostumbrarme a su manera de besar.

—Pues adelante.

—Jolines, no me ayudas mucho que digamos.

—Bueno, ¿qué se supone que tengo que decir? Te digo que lo dejes y tú me respondes que es la mar de majo, entonces te digo que sigas viéndolo y tú me respondes que no es que te ayude demasiado. Contigo no hay manera de acertar.

—Lo siento -refunfuño mientras me hago un ovillo como un armadillo en el sofá de la cocina de Jules.

¿Y ahora qué ocurre? Jamie entra, se agacha y me da un beso en la mejilla antes de revolver el pelo de Jules cuando se dispone a encender el hervidor de agua. De pronto, ese gesto cariñoso me hace sentir muy sola.

Yo también quiero algo así. Quiero a alguien que me quiera tanto que no pueda pasar por mi lado sin que me toque de un modo u otro. Quiero a alguien que me adore, incluso como es el caso de Jules, cuando lleve zapatillas de lana, vaya sin maquillar y lleve el pelo recogido en una cola.

Estoy harta de estar sola. La mayor parte del tiempo estoy bien. Algunas veces incluso disfruto de esta soledad, pero en este preciso momento estoy harta. Ya he tenido suficiente. Tengo veintisiete años y merezco estar con alguien. Merezco vivir en una casa bonita y no en un piso cochambroso de Ladbroke Grove. Merezco estar con alguien que me traiga flores y me haga regalos. Merezco tener pareja, merezco tener mi media naranja.

—¿Mas problemas con los hombres? — pregunta Jamie desde el otro extremo de la cocina.

—Como no -respondo-. ¿No es siempre lo mismo?

Jamie trae tres tazas de café y toma asiento.

—Jules me ha dicho que estas saliendo con Ed McMahon. Un buen partido, por lo que tengo entendido.

—Ya lo sé -gimo-. Pero no me gusta mucho.

—Vaya -dice Jamie-. Eso podría ser un problema. Pero me parece que es un buen tipo. Quizá necesites tiempo.

—Cuéntale lo del beso -me empuja Jules.

Y le cuento lo del beso. Incluso le describo los detalles de la lengua, la saliva y el bigote.

Jamie hace una mueca.

—Libs, tengo que ser sincero contigo. Esta historia no tiene muy buena pinta.

—Y a todo esto -lo interrumpe Jules-, el sábado se la lleva a comprar un vestido de baile.

—Míralo por el lado positivo -dice Jamie-. Al menos sacarás un vestido de diseño de todo esto.

El viernes por la tarde llega otro ramo de flores. Esto empieza a ser estúpido, pero lo mas ridículo es que me estoy acostumbrando de tal manera a recibir flores de Ed, que empiezo a dar por hecho que me va a seguir

enviando flores y ahora mi piso, mas que una floristería, empieza a parecerse a los jardines botánicos de Kew.

Dios, ¿me escucharás aunque solo sea por una vez?

Lo siento, lo siento. Es típico, ¿no? Durante veintisiete años he deseado encontrar a alguien que me quisiese con locura y ahora que he encontrado a esa persona, la emoción parece brillar por su ausencia ¿Por qué no puede gustarme? ¿Por qué no puedo conseguir que me guste? Quizá pueda. Esperemos a ver qué ocurre el sábado.

Mientras tanto no pienso enviarle nada más porque, sinceramente, no estoy muy segura de si debería darle esperanzas. Al menos hasta que tenga un poco más claro lo que siento.

Y entonces ocurre algo de lo mas singular. Justo después de que llegasen las flores, suena el teléfono.

—¿Libby? Soy Nick.

—¿Nick qué? — Estoy tan distraída con las flores que no pienso lo que digo.

—¿Que significa Nick qué? Gracias por el detalle. Tampoco hace tanto tiempo.

—¡Nick! — El corazón empieza a latirme a cien por hora. Quizá ha cambiado de opinión quizá me llama porque me echa de menos tanto que se ha dado cuenta del craso error que cometió. Quizá todo se arregle.

—¡Libby!

—¡Oh, Dios mío! ¡Lo siento tanto! Estaba distraída ¡Hola! — Hago esfuerzos para parecer lo más natural posible, y, aunque es duro, creo que lo estoy consiguiendo.

—Hola, encanto. Estaba aquí, sin hacer nada, y pensaba en ti, y te he llamado

para ver cómo estabas.

¡Me ha llamado encanto! ¡Pensaba en mí!

–Estoy genial -respondo con convicción, ahora que ha llamado lo estoy-. Y tú, ¿cómo estás?

–Bueno, como siempre. Intento escribir, pero no consigo concentrarme. Además, aún me estoy reponiendo de una resaca de campeonato.

–¿Adónde fuiste? ¿A un sitio chulo? – Siento una enorme punzada de celos sólo de pensar que Nick puede haber estado con otra y rezo para que no sea así y para que fuese a un sitio de lo más aburrido. Por una vez mis ruegos son escuchados.

–Fui al pub con Alce y toda la panda.

Gracias a Dios. Al menos sé que ninguna de esas brujas le puede haber hecho gracia. Dios... Alce... Sus amigos... De pronto recuerdo aquella noche espantosa y, cuando recuerdo lo incómoda, lo fuera de sitio que me sentí, caigo en la cuenta de que por mucho que adorase a Nick, las cosas nunca habrían funcionado entre nosotros. No hubiese podido llevar esa vida y, de repente, me entran ganas de echarme a reír porque, por primera vez, me doy cuenta de que ya no tendré que volver a ir a un pub con Alce y toda la pandilla. Y no sólo eso. Ya no tendré que volver a dormir en aquel sucio estudio con una cama. Y me doy cuenta de que, por primera vez en toda mi vida, puedo ser amiga de un antiguo amante y que, por primera vez en toda mi vida, quiero ser amiga de un antiguo amante. La verdad es que ya no quiero nada más de él. Sinceramente.

–¿Una sesión agotadora? – Me echo a reír, entusiasmada con esta sensación de libertad.

–Una sesión muy agotadora -gime-, pero ahora lo estoy pagando caro ¿Y tú qué tal? He pensado en ti.

—¿De verdad? Qué bien. He estado muy ocupada. Todo me va a pedir de boca.

Hay un breve momento de silencio hasta que Nick me pregunta.

—¿Y que tal va tu vida amorosa?

—Humm. Bien -¿A la mierda? ¿Por qué no?-. He conocido a alguien.

Hay un largo silencio.

—¡Eso es genial, Libby! — dice al final, pero si no lo supiese diría que mi respuesta no le ha parecido tan genial-. ¿Quién es?

—Un tío. Tampoco sé si es algo serio. En realidad no es nada del otro mundo, pero es muy majo y me trata bien.

—¿A qué se dedica?

—Es inversor.

Nick suelta un gemido.

—De modo que puede permitirse llevarte a todos los sitios que yo no pude, ¿eh?

—¡Sí! — respondo y me echo a reír.

—Sé que me odiabas por no tener dinero -dice Nick de pronto.

—Eso no es cierto, Nick. Yo solamente odiaba pasar la noche en tu asqueroso estudio.

Los dos nos ponemos a reír.

—Supongo que ahora pasarás la noche en Buckingham Palace.

—En Hannover Terrace -En realidad no me molesto en comentarle el hecho de que ni siquiera me gusta besar a mi nuevo novio, por no decir que ni se me ha pasado por la cabeza acostarme con él.

—En serio, Libby -dice-. Estoy muy contento de que hayas conocido a alguien.

—¿Ah, sí?

—De acuerdo, en realidad no lo estoy. Bueno, más o menos. Estoy contento, pero también siento que las cosas no funcionasen entre nosotros.

Esta conversación parece tomar unos derroteros de lo más extraños, pero me parece bien, creo que he superado mi historia con Nick, que los dos podemos hacernos reproches, pero que ha llegado el momento de mirar hacia delante.

—Ya lo sé -digo-. Yo también lo siento, pero no nos engañemos, tú y yo no es que fuésemos la pareja perfecta.

Silencio.

—Entiéndeme -prosigo-. Me parece que eres encantador y me gustaría mucho que pudiésemos ser amigos, pero si miramos atrás probablemente nunca debimos haber salido juntos.

—Quizá tengas razón -suspira-, y, además, ahora mismo no podría llevar una relación.

—Ya lo sé. — Me río-. Eso mismo dijiste cuando me dejaste.

—¡Yo no te dejé! Nos... separamos.

—¿Como las aguas del Mar Rojo?

—Exacto.

—¿Y tú qué, Nick? — En realidad no me apetece hacerle esa pregunta, no quiero saber la respuesta, pero no puedo evitarlo-. ¿Cómo te va la vida amorosa?

—Fatal, gracias, gracias a Dios.

—¿Así que no hay mujeres en tu vida?

—No. Tú fuiste la última.

—Seguro que ya debes de estar sufriendo el síndrome de abstinencia.

—Estoy bien. Me he convertido en una persona muy introvertida y ahora pienso mucho acerca del amor y de la vida y todas esas cosas.

—¿Y ya has llegado a alguna conclusión?

—Sí. He llegado a la conclusión de que mi vida es un asco.

—Anda, dime algo que no sepa.

—¡Gracias! — Tono de indignación.

—¡Es un placer! — Tono ligero y desenfadado.

—¿Amigos? — Tono prudente.

—¡Por supuesto! Me encantaría que fuésemos amigos.

—¿Eso significa que podemos salir a tomar una copa de vez en cuando?

—Mientras no sea con tus asquerosos amigos.

Nick se ríe.

—No. Tú y yo solos.

—Me encantaría.

—Muy bien, escucha. Te llamo la semana que viene y quedamos.

—Perfecto. Nick, tengo que dejarte. Me llaman por la otra línea.

—De acuerdo. ¿Sabes, Libby?, me ha gustado volver a oír tu voz. Te he echado de menos.

—Yo también.

Llamo a Jules de inmediato para decirle que Nick me ha telefoneado, pero en cuanto descuelga el teléfono me doy cuenta de que algo no anda bien. Su voz suena monótona, muy poco vivaracha y mentalmente me doy un puntapié por no haber pensado en ella en primer lugar.

—¿Jules? — me atrevo a preguntar-. ¿Va todo bien?

Oigo un largo suspiro.

—¿Qué ocurre?

—Dios mío, Libby -suspira-. Estoy muy preocupada. Por Jamie.

—¿Jamie? ¿Por qué demonios te preocupa Jamie?

—Ya sé que parece una locura y que Jamie no para de trabajar, pero estas dos últimas semanas se ha quedado a trabajar en la oficina hasta muy tarde y anoche lo llamé y nadie descolgó el teléfono. Cuando llegó a casa le pregunté como la cosa más natural del mundo si había salido del despacho y me dijo que no, que había estado en la oficina toda la noche.

—Y a lo mejor estaba en el lavabo o algo por el estilo.

—¿Tres horas? Y eso no es todo. Últimamente ha estado algo distante; yo he procurado no darle importancia y cuando le pregunté si le pasaba algo, me dijo que estaba muy metido en un caso y que estaba muy ocupado.

—Jules, no me estarás diciendo que crees que tiene una aventura, ¿verdad? Estás loca. Jamie nunca te haría algo así.

—Pensé que me volvía loca -dice Jules lentamente-, pero de pronto he empezado a recordar que estas últimas semanas el teléfono ha sonado unas cuantas veces y cuando lo cogía yo colgaban.

—¿Y bien? Se habrían equivocado de número.

—Libby, sé que algo va mal. No puedo explicarlo, es casi como un sexto sentido. Siento que se distancia y estoy segura de que ha encontrado a alguien.

—Jules, no seas ridícula. Os vi juntos el otro día y seguís siendo la pareja perfecta. Es evidente que te adora. ¿Estás segura de que no te imaginas cosas? Me cuesta mucho trabajo creer que Jamie pueda tener una aventura. Por Dios, Jules. No sé qué decir. Me refiero a que, ¿cómo es posible que pudiese tener una aventura? ¿Seguro que no estás pasando por una menopausia prematura o algo por estilo?

—No lo sé. Mira, tengo que irme. Todavía no he decidido qué voy a hacer, pero te tendré al día.

Cuelgo y me pregunto si Jules no se estará volviendo paranoica, si Jamie le sería infiel, e intento imaginarme cómo debe de sentirse. Yo sólo puedo ayudarla haciendo unas cuantas pesquisas, si me lo pide, pero Jules no es de las que se pondrían a seguir a Jamie con unas gafas de sol y una peluca, como tampoco es de las que pincharían el teléfono para escuchar sus llamadas ni lo engañaría para que él le contase la verdad.

Podría revisar sus bolsillos, comprobar sus pagos con la tarjeta de crédito, pero lo cierto es que Jules, pese a sus sospechas, no quiere saber la verdad. Se hará la ciega con la esperanza de que esa historia desaparezca. Pero, por Dios, ¿cómo podría Jamie, Jamie, tener una aventura?

Durante los días siguientes Jules intenta cambiar de tema cada vez que le pregunto cómo van las cosas. «Bien», responde con cautela y sé que no tiene sentido forzarla a que hable, que ya hablará cuando esté preparada y lo único que yo puedo hacer es estar a su lado cuando decida romper su silencio.

Pero dejadme que os diga una cosa: si Jamie tiene una aventura lo mato. La sola idea de que esté haciendo daño a Jules me pone tan furiosa que me entran ganas de entrar en su despacho y obligarlo a que me cuente la verdad. ¿Cómo puede? ¿Cómo se atreve?

Es como si me hubiesen colocado un enorme peso encima de los hombros, y si yo me siento así, ¿cómo se sentirá Jules?



dieciocho

—¿Así que ahora sales con él?

Amanda y yo hemos vuelto a quedar para comer, esta vez en el Daphne's. Se empecina en seguir tratándome como a su mejor amiga. Me pregunto por qué razón volvemos a vernos tan pronto, pero me llamó, lo propuso y yo habría aprovechado cualquier excusa para salir un rato de la oficina.

No es que no disfrute con mi trabajo. Me encanta, pero últimamente me paso el día soñando más y más en no tener que trabajar y llevar una vida de lujo; ir a almorzar al Daphne's y de compras a Joseph todos los días. El

paraíso.

Pero comer en el Daphne's no ayuda a crear la ilusión de ese paraíso, porque estamos rodeadas de las proverbiales señoras, inmaculadas todas ellas, con sus vestiditos de diseño, sus bolsos de Gucci y su pelo con mechas rubias perfectas. Todas parecen pasar una gran parte del día en el peluquero o haciéndose la manicura, y yo me siento como una vieja ramera con mi vestido de Episode que hace todo lo posible por ser de Armani y mis zapatos de Pied à Terre, a los que les gustaría reencarnarse en un modelo de Stephane Kélians.

—No creo que pueda decirse eso -digo-. Dejémoslo en que nos vemos.

—Me parece que es bastante sexy -comenta Amanda con un tono de voz soñador mientras yo la miro horrorizada.

—¿Qué? ¿Ese bigote? ¿Sexy?

—A mí los bigotes no me importan. Si tienen tanto dinero no, pero seguro que si lo ves será porque lo encuentras sexy...

Me encojo de hombros porque no estoy muy segura de querer contarle a Amanda lo del beso. No estoy muy segura de confiar en ella.

—¿Libby?

—La verdad es que no lo sé -digo al fin-. No estoy muy segura de lo que siento, pero me trata bien. Este sábado me va a llevar a comprar un vestido para el baile al que me ha invitado. Para serte sincera, me encanta que me malcríen, hasta ahora nadie lo había hecho.

—¿Te va a llevar de compras? — Sus ojos se abren como platos.

Asiento.

—¿Y adónde vais?

—No lo sé. Pero si alguien puede ayudarme eres tú ¿Dónde puedo encontrar un vestido negro de etiqueta?

—¿Sin límite en el presupuesto?

—Bueno, yo no diría tanto -me río-, pero algo que sea bonito.

—¿Por qué no vais a Harvey Nichols? Tienen una sección de vestidos de noche que no está mal y si allí no encuentras nada, siempre te queda su departamento de vestidos de diseño.

—Una idea excelente. Iremos a Harvey Nichols.

—Libby, déjame que te diga algo, si decides que no lo quieres, ya me lo quedo yo.

Me echo a reír, pero entonces levanto la vista y me doy cuenta de que Amanda no se ríe, y en lugar de eso me dedica una sonrisa bastante extraña. Jesús, no bromea. Bueno, si decido que no lo quiero para mí, que se lo quede ella. Será un placer. Quizá me esté volviendo loca, pero diría que saber que ella lo quiere está consiguiendo que me guste un poco más.

Mientras vuelvo a la oficina en taxi, a cargo de la empresa, por supuesto, se me ocurre pensar que quizá Ed podría llegar a hacerme gracia. Quizá incluso podría llegar a gustarme y quizá el hecho de que no piense mucho en él cuando no estamos juntos es buena señal, tal vez eso significa que esta es una relación como Dios manda, no sólo deseo o el equivalente a cuando te cuelgas de alguien en tus años de adolescente. Porque, en confianza, estoy harta de enamorarme como una tonta y pasarme las veinticuatro horas del día pensando en ellos y llorando desesperada cuando no me llaman. Estoy harta de ser el tipo de chica que cuando ellos dicen «Salta», pregunta desde qué altura. Estoy harta de ser siempre, siempre la que se enamora y la que luego se lleva los palos. Quizá así es como debería actuar, seguir adelante con mi vida y no dedicarme en cuerpo y alma a mantener una relación.

Así es que cuando llega el sábado tengo las ideas claras y me siento bien. Pues bueno, no estoy loca por él, pero más o menos me apetece quedar con él, y pienso que quizá funcione, que tal vez llegue a gustarme, de manera que desde mi almuerzo con Amanda me he dedicado a imaginarme que Ed es mucho peor de lo que en realidad es. Ya sé que puede parecer un poco raro, pero me lo he imaginado como un tío espantoso, con un bigote enorme y con una risa que parece un rebuzno, y así confío en que cuando abra la puerta no me decepcionará y que, por el contrario, me llevará una grata sorpresa.

¿Y sabéis qué? ¡Funciona! Abro la puerta y veo a Ed mucho, mucho mejor de como lo recordaba y sonrío mientras cojo las flores, azucenas esta vez, me acerco y le doy un beso en los labios.

Sin lengua, ¿vale? Me apetece disfrutar un rato de esta sensación de apreciarlo, y no estoy preparada para llevar las cosas más lejos. Aún no.

—Tenia muchas ganas de verte -dice mientras me rodea con sus brazos.

—Qué bien -digo y le devuelvo el abrazo. Me separo.

—¿Tienes alguna idea de adónde podemos ir?

—¿Que te parece a Harvey Nichols? — respondo.

—Bien. La verdad es que no tengo ni idea acerca de ropa de mujer, pero si éste es el sitio al que hay que ir, pues vamos ¿Has desayunado?

Digo que no con la cabeza.

—¿Por qué no te llevo primero a desayunar?

—Vale.

Vamos en coche hacia Knightsbridge, aparcamos y Ed me lleva a tomar

unos huevos revueltos buenísimos y zumo de naranja y yo me quedo mirando a toda la gente guapa y pienso que me siento bien, que encajo, que somos una pareja.

Porque resulta evidente que Ed y yo estamos juntos. Me observa mientras como, y me acaricia el rostro, el pelo y yo me recreo en esa adoración suya, porque resulta algo enteramente nuevo para mí. Se niega a que yo pague la cuenta, aunque sinceramente encuentro mi ofrecimiento un tanto ridículo, y cuando nos vamos me coge de la mano y yo lo sigo con docilidad, encantada de jugar a ser la mujer rica que desayuna para hacer tiempo.

En realidad creo que hacemos buena pareja. Ed con una camisa deportiva informal, pero muy elegante, vaqueros azul marino y mocasines de ante marrones de Gucci (por supuesto que he reparado en el detalle, ¿que os pensáis, que estoy ciega o qué?) y yo con pantalones pardos de seda, mocasines marrones de ante y camisa blanca de lino. Por desgracia todavía no he tenido tiempo de hacerme con un montón de joyas de oro macizo al estilo italiano para rematar el conjunto, pero se que parecemos una pareja joven con dinero que salimos de compras, una pareja que pertenece a Knightsbridge, una pareja que tiene por costumbre hacer esto todos los sábados por la mañana.

¡Y eso no es nada! En la sección de ropa de noche de Harvey Nichols, Ed va dando vueltas mirando la ropa al tiempo que una dependienta, una mujer de mediana edad, corre de un lado para otro mostrándome vestidos.

—¿Cree que a su marido le gustaría éste? — me pregunta en algún momento.

Ed oye el comentario mientras yo casi me desmayo del susto porque nunca, nunca, se debe mencionar la palabra que empieza con M, nunca debes ni siquiera permitir que nadie mencione la palabra que empieza con M cuando estás delante de tu novio. Sin embargo, Ed me sonríe con ternura y con cariño y yo, como siempre, no puedo evitarlo y le devuelvo la sonrisa.

—Me resulta fácil imaginarme a mi esposa con un vestido como ése -dice Ed.

El corazón me da un vuelco para luego quedarse petrificado cuando veo el vestido que ha elegido para mí. Es un conjunto de tafetán. La chaqueta es de color azul marino con pinzas en la cintura y una falda corta acampanada que, probablemente, me llegue hasta media pierna. Es absolutamente espantoso; el tipo de modelito que se pondría mi madre.

—Humm, me parece que no va mucho conmigo -digo mientras me doy la vuelta.

—¿Por qué no te lo pruebas? — dice-, para que yo te lo vea puesto.

—Como quieras. — Me encojo de hombros y me llevo el vestido al probador. Jesús, parezco mi madre; no me pondría algo así ni muerta. Asomo la cabeza por la cortina-. Ed, me parece que esto, ejem, que esto no va conmigo.

—Déjame ver. Sal.

Salgo con los hombros encorvados, sacando barriga, procurando tener un aspecto tan espantoso como el vestido y con la esperanza de quitarle la idea de la cabeza.

—Te parece horrible, ¿verdad? — Se echa a reír.

—Del todo.

—Pues a mí no me parece tan feo.

—Ed... -digo para pararle los pies.

—Vale, vale. Si no te gusta ya encontraremos otra cosa.

Al cabo de ocho numeritos espantosos de tafetán empiezo a sentirme descorazonada. Se suponía que salir de compras tenía que ser divertido, pero Ed insiste en que me pruebe esos vestidos horrorosos, propios de una

mujer de mediana edad y yo empiezo a replantearme todo el asunto del baile y mi relación con Ed.

Al final nos vamos del departamento de vestidos de noche y justo cuando pasamos por la sección de los vestidos de diseño, Ed se detiene y se acerca a los conjuntos de Donna Karan. Allí, en un maniquí, está el vestido negro reluciente más bonito que jamás he visto. Mangas largas, escote en pico y una majestuosa caída de línea entre esbelta y sensual.

Los dos nos quedamos un rato admirándolo. Ed se da la vuelta hacia la dependienta, que hace rato que se cierne sobre nosotros con una sonrisa radiante en el rostro.

—¿Tiene la talla doce? — le pregunta Ed. Que Dios lo bendiga, recuerda mi talla.

—Por supuesto, señor —responde ella y me dedica una sonrisa al tiempo que va a por el vestido.

Y al fin llega el momento en el que me siento como una princesa. Mejor, como una reina. Y allí me tenéis, derecha y con orgullo, admirando con qué gracia el vestido me ciñe el cuerpo, aunque sin apretar, cómo me hace parecer alta y delgada, elegante y sofisticada. Me imagino qué tal estaría con el pelo recogido en un moño, con sandalias altas y con pendientes de diminutos diamantes brillando en mis lóbulos... Vaya, ahora sí que me he dejado llevar por mi imaginación. ¿De dónde diablos voy a sacar unos pendientes de diamantes?

Salgo del probador y tanto Ed como la dependienta ahogan un grito de sorpresa.

—Estás preciosa... —susurra Ed mientras la dependienta asiente, y la chica no asiente como hace con todas, por más espantosas que se vean. Puedo ver en su rostro que está tan encantada como yo de ver lo bien que me queda.

Por Dios, este vestido tiene que ser mío.

—¡Ya lo hemos encontrado! — dice Ed y yo no dejo de sonreír mientras me miro en el espejo de cuerpo entero.

—¡Me encanta! — digo-. Es lo más bonito que he llevado nunca.

Ed se da la vuelta hacia la dependienta.

—¿Admiten American Express?

Vuelvo al probador y sin poder resistirme, cuando me quito el vestido caigo en la tentación de echar una ojeada al precio.

Y casi me desmayo. Mil quinientas libras.

Santo Dios ¿Qué hago? No creo que Ed sepa lo caro que es y no puedo permitir que se gaste tal cantidad, es una locura, porque es la suma de dinero más disparatada que he visto en toda mi vida.

La dependienta asoma la cabeza, me sonríe, coge el vestido y yo procuro dar la impresión de estar segura de mí misma aunque lleve unas braguitas y unos sujetadores MS que amarillean. El vestido desaparece y supongo que si Ed tiene algún problema con el precio ya me lo dirá, porque no hay duda de que pronto sabrá lo que cuesta.

Termino de vestirme, salgo del probador y encuentro a Ed sentado en una silla con una enorme sonrisa en el rostro. A sus pies tiene una bolsa con un paquete envuelto en papel de seda que asoma por la abertura.

—Aquí tienes, querida -me dice y me ofrece la bolsa-. Un vestido precioso para mi preciosa Libby.

—Pero Ed -digo sonrojándome, porque no puedo creer que haya hecho lo que acaba de hacer y entonces empiezo a decir algo acerca del precio, pero me hace callar.

–No quiero volver a oír hablar del tema -dice.

Me acerco y le doy un beso.

–Gracias -le digo-. Eres la primera persona que me compra algo tan bonito.

–Ha sido un placer. Y ahora, ¿qué te parece si vamos a buscar un par de zapatos? ¿Tienes zapatos?

Asiento con firmeza.

–Si -respondo-. Tengo unos zapatos perfectos para el vestido.

–Así pues, ¿necesitas algo más? – me pregunta-. Ya que estamos aquí, ¿medias, una chaqueta?

–Ed, ya está bien. No necesito nada más.

–¿Tienes planes para el resto del día?

Ya sé adónde quiere ir a parar. Está hablando de esta noche, ¿y sabéis qué? A la mierda. No me importa pasar el resto de mi sábado con él, noche incluida. Vamos, que por mil quinientas libras es lo mínimo que puedo hacer.

Nos dirigimos a la casa de Ed, y esta vez, la segunda, no parece tan fría ni tan inhóspita como hace unos días. Empiezo a sentirme como en casa, incluso me ofrezco a hacer un poco de té, porque Ed tiene que hacer unas llamadas de negocio. Mientras me entretengo en la cocina abriendo cajones para encontrar dónde están las cosas, comienzo a pensar que podría vivir en una casa como ésta. Incluso podría vivir en esta casa.

«¡Oh, Libby, por lo que más quieras! ¡Déjalo ya!» De todas formas, la sensación es muy agradable, muy de parejita. Increíble, si tengo en cuenta que apenas lo conozco, pero me siento muy cómoda con él, por extraño que

parezca. No sé si es porque no estoy enamorada de él, y él, sospecho, está loco por mí, no lo sé, pero resulta una sensación muy agradable, de veras. Y desconocida.

Ed baja a la cocina cuando ha terminado de hacer las llamadas, me rodea con sus brazos y ahora tengo que besarlo, no hay escapatoria, y aunque no se pueda decir que sea extraordinario, lo cierto es que me parece algo mejor que la última vez. Estoy segura de que resulta mejor que la última vez. Quizá el secreto sea acostumbrarse. Tal vez con el tiempo cada vez sea mejor.

—Humm -dice Ed mientras oculta su cara en mi cuello-. Eres deliciosa, te comería entera.

—Hablando de comer -digo en plan ocurrente-. ¿Tienes galletas?

Ed baja los ojos.

—¿Pastelillos? — pregunto con esperanza-. ¿Algo?

—Vaya. Lo siento, cariño, pero no tengo nada de nada.

—¿Biscotes?

—Nada. Espera un momento, vuelvo en un santiamén.

¿En un santiamén? ¿En un santiamén? ¿Quién diablos dice «en un santiamén»? Antes de tener la oportunidad de detenerlo, porque la verdad es que no estoy hambrienta, mi comentario era tan sólo para despistar, Ed coge las llaves y desaparece por la puerta.

¿Y ahora qué hago? En circunstancias normales haría lo mismo que cualquier chica cuando estuviera sola en la casa de su nuevo novio, es decir, me pondría a curiosear. Revolvería papeles en busca de pruebas de antiguas novias, abriendo cajones, buscando en maletines, pero algo me dice que Ed es tan sincero que no tiene nada que ocultar y yo me sentiría aliviada por

una parte y decepcionada por otra por no encontrar nada. Así que descuelgo el teléfono y llamo a Jules, pero bajo la voz por si Ed regresa, no me gustaría que pensase que soy tan maleducada que uso su teléfono sin pedirle permiso.

—Jules, soy yo.

—Hola, bonita ¿Ya estás en casa? ¿Y? ¿Qué me cuentas? ¿Qué me cuentas?

—No, no estoy en casa. Estoy en su casa.

—Oh ¿Está ahí?

—No, ha salido un momento para comprar algo de comer.

—¿Y?

—Jules. No. Te. Lo. Vas. A. Creer.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Creer qué?

—Se ha gastado... -Me detengo para aumentar la tensión dramática del momento.

—¿Qué? ¿Qué? — Jules está prácticamente gritando.

—Mil. Quinientas. Libras.

—¡Aaaaaaargh! — chilla Jules y deja caer el teléfono. Entonces oigo que ejecuta su danza de guerra india al otro lado de la línea telefónica. Regresa al aparato mientras yo me parto de risa-. ¡Sííí! — chilla-. ¡Sííí!

—Me ha comprado el vestido más increíble que has visto en tu vida, y es de Donna Karan, y me encanta, y no puedo creer que se haya gastado tanto dinero en mí y nunca has visto un vestido como éste y ¿puedes creer que fuese tan caro? y ¿puedes creer que se haya gastado tanto dinero en mí? —

Me detengo para recobrar el aliento.

—¡Joder! — dice Jules-. ¿Donna Karan? Joder.

—Ya lo sé, ya lo sé. Es increíble.

—¿Y lo has besado para agradecérselo?

—Pues la verdad es que sí, lo he besado.

—¿Y?

—No ha estado tan mal.

—¡Oh Dios mío! ¡Ya está! Te vas a enamorar locamente de él y os casaréis, y nosotros seremos los amigos pobres con los que no os podrán ver juntos.

Ya sé lo que debería decirle, que está siendo ridícula, que, por supuesto, no me voy a casar con él, que acabo de conocerlo, por el amor de Dios, pero en lugar de eso le digo que ni ellos son pobres y que, desde luego, pueden vernos juntos.

—¿Me prometes que no te olvidarás de mí cuando vivas en Hannover Terrace con tu criada y tu mayordomo y todo eso?

—¡Jules! — la reprendo con una carcajada y con voz educada le digo-: No seas tonta.

—¿Y qué te va a traer Ed para comer?

—Galletas, supongo.

—Ya veo. Yo me acabo de zampar cuatro Hobnobs de chocolate.

—¿Solos o con leche?

—Con leche, pero no creo que vaya a pasar nada, porque sólo he almorzado una ensalada pequeña, de modo que el chocolate compensa.

—¿Ya se han arreglado las cosas entre Jamie y tú?

Suspira.

—No lo sé. Estos últimos días ha estado mejor, pero yo sigo pensando que algo no funciona. Quizá tuvieses razón. Quizá me estaba imaginando cosas. En cualquier caso, me ha traído unas flores preciosas, de modo que ya veremos.

—¡Te lo dije! — Me echo a reír-. Jamie nunca te haría daño. — Y antes de que pueda seguir hablando, oigo que la puerta principal se abre y susurro a toda prisa «adiós» a Jules y cuelgo el teléfono tan silenciosamente como puedo.

Ed entra con una caja de cartón en una mano, una de esas cajas que te dan en las pastelerías caras para poner los pasteles y los dulces. En la otra mano lleva una bolsa de plástico.

—¿Ed? ¿Qué has estado haciendo?

—No sabía lo que te gustaba, así que te he comprado la tira de cosas que he pensado que te gustarían.

—¡Dame esa caja! — Agarro la caja sin ningún miramiento, rompo la tira y descubro pastelillos rellenos de chocolate, animales hechos con mazapán, tartitas de fresa y dulces de vainilla que rebosan nata-. ¡Ed, has comprado comida para un regimiento!

Pero ya me estoy relamiendo los labios mientras lo digo y cuando levanto la vista Ed se ve muy satisfecho, porque se da cuenta de lo emocionada que estoy ante la perspectiva de tomar una sobredosis de dulce.

—También he comprado esto -dice y me ofrece la bolsa, en el interior de la cual hay paquetes de galletas de chocolate, galletas de mantequilla y esos

numeritos de chocolate y harina de avena que son para darte un capricho y que solamente se encuentran en supermercados caros.

—¡Ed! — Me echo a reír-. No puedo creer que hayas comprado tantas cosas.

—¿Te gusta la nata? — pregunta con un amago de preocupación en la voz.

—¿Gustarme? Me encanta. Dios, creo que contigo voy a engordar.

—Me da igual -contesta mientras deja la bolsa en el suelo y me coge por la cintura-. Seguiría pensando que eres perfecta.

¿No os parece que este hombre está demasiado bien para dejarlo escapar?

Ed no se come los pastelillos de nata ni toca las galletas. Sin embargo, yo no reparo en el detalle hasta que como tanto que me encuentro fatal, y cuando le pregunto por qué no come me responde que no tiene hambre, y es en ese preciso momento cuando me doy cuenta de que este hombre haría lo que fuese por mí y entonces entiendo cuan poderosa es semejante sensación. Espero no mandarlo todo al cuerno, a veces puedo ser muy burra, por pasarme con él para ver exactamente hasta dónde aguanta.

Es una velada muy agradable. Para seros sincera, con gusto me quedaría con él, pero aún estamos en ese punto en el que empezamos a conocernos, y todavía no estamos preparados para pasar la noche en su casa, entre arrumacos como si ya fuésemos una pareja. Yo soy de las que creen que a esa situación sólo se llega cuando ya se ha pasado por la cama y, aunque empiece a pensar que Ed es un encanto, todavía no estoy preparada para acostarme con él. Todavía no.

De modo que en lugar de acurrucarnos en el sofá y ver una cinta de vídeo cogemos el coche y ponemos la directa hacia el cine que hay en Baker Street. Ed insiste en comprarme una bolsa enorme de palomitas, aunque la sola idea de comer algo después del atracón de dulces que me he dado me pone enferma. Pero es todo un detalle.

Y lo más extraño es que Ed está tan empeñado en complacerme, en asegurarse de que cuando estamos juntos me sienta bien a su lado, en cuidarme como ningún hombre lo ha hecho jamás, que empiezo a pensar que a lo mejor podría ser el hombre de mi vida.



diecinueve

A finales de esa misma semana pasa una cosa aún más extraña. Ed me llama al trabajo y antes de que me dé cuenta he quedado con él para encontrarnos en la City y tomar una copa rápida al salir del trabajo.

Cojo el metro hacia Moorgate, intentando seguir las instrucciones que me ha dado por teléfono, porque más o menos conozco el West London, pero cuando se trata de la City, para mí es como si fuese España.

La gente se arremolina, como si supiesen hacia dónde se dirigen, todos uniformados con trajes oscuros y paraguas, y yo me siento como una extraterrestre, porque hasta las calles son muy distintas de las de Kilburn o Ladbroke Grove, por no hablar del runrún que se percibe en el ambiente y el olor a dinero.

Al fin encuentro la oficina de Ed, entro y llego a una elegante recepción con los omnipresentes sofás negros de piel y jarrones enormes de cristal llenos de lirios colocados sobre una gran mesa de madera de haya.

—¿Puedo ayudarla en algo? — me pregunta la chica de recepción.

—Vengo a ver a Ed McMahon.

—¿Su nombre?

—Oh, disculpe. Libby.

La chica sonríe, descuelga el teléfono y a los pocos segundos me indica cómo llegar al despacho de Ed.

Cruzo los pasillos, paso al lado de salas de reuniones llenas de gente que parecen estar muy concentradas y, finalmente, entro en un espacio descomunal sin paredes y con mesas y gente por todos lados. El ruido es casi ensordecedor y todo el mundo parece estar pegado al teléfono, lo que recuerda un poco la oficina de Joe Cooper, sólo que aquí todo es mucho más grande.

Me quedo clavada allí por espacio de unos segundos sin saber adónde dirigirme y entonces una chica me ve, me dedica una sonrisa y me dice:

—Pareces perdida.

—Lo estoy -digo mientras le devuelvo la sonrisa-. Busco a Ed McMahon.

Con un dedo me señala el otro extremo de la planta, en dirección a tres despachos con las puertas cerradas y yo llamo a la que tiene escrito el nombre de Ed y espero un momento hasta que él la abre.

Está al teléfono. Va sin chaqueta, lleva la camisa arremangada y es obvio que está discutiendo con alguien. No sonríe, se limita a hacerme un gesto para que entre, me señala una silla y todo eso sin dejar de hablar por teléfono.

Me siento, lo observo y de pronto me doy cuenta de la autoridad que debe de tener. Nunca hasta entonces había pensado en Ed como un hombre poderoso, pero escuchando su voz ahora entiendo por qué ha llegado tan lejos y por qué se ha ganado, al menos entre sus colaboradores, cierto respeto.

Porque todos son respetuosos. Mientras estoy sentada, Ed cuelga el

teléfono, me da un beso; luego, se acerca a la puerta y grita a alguien que entre en su despacho.

Un hombre de mediana edad, vestido con elegancia, entra y al momento se ve que Ed lo intimida. Ed le da instrucciones acerca de un negocio que tiene entre manos, un negocio que, por obra de esa última llamada de teléfono, ahora parece que va a traer problemas, y el hombre, Peter, murmura que se pondrá a trabajar en él de inmediato.

No puedo evitarlo. Estoy impresionada. Para seros franca, estoy muy impresionada y en ese preciso momento decido que quizá mi historia con Ed no es un error tan grande.

El teléfono suena cuando entro en casa, pero durante un rato no tengo ni idea de quién llama, porque lo único que oigo son sollozos.

—¿Diga? ¿Diga? ¿Quién es?

—Soy yo. — Y entre los hipidos y los sollozos reconozco la voz de Jules y mi rostro palidece mientras me siento despacio.

—¿Jules? ¿Qué pasa?

—Me... -No puede hablar.

—Ahora mismo voy -digo, cuelgo de golpe, agarro las llaves y salgo.

Jules tiene muy mal aspecto. Sus ojos están tan hinchados que casi han desaparecido y lo poco que se ve de ellos está enrojecido. Entro, la abrazo, ella apoya la cabeza en mi hombro y se derrumba en un nuevo torrente de lágrimas.

Al final las lágrimas se disipan en un ataque de hipo y, cogiéndola por los hombros, la llevo a la cocina. Me siento en el sofá con un brazo a su alrededor. No digo nada, espero a que ella pueda hablar.

—No sé qué hacer -dice al fin. Su dolor casi me parte el corazón-. No sé qué hacer.

—¿Qué ha pasado? — Tono de voz suave, en un intento de calmarla.

—Se ha ido -responde mientras vuelve a deshacerse en lágrimas-. No sé qué hacer.

Una hora más tarde, al cabo de innumerables lágrimas, ya tengo todos los detalles de la historia. Me pongo enferma. Enferma, asustada y cabreada. Siempre había pensado que Jules y Jamie eran la pareja perfecta. Tenían el matrimonio al que yo aspiraba, la vida que yo siempre había deseado. Habían hecho realidad mi sueño y ahora ese sueño yacía hecho jirones a nuestros pies.

Por lo visto Jamie llegó a casa anoche y dijo que tenían que hablar. Jules se sentó con el corazón latiéndole desbocado porque le dijo que tenía que confesarle algo que en un principio no quería contarle, pero que tenía que saber. Le dijo que la amaba, que nunca haría nada que pudiese hacerle daño y que no sabía qué le había ocurrido.

Jamie le contó que había tenido una aventura con Laura, una abogada que había conocido, pero que él no tenía ninguna intención de que esa historia se convirtiese en una aventura; tan sólo se habían acostado tres veces y él se había sentido tan culpable que había cortado con ella.

Jamie le dijo que le contaba todo eso porque su aventura ya era historia y porque si aquella infidelidad le había servido de algo era para darse cuenta de lo importante que Jules era para él. Él ya no podía seguir así, no podía seguir arrastrando el sentimiento de culpa, y confiaba en que ella lo perdonase y que no volvería a suceder.

Y Jules, al parecer, se quedó sin habla, demasiado alterada para abrir la boca. Se sentía como si Jamie hubiese llegado a casa y, literalmente, le hubiese dado una patada en el estómago.

Después de la sorpresa vino el enfado, y al llegar a ese punto Jules corrió a su habitación, abrió las puertas del armario y empezó a tirar la ropa de Jamie al suelo mientras le gritaba que se fuese.

Jamie se puso a llorar e intentó rodearla con sus brazos para decirle que la amaba, que no podía vivir sin ella, pero Jules no dejó de gritar que se fuese y se pasó toda la noche dando vueltas por el piso. El enfado había dado paso a la desolación, y ésta es la razón por la que ahora no sabe qué hacer.

—Lo odio -murmura entre sollozos cuando termina de contármelo todo-. Lo odio con todas mis fuerzas.

Me siento impotente mientras pruebo a consolarla, a aliviar su dolor.

—Jules -digo cuando el llanto vuelve a apoderarse de ella-. ¿Estás segura de que lo vuestro se ha acabado? ¿No crees que deberíais hablar, daros tiempo?

Silencio y luego:

—No lo sé. No sé qué hacer.

—Dijo que su historia con Laura se había acabado.

A Jules se le escapa una mueca de dolor cuando me oye pronunciar ese nombre, pero yo, no obstante, prosigo:

—Y además te quiere. ¿De veras crees que vale la pena que tu matrimonio se vaya al garete por culpa de un error?

—¡Joder con el error! — dice-. No sé si podré perdonarlo, si podré volver a confiar en él.

Yo me quedo sin hacer nada, mientras ella suelta la rabia, el dolor y pienso que si ese matrimonio se ha acabado, ya no puedo creer en el sueño de la pareja ideal.

—¡Oll! ¿Qué haces aquí? — Arrojo mis brazos al cuello de Olly, mi hermano me levanta del suelo y me da unas vueltas en volandas.

—Lo siento, hermanita. — Se echa a reír-. Parece que últimamente tengo la horrible costumbre de sorprenderte.

—No es horrible -digo-. ¡Me encanta!

Y eso es justamente lo que necesito para animarme, porque estoy tan hecha polvo como Jules. Ya sé que suena estúpido decir que a mí me duele tanto como a ella, pero ver lo destrozada que está es horrible. Además, hago todo lo que puedo para estar junto a ella, para cuidar de ella y no es que me queje, pero es agotador.

Mi madre está de pie en la sala de estar y nos observa, a Olly y a mí. Su rostro brilla con una sonrisa porque su querido hijo ha vuelto a casa para pasar el fin de semana.

—¿Cuántos días te quedas?

—Solamente el fin de semana, pero pronto volveré durante un par de semanas, porque rodaremos mucho material aquí cuando nos traslademos.

—Te vas a quedar, ¿verdad Olly? — dice mi madre con orgullo-. Tenerte aquí con nosotros será como en los viejos tiempos.

—Sólo si prometes deshacerte en atenciones y malcriarme -contesta Olly con una sonrisa descarada.

—Oye, listillo -replica mi madre sonriendo mientras le pega un golpe seco en las piernas con un trapo de cocina.

—Solamente hace cinco minutos que he llegado -me dice- y mamá ya ha intentado cebarme. Creo que piensa que no he comido desde la última vez

que salí de esta casa.

—No es que piense que no comas -se defiende la mujer-. Lo que me preocupa es lo que comes.

Olly y yo nos miramos y ambos nos reprimimos una sonrisa, porque es imposible que mamá lo diga con un doble sentido. Nuestras mentes enfermas han pensado en la misma grosería.

—Toda esa comida basura, Olly... Necesitas comer un poco a la vieja usanza.

—Hummmmm -dice Olly mientras se frota la barriga-. ¿Eso significa que...?
— La mira esperanzado.

—Esta noche hay rosbif y budín de Yorkshire. Tu plato preferido.

—¡Gracias, mamá! ¿Qué hay de postre?

—¿A ti qué te parece?

—¿Manjar blanco?

La mujer asiente, le dedica una sonrisa de satisfacción, o al menos eso es lo que a mí me parece. Olly pega un salto y le da un abrazo.

—Mamá, ¿alguna vez te he dicho que eres la mejor?

—Oh, Olly, estoy tan contenta de verte...

Y yo los observo y me pregunto cómo demonios lo hace, cómo es posible que nunca meta la pata, cómo consigue tomarle el pelo y que a ella le encante. Olly nunca la hace enfadar, nunca la contraría y una parte de mí, supongo, se siente un poco celosa. No es que desee tener una relación como ésa con ella, por Dios, no, pero a veces me gustaría tener una madre con quien pudiese tener una relación así.

Como Jo, por ejemplo, nuestra recepcionista. Sé que ella y su madre se llevan de maravilla. Su madre es una amiga que, por casualidad, la trajo al mundo. Van juntas de compras, a cenar y cuando Jo tiene un problema, la primera persona a quien acude para pedir ayuda es su madre.

Y yo he visto a la madre de Jo. Alta, *soignée*, elegante, tan afectuosa y tan simpática que todo el mundo se enamora de ella. Recuerdo la primera vez que vino a la oficina para recoger a Jo porque iban a comer juntas. Todos los hombres se llenaron la boca con lo guapa que era y todas las mujeres suspiramos y dijimos que nos gustaría tener una madre como aquélla. Sobre todo yo.

Si mi madre viniese a la oficina me daría un ataque. Lo digo en serio. Desearía que la tierra se abriese bajo mis pies y me tragase. Me haría pasar mucha vergüenza. El ama de casa de barrio residencial que no sabría qué decir a mis compañeros de trabajo ni, menos aún, cómo decírselo.

Suspiro mientras ella entra en la cocina para preparar un poco de té y me acomodo en el sofá con Olly.

—¿Cómo está Carolyn?

—Bien -responde.

—¿Vuestra historia marcha bien?

—Sí, ya lo sé. Resulta sorprendente. Va viento en popa.

—¿Cuál es su secreto?

—No lo sé, de veras... -Como si un hombre se tomase la molestia de analizarlo, pero entonces Olly me sorprende-: Me parece que el secreto está en que no me exige nada. Por lo general, al cabo de pocas semanas las mujeres empiezan a esperar cosas de ti. Quieren verte más y más a menudo, y se cabrean si has quedado con tus amigos y cosas así. Sin embargo,

Carolyn lo toma con mucha calma. Está contenta de vivir su vida, lo que resulta muy cómodo y relajado, no espera que nos veamos todo el tiempo.

—Y entonces, ¿cada cuánto la ves?

—Bueno, en realidad -se echa a reír-, la veo muy a menudo, pero porque es una chica con quien es fácil estar, y cuando no estoy con ella, Carolyn sale con sus amigos.

—Eso es genial -digo y me pregunto si yo podría ser como Carolyn, si podría tomar las cosas con calma, sin tener que apoyarme tanto en mi hombre, pero entonces pienso que así es como debo de comportarme con Ed. No me preocupa demasiado dónde está cuando no estamos juntos, de modo que quizá ya me haya convertido en una Carolyn-. ¿Y te gusta?

—Me gusta mucho. ¿Y tú qué, Libby? ¿Hay algún hombre nuevo en tu vida? ¿Alguien interesante?

—Pues la verdad es que sí. ¿Te acuerdas que te comenté algo acerca de un tío con el que salí a cenar?

—Sí.

—Pues aún nos vemos y la verdad es que es muy majo.

—Cuéntame más.

—Se llama Ed, tiene treinta y nueve años...

—¿Treinta y nueve? ¿No es un poco mayor para ti?

—No, me gustan los hombres mayores que yo.

A decir verdad nunca hasta ahora me han gustado los hombres mayores que yo, pero eso de que te gusten los hombres mayores es muy sofisticado, y si alguna vez consigo llevar el estilo de vida que deseo tendré que buscar a

alguien mayor que yo, porque nadie de mi edad tendría suficiente dinero.

—Qué más...

—Es inversor.

Olly suelta un silbido.

—Joder. Debe de estar forrado.

—Así es -digo y sonrío contenta-, pero lo más importante de todo es que es de lo más encantador, me trata como a una reina.

—¿Y te gusta?

—S... sí -respondo-. Me gusta. Lo que pasa es que no estoy muy segura de hasta qué punto me hace gracia, aunque creo que voy por buen camino.

Mierda. Mi madre ha oído lo último que he dicho.

—¿No sabes si te hace gracia? ¿Hacerte gracia? Es la cosa más ridícula que he oído en toda mi vida, Libby. ¿Desde cuándo tiene que hacerte gracia alguien? No se trata de que alguien te haga gracia, la cuestión es que te guste y que te lleves bien con él. Además, lo de que un hombre te haga gracia tampoco dura tanto. ¿Crees que en mi época nos casábamos con alguien si nos hacía gracia? ¿Crees que tu padre me hacía gracia?

Olly y yo hacemos una mueca. No es una idea a la que me apetezca darle muchas vueltas.

—Es Ed McMahon, Olly -dice mi madre-. Es muy rico y un encanto de hombre, y lo que preocupa a Libby es si le hace o no gracia. Sinceramente, hija, a veces no sé qué hacer contigo.

—¿Y cómo sabes que es majo? — la provoco-. No lo conoces y por lo que tú sabes podría ser un capullo integral. — «Como Jamie», pienso para mis

adentro y, por mucho que odie admitirlo, creo que quizá mi madre tenga razón, porque a Jules, Jamie le hacía gracia y pensó que su historia tendría un final feliz. A lo mejor no se trata de que alguien te haga o no gracia.

—No me gusta que en mi casa uses ese tipo de lenguaje, Libby... He oído decir que es un encanto.

—Oh, claro, por supuesto; olvidaba que te mueves en sus mismos círculos sociales.

Mi madre carraspea y regresa a la cocina.

—¿De qué va todo esto? — Olly pone cara de desconcertado.

—Ya la conoces. Ha decidido que, no importa lo que ocurra, voy a casarme con Ed porque es rico y porque ella puede presumir de él delante de todas sus amigas.

—Vaya, vaya -comenta mi hermano-. Parece que estás en un aprieto.
¿Cuándo voy a conocer a ese Ed?

Mi madre vuelve a hacer acto de presencia y, según parece, ya ha olvidado mi último comentario sarcástico.

—Ooh, a mí también me gustaría conocerlo -dice y los ojos le brillan sólo de pensarlo; el comentario sarcástico está perdonado.

—Me parece que todavía es pronto para presentároslo -digo, enferma sólo de pensar en semejante encuentro.

—A mí no me lo parece -replica mi madre-. Si de veras es tan majo como dices, estará encantado de conocernos.

Sé cómo funciona su cabeza. Quiere conocerlo para soltar algún comentario durante uno de sus horribles desayunos con las amigas. Como si la viese.

«Anoche pasamos una velada muy agradable con el nuevo novio de Libby. Ed McMahon. Sí, ese Ed McMahon. Oh, bueno, es evidente que adora a Libby -baja la voz y añade-. Creo que pronto empezaremos a hacer planes...»

—Me parece que no, mamá -digo-. Olly, tengo que irme -Ni la sorpresa de que haya venido mi hermano consigue que me quede ni un minuto más de lo estrictamente necesario-. ¿Por qué no te vienes y tomamos una copa?

—Olly se queda -dice mi madre con firmeza-. ¿Y adónde vas tú que sea tan importante?

—A casa de Ed -miento, es lo único que le parecerá bien.

—Qué bonito -dice con voz cantarina-. Pregúntale si le apetecería venir a cenar.

—Sí, seguro -murmuro, y le doy un beso de despedida.

Cuando llego a casa veo que Ed me ha dejado un mensaje largo e incoherente. Le devuelvo la llamada y está tan contento de oírme que resulta de lo más dulce. Me pregunta cómo me ha ido el día, yo le cuento que acabo de llegar de casa de mis padres y entonces Ed me dice que le encantaría conocerlos.

—¿Bromeas?

—Por supuesto que no. ¿Por qué bromearía sobre algo así?

—Vaya. Qué extraño, mi madre ha dicho lo mismo.

—Lo ves ¿Por qué no quedamos todos para cenar esta semana?

—Ed -digo lentamente, sin saber muy bien cómo seguir-. Esperemos a después del baile, ¿de acuerdo?

—Vale, vale, pero me gustaría conocerlos.

—Ejem, ¿no crees que quizá es algo pronto? Tampoco hace tanto tiempo que salimos.

—Libby -dice con calma-. Cuando las cosas van bien, van bien.

Y entonces me despidió absolutamente desconcertada.

¿Qué significa que «cuando las cosas van bien, van bien»? ¿De qué habla? ¿Me estaba diciendo que me quiere? ¿Me estaba diciendo que soy la mujer de su vida? ¿Siento lo mismo por él?

En circunstancias normales lo comentaría con Jules, pero cuando nos llamamos sólo hablamos de Jamie y de lo que ella piensa hacer; pero tengo que saber si está bien, de modo que aparco mi vida privada por un momento y la llamo. Salta el contestador, empiezo a hablar y Jules descuelga.

—¿Cómo estás? — me atrevo a preguntarle, sorprendida y aliviada cuando oigo que su voz suena casi, casi como cuando la vida le sonrío.

—Genial te aseguro que no -responde-, pero mejor que antes.

—¿Has hablado con él?

—He dejado el contestador encendido y ha estado dejando mensajes suplicantes. Por ahora no puedo ni pensar en hablar con él, aún tengo muchas cosas que reflexionar.

—¿Así que crees que le darás una segunda oportunidad?

—No lo sé. No puedo creer que me haya hecho algo así, no puedo creer el daño que me ha hecho, pero la otra noche tenías razón. Tengo que pensar en mi matrimonio, tengo que pensar en si vale la pena mandarlo todo al carajo y empezar de nuevo.

—Jules, ¿aún lo quieres?

—Pues claro que aún lo quiero. Ése es el problema.

Como sigo siendo una egoísta, aún necesito hablar con alguien acerca de mi vida, de modo que llamo a Sal. Ya sé que he descuidado nuestra amistad y que últimamente no he hecho ningún esfuerzo para saber de ella, pero eso es lo que suele suceder cuando los hombres se meten por medio. De pronto te das cuenta de que han pasado unas semanas, a veces incluso hasta meses, durante los cuales querías hablar con tus amigos, pero estabas demasiado ocupada intentando construir una relación.

—¡Libby! — exclama-. ¡Menuda sorpresa!

—Hola, Sal, ¿cómo te va?

—No hablemos de mí, ¿y tú?

—No me quejo.

—¿Así que ya estás bien?

—Ejem -Me he perdido-. ¿A qué te refieres?

—Bueno, Nick y toda esa historia.

—Por Dios, si incluso he conocido a otra persona, bueno más o menos.

—¡No me digas! ¡Eso es fantástico! ¡Cuéntamelo todo!

Y empiezo a hablar, aunque le cuento la versión reducida y entonces llego a la parte en la que Ed dice que «Cuando las cosas van bien, van bien», y oigo que Sal resopla.

—¡Jesús! — dice tras un breve momento de silencio.

—Ya lo sé ¿Qué crees que significa?

—¡Me parece que está enamorado de ti! ¡Libby, es tan emocionante! ¡Ed McMahon está enamorado de ti!

—Bueno, él no ha dicho eso.

—Aún.

—Sí, aún, y además, a lo mejor quería decir otra cosa.

—Escucha -dice Sal al final-. Sé que quizá no sea tu rollo y que Nick va a venir, pero supongo que si sales con Ed eso ya no te quitara el sueño. El caso es que esta noche hemos quedado unos cuantos para cenar en el Clifton. No sé como no se me había ocurrido pensar en ti, pero ¿te apetece venir?

De pronto se me ocurre una idea.

—Sal, mi hermano Olly está en Londres este fin de semana. Si aún no se ha ido, ¿puedo llevarlo conmigo?

—Por supuesto.

—Y no te preocupes por Nick. Será estupendo volver a verlo.

Pero en cuanto cuelgo ya no estoy tan convencida. Para empezar no soy el tipo de mujer que va a pubs, aunque admito que haría una excepción si se trata del Clifton, porque es uno de los pocos pubs de estilo rústico que hay en Saint John's Wood, por no decir en todo Londres. Y tampoco estoy muy convencida de que quiera ver a Nick.

Estuvo muy bien hablar con él por teléfono el otro día, pero verlo ya es otro cantar y no sé cómo me sentiré cuando lo vea. De hecho, si tengo que seros

sincera no sé si quiero saberlo, ya sabéis a qué me refiero.

Porque mientras no lo vea puedo fingir que no pasa nada, puedo conformarme con Ed, porque no tengo que enfrentarme a lo que ya nunca más volveré a tener. Sé que mirar a Nick a los ojos una sola vez hará que vuelva a sentir todo aquel dolor y no estoy segura de poder aguantarlo.

Sin embargo, tarde o temprano tendré que enfrentarme a eso y ¿quién sabe? Quizá me lleve una agradable sorpresa y descubra que ya no siento casi nada por él.

Y los cerdos vuelan.

¡Que diablos! No tengo nada mejor que hacer. Llamo a Olly y, en efecto, aún sigue en Londres y, sí, mamá empieza a sacarlo de quicio y, sí, le encantaría salir conmigo esta noche para tomar una copa.

Le doy los detalles, quedo con él directamente en el Clifton y cuando cuelgo miro la pinta que tengo con vaqueros y con un jersey que está hecho una pena, y decido que, como corresponde a una mujer que acaba de estrenar una nueva posición social, me arreglaré. Me presentaré arreglada pero informal, y a Nick se le caerá la baba.

Sí, sí, sí, ya lo sé. La misma historia de siempre. Nick dijo que ya no me quería, pero si voy despampanante quizá cambie de opinión y aunque ahora estoy con Ed quiero demostrar a Nick lo que se pierde, lo que podría haber tenido y que ahora tiene otro.

O no, pero Nick no tiene por que saberlo.

La pregunta es ¿qué me pongo? ¿Que me pongo? Revuelvo entre mi ropa y al final saco unos pantalones azul marino de pernera ancha que combino con zapatos J P. Todo del mismo color y un jersey delgado de cachemira color crema.

Uy, lo siento, me olvidé deciros que hace poco salí de compras. Es cosa de

Ed. No puedo ir con él a los restaurantes mas elegantes de Londres con mi viejo vestuario, así que me lée la manta a la cabeza, me olvidé de mi saldo al descubierto y me fui a comprar a Joseph a lo grande. (Y no, no pude enfrentarme a esa dependienta de la tienda de Saint John's Wood y me fui hasta Brompton Cross. Mucho mas agradable. Allí me trataron como a un ser humano.)

Y, bueno, quizá no debería admitirlo, pero cuando volvía de Joseph pasé por casualidad por delante de una tienda de Emporio Armani, bueno, no, quizá no fue tan por casualidad, mas bien me desvié un poco, pero eso es aparte, entré para echar un vistazo y salí con muchos paquetes. Muchísimos. Un dineral.

Al principio me sentí un poco mal, pero soy la novia de Ed McMahon. Bueno, casi, y tengo que estar a la altura de mi nuevo papel. Además, cuando se lo conté a Jo se quedó con la boca abierta al saber cuánto me había gastado, me justifiqué (y eso que Jo se gasta el dinero con una facilidad pasmosa así que imaginaos lo que tuve que gastarme para que se quedara estupefacta) diciéndole que sólo es dinero. Me refiero a que, por el amor de Dios, que solamente estamos en este mundo noventa años, eso con suerte, de modo que nada importa demasiado y el dinero aún menos.

Sí. Este conjunto es el adecuado. A Nick le va a dar un ataque.

Entro en el pub y tengo una vaga sensación de *déjà vu*, porque sentados a una mesa en un extremo del bar están Sal y Paul, la guapa de Kathy con un nuevo hombre tan guapo como ella a su lado que responde al nombre de Jared, y Nick.

Y cuando veo a Nick el corazón empieza a latirme un poco más deprisa porque, y ya sé que tampoco hace tanto, me había olvidado de lo azules que son sus ojos y de esa sonrisa suya tan desarmante.

Se levanta, me da un buen abrazo y entonces me doy cuenta de la sensación tan increíblemente dulce y dolorosa al mismo tiempo de abrazar ese cuerpo

que hasta hace tan poco conocía tan bien y no puedo evitarlo, esa vieja sensación empieza a removerse de nuevo en mi interior y no quiero soltarme. No. Nunca más.

¡No! ¡Libby, basta! Nick no es para ti. No tiene dinero. Acuérdate de Alce. Acuérdate del estudio donde vive. Lo recuerdo y mi corazón reduce la marcha. La reduce más cuando me pongo a pensar en el Porsche y en la casa de Hannover Terrace.

Nick se echa hacia atrás, me mira y me dedica un silbido de lobo y una sonrisa de lo más descarada.

—Diablos -dice-. Si no lo supiese diría que estaba tomando una copa con Tara Palmer-Tomkinson.

—¡No digas eso! — Le doy una bofetada sin fuerza-. ¡No me parezco en nada!

—Esta noche sí. Se te ve tan sofisticada y tan sexy. Guapíssima.

—¿Te gusta mi nueva imagen?

—Bueno. Seguro que me acostumbraría.

Casi me da un ataque de risa cuando pienso en que con Nick sólo llevaba vaqueros y zapatillas deportivas, porque creía que eso era lo que él quería. Casi, pero no del todo porque todavía no he olvidado que Jules me dijo que era «una novia camaleónica» y no quiero ni pensar que pudiese volver a caer en ese comportamiento.

—Hola, siento llegar tarde -Olly entra en el pub, le doy un beso y lo presento a los de la mesa. Veo que los ojos de Kathy se iluminan cuando le estrecha la mano y, bendito sea, Olly apenas se da cuenta de la presencia de la chica. En ese momento veo que su historia con Carolyn debe de ir en serio porque, hasta que la conoció, Kathy habría sido su tipo.

—¡Nick! ¡Qué bien que nos volvamos a ver! — Nick se pone en pie y se dan un fuerte apretón de manos como los que se dan los tíos cuando se caen bien, y por un instante fugaz me pregunto si Olly mantendría ese tipo de relación con Ed.

Vaya, ¿por qué me preocupa eso? Ed es un tipo legal, conmigo es un encanto ¿A quien no le iba a gustar?

—Decía que esta noche Libby esta guapísima -comenta Nick.

—Si, estas muy guapa. Muy elegante -Por primera vez parece que Olly se fija en lo que llevo-. Eso tiene toda la pinta de ser caro ¿Te han aumentado el sueldo?

Nick se ríe entre dientes mientras yo me sonrojo.

—No, es una cortesía de mi línea de crédito.

—¿Qué tomas? — Olly se va a la barra a pedir las bebidas y yo me pongo a hablar con Sal y Paul.

Pero mientras charlo con ellos veo que Nick no me quita ojo, y noto como escondo barriga, pongo la espalda derecha y muevo el pelo de un lado para otro al tiempo que río en lo que espero que resulte una actitud insinuante y sexy.

Entonces la conversación se interrumpe y Nick se acerca a mí.

—Debes de ser muy feliz con ese tipo -dice-. Estas radiante.

—¿De veras?

—Sí. Parece que vayas a explotar de un momento a otro, como una reacción termonuclear.

—¿Debo tomarme eso como un cumplido?

–Es un cumplido.

–De acuerdo. Pues gracias.

–¿Así que esta noche no ha venido la niña glotona? – dice mirándome la barriga.

Yo me echo a reír, y de pronto me siento transportada a aquella noche en mi piso cuando Nick se arrodilló y me frotó la barriga, y un intenso deseo se apodera de mí y mis ojos se encuentran con los de él, que me observan con curiosidad y de repente se me ocurre pensar que eso es exactamente lo que él buscaba.

Quería recordarme lo que había entre nosotros, cómo era, y lo curioso es que no tengo ni idea de por qué lo hace, ya que fue él quien dijo que no me quería, y para mí Nick ya es un capítulo cerrado. O que se está cerrando.

Cambio de tema.

–¿Y cómo va tu libro?

–¡Ya lo he terminado! – contesta y agradece a Olly la cerveza que le acaba de plantar en la mesa-. Voy a mandarlo a varias agencias literarias. Ya lo he intentado con los editores, pero estoy seguro de que no se toman ni la molestia de leer lo que reciben, de modo que voy a intentarlo a través de las agencias.

–Buena suerte -le deseo, y lo digo de corazón-. ¿Qué crees que ocurrirá?

–No lo sé -responde-, pero a menos que me toque la lotería muy pronto tendré que buscar trabajo.

¿Os dais cuenta? Lo ha vuelto a hacer. Acaba de mencionar la lotería y automáticamente me ha hecho recordar la primera noche que estuvimos juntos, cuando hablamos sobre qué haríamos si nos tocara la lotería.

–Bueno, vamos -dice-. Dime todo lo que te has comprado esta última semana.

–¿Cómo?

–Has dicho que has ido de compras. Quiero saber exactamente qué has comprado y dónde.

Me pongo a reír.

–Por Dios, Nick. Había olvidado que eres una chica.

–No es que sea una chica. Lo que pasa es que sé cómo llegar al corazón de una chica.



veinte

–Cariño, tengo que irme.

–Muy bien. Nos vemos dentro de un rato.

Cuelgo el teléfono después de hablar con Ed y llamo a Jules.

–Me siento fatal. – Es lo primero que dice-. Me he olvidado del baile por completo. ¿Estás nerviosa?

–Jules, bonita, no esperaba que te acordases, ya tienes demasiadas cosas en qué pensar.

–No te preocupes, es sólo que se me hace extraño estar sola en este piso tan

grande. Me siento algo perdida, no sé qué hacer.

—Mira, puedo cancelar mi cita de esta noche. ¿Quieres que vaya? Podemos ponernos una mascarilla en la cara y hacer cosas de chicas.

—Es un detalle por tu parte, pero no. Ahora ya soy una chica mayor y puedo arreglármelas sola, además no me gustaría echar a perder tu cita. Me prepararé algo para cenar y me acostaré temprano. Esta situación me está agotando. Es como si hiciese años que no durmiese.

Deseo con todas mis fuerzas que Jules y Jamie vuelvan a estar juntos. Ya sé que Jamie ha hecho algo espantoso, que la ha traicionado, pero también sé, o creo saber, que para los hombres el sexo no significa que haya un compromiso emocional de por medio, que para muchos el sexo no representa más que una simple satisfacción física, y que Jamie, pese a haberla jodido a base de bien, ha admitido que se acabó. Me pregunto si haberla metido tres veces, por decirlo sin rodeos, merece echar por la borda un matrimonio; merece desperdiciar un hombre que acaso no sea perfecto, pero que ama a Jules pese a ser un adúltero y que es, además, un buen marido y será un buen padre.

También quiero que hagan las paces porque quiero que nuestra amistad vuelva a ser como antes, por egoísta que eso parezca Jules siempre ha sido la más fuerte de nosotras dos. Jules es la persona a quien siempre acudo cuando las cosas me van mal y ahora que es ella quien acude a mí, no estoy segura de que yo sea suficientemente fuerte, o lista, para aconsejarla como ella necesita.

Además, echo de menos nuestras risas, aunque odie decirlo y por muy agotada que se la vea, cuanto más hablamos tanto más parece que Jules empieza a ser la de antes. Quizá es que sólo pone buena cara, pero las cosas vuelven a estar casi como estaban antes.

—¿Se lo has preguntado ya? — quiere saber Jules.

—No he podido ¿Cómo puedo preguntarle si vamos a pasar juntos o no esta noche?

Estos últimos días la idea me ha aterrorizado. El baile se celebra en una casa de campo de Midhurst y he llamado al club del automóvil, donde me han informado de que la localidad se encuentra a una hora y media de Londres ¿Significa eso que regresaremos a la ciudad después del baile o bien que nos quedaremos a pasar la noche en la casa? Y si es así, ¿pasaremos la noche en la misma habitación o nos habrán preparado habitaciones separadas? La verdad es que aún no estoy preparada.

—¡Hija, un poco más de decisión! — me suelta Jules-. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Me llevo unas braguitas limpias y el cepillo de dientes, por si acaso, pero no quiero verme metida en una situación en la que tenga que hacerlo con él antes de estar preparada.

—Te refieres a hacer el amoor con él -salta, y le entra la risa tonta.

—¡Oh, vamos, Jules! No hagas bromas.

—Vale, vale. Lo siento. Mira, Libby, dudo mucho que Ed te obligue a hacer nada, es todo un caballero, así que supongo que si vais a pasar la noche en la casa de campo seguro que os han preparado habitaciones separadas.

—¿De verdad lo crees?

—De verdad. De todos modos, ¿te llevas un camisón?

—Ya no he podido comprarme nada más. Jesús, ¿sabes cuánto llevo gastado estos últimos días?

—Sí.

—Me conformo con llevarme una camiseta.

—Espero que te tape el culo. Quizá tengas que levantarte a media noche con la casa completamente a oscuras y dar vueltas por pasillos congelados para encontrar el cuarto de baño.

—¿Crees que no he pensado en eso?

—Te lo vas a pasar en grande. Piensa en tu magnífico vestido.

—Vale, vale, tienes razón. Me lo pasaré en grande. En cualquier caso te llamo mañana ¿Seguro que estarás bien esta noche?

—Seguro -responde-. Poco a poco me voy acostumbrando a disfrutar de mi vida de soltera, y eso me recuerda cuánto envidio la vida que tú llevas.

—Oh, sí, seguro. Te encantaría vivir en la caja de cerillas en la que yo vivo, quitándome los cabrones de encima e intentando dar con el hombre adecuado.

—Para empezar es posible que vuelva a estar soltera. En segundo lugar, mi amor propio acaba de llevarse el mayor palo de su vida y no estoy segura de que vuelva a sentirme como antes, y en tercer lugar, pensaba que había encontrado a un hombre decente. Después de todo parece que tú y yo somos bastante parecidas.

Mierda ¿Por qué he tenido que decir eso? Sin querer he llevado otra vez la conversación hacia Jamie.

—Lo siento -dice Jules después de un momento de silencio-. No quería decir eso. Aún estoy dolida. Mira, será mejor que me vaya. Pásalo bien esta noche y ya me contarás mañana como te ha ido.

—¿Estás segura?

—¿Segura de que lo vas a pasar bien o segura de querer que mañana me lo cuentes? Estoy segura de las dos cosas.

—No, me refiero a si estás segura de que no quieres que sigamos hablando.

—No, Libby. Estoy harta de hablar de Jamie. Necesito un respiro.

—Como quieras. Cuídate.

—¿Que soy? ¿Una invalida?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, ya sé, y no te imaginas lo fácil que resultan las cosas, sabiendo que estas ahí. No podría enfrentarme a esto sin ti, Libby, en serio.

—Ya sabes que te quiero. — Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Sí, ya lo sé y yo también te quiero. Por cierto, dale un beso a Ed de mi parte -dice con un amago de risa que me hace sonreír, porque al menos hemos terminado la conversación de buen rollo.

Cuelgo el teléfono y vuelve a sonar de inmediato ¿Y ahora quién diablos es?

Debería haberlo sabido.

—Sólo te llamo para recordarte que si es una cena de compromiso no te olvides de utilizar los cubiertos de fuera hacia dentro.

¿Qué edad cree mi madre que tengo? ¿Diez años?

—No puedo creer que me llames para decirme eso. — Muevo la cabeza mientras intento reprimir el vehemente deseo que me entra de mandarla al cuerno.

—Sólo intento ayudarte, Libby -dice indignada-. No quiero que me pongas en evidencia.

—¿A ti? ¿A ti? ¿Qué diablos tiene que ver la cena contigo? Tú no estás invitada.

—Ya lo sé, pero sigues siendo la hija de tu madre.

—Por el amor de Dios.

—¿Te llevas una bolsa de agua caliente? Ya sabes que en esas mansiones en medio del campo las noches pueden ser muy frías.

Típico. Hace años si mi madre hubiese tenido la vaga idea de que iba a acostarme con mi novio antes de que al menos hiciese seis meses que saliáramos juntos se habría vuelto loca, y ahora, casi me anima a hacerlo y sólo hace, ¿qué? ¿Dos semanas?

—No, mamá -suspiro fatigosamente-. Estoy segura de que habrá calefacción. Escucha, tengo que dejarte.

—Muy bien, cariño. Pásalo bien y no te olvides de llamarme mañana para contármelo todo.

—Sí, mamá, descuida.

Lo tiene claro.

Gracias a Dios esta vez Ed no ha traído flores y tampoco me dice que estoy preciosa, porque voy vestida de calle. El vestido de Donna Karan cuelga en el interior de una bolsa de viaje, y sé que aunque parezca absurdo a Ed se le nota nervioso, lo que me resulta raro en un hombre tan rico y sofisticado.

—¿Estás nervioso? — me atrevo a preguntarle mientras salimos de Ladbroke Grove.

—Un poco. — Se gira hacia mí y sonríe-. ¿Y tú?

—También un poco, pero no entiendo por qué razón lo estás tú.

Se encoge de hombros.

—Es que quiero que mis amigos te gusten, eso es todo.

Bendito sea Dios. Durante un momento terrible pensé que era al contrario, que estaba preocupado por el hecho de que yo gustase a sus amigos, preocupado por el hecho de que bajo mi vestido de diseño, descubran a la chica de clase media del montón que está justo por debajo de la superficie.

Ya sé que mi madre se ha pasado toda la vida diciéndome que me ha educado para que alcanzase la situación en la que ahora me encuentro, pero la verdad es que no estoy muy segura de hasta qué punto me sentiré cómoda con esa gente y, mujer camaleónica que soy, fuerzo un poco mi mejor acento inglés de clase alta para asegurarme de que voy a encajar a la perfección.

Y por un instante, mientras atravesamos Putney, pienso que estaría mejor si fuese a un pub con Nick, aunque sé que no es del todo cierto.

Lo que realmente me gustaría es un hombre que encajase en ambos mundos, a quien le gustase tanto asistir a un baile de compromiso como ir a la pizzería italiana de turno (no a pubs, eso nunca). Pero si tuviese que elegir no me quedaría más remedio que quedarme con el baile.

¿No os parece?

Vaya, ¿os dais cuenta? Me he pasado toda la vida soñando con encontrar a alguien como Ed y ahora que ya lo he conseguido empiezo a pensar que quizá no sea eso lo que deseo, lo cual es ridículo, porque sé que es lo que siempre he querido y haré que funcione. Como me llamo Libby que lo haré.

Al cabo de un rato, Ed pone algo de música, clásica por supuesto, y viajamos en medio de un silencio muy agradable, una sensación mucho mejor de como me he sentido con los hombres en el pasado, desesperada

por llenar los silencios con cualquier comentario.

Finalmente salimos por la A3 y cogemos una carretera comarcal mientras Ed me habla del baile del año anterior y lo precioso que fue, salvo que entonces no tenía a nadie con quien compartirlo, pero que ahora está muy contento porque me tiene a mí.

Abandonamos la carretera y al fin nos detenemos delante de un par de puertas de hierro altas y negras. Ed habla por el interfono, las puertas se abren y pasamos por un camino muy ancho, magnífico. Estoy tan impresionada y tan nerviosa que apenas puedo hablar.

Ed sale del coche y se apresura a abrirme la puerta, un gesto de lo más estúpido porque puedo salir perfectamente por mi propio pie, pero así es como Ed cree que debe tratarse a una mujer, y mientras tomo su mano y bajo del vehículo con ademanes de verdadera princesa los dos nos damos la vuelta y vemos a una pareja que sale por la enorme y pesada puerta de roble de la entrada.

—¡Ed! — dice la mujer rubia y chiquita que resulta ser Sarah, la mitad de la pareja que forman Sarah y Charlie. Me sorprende que no vaya vestida con ropa de diseño. De hecho, aunque sólo sean las cuatro de la tarde, va hecha un desastre.

—¡Sarah! — Ed le devuelve el saludo, y le da un beso en cada mejilla mientras ella me mira con interés y yo, que no sé qué más hacer, me limito a sonreír algo incómoda.

Le da la mano a Charlie y luego se da la vuelta hacia mí.

—Ésta es...

—Libby -lo interrumpe Sarah mientras se acerca para darme la mano-. Es un placer conocerte. Hemos oído hablar mucho de ti.

—Y que lo diga -exclama Charlie, que también se adelanta para darme un

besote en la mejilla-. Déjame que te ayude con el equipaje.

Oh, oh. Llegó el momento de la distribución de las habitaciones. No sé por qué, pero me decepciona un poco que no haya un mayordomo que nos lleve el equipaje. Me refiero a que si vas a vivir en un sitio tan magnífico como éste, hazlo bien.

Charlie y Ed se quedan rezagados mientras Sarah y yo subimos por una escalera, ejem, bueno la única palabra para describirla es «magnífica», al tiempo que me pregunto qué diablos voy a hacer.

—¿Cuánto hace que conoces a Ed? — me pregunta de repente con una sonrisa efusiva.

—No mucho -me atrevo a responder-. Unas semanas.

—Parece estar coladito por ti. — Me guiña el ojo, se detiene y abre una puerta-. Hemos pensado que esta habitación sería de tu agrado.

Entro con la boca abierta, porque no puedo creer lo preciosa que es. Hay una cama de roble inmensa con cuatro columnas y por un momento estoy tan ensimismada con ese impresionante mueble que no caigo en la cuenta. ¡Mierda! La cama es doble.

—Ed se alojará en la habitación de al lado -susurra mientras los hombres se acercan-. No estábamos seguros de si... -Va bajando la voz al tiempo que yo suelto un suspiro de alivio y sonrío.

—Es perfecta -digo, y me vienen ganas de abrazarla-. Gracias.

Descansa una mano con suavidad en mi brazo y lo aprieta.

—Te entiendo perfectamente -dice-. Debe imponer bastante encontrarse con tantos desconocidos.

—Tú no eres una desconocida -digo sonriendo, y ella se echa a reír.

–Baja cuando estés lista. Tomaremos el té. – Se da la vuelta, se marcha, y Ed entra y me da un abrazo.

–Es un encanto -le digo, apoyada en su hombro.

–Ya lo sé. Sabía que te gustarían.

Y entonces, cómo no, llega la inseguridad.

–¿Crees que les habré gustado?

–Pues claro que les has gustado. – Se ríe a carcajadas-. ¿Cómo no les ibas a gustar?

Por suerte no espera que nos fundamos en un abrazo apasionado, se retira un poco y dice:

–¿Bajamos dentro de un cuarto de hora para tomar el té?

–Claro -respondo asintiendo con la cabeza.

Ed abandona la habitación y cierra la puerta detrás de él.

Salto encima de la cama unas cuantas veces, porque eso es lo que hacen en las películas cuando entran en un dormitorio lujoso y me pregunto qué se supone que debo hacer en los próximos quince minutos. Cuelgo el vestido en el armario, me retoco el maquillaje y aún me quedan diez minutos y en la estancia no hay televisor para matar el tiempo.

Sin embargo, en un lado de la mesita de noche descubro una montaña de revistas femeninas, me pongo a hojearlas y justo cuando estoy a punto de leer un artículo sobre «Cómo saben las mujeres si ha llegado el momento» alguien llama a la puerta con suavidad.

Ed y yo bajamos a tomar el té.

Primero me presentan a un enorme loro azul y amarillo que no deja de graznar en una jaula que hay en un extremo de la sala de estar. *Charles*, «el loro cínico», según me describen, parece tener un piquito de oro cuando se trata de decir insultos, aunque lo único que dice cuando me agacho para chasquearle la lengua es: «Toma una taza de té» y, aliviada, me voy a conocer al resto de la gente que está en la habitación.

Suponía que sus amigos iban a caerme fatal. Sabía que todos me llevaban muchos años y, a juzgar por Sarah y Charlie, que deben de rondar los cuarenta, la mayoría son mucho mayores que yo, pero también es cierto que pensé que serían los típicos señoritingos de campo, que te miran por encima del hombro y se comportan con aires altivos con alguien como yo, pero me equivoqué.

Entramos en la estancia y la sola idea me horroriza, pero cuando Sarah me presenta como «la amiga de Ed», sin ningún énfasis especial en la palabra «amiga», todo el mundo es la mar de amable y nadie va de listillo, ni me intimida como yo había temido.

En realidad, casi me atrevería a decir que todos son muy normales y lo único que me resulta extraño es estar rodeada de personas que podrían ser mis padres y la madurez que demuestro tener a la hora de tratar con ellos.

No quiero ponerme en evidencia empezando a zampar como una muerta de hambre, de modo que me siento en un viejo sofá (y, no es que quiera parecerme a mi madre, pero ¿es que nunca han oído hablar de los atrapa-polvos? Podrían haber pasado el aspirador para quitar del sofá los pelos de perro) y mordisqueo delicadamente un sándwich de pepino. En ésas, sin embargo, llega Julia (la mitad de la pareja formada por Julia y David), se sienta a mi lado y me da conversación.

—Me gusta ver que Ed está con alguien -dice al fin, después de hablar sobre lo de ser relaciones públicas en lugar de ama de casa, su ocupación, y de llegar a la conclusión de que nunca estamos contentas con lo que tenemos, que ella mataría por tener una vida «tan emocionante y glamurosa» y que a

mí el tipo de vida que ella lleva me parece una auténtica bendición del cielo-. Ya estábamos acostumbrados a que Ed apareciese solo en estos bailes que celebramos cada año, pero es tan buen chico que siempre nos hemos preguntado por qué razón no encontraba a una mujer tan encantadora como él -prosigue-, pero ahora parece que ya la ha encontrado.

Me pongo a reír.

—No sabría qué decirte. Todo es muy reciente. Por ahora solamente somos, ejem, amigos.

—Pero por lo que me han dicho, Ed se toma lo vuestro muy en serio.

¿Debería ser tan sincera conmigo? Apenas me conoce. Vuelvo a sonreír.

—Ya veremos -digo misteriosa, porque lo cierto es que no se me ocurre qué más decir.

Reparo en el detalle de que los hombres parecen estar en un lado de la sala, supuestamente hablando de negocios, porque de vez en cuando oigo expresiones del tipo «valor de la propiedad», «ganar una fortuna», «valores de máxima garantía», mientras las mujeres se sientan a mi lado de la habitación, hablando sobre los mejores sitios a los que ir de compras a «la ciudad». Cuando dicen «la ciudad» se refieren a Londres.

—Tienes mucha suerte, Libby -dice Sarah mientras se acerca para sentarse a mi lado-. Libby vive en Londres -les cuenta a las otras-. En cambio nosotras, cada vez que nos apetece comprar algo especial, tenemos que organizar una excursión.

—¿Dónde vives? — me pregunta una mujer joven que me parece que se llama Emily, aunque no estoy muy segura.

—En Ladbroke Grove -respondo mientras pienso cuánto me gustaría haber podido decir en Regent's Park o en Knightsbridge o en Chelsea, al tiempo que pienso que eso no debería importar y que me gustaría no tener la

sensación de que debo impresionar a toda esa gente. Entre mis amigos estoy la mar de orgullosa de vivir en Ladbroke Grove, porque es un barrio moderno, pero aquí, con los amigos de Ed, ya sé que no es gran cosa, por no decir menos que nada.

—Qué ideal -dice Julia-. Eso está al lado de Notting Hill, ¿verdad?, y en Notting Hill hay tantos lugares maravillosos a los que ir... Dime, ¿frecuentas el Sugar Club?

—Sí -respondo mientras mi rostro se ilumina, porque la verdad es que sí que he ido. Una sola vez-. Me paso allí media vida.

—Qué suerte -gorgoritean todas-. Tener todos esos sitios tan maravillosos a un paso de casa.

La conversación deriva en comentarios acerca de los colegios a los que van sus hijos, así es que dejo mi taza de té en la mesa, salgo a la terraza y, sentada en el muro bajo de ladrillos que mira hacia los amplios jardines, me pregunto qué pensaría Nick si me viese ahora.

Cuando una mano me acaricia la espalda me doy la vuelta. Ed se inclina y me estampa un beso en la mejilla. Lo que resulta más dulce de todo, sin embargo, es que lo hace delante de todos sus amigos, pero a él no parece importarle y entonces pienso en todos los hombres que me han sermonado acerca de las muestras de afecto en público, miro a Ed y me pregunto si, en el caso de que se comportase conmigo en plan cabrón, como han hecho todos los otros, tal vez me gustaría más.

Lo que pasa es que aquí, con sus amigos, me siento muy cómoda y tengo la sensación de que cada vez Ed me gusta más por haber intuido que prefería dormir en habitaciones separadas, porque el sexo no es lo único en lo que piensa, por introducirme en este fantástico estilo de vida y por tratarme como a una diosa.

—¿Te apetece que salgamos a dar un paseo? — me pregunta-. Así te enseño los jardines.

Asiento y enlazo mi brazo con el suyo. El rostro de Ed se ilumina al ver mi espontánea muestra de ternura y me acaricia la mano.

—No quiero que cojas frío -dice-. ¿Quieres que entre en la casa y te traiga la chaqueta?

—No te preocupes. — Me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla-. Estoy muy bien.

A las siete en punto todos los invitados desaparecemos en nuestras habitaciones para vestirnos, porque tenemos instrucciones de estar abajo a las ocho y media.

Tanto sufrir por el frío, por los pasillos con corrientes de aire y por la búsqueda de cuartos de baño en mitad de la noche... Y mi habitación es encantadora, está caliente y además dispone de su propio baño, donde Sarah ha dispuesto varios frascos de sales de burbujas que huelen de maravilla y toallas gruesas y suaves.

Me enjabono durante horas, casi hasta que el agua se enfría y río para mis adentros cuando me paro a pensar dónde estoy, con quién estoy, y cuando empiezo a temblar se me cruza por la cabeza la idea de llenar la bañera con un poco más de agua caliente, pero no lo hago porque tal vez entonces no haya suficiente para todos, de modo que salgo con cuidado para no encharcar el suelo. Entro en la habitación y coloco el espejo del tocador para tener suficiente luz y maquillarme a la perfección.

Finalmente, a las ocho y media, justo cuando termino de abrocharme los pendientes de diamantes, que pasarían por buenos si no os fijaseis en ellos detenidamente, llaman a la puerta y Ed aparece vestido de esmoquin.

Durante un rato ninguno de los dos dice nada. Me hago cruces del cambio que un traje de etiqueta puede obrar en un hombre. A Ed se lo ve, bueno, la palabra que se me ocurre es «poderoso». Se lo ve como un auténtico

hombre y en ese momento caigo en la cuenta de que hasta ahora solamente he salido con chicos. Además, hay algo en el hecho de que vea a Ed como un auténtico hombre que me hace sentir muy femenina. Es él quien rompe el silencio.

—Estás preciosa -me susurra-. Absolutamente preciosa. Imponente. Serás la mujer más bonita del baile.

¿Lo veis? Lo ha dicho, ¿no es cierto? Mujer, no chica.

—Tú también estás estupendo -digo sonriendo-. Vestido de oscuro, tan sexy, tan misterioso... -Me guardo el comentario de que el bigote echa a perder el efecto, porque creo que me voy acostumbrando a él... siempre y cuando no se me acerque demasiado.

Bajamos por la escalera, mi mano posada con suavidad en su brazo y quizá me esté, imaginando cosas, pero parece que mi vestido es el más imponente de toda la fiesta. Una vez en el piso de abajo nos encontramos con todos aquellos rostros tan mejorados, que sin duda se preguntan quién es la chica que acompaña a Ed y quizá por primera vez en toda mi vida me siento muy, muy guapa.

Pasamos una velada increíble y aunque con toda confianza puedo decir que los invitados son algo mayores que la gente con la que acostumbro a salir, la verdad es que el grupo es tan afectuoso y amable que al cabo de un rato empiezo a olvidarme de la diferencia de edad.

El champán también ayuda, por supuesto.

El champán, vaya, y la comida, y los miles de pequeñas luces de color blanco que parecen provenir del mundo de las hadas y que están distribuidas por los árboles que rodean la terraza. Y la música, y el hecho de que haya bebido más champán de la cuenta, y el glamour, y la emoción de estar en una fiesta que parece sacada de una película de Hollywood o quizá por esos acentos tan de clase alta, tan propios de una película del fenicio de

Ivory.

Es una de esas fiestas a las que sólo creo que asistiré una vez en toda mi vida porque resulta tan mágica, tan espléndida y tan especial que no puede repetirse. Salvo por el detalle de que, con Ed, todas las fiestas serían como ésta.

Y cuanto más champán bebo -mucho para ser sincera, porque cada vez que mi copa está medio vacía alguien con ademanes de camarero aparece a mi lado silenciosamente cual fantasma y la llena de nuevo-, tanto más atractivo me parece Ed.

Y a eso de la una de la noche pienso: «Sí. Sí. Será esta noche. Esta noche voy a hacerlo» y entonces se me ocurre que acaso todo este asunto del sexo se ha convertido precisamente en lo que se ha convertido porque no me lo he podido sacar de la cabeza, porque me ha preocupado tanto que quizá si me quito la angustia de encima todo irá bien, porque seguro que va mejor de lo que creo, ¿no os parece?

Ed intenta ahogar un bostezo, yo me echo a reír, lo rodeo con mis brazos y le doy un beso en la frente mientras le digo:

—¿No es muy tarde para ti, viejecito?

Ed se arrima a mí y me sonrío medio adormecido.

—Yo no soy viejo.

—Muy bien. Hombrecillo mayor que yo.

—Eso está mejor. Yo estoy bien, y tú aún no estás lista para irte a la cama. No me importa quedarme un rato más. *Ce n'est pas un problème.*

Guárdate tu puñetero francés, Ed. Estás a punto de echar a perder este momento, pero, por supuesto, me guardo el comentario y le digo:

–Querrás decir un minuto más, ¿verdad?

–Tienes razón. – Se pone a reír-. Estoy bastante cansado.

–Andando. – Le cojo la mano y de un tirón lo pongo en pie-. Voy a ponerte en la cama.

Sé perfectamente que podría haber dicho: «Voy a llevarte a la cama», pero habría resultado demasiado obvio, ¿o no? Eso le hubiese hecho caer en la cuenta de que esta noche es la noche y entonces ambos hubiésemos subido a las habitaciones sabiendo que cuando llegásemos haríamos, según palabras de Jules, «el amoor» y entonces es probable que a medio camino nos hubiésemos puesto a vomitar de los nervios o algo por el estilo.

Damos las buenas noches a Sarah y a Charlie y nos despedimos con la mano de los otros invitados, como Julia, a quien localizamos entre todo aquel mar de cabezas, porque tenemos que irnos, y subimos, yo delante de Ed, a quien llevo cogido de la mano. El corazón me martillea en el pecho. No puedo creer que esté a punto de hacerlo, y una parte de mí quiere (por Dios ni se os ocurra pensar que lo que estoy a punto de decir me convierta en una prostituta), digo que una parte de mí quiere darle algo, quiere agradecerle todo lo que ha hecho por mí.

Ed se detiene delante de la puerta de su habitación y me rodea con sus brazos.

–Eres la mujer más bonita que he conocido -me dice, al tiempo que me acerca a él de un tirón-. ¿Qué me das?

Y la manera que tiene de decirlo hace que mi corazón se abra de par en par y me acerco para besarlo en los labios y cuando me separo, sonrío y digo: «¿Quieres pasar esta noche conmigo?» con la voz algo temblorosa, porque Ed está tan chapado a la antigua que nada más decirlo pienso que quizá me tomará por una descarada y entonces sí que no me quedará más opción que despedirme de mi recién estrenado estilo de vida.

—¿Estás segura? — me susurra-. No me importa dormir solo. De hecho, no esperaba...

Y lo interrumpo con un beso mientras de un modo espectacular, las cosas como son, abro la puerta de mi habitación con una mano y, con la otra, empujo con suavidad a Ed hacia dentro.



OceanofPDF.com

veintiuno

A veces estoy tan enfadada que creo que me voy a poner a chillar. Es como un abismo de profundo enfado, de resentimiento, furia, lo que sea, y tengo que concentrarme muchísimo porque en cualquier momento saldrá a la superficie y perderé el control.

Así es como me siento esta mañana. Ed va sentado a mi lado, acabamos de dejar Guildford atrás, regresamos a casa y quiero matarlo. No deja de echarme miraditas de preocupación, de ponerme la mano en la pierna y presionarla ligeramente para tranquilizarme, y cada vez que lo hace me entran ganas de pegarle.

Ya sé que soy una cabrona, que me estoy comportando como una mocosa malcriada que no ha conseguido lo que quería, pero cuanto más desagradable soy con él, más me mira con esos ojos de cachorro triste y yo aún me pongo peor.

¿Qué terrible crimen ha cometido Ed?

Lo de anoche fue una mierda.

Un mal chiste.

Digamos mejor que fue una parodia.

Entendámonos; aquí está el hombre que se supone que es uno de los solteros de oro del país, que, según dice él, ya ha salido con otras mujeres y lo único que puedo decir de él es que no tiene ni puñetera idea.

Ni idea.

Y estoy furiosa con él por eso. Ya sé que es totalmente injusto, pero no

puedo hacer nada para evitarlo.

Bueno, seguro que os morís por saber lo mal que fue. Os lo contaré, pero antes de que penséis que soy una bruja integral, poneos en mi situación y preguntaos si no os sentiríais como yo.

Empujé a Ed a mi habitación y empecé a besarlo. La sesión de besos no fue nada del otro mundo, demasiada saliva, por si lo queréis saber, así es que dejé de besarlo en la boca y empecé a darle besitos en la mejilla y cuello abajo, y entonces descubrí qué era lo que me echaba para atrás.

Es su olor. No su OC ni nada que se le parezca, sencillamente su olor natural. Resulta algo agrio, muy desagradable, así es que decidí no sacar la lengua.

Ya lo sé, ya lo sé. Debí haberme detenido, debí haberme dado cuenta de que, evidentemente, no había química sexual, al menos por mi parte, pero seguí adelante pensando en cuando Julia Roberts admitía en *Pretty Woman* que nunca besaba a los hombres con los que se acostaba (hasta que encontró a Richard Gere, y a ver quién la culpa). Pensé que podría hacerlo con Ed sin besarlo.

Como no quería notar el sabor del cuerpo de Ed en la lengua, él pensó que aquellos extraños piquitos al modo de los pájaros que le daba eran para excitarme, y se puso a hacer otro tanto. En aquel momento me detuve, aquello no resultaba sensual, ni sexy, ni nada; era de lo más irritante. Y entonces Ed dijo:

—¿Quieres desnudarte en el cuarto de baño?

Lo que me pareció un poco extraño, porque pensé que en el calor del momento me rasgaría la ropa, pero de todos modos fui con mi camiseta. Cuando salí Ed estaba tendido en la cama con el edredón subido hasta el mentón y mi primer impulso fue salir corriendo.

Sin embargo, como soy una mujer decidida deseché semejante idea y, con

mucho cuidadito, me metí en la cama, a su lado. Se arrimó a mí y empezó a besarme de nuevo mientras yo pensaba: «Tranquila, no va a pasar nada, verás como puedes hacerlo.»

Y al cabo de un rato deslicé mi mano y noté lo que más temía.

Un tanga.

Así que se lo quité con tanta suavidad como pude, porque el tío tenía una erección de caballo. Ed se puso a estrujarme (en realidad amasar sería una descripción más exacta) los pechos por encima de la camiseta y lo hizo durante tanto rato que pensé que mejor que yo misma me quitase la prenda, y eso hice, a lo que Ed siguió con su movimiento de amasado. Lo cierto es que aquella situación me excitaba tanto como a una tostada.

Antes de que me diese cuenta, tenía a Ed encima de mí y, aunque la penetración fuese lo último que yo tenía en la cabeza, cogí un condón y se lo puse porque, por más que él lo intentase, no parecía tener mucha idea. Ya estaba dentro de mí. Ed ponía cara de felicidad y se puso a moverse un poquito, y no es broma, al cabo de unos seis segundos soltó un gemido escandaloso y se derrumbó encima de mí.

Y yo me quedé allí, echando humo, rabiando a más no poder.

Al rato, mientras yo fijaba la mirada en el techo con aquel peso encima de mí y pensaba que aquél era, sin duda, el peor polvo que había echado en mi vida, el peor polvo que una mujer podía echar, Ed levantó su rostro por encima del mío y, sonriendo como un gato de Cheshire, dijo:

—Cariño, ha sido maravilloso.

Entonces debió de ver que mi cara no tenía expresión alguna, me besó y dijo:

—¿Te ha gustado?

—Pues no, la verdad, no me ha gustado nada. Ha sido nefasto. — Tal vez debería haberme comportado como una señorita, quizá debería haber asentido, darme la vuelta y dormirme, pero no pude; estaba frustrada, decepcionada, cabreada.

Y así se lo dije.

Ed se apartó. La expresión de su rostro era la de estar a punto de romper a llorar, lo que todavía consiguió ponerme más furiosa, porque no es que sea un niño que digamos. ¿Cómo es posible que un hombre de su edad sea tan patético en la cama?

Pero no dijo nada y yo seguí despotricando, diciéndole que el sexo es cosa de dos, que si de veras creía que con diez minutos que me amasase los pechos bastaba para que me excitase, que si nunca había oído hablar del clítoris, que la eyaculación precoz no es que sea muy divertida, sobre todo porque yo no había disfrutado de un solo momento de preparación y, ya que estamos, le pregunto si por casualidad conoce el significado de la palabra «preparación».

Y cuanto yo más despotricaba, porque para entonces ya me había puesto como una moto, tanto más afectado parecía él y al final, cuando terminé, intentó rodearme con su brazo y decirme que lo sentía, pero yo me levanté y fui corriendo al cuarto de baño.

Me senté en la tapa del váter y deseé poder hablar con Jules. Al cabo de un rato comencé a tener frío, de modo que regresé a la habitación. Ed estaba sentado a un lado de la cama, cabizbajo. Levantó la vista y suspiró.

—Lo siento mucho -empezó a decir-. Me siento fatal, no tengo mucha experiencia, pero si me ayudas puedo aprender, puedes enseñarme. Estoy convencido de que podemos resolver este problema si los dos ponemos buena voluntad.

Me aclaré la garganta y le dije que yo no quería ser su profesora, pero entonces empecé a sentirme como una arpía, de modo que al cabo de un

rato le dije que de acuerdo, que podríamos resolver el problema, volví a la cama, dejé que Ed me abrazase, e imagino que los dos caímos dormidos.

El caso es que por mucho que pensase que esta mañana me sentiría mejor, lo cierto es que no. Me siento peor, porque aunque piense que el sexo no es lo más importante en una relación, al menos tiene que satisfacerte. Ya sé que cuando lo hacía con Nick era fantástico, pero también sé que raras veces es así y que mientras sea satisfactorio tienes bastante.

Es probable que Ed tenga razón, podría enseñarle lo que me gusta, pero la verdad es que es muy torpe. Torpe con su cuerpo y torpe con el mío. Un negado, y aunque digamos que técnicamente consiga aprender los movimientos correctos, nunca resultará ni suave como un guante de seda, ni sensual, ni delicioso.

Y esta mañana empiezo a pensar en cómo era hacerlo con Nick y, por supuesto, cuanto más pienso en cómo disfrutaba, tanto más me cabreo con Ed, y ésa es la razón por la que regresamos a casa en un silencio hosco y tenso.

Seguro que Sarah y Charlie no notaron nada o, al menos, eso espero, por lo encantadores y hospitalarios que fueron con nosotros. Creo que cuando esta mañana nos hemos reunido todos para desayunar he logrado disimular que he pasado una noche de perros. Cuando nos hemos despedido y les he dado las gracias por todo, Sarah me ha abrazado efusivamente y me ha dicho que teníamos que volver a vernos.

Así que apenas cruzamos palabra en el camino de vuelta y cuando llegamos a mi piso Ed entra mi equipaje y me dice:

—¿Puedo llamarte luego?

Yo me encojo de hombros y le respondo «supongo» con la actitud de una niña de seis años. La cara de Ed se entristece y me da un beso en la mejilla.

En cuanto desaparece agarro el teléfono y, naturalmente, llamo a Jules, pasando olímpicamente de los tres mensajes que mi madre me ha dejado en el contestador, en los que me suplica que la llame tan pronto como regrese.

—Oh, oh -dice Jules cuando oye lo apagada que suena mi voz-. Empieza por el principio.

—Antes dime si has sabido algo de Jaime.

—La verdad es que sí -responde despacio-. Llamó anoche. Me dio tanta pena que accedí a que esta noche viniese para hablar.

—¡Estás de broma! — Ahogo un grito-. ¿Piensas perdonarlo?

—Primero quiero ver qué tiene que decir, porque sé que por más que pueda perdonarlo no voy a poder olvidar lo que ha hecho, y aún no sé si podré volver a confiar en él, y sin confianza, ¿qué te queda?

—¿Amor? — me atrevo a insinuar.

—Sí -suspira-. Te queda eso, pero bueno, ya hemos hablado bastante de mí. Cuéntame qué pasó anoche.

Hago un esfuerzo, me olvido de lo cabreada que estoy y empiezo por el principio. Le describo mi aventura con todo lujo de detalles, cómo era la gente, qué llevaban, el ambiente, la música, el champán. Entonces llega el momento en el que nos vamos a la cama y me detengo.

—Vamos -me anima-. Lo hiciste, ¿verdad?

—Por así decirlo.

—Por favor, no me digas que fue horrible -gime-. No podría soportarlo.

—Fue un espanto -grito-. No, lo retiro. Fue peor. La peor experiencia de toda mi vida. — Se lo cuento igual que os lo he contado a vosotras y cuando

termino se hace el silencio-. ¿Hola? – digo-. ¿Sigues ahí?

–Espera. Estoy pensando.

–¿Qué estás pensando? No me vengas ahora con el cuento de que el deseo es cuestión de tiempo, porque, sinceramente, no creo que pueda volver a pasar por eso.

–De acuerdo -suspira Jules-. No creo que el deseo sea cuestión de tiempo, pero sí creo que resulta evidente que no tiene experiencia y eso sí que tiene solución, pero -añade amenazadoramente- también quiero que ahora no vayas a creer que Ed es el hombre de tu vida.

–¿Qué quieres decir?

–Me refiero a que no eches en saco roto lo ocurrido y sigas viviendo tu cuento de hadas.

–¿Así que crees que debería cortar con él?

–No, no te estoy diciendo eso. Lo que quiero es que seas consciente de cómo te sientes ahora mismo, porque me preocupa que a veces te lances a la piscina y hagas cosas que sabes que no saldrán bien sólo porque quieres que salgan bien, y tampoco te estoy diciendo que tu historia con Ed no tenga que salir bien, sólo que ahora no te pongas a buscar excusas por algo que quizá no merezca la pena.

Y mientras Jules habla veo cómo todas mis fantasías se desvanecen, y yo no quiero que se desvanezcan. Yo quiero casarme con un hombre rico, con alguien como Ed, quiero vivir en una casa en Hannover Terrace, pero también veo adónde quiere ir a parar mi amiga. Por mucho que me disguste.

–Entonces, ¿qué hago?

–No tienes que hacer nada. Espera a ver qué pasa, pero Libby, no tienes por qué estar con él, no tienes por qué tomar una decisión de por vida después

de sólo tres semanas, eso es lo que quiero que tengas claro. Que no funciona, pues muy bien, y tú sigues adelante con tu vida.

Me doy perfecta cuenta de que Jules tiene razón, pero es duro renunciar al tipo de vida que siempre has deseado cuando la tienes tan al alcance de la mano. Es cierto que de un tiempo a esta parte he pensado mucho en cómo decoraría la casa de Hannover Terrace, y tal vez no sea una idea sana, pero resulta un panorama mucho más alentador que pensar en cómo evitar ir de noche al pub para tomar unas cuantas cervezas con los colegas.

—¿De veras crees que no saldrá bien?

—Libby, ¿qué quieres que te diga?

Quiero que me diga que sí, que todo saldrá bien, quiero que me diga que Jamie era una mierda en la cama cuando lo conoció y que luego se convirtió en el mejor amante del mundo, quiero que me diga que es posible que Ed llegue a ser tan bueno, tan perfecto, como yo pensé que era Jamie, como sigo pensando que un hombre puede llegar a ser, aunque ese hombre ya no sea Jamie. Todas estas ideas mías, sin embargo, no son más que estupideces, porque esta misma mañana estaba más que decidida a dejar a Ed y no volver a verlo nunca más.

—Sólo quiero que me digas lo que de verdad piensas.

—Dios, Libby, a veces dependes demasiado de la gente. Ya te lo he dicho. ¿Quieres venir?

—No. Esta noche me quedaré en casa y miraré la tele un rato. — Pausa—. A menos que quieras que vaya.

—No, no te preocupes. Además, debería prepararme para la visita de Jamie de esta noche. Tengo que estar preparada mentalmente y todo eso, pero tú no te preocupes por lo de Ed. Verás cómo al final todo sale bien.

—Entendido. Gracias. ¿No se supone que eso es lo que yo debería decirte?

A las cinco de la tarde, justo cuando termina la película que estaba viendo, el teléfono suena... de nuevo. Una vez y otra vez, y no lo cojo porque es probable que sea mi madre, que no ha dejado de llamarme en todo el día, y aunque no ha dejado más mensajes en el contestador, cada vez que cuelga marco el 1471 y vuelve a aparecer su puñetero número de teléfono.

En este momento se me hace un mundo tener que hablar con ella. No sabría qué decir; de hecho, estoy la mar de agradecida por la buena programación que dan en la tele, así no he tenido que pensar ni en Ed ni en lo de anoche.

Pero esta vez quien llama es Ed y tan pronto como oigo su vocecilla de preocupación empiezo a sentirme muy mal, de modo que descuelgo y antes de que él tenga oportunidad de abrir la boca, me disculpo.

—No puedo creer que te dijese todas esas cosas -digo con unas perceptibles notas de vergüenza en la voz-. Me siento como una zorra integral, sobre todo después de que me llevases a una fiesta tan maravillosa y que hayas sido tan dulce conmigo. — Me detengo un instante-. Lo entenderé perfectamente si no quieres volver a verme.

—¡Por supuesto que quiero volver a verte! — balbucea Ed-. Te llamaba para disculparme porque sé que anoche las cosas no fueron muy bien y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa, cualquier cosa, para que esta relación funcione. Sé que el aspecto físico de la relación es muy importante para ti y me avergüenzo de mi poca experiencia, pero Libby, te prometo que aprenderé. Hoy me he comprado un ejemplar de *El goce de amar*.

¿Cómo puedo haber sido tan desagradable?

—¿Lo has empezado a leer o sólo estás mirando las fotografías?

—No, no, lo estoy leyendo y creo que puedo aprender a, ejem, satisfacerte.

—Oh, Ed -digo, sorprendida de lo lejos que puede ir este hombre para

hacerme feliz-. Ya me satisfaces. Anoche estaba de mal humor, pero estoy convencida de que lo nuestro saldrá bien.

—Sí, yo también -dice, y por el tono de alivio que adquiere su voz sé que habla en serio-. Supongo que esta noche querrás estar sola, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Tenías algo planeado? — Venga, Libby, Esta noche querías estar sola. Dios, ¿por qué soy tan veleta?

—Me preguntaba si, quizá, te apetecería venir a mi casa y cenar juntos. Sería bonito verte y hacer las paces.

—Muy bien -oigo que digo-. Iré a las ocho, ¿qué te parece?

—¿Quieres que pase a recogerte?

—No te preocupes -digo, ya me lo montaré con el transporte porque esta noche no pienso pasarla en su casa. Ya me las apañaré.

¿Por qué voy a su casa? No puedo creer que esté a punto de volver a pasar la velada con el hombre al que hace pocas horas quería matar, pero el caso es que deseo con todas mis fuerzas que nuestra historia funcione; además, ya no estoy enfadada y el pobrecillo está poniendo todo su empeño. Seguro que se moría de vergüenza cuando ha pasado por caja para pagar *El goce de amar*, pero mirad cómo se esfuerza, algo que yo también debería hacer, y creo que tiene razón cuando dice que las relaciones no se construyen solas, de modo que pienso poner todo de mi parte para que ésta funcione. Lo digo en serio.

—Te amo.

Un millón de cosas pasan por mi mente. Cuánto deseé que Jon me dijese que me amaba, pero nunca lo hizo. Cuántas veces me he sentido tentada de decírselo a tantos hombres en el pasado, pero cuántas veces no me he atrevido a decirlo, porque sabía con absoluta certeza que en el momento en

que mis labios pronunciasen la palabra que empieza por A mis novios saldrían despavoridos. Cuántos años buscando a un hombre que me tratase como una reina y me dijese que me amaba. Pero nunca pensé que mi deseo se vería cumplido con alguien como Ed.

En todas mis fantasías, cuando el amor de mi vida, alto, moreno, sin rostro, pero supongo que guapo, me dice que me ama, yo me derribo en sus brazos y le murmuro: «Yo también te amo.»

Pero la verdad es que ahora no sé qué decir.

—Sé que esto puede resultarte extraño, Libby -dice Ed mientras me coge la mano por encima de la mesa-, porque no hace mucho tiempo que nos conocemos, pero mi madre siempre decía que cuando las cosas van bien, van bien, y sé que tú eres la mujer adecuada para mí. Sé que las cosas no han salido a pedir de boca, pero también creo que podemos resolver nuestros problemas, tal vez aún no puedas decir que tú también me quieres, pero no pasa nada, sé que acabarás diciéndolo.

—Yo también te quiero. — ¿Qué otra cosa puedo decir? El caso es que no estoy enamorada de él, pero sí de la idea de enamorarme y por el momento pienso que con eso ya hay suficiente. Además, Ed está tan contento que su sonrisa parece que vaya a estallarle en pleno rostro.

—Te quiero de verdad -repite-. Me haces tan feliz...

¿Cómo no voy a pasar la noche con él después de semejante declaración?

Subo, consciente de que debo utilizar todos los recursos que tengo para que funcione, sobre todo cuando compruebo, una vez más, la suavidad de las alfombras, el tamaño del dormitorio, las impresionantes cortinas estampadas, porque todo eso es lo que quiero para mí. Eso es, exactamente, con lo que siempre he soñado.

Y esta vez parece que Ed descubre que los pezones son una zona erógena, que el clítoris no es una parte inútil del cuerpo, que me gusta que me

acaricien la parte inferior del vientre con suavidad.

De acuerdo, no es perfecto. Sigue siendo algo torpe y no cesa de repetir: «¿Te gusta esto? ¿Y esto?» Y yo intento enseñarle cómo se hace moviendo su mano, asintiendo, respondiéndole con susurros, porque se empeña en preguntármelo a voz en grito, con lo que rompe el clima que hemos ido creando, pero al final parece que empieza a cogerle el tranquillo.

Y, para que no me vengáis con la odiosa pregunta de si llegamos al final, descubro que si cierro los ojos y me concentro mucho siento que incluso esta segunda vez llega a ser agradable, y aunque normalmente no sería tan egoísta para limitarme a yacer en la cama sin hacer nada mientras alguien me acaricia el clítoris despacio y me pregunta si me gusta, creo que después de lo de anoche al menos me merezco la oportunidad de llegar al orgasmo. Al cabo de lo que parecen horas noto un calorillo la mar de familiar mientras la sensación de cosquilleo se extiende por todo mi cuerpo y lo alcanzo. Tengo un orgasmo.

Abro los ojos, sonrío a Ed, que parece estar medio satisfecho y medio preocupado consigo mismo, y me dice:

—¿Has, ejem, bueno? ¿Era eso lo que querías?

Asiento y él vacía el aire de los pulmones ruidosamente mientras yo me echo a reír y le doy un besito en los labios.

—Loado sea Dios -dice.

Y entonces pienso que quizá el sexo irá a mejor, que tal vez no sea tan malo, y hago que se ponga encima de mí y lo ayudo a que me penetre y, de acuerdo, la verdad es que aún no soporto besarlo o lamerle el cuerpo o hundir mi boca en su cuello, pero esta vez resulta mucho mejor.

Aguantamos hasta los doce segundos. Tampoco es que importe, porque después de mi orgasmo puedo irme a dormir la mar de contenta, pero quiero hacerlo por él, por ser tan dulce, por ponerle tanto empeño.

Después nos tumbamos, hablamos en voz baja y yo estoy tan contenta que le doy otra oportunidad.

—¿Cómo has aprendido todo eso en un día? — acabo preguntándole.

—He leído *El goce de amar* a toda pastilla -dice entre risas jadeantes.

—¿Significa eso que no has trabajado en todo el día?

—Por supuesto que no. Esto es mucho más importante. Tú eres mucho más importante.

Al oír eso me acurruco en su hombro, me encanta sentirme tan amada.

—¿Libby?

—¿Humm? — Estoy casi dormida.

—Me parece que quizá ha llegado el momento de conocer a tus padres.

El comentario me despabila al instante.

—¿Por qué? ¿No te parece que aún es algo pronto?

—No si vamos en serio, y yo voy muy en serio contigo.

Jesús, la idea de que mis padres conozcan a Ed me pone enferma. Mi madre empezaría hacer los preparativos a marchas forzadas y a mí me daría un patatús.

—Ejem, sí, bueno -me esfuerzo, infructuosamente, en inventar una excusa.

—¿Acaso no quieres que me conozcan?

—¡Pues claro que sí! — miento. El problema no es que ellos lo conozcan, sino

más bien que él los conozca a ellos. No quiero que Ed vea quién soy en realidad, que vea a quién intento dejar atrás-. Es sólo que me parece que todavía es algo pronto, eso es todo.

—A mí me parece una buena idea -dice con una sonrisa misteriosa.

De pronto, pienso: «¡Mierda! ¡Me va a pedir que me case con él!» Pero aún es muy pronto para eso y ni siquiera Ed daría semejante salto al vacío. Por el amor de Dios, si apenas me conoce.

La idea me preocupa, porque es verdad que Ed no me conoce, y no es la primera vez que pienso que quizá no se esté ni tomando la molestia de hacerlo, que quizá piense que yo sería una buena esposa, una buena madre, que quizá el resto no le interese porque ya me ha encasillado. Qué cínica soy, seguro que no es así. Me ama, por el amor de Dios, lo dice de verdad.

—Muy bien, ya lo arreglaremos -digo sin precisar nada y rezo para que se olvide del asunto.

—Espléndido -dice mientras coge la agenda que está encima de la mesilla de noche-. ¿Qué te parece el miércoles?

—Tendré que consultarlo con ellos -digo, porque ya sé que mis padres el miércoles estarán ocupados, al menos si de mí depende-. Ya te diré algo.

—Podrían venir a cenar aquí -propone-. Podríamos preparar la cena nosotros dos.

—Pero tú no sabes cocinar.

—Bueno. Tú cocinas y yo te ayudo.

¿Veis lo que os decía? Ya me ha puesto a cocinar, ya me ha dado el papel de esposa. Quizá esté siendo ridícula, al fin y al cabo es lógico que sea yo quien cocine. No es que sea una cocinera fantástica, como ya sabéis, pero seguro que puedo seguir una receta mejor que Ed.

—Muy bien -digo-. Quizá.

—Te quiero, Libby Mason -dice, y me besa antes de cerrar los ojos.

—Yo también te quiero.



veintidós

—¿Estás completamente segura de lo que estás haciendo?

—Para nada -gimo-. De hecho estoy convencida de que puede que una de mis peores pesadillas se convierta en realidad.

—Me gusta pensar que no soy la única que ve cómo sus pesadillas se hacen realidad -dice Jules con un suspiro.

Jamie fue a verla anoche y cuando ella abrió la puerta lo primero que sintió fue una oleada de ese impulso maternal del que ya os he hablado, porque Jamie daba lástima.

—Ha adelgazado -dice Jules-. Es evidente que no come nada.

Tenía ojeras y se lo veía triste y hecho polvo. Jules lo invitó a pasar, lo llevó a la cocina, se había pasado todo el día preparando su plato preferido, para que el olor a estofado de rabo de buey impregnase el ambiente, y él se diese cuenta lo que había perdido por culpa de su aventura, o no, porque entonces Jules todavía no había decidido qué haría.

Jamie, por supuesto, hizo un comentario sobre la comida, pero Jules no hizo ni amago de invitarlo a cenar y, en su lugar, le preguntó si le apetecía tomar

una taza de té, a sabiendas de que él prefiere café, pero Jamie le dijo que no quería nada.

Se sentó en el sofá con la cabeza escondida entre las manos y cuando al fin levantó los ojos, la miró con cara de súplica y dijo:

—Te echo de menos, Jules. Te quiero. No puedo vivir sin ti.

Aquella declaración fue un revulsivo para Jules, que de pronto sintió que llevaba las riendas de la situación, que descubrió la fuerza que se ocultaba en su interior y, mirándolo, decidió que lo haría sufrir.

Aún no estaba segura de si dejaría que volviese con ella, pero de lo que sí estaba convencida era de que, tomara la determinación que tomase, se lo haría pagar.

De modo que le dijo que no podía imaginar el daño que le había hecho, que había destrozado todas sus ilusiones sobre el matrimonio, que había destruido los sueños de futuro que ella tenía, del futuro de los dos.

Jamie no dijo nada.

Ella prosiguió, diciendo que todavía era pronto para que tomase una decisión sobre si podía o no volver. Demasiado pronto hasta para decidir si le apetecía seguir viéndolo.

Jamie se disculpó una y otra vez y bajó la cabeza de lo avergonzado que estaba.

Ella le dijo que necesitaba más tiempo, Jamie asintió y se marchó en silencio. Cuando salía por la puerta se dio la vuelta para darle un beso, pero Jules desvió la cara y acabó besando el aire.

—Te lo digo en serio, Libby -me dice cuando termina de contármelo mientras damos vueltas con el carro de la compra por Sainsbury's, porque he vuelto a salir del trabajo un poco antes de lo habitual-, fue tan duro, tan

jodido... Yo lo único que quería era dar marcha atrás en el tiempo y que las cosas saliesen bien.

—¿Y crees que van a salir bien?

—¿Quién sabe? Todo lo que sé es que no estoy dispuesta a dejar que vuelva hasta que haya sufrido casi tanto como yo. — Se detiene-. Y encima esta noche tengo esa dichosa fiesta del trabajo a la que Jamie también tenía que venir. La sola idea me da pánico.

—¿Tienes que ir?

—Por desgracia sí. Demasiados buenos contactos para dejar escapar la ocasión. Es igual -prosigue mientras suelta un suspiro e intenta sonreír-, vuélveme a contar por qué has decidido seguir adelante con esa historia.

«Esa historia» es la cena en la que presentaré a Ed a mis padres.

—Porque, Jules -digo con tono de falsa desesperación-, tarde o temprano tenía que suceder y es mejor que me lo quite de encima lo antes posible.

—Pero son tus padres. — Jules conoce a mis padres. Mis padres, dicho sea de paso, están encantados con Jules. La tienen por la mujer perfecta y no son pocas las ocasiones en las que mi madre me ha comparado con ella. Por supuesto yo siempre tengo las de perder. A Jules le gustan mis padres (cómo no si cada vez que ha ido a su casa mi madre se pone a parlotear con ella como una gallina clueca y le dice lo delgada que está y que debería comer más).

He intentado explicar a Jules lo espantosa que llega a ser mi madre, pero a ella le parece una persona agradable, cosa que supongo que yo también pensaría si no fuese mi madre. Bueno, a lo mejor no, pero me doy cuenta de que los padres de los otros siempre te parecen mucho mejor que los tuyos.

—¿No creerás que Ed se llevará a tu padre a dar un paseo por el jardín después de cenar para pedirle tu mano? — bromea mientras echo un paquete

de espinacas en la cesta.

—Yo también lo he pensado. — No puedo creer que Jules también lo haya hecho. Me doy la vuelta hacia ella y, presa de asombro, le pregunto-: ¿Crees que será capaz? ¿Lo crees?

Jules se encoge de hombros.

—¿Y tú?

—Me ha pasado por la cabeza. Maldita sea. Necesito chocolate para hacer la mousse, pero se me ha olvidado qué marca tengo que comprar.

—Bourneville -dice y echa un par de tabletas en la cesta-. Y tú, ¿qué dirías?

De pronto sé perfectamente lo que diría:

—Me parece que diría que sí.

Jules ahoga un grito y se detiene en seco.

—¿Sí? ¿Lo dices en serio? Apenas lo conoces.

—Pero como tú siempre has dicho, bonita, cuando las cosas van bien, van bien.

—Yo nunca he dicho eso.

—Oh, bueno, muy bien, pero alguien lo dijo y me parece que esta vez las cosas van bien.

—Vaya, el sexo con él es una mierda, cuando habla francés te pone a morir y tú sigues pensando que podrías pasar el resto de tu vida con él.

—¡Jules! — la reprendo-. El sexo con él no es una mierda. Vale, la primera vez salió mal, pero ahora es mucho mejor y, a propósito, puesto que desde

el domingo he pasado todas las noches en su casa hemos tenido mucho tiempo para practicar, y su francés me molesta un poco, pero tampoco hay que exagerar, y sí, puedo imaginarme pasando el resto de mi vida al lado de él.

A decir verdad eso no es del todo cierto, porque mis fantasías no han ido más allá del día de la boda, pero ¡menuda boda he estado planeando! Lo tengo todo decidido, desde mi vestido de Bruce Oldfield a las damas de honor, pasando por las miradas de admiración de todos mis amigos, porque mi boda no va a ser en plan íntimo y modesto, para nada. Será la boda del siglo.

Jules mueve la cabeza.

—Libby, escucha. Ya sé que las cosas con Jamie no parecen haber salido muy bien, pero al menos lo quería. Lo quería de verdad. ¿Estás segura de que sabes lo que estás haciendo?

—Jules, por el amor de Dios. Es muy poco probable que esta noche me pida que me case con él, así es que me parece que estamos adelantando los acontecimientos, y, además, aunque nos prometiésemos, el nuestro sería un compromiso muy largo.

—¿Qué entiendes tú por un compromiso muy largo? El pollo está aquí. — Y empuja el carro a lo largo del pasillo número ocho.

—Un año.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Jules me deja en casa para que pueda coger el libro de recetas y cuando se va llamo a mi madre para asegurarme de que ha tomado bien la dirección. Por la voz parece nerviosa y emocionada.

—¿Estás segura de que mi vestido verde es el más apropiado?

—Mamá, no importa lo que te pongas. No vamos a salir de su casa.

—Pero, cariño, quiero causarle una buena impresión.

—De verdad que no importa, mamá. El vestido verde ya está bien.

—¿Tu padre tiene que llevar corbata?

—No, mamá -suspiro-. No tiene que llevar corbata.

—He pensado que quizá quieras que lleve una mousse de salmón de primer plato. Esta mañana la he preparado para nosotros y he pensado que quizá podría llevar un poco.

—Estás convencida de que no sé cocinar, ¿no es eso?

—No, cariño, sólo intento ayudar.

—Olvídalo, mamá. Ya he decidido qué voy a preparar.

—¿Estás segura?

—Sí, mamá, estoy segura.

—A mí no me importa...

—¡Mamá! — ¿Por qué? ¿Por qué me he metido en esto?

¿Os había dicho que ayer Ed me dio un juego de llaves de su casa?

Entro en su casa cargada con las bolsas de la compra y bajo a la cocina. Se me hace muy extraño estar sola en una casa tan grande, de modo que doy

las luces, sintonizo el dial de la radio en la cadena Virgin (¿por qué no me sorprende que estuviese sintonizado el Canal Clásico?) y cambio un poco las cosas de sitio para que resulte más acogedor. Tengo que decirle que tapice los sofás.

Abro el libro de recetas por las páginas que he marcado y empiezo a leer. Anoche ya les di un vistazo y opté por una especialidad de Jules que apunté en la esquina de la página donde copié la del segundo y una especialidad de Delia de postre. A la hora de decidir el primer plato me entró el pánico, pero Jules me aconsejó que probase a hacer una *bruschetta*, así es que aquí tengo la *ciabatta*, el ajo y los tomates. Mi amiga me dijo que lo único que tengo que hacer es tostar el pan, untarlo con ajo y aceite de oliva y colocar los tomates, las aceitunas y la albahaca fresca encima. Lo bueno que tiene este plato es que la receta es a prueba de idiotas.

Aquí estoy, poniendo las espinacas a hervir, sazonando las pechugas de pollo y dejando la cocina hecha un asco, aunque hago lo imposible para ir limpiando a medida que ensucio porque, según dicen, eso es lo que distingue a un auténtico cocinero. Entonces suena el teléfono.

Hay algo extraño en el hecho de estar sola en la casa de tu novio y que suene el teléfono. El corazón deja de latirme durante unos instantes porque, ¿y si fuera otra mujer que quiere dejar un mensaje tórrido y sexy?

Pero entonces recuerdo que estoy en casa de Ed, un hombre que me adora y lo último que debería preocuparme es que hubiese otra mujer. El contestador se dispara mientras yo dejo de hacer todo lo que estaba haciendo para ver quién es.

—¿Libby? ¿Estás ahí? Coge el teléfono.

Es Ed.

—Hola, cariño. Estoy cocinando.

—Espléndido. ¿Con qué nos vas a deleitar?

–Es una sorpresa.

–¿Tienes todo lo que necesitas?

–Sí. He ido a comprar con Jules.

–Lo que me hace pensar que deberías presentármela como es debido. Un día de éstos tenemos que salir juntos a cenar.

–Sería genial -digo, y me cuido mucho de no decirle nada de la separación o de Jamie, porque Ed no tiene por qué saberlo, aunque lo de salir a cenar es una buena idea, me encantaría que Jules tuviese la oportunidad de conocer mejor a Ed, pero ahora no es el mejor momento. Sin embargo necesito su aprobación por encima de todo, y aunque Jules estaba conmigo la noche que Ed y yo nos conocimos, lo cierto es que no habló con él y mi mayor deseo es que se dé cuenta de cuánto me conviene. Sólo rezo para que Jules y Jamie hagan las paces y las cosas vuelvan a la normalidad. Para todos nosotros.

–Tengo unos cuantos asuntos pendientes en el despacho. Cuando los haya resuelto iré derecho a casa. ¿Sabes?, debo decirte que me gusta que haya alguien en casa cuando vuelva del trabajo. Cruzar la puerta y que sutiles aromas culinarios me den la bienvenida. Tenemos que hacer esto más a menudo.

–O sea, que quieres tenerme aquí para que tenga la comida preparada cuando vuelvas del despacho. – Me echo a reír porque estoy de broma.

–Exacto. No hay nada como un buen plato de cocina casera.

–Quiero que sepas que he tenido que salir antes de trabajar para ponerme manos a la obra y que, a menos que quiera que me pongan de patitas en la calle, lo de hoy no puede convertirse en una costumbre.

–Si te echasen yo me encargaría de ti -dice-. No tendrías que trabajar.

—Eso -digo, incapaz de creer en la suerte que tengo- es exactamente lo que una chica como yo necesita oír.

No estoy muy segura de cómo escurrir el agua de las espinacas, además, ¿qué diablos significa «escaldar»? Las he dejado hervir un cuarto de hora, las he echado en un escurridor y las he servido en el plato con las pechugas de pollo encima. La receta de Jules dice que tengo que usar cuatro guindillas grandes, pero me olvidé de comprarlas en Sainbury's, de modo que he tenido que parar un momento en una tienda que hay a la vuelta de la esquina, pero cómo no, no tenían guindillas de las grandes, sólo les quedaban de las pequeñas, así que he imaginado que cuatro pequeñas equivaldrían a una grande, las corto en trozos pequeños y las añado a la salsa.

Sin embargo, la mousse de chocolate resulta sencilla. Bato las claras de huevo hasta que el brazo se me agarrota y aunque no tengo ni idea de lo que es un baño maría, fundo el chocolate, la mantequilla y el azúcar en una sartén y lo mezclo todo con las claras (¿qué significa «enmoldar»?).

Jules me dijo que preparase la *bruschetta* justo antes de que llegasen los invitados. Ed todavía no ha llegado y faltan quince minutos para las ocho, lo que significa que mis padres aparecerán de un momento a otro, así que pongo el pan al grill y empiezo a apilar todos los platos sucios en el fregadero.

Suena el timbre de la puerta. Compruebo el reloj y aún faltan diez minutos para las ocho. Confío en que mis padres lleguen temprano. Me dirijo a la puerta y allí están, papá y mamá, de pie en el umbral. Mamá sonríe con expectación y a papá se lo ve muy incómodo con traje y corbata. Sí, lo ha obligado a que se ponga corbata.

—¿Dónde está Ed? — dice mi madre con un susurro aparte, como en las obras de teatro.

—Llegará de un momento a otro. Está en el despacho. Pasad. — Les doy un

beso en la mejilla y me echo a un lado mientras ellos entran, mi madre sin decir una palabra, debe de ser la primera vez en su vida, cuando ve las dimensiones del vestíbulo. Con aire satisfecho les muestro el camino hacia la cocina.

—Esto es maravilloso -susurra-. Mira, papá -dice mientras da un codazo a mi padre-, la cocina tiene mármoles. ¡Debe de haberle costado una fortuna!

—¿Queréis que os enseñe la casa? — No puedo evitarlo. Me apetece alardear un rato más con mis aires de suficiencia-. Vamos, quitaos los abrigo y os la enseño.

—¿Crees que es prudente? — pregunta mi madre-. ¿No deberíamos esperar a que llegue Ed?

—No te preocupes, no pasa nada -digo al tiempo que cuelgo los abrigo en el guardarropa, que, dicho sea de paso, es tan grande como el dormitorio de mis padres.

Les enseño la casa y ellos exclaman aahhes y oohhes cuando ven las diferentes habitaciones, y hasta mi padre, un hombre que no es precisamente locuaz, admite que la casa es muy bonita.

—No es muy bonita -lo reprende mi madre-. Es un palacio. — Se da la vuelta hacia mí y, por mucho que os cueste creerlo, tiene los ojos llenos de lágrimas-. Oh, Libby -dice apretándose las manos mientras una lágrima amenaza con resbalarle por la mejilla-. Estoy tan contenta por ti...

—Mamá, no estoy casada con él.

—Todavía no -añade mi padre mientras su sonrisa encuentra eco en la de mi madre.

—Será mejor que esta vez no metas la pata -dice ella mientras abre los armarios de Ed y echa un vistazo a su ropa-, de lo contrario tendrás que responder ante mí.

–Mamá, ¿es que ni esta noche vas a darme un respiro?

–Tiene razón, cariño -dice mi padre y yo lo miro, asombrada-. Déjala tranquila, mujer.

Mi madre nos mira como si no supiese de qué estamos hablando; luego, mueve la cabeza de un lado a otro y se acerca para mirar las cortinas.

–Está forrado -comenta para ella misma-. Toda esta ropa de lujo le ha tenido que costar un ojo de la cara.

–¿Bajamos? – Lo último que quiero es que Ed nos pille curioseando en su dormitorio. Bajamos la escalera y les preparo un gintónic mientras nos sentamos y forzamos una pequeña charla.

–Debo decir que se te ve como en casa -comenta mi madre arrugando la nariz-. Sabes dónde está todo.

Decido no responder.

–Pero no estoy segura de que estos sofás acaben de gustarme -prosigue; siempre tiene que encontrar algo que no sea de su gusto-. Si de mí dependiera, los haría tapizar.

–A mí me gustan -digo con decisión-. Yo no los tocaría.

–En ese caso... -suspira-. Contra gustos no hay nada escrito. ¿Qué has hecho para cenar?

–De primero *bruschetta* y de segundo ¡mierda!, ¡mierda!, ¡mierda!, ¡mierda!

Me pongo en pie de un salto mientras mi madre se pone a olfatear.

–Libby, ¿huele a quemado?

Joder. Joder, mierda y joder una y mil veces. Abro la puerta del horno, descubro ocho trozos de carbón que echan humo y suelto un gemido porque sé perfectamente lo que va a decir mi madre. De hecho, no es necesario que vuelva al comedor para oír lo que dice. Mi madre está justo detrás de mí.

—Sabía que debería haber traído la mousse de salmón.

Salvada por la campana, o por la llave en la cerradura en este caso. A los tres se nos hiela la sangre cuando vemos que Ed baja por la escalera diciendo:

—¿Hoola? ¿Hoola? ¿Hay alguien en casa?

Cuando entra en la cocina se pone a olisquear, pero se abstiene de comentar nada (supongo que había depositado demasiadas esperanzas en lo de volver a casa para comer algo preparado a la vieja usanza) e, inmediatamente, da la mano a mis padres.

—Muchísimas gracias por venir -dice. Su acento de colegio privado parece ahora ridículamente fuerte y afectado al lado del acento burgués con pretensiones de mis padres, pero Ed parece no advertir el detalle, de modo que opto por no darle importancia.

Además, sé que me ponen de los nervios, pero no dejan de ser mis padres y supongo que, llegado el caso, admitiría que los quiero.

—Muchísimas gracias por invitarnos -dice mi madre y el hecho de que su acento sea ahora unas notas más afectado no me sorprende lo más mínimo. Y no soy la única que se da cuenta.

—Oh, no, no me dé las gracias. No tiene importancia. ¿Puedo ofrecerle otro gintónic?

—Muchas gracias -dice la mujer dándole una palmadita, sí eso mismo, dándole una palmadita en la cabeza mientras le acerca el vaso-. Eso sería

espléndido.

¿Espléndido? ¿Espléndido? ¿Desde cuándo la palabra «espléndido» forma parte del vocabulario de mi madre? Hasta mi padre parece quedarse un poco atónito por su respuesta, y cuando lo miro el hombre hace su gesto tan característico de levantar la vista hacia el techo y pone cara de resignación, y yo tengo que reprimir una risita tonta.

—¿Les ha costado mucho encontrar la casa? — pregunta Ed-. ¿Han venido en coche?

—No hemos tenido ningún problema, ¿verdad, pa... -Se detiene porque acaba de caer en la cuenta que acaso no sea lo más adecuado llamar «papá» a papá delante de alguien como Ed-... Alan?

Por un momento me pregunto de quién está hablando, porque no creo recordar que jamás lo haya llamado otra cosa que «papá» en toda su vida.

—No, Jean -responde mi padre, recalcando un poco la palabra «Jane», porque a él le parece tan raro como a mí-. Ha sido pan comido.

Mi madre le envía un brusco movimiento de cabeza que mi padre y yo sabemos que significa: «no digas expresiones como ésa», pero Ed no se da cuenta y les devuelve los vasos llenos.

—Pa... Alan, tú no bebas más, que luego tienes que conducir hasta casa.

—Oh, qué lástima -dice Ed-. Tengo un vino muy bueno para cenar. Como es una ocasión especial había pensado en abrir un Mouton Rothschild de mil novecientos sesenta y uno. Usted sí que tomará un poco, ¿verdad señora Mason?

—Oh, llámame Jean -dice ella con una risita tonta-. Todo el mundo me llama así.

—*Mais bien sûr.* -Ed se suma a la risita de mi madre-. Jean.

Me entran ganas de matarlo, lo que pasa es que mi madre está muy impresionada con esas tres palabras en francés pronunciadas con un acento patético.

–Ooh -exclama-. ¿Hablas francés?

–*Juste un peu* -se ríe Ed-. *Et vous?*

–*Moi?* -Mi madre cree que es lo más gracioso que jamás ha dicho, pero yo vuelvo a la cocina porque no quiero seguir presenciando semejante escena. Por Dios, ¿por qué razón acepté organizar una velada como ésta?

–Cuando queráis podéis sentaros a la mesa -digo con mi mejor aire de anfitriona; cuanto antes sirva la cena antes terminaremos y antes podrán irse mis padres.

Como es obvio que la *bruschetta* ya no va a ser el primer plato, llevo el pollo con arroz y verduras a la mesa y todo el mundo me acerca el plato para que les sirva, mientras Ed baja a la bodega.

–Es un encanto -susurra mi madre sin abandonar su tono afectado en cuanto Ed se va de la habitación-. Es perfecto para ti.

Y, quizá sin querer, suelto un suspiro de alivio, porque finalmente alguien, aunque sólo sea mi madre, cuya opinión cuenta tanto para mí como la de William Hague (ya sabéis, el último diputado de la oposición), alguien, digo, me da su visto bueno, alguien me ha dicho exactamente lo que quería oír, que Ed es perfecto para mí.

Ed regresa, abre el vino mientras mis padres nos observan, a la espera de que uno de nosotros empiece a cenar. Al fin cojo mi tenedor, mi madre coge el suyo y se lleva el primer bocado a la boca.

Os lo juro, he visto dibujos animados en los que la gente se vuelve roja y empieza a echar humo por las orejas cuando come algo picante, pero nunca

pensé que eso pudiera ocurrir en la vida real.

Todo el mundo se detiene, los tenedores a medio camino entre el plato y la boca, y clavamos los ojos en mi madre, mientras la mujer deja caer el cubierto y se pone a jadear y a agitar las manos como una histérica.

—Ten, ten -dice papá al tiempo que le acerca la copa de vino, la única bebida que hay en la mesa. Mi madre engulle la copa entera de un solo trago-. ¿Qué te pasa? — pregunta papá-. ¿Se te ha ido por el otro lado?

Las lágrimas corren por la cara de la mujer. Por el amor de Dios, ¿no exagera un poco? Prueba a hablar, pero no parece que pueda pronunciar ni una sola palabra, así que señala la comida mientras mueve la cabeza como una posesa.

—¿Señora Mason? — Ed se ha puesto en pie, se ha acercado a ella muy preocupado y a mí no me queda más que preguntarme por qué mi madre siempre termina siendo el centro de atención-. ¿Jean? — insiste-. ¿Puedo traerle algo? ¿Es la comida?

Mi madre asiente.

—A ver... -dice Ed. Regresa a su plato y con mucho tiento coge un poco con el tenedor mientras yo cada vez me siento más y más cerca del borde del fracaso. Lo prueba, se reclina en la silla durante dos segundos exactos mientras sus papilas gustativas reciben el impacto y luego se pone en pie de un salto y sale disparado hacia la cocina. Lo siguiente que oigo es el sonido del agua del grifo que corre.

—Pero ¿qué os pasa? — Casi me pongo a gritar al tiempo que cojo un poco de comida con los cubiertos-. Tampoco cocino tan mal... -Y, mientras mi padre consuela a mi madre y Ed sigue en la cocina, me llevo el tenedor a la boca. — ¡Eccccccsssss!

Corro a la cocina y quito a Ed de debajo el grifo, me coloco debajo de él y me pego al chorro de agua. Es como si la boca estuviera a punto de

estallarme, me quedo en esa posición unos tres minutos; lo único bueno de la historia es que estoy tan ocupada en procurar refrescarme la boca que no pienso en la vergüenza que estoy pasando.

Al final, cuando ya me he asegurado de que el daño no es irreversible y de que puedo volver a hablar, regreso al comedor para afrontar las consecuencias.

—¿Qué le has puesto? — La cara de mi madre está de color morado. — Sólo le he puesto cuatro guindillas.

—Ahí no hay cuatro guindillas -dice-. ¿Qué tipo de guindillas?

—Bueno, la receta decía cuatro guindillas grandes, pero no pude conseguirlas y en su lugar le he puesto dieciséis guindillas de las pequeñas.

—¿Dieciséis? — Ed me mira horrorizado mientras a mi padre le entra la risa tonta.

—¿Dónde? ¿Dónde está el problema? Cuatro guindillas pequeñas equivalen a una guindilla grande.

Mi madre me mira como si no pudiese creer que soy su hija.

—Libby -dice después de dar un codazo a mi padre, que deja de reír e intenta poner cara seria-, las guindillas pequeñas son cuatro veces más fuertes que las grandes.

—Por Dios -dice Ed con el semblante algo desconcertado-. Creía que sabías cocinar.

—¡Sé cocinar! — exclamo-. Pero ¿cómo iba yo a saber lo de las guindillas?

—Lo siento, cariño -dice y me da un beso en la frente, un gesto que parece animar a mi madre-. Ya sé que sabes cocinar. ¿Pasamos al postre?

Arrojo mi servilleta encima de la mesa y voy a por la mousse de chocolate, pero cuando abro la puerta de la nevera me doy cuenta de que el plato es un desastre total. Básicamente no es más que un cuenco de cristal de aguachirle con color de chocolate, de modo que ni me tomo la molestia de llevarlo a la mesa y lo tiro por el fregadero.

—Ejem -digo cuando regreso a la mesa-. Ha habido un pequeño contratiempo con el postre.

—¿Sabes lo que me apetece de veras? — dice Ed-. Comida china.

A mis padres les parece una idea magnífica, mientras yo me quedo inmóvil en la silla, demasiado avergonzada para decir nada.

Y media hora más tarde allí estamos, mis padres vestidos con sus mejores galas, sentados a la mesa que yo me he afanado en cubrir con salvamanteles, servilletas irlandesas de lino y hasta flores en el centro, rodeados de recipientes de papel de aluminio llenos de comida china, que no está mal, aunque sé que mi madre me torturará toda la vida por lo que ha ocurrido esta noche.

Ed ayuda a que la noche siga adelante contando a mis padres sus batallitas en el mundo de las inversiones y ellos están fascinados, aunque yo estoy bastante orgullosa de él porque se ha encargado de que la velada no haya estado salpicada de silencios incómodos y haya aburrido hasta las ovejas.

Pero a mis padres no parece importarles. Bueno, dejémoslo en que a mi madre no parece importarle. La mujer escucha cada palabra, sonrío animando a Ed para que siga con ayuda de los sonidos precisos en los momentos adecuados, mientras que mi padre parece sentirse algo incómodo, pero supongo que el hombre no es que sea muy hablador.

Finalmente los acompañamos hasta la puerta, mientras mi madre me echa una mirada amenazadora, y sé que se muere por hablar conmigo por teléfono y diseccionar la velada, probablemente también me aleccione por lo de las guindillas. Ed resulta tan encantador como siempre y los acompaña

hasta el coche.

Gracias a Dios que esta noche ya es historia.



veintitrés

—Tampoco es que me interese mucho -dice Jules mientras se levanta para preparar más té.

—¡Pero Jules! — Hago una mueca-. Has dicho que es alto, guapo, sexy y divertido. ¿Cómo es posible que no te interese?

Se da la vuelta y me mira.

—Libby, todavía amo a Jamie. No sé qué ocurrirá entre nosotros, pero lo que no quiero es que un tercero complique aún más las cosas.

—Pero es sólo cosa de una noche, por el amor de Dios, y no tienes que hacer nada. Además, le diste tu número de teléfono.

Jules suspira y se acaricia el pelo.

—Ya lo sé -gime-. No sabía qué más decir cuando me lo pidió. Jesús. Te vas a una fiesta de trabajo con la esperanza de quedarte veinte minutos como mucho, viene un maldito tío que sería exactamente tu tipo si no estuvieses casada y... No lo sé. No me interesa tener una cita con él. No supe qué más decir.

—Una cita con él no va a hacerte ningún daño y si Jamie y tú no volvéis juntos, al menos sabrás que hay otros hombres.

–Pero yo no estoy muy segura de querer otros hombres.

–Has dicho que... ¿cómo se llama? ¿Paul? – Jules asiente-. Que Paul es el primer hombre que te ha parecido atractivo desde que estás casada.

–Pero eso no significa que quiera acostarme con él.

–¿Y quién ha hablado de acostarse con él?

–Bueno, pues salir con él. ¿Por qué ha tenido que llamarme? – se queja al tiempo que vuelve al sofá con una tetera recién hecha-. ¿Por qué no podría ser uno de esos hombres que conoces, te piden el teléfono y luego no llaman?

–Porque no es un cabrón -digo con retintín-. Y, además, nunca se sabe. A lo mejor te diviertes.

–Acabo de terminar la entrevista con el *Mail* y pasaba por aquí, así que he pensado entrar un momento para ver si te apetecía tomar un café.

Amanda, como de costumbre, parece sacada de una de esas listas de las mujeres más bellas, vestida con un traje chaqueta de color fucsia, pendientes de oro macizo y unas gafas de sol enormes al estilo Jackie O. Resulta evidente que disfruta de su fama recién estrenada. Bueno, más que fama, medio fama, porque Amanda ha estado «saliendo» con uno de los actores de televisión más prometedores del momento gracias a mí, y de pronto los periódicos parecen estar muy interesados en ella.

Ni se os ocurra pensar que hay un romance; en cuanto el actor en cuestión sale del ángulo de las cámaras es tan afeminado como el color del vestido de Amanda, pero aún no ha salido del armario y airear la noticia de su homosexualidad no lo ayudaría precisamente para ser un ídolo.

Me las arreglé para que Amanda lo acompañase al estreno de una película, los flashes de las cámaras centellearon y Amanda hasta se detuvo para

decirle a un periodista que no tenían ningún comentario que hacer acerca de su relación, lo que equivalía a decir que follaban juntos, y al día siguiente la noticia apareció en la página tres de algunos periódicos sensacionalistas.

Y la chica, ni que decir tiene, está que no pisa el suelo. Los reportajes la presentan como la pareja de televisión más glamourosa del momento, su peinado ha sido el centro de atención de las páginas para mujeres y la imagen de macho del actor está más que confirmada a ojos de la opinión pública.

Incluso los del *Telegraph* me llamaron la semana pasada para preguntarme si podían escribir un artículo sobre Amanda, lo que, en su opinión, es el marchamo de la auténtica fama, y ahora sí que parece que me haya convertido en su mejor amiga.

Tengo que hablar con ella todos los días, porque las llamadas que piden entrevistas, fotografías y comentarios de Amanda para incluirlas en distintos medios se acumulan de tal forma que no damos abasto. Tengo que decir que la chica cada vez me gusta más, aunque sé que nuestra amistad es algo pasajero y que no puedo bajar la guardia.

—Estoy tan ocupada organizando tus entrevistas -me echo a reír mientras alargó la mejilla para que me dé un beso- que no sé si puedo.

—¡Amanda, cariño! — Joe Cooper sale de su despacho y le da un beso de lo más efusivo-. ¿Qué te parece toda la cobertura que Libby te está consiguiendo?

—¡Es fantástico! — exclama entusiasmada-. Estáis haciendo un trabajo magnífico. He pasado para ver si Libby se animaba a ir a tomar un café conmigo. — Le cuenta a Joe que la entrevista del *Telegraph* fue de perlas, y Joe dice que por supuesto que puedo salir a tomar un café con ella, de modo que salimos de la oficina, Amanda sin quitarse las gafas de sol, aunque el día esté de lo más encapotado.

Mientras nos dirigimos al café italiano que hay a la vuelta de la esquina, el

único sitio que hay en los alrededores, una mujer se queda clavada en medio de la calle cuando nos ve. Se acerca y da un golpecito a Amanda en el brazo.

–Disculpe, ¿no es usted Amanda Baker?

Amanda asiente con cortesía.

–Oh, me encanta verla en la televisión. Veo su programa todas las mañanas.

–Vaya, muchas gracias -dice Amanda mientras revuelve el interior de su bolso-. ¿Quiere que le dedique una fotografía? – Y mientras yo miro la escena, asombrada, Amanda saca una fotografía grande de papel satinado en blanco y negro. La mujer no aparta la vista, encantada-. ¿A nombre de quién? – pregunta Amanda, haciendo una pausa regia mientras mira a la mujer.

–Jackie -responde ella-. ¿Sabe?, me muero de impaciencia por contar a mis amigas que la he conocido. Es usted mucho más guapa en carne y hueso.

–Gracias -dice Amanda sin dejar de garabatear, mientras la mujer le da las gracias profusamente y desaparece.

–Jesús -digo-. ¿Te ocurre muy a menudo?

–Todo el tiempo -suspira-. Me tienen loca.

Pero pese a su comentario, no la tienen loca, más bien le encanta, porque eso es lo que siempre ha deseado y ahora que lo ha conseguido sabe que lo propio de una estrella es quejarse.

Pedimos un par de capuccinos en la barra, nos sentamos al lado de la ventana y, finalmente, Amanda se quita las gafas de sol y echa un vistazo al establecimiento para comprobar si alguien se fija en ella, pero los camareros italianos trabajan todo el día y no tienen la oportunidad de ver la televisión por la mañana.

—Dime -me invita a hablar mientras se acaricia el pelo perfectamente arreglado-, ¿cómo estás?

—Muy bien -respondo-. De hecho sensacionalmente bien.

—¿De verdad? ¿Cómo te va la vida con el señor McMahon?

Y acabo contándole que Ed ha conocido a mis padres, que todo va casi a pedir de boca y que creo haber encontrado a mi hombre ideal.

—Será mejor que no lo dejes escapar -dice cuando termino de hablar-, porque hay muchas mujeres a las que les encantaría echarle las garras encima a Ed McMahon.

Se ahorra incluirse entre ellas, pero supongo que no tiene por qué decirlo. Lo lleva escrito en la cara. Además, que resulte tan evidente que le encantaría probar suerte con él me hace estar todavía más resuelta a procurar que mi historia salga bien, a procurar convertirme en la señora de Ed McMahon.

¿Ah, sí? ¿Pensabais que no iba a cambiar mi nombre? No seáis ridículas. Llamar a Nobu para reservar mesa a nombre de Libby Mason no tiene ningún caché, la cosa cambia mucho cuando haces una reserva a nombre de la mujer de Ed McMahon. Es como una de esas pruebas que cada dos o tres meses hacen en esos programas de televisión. El señor Joe Bloggs y su señora llaman a los diez mejores restaurantes de la ciudad para reservar mesa para dos esa misma noche y quien atiende el teléfono les dice que durante los tres meses siguientes lo tienen todo reservado. Luego llama uno de los colaboradores del programa diciendo que Elizabeth Hurley y Hugh Grant están a punto de aterrizar en uno de los aeropuertos de la ciudad y aunque ya sabe que es muy justo de tiempo, pregunta si esos mismos restaurantes podrían encontrarles un sitio y, claro está, se desviven para encontrarles mesa y, por supuesto, a la hora que más convenga a la pareja.

No es que sugiera que Ed McMahon juegue en la misma liga que Elizabeth

y Hugh, pero todo el mundo que se precie de ser alguien debe saber quién es Ed. Jules ya me preguntó si me sentiría igual si el hombre fuese, por decir algo, Ed McMahon, soldador, y yo escurrí el bulto diciéndole que lo que él hace forma parte de quién es, de modo que, sinceramente, no sabría qué responderle.

Aunque creo que vosotras sí lo sabéis.

Cuando regreso a la oficina hay un mensaje de Jules y otro de mi madre. Llamo a mamá primero, que apenas puede contener la emoción, y pasa veinte minutos cantándome las excelencias de Ed, lo encantador que es, el mejor partido que podría encontrar, y cómo se le ve que me adora. A Dios gracias que no se acuerda de mencionar lo de la cena.

En el mismo momento en que me dispongo a descolgar el teléfono para llamar al *Telegraph* para comprobar que están contentos con la entrevista y resolver el asunto de la sesión fotográfica, el aparato vuelve a sonar (creedme cuando os digo que la vida de un relaciones públicas se basa enteramente en las llamadas de teléfono, personales o de cualquier otra naturaleza). Es mi padre.

—¿Qué ocurre, papá? — Mi padre no me llama nunca, nunca. Incluso me ha costado un poco reconocer su voz, tan contadas son las veces que habla.

—Te llamo para darte las gracias por lo de anoche.

—Ah, bueno, mamá ya me ha telefoneado. ¿Lo pasaste bien?

—Sí, estuvo muy bien. ¿Eres feliz con él, Libby?

¿Qué es esto? Primero mi padre me llama al trabajo y luego me pregunta cómo va mi relación. Tengo que llegar al fondo de esto.

—¿Por qué, papá?

—Ya sé que tu madre está loca de alegría porque salta a la vista que el chico

es muy rico y que le gustas mucho, pero me preguntaba si tú vas muy en serio con él.

—No te gustó, ¿verdad papá? — El alma se me cae a los pies.

—¿Quieres una respuesta sincera?

—Sí. — No.

—Me parece que resulta obvio que Ed está colado por ti. Probablemente podría darte todo lo que necesitas, pero... -Se interrumpe.

—Continúa, papá.

—Bueno, es sólo que no estoy convencido de que sea un chico para ti.

—¿Por qué no?

El hombre suelta un suspiro.

—No es nada por lo que pondría la mano en el fuego, pero quería asegurarme de que eres feliz, quiero lo mejor para ti.

—Y no crees que él lo sea. — Tengo la sensación de que mi padre quiere decirme más cosas, pero no lo hace y yo no lo obligo.

—Libby, si tú eres feliz, yo soy feliz.

—Soy feliz, papá. Te lo digo en serio.

—Bien. De acuerdo, cariño, eso es todo. ¿Nos veremos el domingo?

—Hasta entonces. Adiós, papá.

—Adiós.

¿De qué iba todo esto? Ya sabía que anoche mi padre no se sintió muy cómodo y que se dormía mientras Ed contaba sus batallitas, hasta me atrevería a decir que incluso yo encuentro que Ed a veces puede resultar aburrido, pero tiene otras cualidades que lo salvan. Además, no hay nadie que siempre sea divertido, ¿no os parece?

Hoy ya he hablado dos veces con Jules, pero quiero saber su opinión acerca de la extraña conversación con mi padre; además, a lo mejor ha telefoneado a Paul, así que la llamo al móvil porque sé que tenía que ir a ver a un cliente.

—A mi padre le cae fatal.

—¡Estás de broma! — Ahoga un grito-. ¿Eso te ha dicho?

—Bueno, no. No exactamente, pero no ha sido necesario. — Y le cuento lo que me ha dicho.

—Hummm. Podría tratarse de un caso de sobreprotección paterna. Entiéndeme, Ed es bastante mayor que los otros novios que has tenido, quizá está preocupado por ti.

—¿Qué tiene que ver que Ed sea mayor con todo esto?

—Vale. Ya sabes que yo te diría lo que Ed me parece, y sabes que sería sincera contigo. Se me acaba de ocurrir una idea magnífica. ¿Te acuerdas de Paul? ¿Por qué no quedamos los cuatro para cenar? No puedo volver a verlo yo sola, se parecería demasiado a una cita, pero podría arreglármelas si tú también estuvieses y, de paso, podría echarle un vistazo a Ed.

—¡Fantástico! — digo y aunque la situación sea algo extraña sin Jamie, al menos será una buena excusa para que Jules vuelva a verlo. Yo estoy con Jamie, pero no creo que haya nada malo en tener un suplente en la manga, por si acaso.

—¿Cuándo te va bien?

—¿Qué te parece el viernes por la noche?

—Perfecto.

—¿Libby? Tienes otro paquete -me dice Jo por la línea interna.

—No me digas que vuelven a ser flores.

—No. Este es más misterioso. Sube y ven a verlo.

Voy a recepción, donde encuentro una enorme bolsa de plástico de Gucci. Os juro que el corazón me da un vuelco porque en la oficina no llevamos las relaciones públicas de Gucci (sería fantástico), de modo que ¿por qué ha llegado una bolsa de Gucci con mi nombre escrito en ella?

Jo se frota las manos mientras chilla:

—Ábrela, ábrela. — Y eso hago, pero antes saco la tarjeta y leo en voz alta: «Para mi querida Libby, por el gran esfuerzo que hizo anoche. Te quiero, Ed.»

—¡Oh Dios mío! — chilla Jo-. ¿Qué hay en esa bolsa?

Rompo el papel de seda despacio, desato el cordón de una bolsa de tela con el nombre de Gucci estampado y saco un bolso de Gucci de piel color marrón chocolate. El modelo con asas de bambú, el modelo que siempre había querido.

—Joder. Qué Suerte La Tuya -dice Jo.

—¡Pero si tú ya tienes uno como éste! — digo mientras acaricio la piel, suave como la mantequilla.

—Sí, pero yo tuve que pagar trescientas diez libras.

—¿Lo dices en serio? — Ahora me toca a mí pegar un chillido.

—¡No puedo creer que te haya comprado un bolso de Gucci!

—Por Dios, ¡yo tampoco!

Naturalmente, tengo que volver a llamar a Jules y, aunque distingo cierta emoción en su voz, también se muestra algo reservada. Le pregunto qué ocurre hasta que se sincera conmigo y me dice lo que piensa.

—Me preocupa pensar que es como si te estuviese comprando.

—No seas ridícula -resoplo sin dejar de acariciar mi nueva adquisición-. Para él trescientas libras son como tres libras para el resto de los mortales.

—Sin embargo -dice-, haciéndote regalos tan lujosos se te hará muy difícil.

—Pero no voy a dejarlo. — Por primera vez empiezo a cabrearme un poco con Jules, algo que nunca ocurre.

—Vaya, lo siento -dice-. Me estoy comportando como una auténtica aguafiestas. Es genial y yo estoy celosa, eso es todo.

—Es espléndido -digo con una sonrisa-. Espera a verlo para estar celosa.

—Es el que aparece en *Tatler* este mes, ¿verdad? El que todas las chicas deberíamos tener.

—Sí, el mismo.

—Eres una bruja. Pues claro que tengo envidia y me muero de ganas de que llegue el viernes para conocerlo.

—Vale, yo también me muero por conocer a Paul. Ah, por si no me reconoces, yo seré la chica con el bolso de Gucci.

Somos los primeros en llegar al Sartoria, porque hemos encontrado un sitio para aparcar el coche casi al instante, un milagro en el West End. Pido un Kir, la copa que de un tiempo a esta parte siempre tomo, porque queda bien con mi nueva imagen de ser la pareja elegante y sofisticada de Ed McMahon.

Por si acaso os preguntáis cómo voy vestida, llevo una falda de piel marrón que me compré ayer, porque, por mucho que me encante llevar pantalones, Ed ha admitido de mala gana que le encantan las mujeres con faldas y es lo mínimo que puedo hacer por él. Además, resulta que me quedan espectaculares con mi nuevo bolso de Gucci (vale, vale, ya me callo, pero es que tenía que volver a decirlo).

Ed se sienta a mi lado y me coge la mano por debajo de la mesa y a intervalos de pocos minutos me da un beso en los labios, gesto que, por bonito que sea sentirse tan adorada, empieza a irritarme un poco. Intento apartarle la mano, pero Ed vuelve a poner esa carita de cachorro triste y me siento culpable, de modo que vuelvo a dejar que me coja la mano y le doy un apretón tranquilizador.

Jules y Paul llegan (suena tan mal decir Jules y Paul), Ed se levanta para darles la mano y dice lo encantado que está de volver a ver a Jules, mientras Paul se queda de pie sin saber muy bien qué hacer, a la espera de que Jules me presente.

Paul parece... majo, que ya sé que es como no decir nada, pero, pese a ser todo lo que Jules me ha descrito, no es Jamie y no sé si podría acostumbrarme a él.

Nos sentamos y hablamos un poco acerca de lo maravilloso que es el restaurante, lo bien que se come, según hemos oído, y cuando el camarero viene para tomarnos nota Ed no se decide y me pide que elija por él. Lo hago y estoy encantada de hacerlo... es todo un gesto de confianza e intimidad.

Ed resulta de lo más encantador, hace muchas preguntas en lugar de, gracias a Dios, ponerse a contar sus puñeteras historias sobre inversiones y me paso toda la noche rezando para que a Jules le entre por el ojo derecho.

Me saca un poco de quicio cuando la mayor parte del plato de los entrantes de Ed terminan en su bigote, porque lo mismo ocurrió la otra noche y tuve que darle un codazo cuando pensaba que mis padres no miraban para que se limpiara la comida del mostacho. Esta noche me siento más segura y quiero que Jules vea lo unidos que estamos, de modo que cojo mi servilleta, levanto los ojos hacia el techo y le limpio los restos de comida y, aunque Ed se siente un poco avergonzado, lo cierto es que está encantado de que tenga tantas atenciones con él.

Llega un momento en el que Jules habla acerca de alguien del trabajo que la está volviendo loca porque no deja de cambiar de opinión y a quien describe como «mercurial».

—Ehm, disculpa -la interrumpe Ed.

—¿Sí? — Jules se detiene a medio discurso.

—Me parece que «mercurial» no es la palabra que estas buscando.

Jules se queda sin saber qué decir.

—Vaya, a mí sí que me lo parece -dice lentamente.

—Yo creo que no. ¿A qué te referías?

Jules lo mira como si se hubiera vuelto loco, impresión que, debo decir, a mí también me da, porque hasta yo me guardo muy mucho de interrumpir a Jules mientras habla.

—Inconstante, que no deja de cambiar de opinión -dice-. Una persona que sufre cambios de humor.

—Por lo que tengo entendido «mercurial» proviene de mercurio, es decir, líquido, fluido.

—Me parece que también puede significar «que no deja de cambiar» -dice y por su tono de voz rezo para que Ed se eche atrás.

—Por favor, no creas que soy un maleducado, pero creo que *The Oxford English Dictionary* define el término como «perteneciente o que contiene mercurio» -insiste Ed, mientras yo me quiero morir.

—En realidad -dice Paul, añadiéndose a la conversación para intentar salvar la velada-, creo que los dos tenéis razón. Por lo que puedo recordar, «mercurial» significa tanto que contiene mercurio, como voluble.

—Y Paul es cirujano -digo con la esperanza de relajar el ambiente, lo que significa que tiene que ser tan inteligente que hasta da miedo, así es que creo que los tres tendremos que darle la razón.

A Dios gracias que mi comentario parece que relaja el ambiente, pero a partir de entonces el ambiente resulta menos cordial y de vez en cuando veo que Jules fulmina a Ed con la mirada cuando cree que ninguno de los dos miramos.

—Bueno, debo decir -salta Ed, sin tener en cuenta las consecuencias de lo que casi ha sido una discusión con Jules, cuando estamos a punto de pedir café- que es estupendo haber conocido a la mejor amiga de Libby.

—Gracias -dice Jules-. Conocer a ti también ha sido estupendo. — Lo dice apretando los dientes-. ¿Conoce ya Libby a tus amigos más íntimos?

Y entonces me doy cuenta de que, aparte de Sarah y Charlie y del resto de los invitados a la fiesta en el campo, no sólo no he conocido a ninguno de los amigos de Ed, sino que ni siquiera he oído hablar de nadie más. Toda la gente sobre quien habla parece ser un colega que ha conocido en el trabajo. Un tanto extraño, ¿no os parece? Miro a Ed para ver qué dice.

—Ja, ja -se ríe-. ¿Me he perdido el chiste? La verdad es que no tengo muchos amigos.

—No entiendo por qué no -murmura Jules mientras yo le doy una patada por debajo de la mesa-. Seguro que tienes unos cuantos -insiste como si tal cosa.

—Oh, sí, sí. Están Charlie y Sarah, por supuesto. Libby ya los conoce y, ejem, bueno, supongo que trabajo tanto que no he tenido la ocasión de hacer muchos amigos.

Me doy cuenta de que Ed está un poco desconcertado y me meto en la conversación.

—Charlie y Sarah fueron encantadores. Ya te lo conté, ¿te acuerdas?

Jules asiente.

—El caso es que me preguntaba en qué círculos te movías antes de conocer a Libby.

—No soy una criatura muy sociable, ja, ja -dice Ed-. Cuando no estoy en el despacho estoy en casa.

—En ese caso debes de estar encantado de haber conocido a Libby -dice Paul con una sonrisa.

—Oh, lo estoy -responde Ed mientras me dedica una sonrisa, aliviado porque lo haya sacado de un apuro-, lo estoy. — Se acerca a mí y me da un beso en los labios.

—Voy un momento al lavabo. ¿Vienes Jules?

—Te acompaño -dice y cuando nos levantamos deja la servilleta encima del respaldo de la silla y nos vamos.

—Y bien, ¿qué te parece? — me pregunta incluso antes de que cerremos la puerta.

—Es un encanto -respondo-. Se lo ve muy majo.

—Ya lo sé -suspira mientras se repasa el carmín de los labios-, pero no es lo mismo, ¿no te parece?

—No, supongo que no.

—Dios mío -dice-, ¿qué voy a hacer?

—¿Es que tienes pensado hacer algo? — Me quedo mirándola con asombro.

—No quiero -responde-, pero, y ya sé que suena raro, tengo la sensación de que si yo también le fuese infiel, entonces estaríamos empatados y podría perdonarlo.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres hacer?

—No, la verdad es que no, pero me parece que es la única manera. Bueno, basta, ya hemos hablado suficiente de mí. Ed. Es obvio que te adora.

—¡Eso ya lo sé! Pero ¿a ti qué te parece?

—¿Estás segura de que quieres que sea sincera?

De pronto ya no lo estoy tanto, no quiero discutir con Jules, es mi mejor amiga, pero sé que no me va gustar lo que me va a decir y no creo que pueda soportar tenérmelas con ella.

Me encojo de hombros.

—Mira -dice con tono amable-. La verdad es que no hemos empezado con muy buen pie. La historia esa de «mercurial» no me ha hecho ni pizca de

gracia, así que en este momento no se me ocurren muchas cosas positivas, pero veo que te trata como a una reina y eso es algo por lo que le estoy agradecida.

—¿Seguro que no te gusta?

—No lo sé. Tendría que pasar más tiempo con él, pero lo más importante es que te hace feliz.

—Te acabará gustando -digo-. Si olvidas que a veces parece un poco engreído, Ed resulta adorable.

—¿Estás segura de que es posible olvidar que a veces es un poco engreído?

—¡Oh, Jules! — Le doy un abrazo-. Por favor, alégrate por mí. Me trata mucho mejor de lo que me han tratado los tíos con los que he salido.

—Eso es lo que me asusta -me dice cogiéndome por los hombros-. Me da miedo que te hayas enamorado de cómo te trata y no del hombre. — Nos separamos y ahora me toca a mí retocarme el carmín.

—No creo que ése sea el caso -digo mientras deslizo el lápiz por mi labio superior-. No lo creo.

—De acuerdo -dice y me sonríe en el espejo-. Si tú lo dices, te creo.

—¿Te han gustado?

—Sí -responde Ed de vuelta a casa.

—¿Te ha gustado Jules?

—Tiene carácter -dice.

—No te ha gustado, ¿verdad?

—Pues claro que sí -responde acercándose a mí para darme un beso cuando nos detenemos en un semáforo en rojo-. Es tu mejor amiga, tiene que gustarme.

No estoy muy segura de que ésa sea la respuesta que quiero oír, por no decir que no lo creo, pero estoy convencida de que los dos sabrán limar sus diferencias, de que las cosas saldrán bien. No puede ser de otro modo.

Aparcamos el coche, salimos y mientras nos dirigimos a la puerta Ed se detiene de repente y me agarra para abrazarme efusivamente.

—Iba a esperar -dice- para hacerlo como es debido, pero creo que voy a pedírtelo ahora. ¿Quieres casarte conmigo?

Llevo toda la vida esperando oír esas palabras, así es que ¿por qué mi corazón no se eleva hasta el cielo estrellado? ¿Por qué no estoy bailando de alegría? ¿Por qué me siento tan normal?

—Vale -digo al fin y la expresión de preocupación de Ed se convierte en un auténtico arrebato de felicidad.

—¿Te casarás conmigo?

—Lo haré.

—¿Serás mi esposa?

—Sí.

—Dios mío, esto hay que celebrarlo con champán.

Entramos, y, mientras yo me siento en el sofá y miro cómo Ed descorcha el champán, me pregunto cómo es posible que esta situación sea el mayor anticlímax de toda mi vida. Incluso cuando me ofrece la copa y se sienta a mi lado para abrazarme no siento que una sensación de felicidad eufórica se

apoderar de mí, quizá es que nadie se siente así en una situación como ésta. Quizá toda la historia sea como las películas de Hollywood: el amor apasionado, la sensación de éxtasis cuando alguien te pide que te cases con él, quizá nada de eso existe y, aunque existiese, esta sensación de tener los pies en el suelo resulta mucho más segura, más real. En cualquier caso prefiero ser la persona amada antes que la persona que ama, así no pierdo el control.

Y después de un rato de celebración cojo el teléfono y despierto a mis padres para contarles la buena noticia.

Mi madre se pone a gritar. Literalmente.

—Libby se casa -le chilla a mi padre-. Oh, Libby, no sé qué decir. Estoy tan emocionada... no puedo creer que te nos cases, nunca creí que llegaría el día y te casaras con Ed McMahon, un partido tan excelente y te ha elegido a ti y...

Juro que no lo invento, a la mujer le falta el aire.

Y no añade:

«Espera a que se lo cuente a los vecinos», pero sé que eso es lo que está pensando.

Papá coge el teléfono y se limita a decir:

—Felicidades, cariño. Me alegro mucho por ti.

Le paso el teléfono a Ed y oigo que mi madre le grita encantada. Al fin colgamos y pienso en llamar a Jules porque, después de mis padres, ella debería ser la siguiente persona en el mundo en saberlo, pero no estoy muy segura de querer hacerlo con Ed a mi lado; prefiero contárselo cuando esté sola, de modo que dejo esa llamada para mañana y nos vamos a la cama.



veinticuatro

Anoche no dormí muy bien. Ed y yo hicimos el «amooooor» y aunque cada vez resulta mejor, en algunos aspectos empeora. Su técnica ha mejorado muchísimo, pero sé exactamente qué va a hacer. Intenté decirle que quizá debería cambiar un poco la rutina y entonces se disgustó y dijo que era como si lo criticase. Procuré explicarle que aunque leyese sobre el sexo en un manual, cuando lo hacíamos no tenía por qué ser como si siguiésemos las instrucciones, que mi comentario no era una crítica y que a veces estaría bien que me sorprendiese, en lugar de seguir siempre los mismos pasos.

Ed se disculpó, lo que me hizo sentir culpable, sobre todo porque aquella misma noche nos habíamos prometido, de modo que entonces fui yo quien se disculpó. A los pocos minutos cayó dormido, mientras yo, tumbada en su cama, no pude conciliar el sueño, intentando controlar la situación. Y sí, estaba contenta, pero no dejaba de pensar que todo aquello parecía un sueño y me costaba acostumbrarme a la idea de que fuese para toda la vida, a la idea de que el hombre que dormía a mi lado sería el único que dormiría a mi lado para el resto de mi vida.

Pero a Ed se lo veía tan dulce cuando dormía profundamente... Lo observé durante horas y, de pronto, a las tres de la mañana, me invadió esa sensación. Un enorme estallido de felicidad que se extendía por todo mi cuerpo y entonces mi nueva realidad me dio de lleno. «¡Me caso! ¡Yo! ¡Libby Mason! ¡Me convertiré en esposa! ¡Nunca más tendré que preocuparme por estar triste, sentirme sola y estar soltera.»

Me deslicé de la cama y me puse a dar vueltas por la casa, abriendo todas las puertas y entrando en todas aquellas habitaciones vacías, repasándolas con los ojos, sonriente, porque sabía que todo aquello era, oficialmente, mío. Entré en el gimnasio y me puse a saltar un rato hasta que me di cuenta

de que toda la casa temblaba, que podía despertar a Ed y yo no quería despertarlo. Aquél era mi gran momento... «¡Dios mío! ¡Me voy a casar!»

Bajé, me preparé una taza de té y me acurruqué en el sofá sin dejar de reír como una loca ante la perspectiva de vivir en una casa tan espectacular como aquélla, de nunca más tener que ir a comprar a los centros comerciales de la calle principal, de poder enseñar mi mansión a Jules y a Sally y a Nick.

«¡Santo Dios! ¿Qué dirá Nick? Me gustaría que se alegrase por mí, pero también me gustaría que tuviese un poco de envidia. Quiero que lamente haberme dejado, que me alimente un poco el ego... eso creo.»

Me quedé un rato pensando en toda la gente que me gustaría que lo supiese y me puse a hacer una lista de los invitados a mi fiesta de compromiso, aunque como no pude encontrar ni un solo trozo de papel y me empezaba a entrar sueño, decidí regresar a la habitación y volví a meterme en cama junto a Ed. Finalmente, a las seis menos cuarto, con el canto de los pájaros, me quedé dormida sin borrar la sonrisa de mi cara.

—¡No pude hacerlo! — dice Jules cuando la llamo a la mañana siguiente-. Paul vino a casa para tomar un café y fue espantoso, Libby. Fue tan raro, estar aquí sentada bebiendo café a sabiendas de que él iba a intentar ligar conmigo. La sola idea me aterrorizaba, de modo que no dejé de levantarme para ir a buscar galletas, azúcar y todo eso. Fue espantoso.

—¿Y? ¿Lo hicisteis?

—¡No! — responde casi a voz en grito-. ¡Intentó besarme y a mí me entró pánico! Empecé a soltarle que mi separación era aún reciente, que no estaba segura de estar preparada y no pude hacerlo. Oh, Libby, soy un desastre.

—¿Y él qué dijo?

—¿Él qué dijo? Fue un encanto, me dio un beso en la mejilla y me dijo que

volvería a llamarme, pero que lo entendía y que no tenía ninguna prisa.

—¿Aún crees que te acostarás con él para vengarte de Jamie?

—Oh, mierda, no lo sé. Sólo sé que anoche no pude, pero ahora, por la mañana, no lo sé.

—Jules, ¿de veras crees que te va a servir de algo vengarte de Jamie?

—Al menos estaremos en igualdad de condiciones, pero no sé si puedo seguir adelante con esta historia.

—¿Volverás a quedar con Paul?

—A lo mejor ya no vuelve a llamarme. ¿Tú qué crees? ¿Volverá a llamarme?

—Pues claro que lo hará y, por cierto, me caso.

—¿Y qué hago cuando llame?

—¿Jules? ¿Me has oído?

—No. ¿Qué has dicho?

—¡Que me caso!

Se hace un largo silencio.

—¿Jules?

—¡Dios mío!

—¡Lo sé! ¿Puedes creerlo? Me lo pidió anoche, cuando llegamos a casa.

—¿Y no me llamaste? ¡Bruja! ¿Por qué no me telefoneaste?

—Quería decírtelo cuando estuviese a solas. Bueno, ¿no vas a felicitarme?

—¡No puedo creerlo! ¿Cuándo? ¿Cuándo os casáis?

—Aún no lo hemos hablado, pero no te preocupes, quiero estar prometida algo así como un año.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Jules, ¿no te alegras por mí?

—Por Dios, Libby, estoy loca de alegría. ¿Sales con Ed esta noche?

—No, me doy la noche libre. Hoy me apetece quedarme sola en casa y empezar a hacerme a la idea.

—¿Significa eso que no puedo tentarte con una cena del Marks Sparks y una selección de revistas de vestidos de novia?

—¿Has guardado las revistas de vestidos de novia de cuando te casaste?

—Libby, yo lo guardo todo. Tengo montones de ellas, por no hablar de la tira de información sobre hoteles para organizar la recepción y todo eso.

—Me has pillado. Nos vemos esta noche. ¿Voy directamente desde el trabajo?

—Sí. Pondré el champán a enfriar. Maldita sea, me gustaría que Jamie estuviese aquí.

Gracias a Dios. Es la primera vez que demuestra que lo echa de menos.

—Lo sé -digo-. A mí también.

Cuando llega la hora del almuerzo creo que todo el mundo conoce la noticia

y, aunque el jefe desapruueba las llamadas por asuntos personales desde la oficina (nadie lo diría después de la de veces que telefono a Jules), esta mañana me ha dado permiso para hacer unas cuantas y ha mandado a Jo a comprar champán para celebrarlo.

Esto es lo que más me gusta de este trabajo: todo el mundo lo toma con tanta calma que toda excusa es buena para hacer un alto. Joe está la mar de encantado por mí aunque, y ya sé que lo que voy a decir suena a paranoia, espero que no sea porque quiere deshacerse de mí.

—¿Nos dejarás? — pregunta mientras me sirve un poco más de champán.

—No te librarás de mí con tanta facilidad. — Me echo a reír-. Como mínimo me quedará un año más.

—Pronto tendremos que prestarte nuestros servicios de relaciones públicas - dice con una sonrisa-, para que los periodistas cubran a la glamourosa mujer de Ed McMahan, que tan generosamente se vuelca en actos benéficos.

Me pongo a reír, aunque no es una mala idea. Y recolectar fondos para la beneficencia siempre es bueno porque, aparte de ir de compras, quedar con las amigas para almorzar y, finalmente, cuidar de nuestros hijos, ¿con qué más voy a poder llenar mi vida?

La gloria. Entendámonos, quizá podría seguir trabajando durante un tiempo, pongamos hasta que tenga hijos, pero tampoco sería serio trabajar a destajo para cobrar cuatro peniques. Quizá trabaje en la oficina un par de días a la semana y quizá me una a un comité de beneficencia llamativo y organice almuerzos de moda y cosas por el estilo. Joder, casi me entran ganas de irme ahora mismo.

Todo el mundo sigue felicitándome y el champán empieza a subírseme a la cabeza cuando Jo, que no ha dejado de ir de un lado para otro atendiendo las llamadas de teléfono entre sorbos de champán y charloteos, grita:

—Libby, Nick al teléfono. ¿Le digo que lo llamas luego?

—No, ya lo cojo. — Corro a mi mesa, lejos del barullo de la oficina, y descuelgo.

—¡Hola, Nick!

—Felicidades. Sal me acaba de contar lo tuyo.

¿Me lo imagino o, ja, ja, su voz suena un poco desangelada? No es que ahora me preocupe lo más mínimo hablar con Nick. Ahora que tengo a Ed ya no.

—Lo sé. Gracias. ¿Puedes creerlo? ¡Me caso!

—Pues no, la verdad es que no. Parece que era ayer cuando aún salíamos juntos.

Oh, vaya. Ahora, de repente, «salíamos juntos». Antes solamente nos veíamos.

—Como mi madre siempre dice, cuando las cosas van bien, van bien.

—¿Y él te va bien?

—Sí.

—Me alegro mucho por ti, Libby, lo digo en serio. Espero que sepa la suerte que tiene.

—Te aseguro que lo sabe. — Me echo a reír, es obvio que Nick se arrepiente un poco y eso es algo que siempre te gusta oír cuando fueron ellos quienes, hablando en plata, te dejaron plantada.

—Oye, tengo que dejarte, sólo quería darte la enhorabuena. Espero que seas muy feliz, Libby. Te lo mereces.

—¡Nick! No pareces tú. ¿Qué es todo este cuento de qué suerte tiene Ed y que yo merezco ser feliz? — No puedo frenarme. El champán parece que me tire de la lengua.

Nick se echa a reír.

—Lo siento. El caso es que estos últimos días he pensado en ti y supongo que parte de mí se arrepiente de que lo nuestro no funcionase.

—¡Ajá! — exclamo-. Al final siempre termino siendo yo la mala.

—Sí -dice serio-, supongo que sí. Escucha, tengo que colgar, pero un día de éstos deberíamos vernos y celebrarlo. Por los viejos tiempos.

—Mientras no intentes ligar conmigo...

—Eso va a resultar difícil -dice y por su voz noto que sonrío-, pero te prometo que sólo lo intentaré una vez.

—Perfecto -digo-. Un intento de llevarme al huerto hará maravillas en mi ego. — Lo mismo que esta conversación aunque, claro está, no se lo digo-. Te llamaré cuando las cosas se hayan calmado un poco, ¿vale?

—Estupendo. Y da un abrazo de mi parte a Jules y a Jamie.

Otro que no sabe lo de Jamie. Cuelgo y pienso que es una pena que las cosas con Nick no saliesen bien. Parecía encajar tan bien con mis amigos, mucho mejor que Ed en algunos aspectos, y Dios sabe que con él sí que había pasión, pero Nick nunca hubiese podido ofrecerme la vida que yo quiero y, además, el deseo no es lo más importante. Incluso el hecho de que alguien conecte o no con mis amigos tampoco importa. Lo que en realidad importa es que ese alguien encaje conmigo y Ed encaja.

Sé que Jules tiene montones de revistas, pero no puedo evitarlo. A media tarde tengo que salir de la oficina y comprar tres más, porque Jules se casó

hace siglos, la moda cambia, incluso en los vestidos de novia, y quiero saber exactamente qué se lleva esta temporada.

Y aunque hago todas las llamadas que tengo que hacer y hablo con toda la gente con quien tengo que hablar, las revistas están en una bolsa de plástico en una esquina de mi mesa sin dejar de susurrar mi nombre durante toda la tarde. Al final me las llevo al lavabo, me siento en la tapa del váter y las hojeo a toda prisa, aunque me muero por estudiar cada página, cada vestido hasta el más mínimo detalle.

Cuando salgo del lavabo garabateo distraídamente unos cuantos diseños en mi cuaderno de notas, mientras sueño que camino por la nave de la iglesia y que mis amigos ahogan un grito de sorpresa por mi increíble belleza y por la cinturita que tengo, porque en mis fantasías habré perdido unos seis kilos cuando llegue el día de la boda y, por supuesto, seré la novia más hermosa que se ha visto.

Luego me pongo a pensar en los anillos de compromiso y pido a todas las casadas y prometidas de la oficina que me dejen probar el suyo para ver cuál me favorece. Deborah lleva una preciosa esmeralda antigua, rodeada de pequeños diamantes engarzados que se ve increíble, lo que pasa es que mi anillo no llevaría una esmeralda, el mío tendría que ser un diamante descomunal y esos diamantes engarzados que la rodean son demasiado pequeños, así es que bromeo con ella mientras compruebo cómo me queda el anillo en el dedo del corazón de la mano izquierda y le digo que no sirve, que puedo mover los dedos con excesiva facilidad.

Bees tiene un diamante tallado en forma de pera, algo que ya se acerca más a cómo debería ser el mío, y ya me gusta que la talla tenga esa forma, aunque yo quizá llevaría un diamante con forma de pera y dos piedras redondas a cada lado.

—¿Y quién te lo va a regalar? — pregunta Bees entre risas mientras me pongo a desfilas por la oficina con la mano extendida hacia delante.

—¡Tú confía en mí! — Me río con ella-. ¡Hace pocas horas que estoy

prometida! ¿Acaso hay una norma que diga lo que un hombre debe gastarse en un anillo de compromiso? ¿No es algo así como el sueldo de seis meses?

—¡Seis meses! — chilla-. ¡Ni en sueños, bonita! Un mes, lo que significa que tu anillo seguirá costando una fortuna, porque te casas con Ed McMahon.

Jesús. ¡Voy a casarme con Ed McMahon! El impacto vuelve a darme de lleno y me pongo a gritar alborozadamente por la oficina, diciendo de nuevo a todo el mundo que me caso con Ed McMahon hasta que se cansan de mí y Joe me dice que me calle o que me vaya a casa y eso es, precisamente, lo que haría, pero entonces pienso que últimamente me he ido temprano de la oficina demasiado a menudo, de modo que me escondo en mi mesa y garabateo unos cuantos vestidos más hasta que llega la hora de salir.

Jules desciende por la escalera entre tambaleos, oculta bajo el peso de dos cajas de cartón.

—Están aquí -anuncia mientras las deja caer en el suelo de la cocina, pero antes me invita con un gesto a que vaya hacia la puerta y me agarra de la mano.

—¿Adónde vamos?

Me arrastra escalera arriba hasta el cuarto de invitados, donde se sube a una silla y abre un cajón del que saca una gran caja blanca.

Ahogo un grito de exclamación.

—Es tu vestido de boda, ¿verdad?

—Sí -dice mientras levanta la tapa y con sumo cuidado desenvuelve las capas de papel de seda-. Pensé que te gustaría probártelo.

—¿Estás segura?

—Vamos; a ver cómo estás vestida de novia.

Me quito la ropa a toda prisa y Jules me ayuda a ponerme el vestido. No es precisamente que se me ajuste como un guante, de hecho ni nos molestamos en abrochar los botones de la espalda, pero aun así se consigue el efecto que perseguimos, y a las dos nos entra la risa tonta mientras me enseña los pasitos para caminar por la nave de la iglesia.

—Déjame ensayar lo de la escalera -digo mientras bajo los peldaños con solemnidad hacia el rellano, los hombros echados hacia atrás, la cabeza bien erguida, mirándome sobrecogida cuando paso por delante del espejo.

Al final nos quitamos los zapatos (no os preocupéis por el vestido de novia, ya lo hemos guardado) y nos acurrucamos en el sofá, dispuestas a mirar las revistas.

—Éste seguro que no -dice Jules horrorizada cuando le muestro un vestido de color merengue sacado de un cuento de hadas con capas y más capas de tul rígido que asoman por una pequeña cintura emballenada-. Parecerías un pastel de nata enorme.

—Muchas gracias. ¿Intentas decirme que estoy gorda?

—Sí, seguro. — Levanta los ojos hacia el techo-. ¿Tú? ¿Gorda? Difícil. Solamente digo que esos vestidos no te favorecen en absoluto. Creo que deberías buscar algo más sencillo. Recuerda mi máxima...

—Sí, sí, sí. Menos es más.

—Exacto. Yo te imagino llevando algo muy elegante y sofisticado. Mira, ¿qué te parece algo así? — Me desliza su revista hasta el regazo y señala un modelo imponente de color marfil.

—Humm -digo, al tiempo que pruebo a superponer mi cara en la foto de la modelo-. Es precioso.

–Muy sofis -añade Jules.

–Humm, ¿y las damas de honor?

–Podrías hacer algo similar, acortando un poco el largo de la rodilla o algo por el estilo, y cambiar el color.

–Por Dios. Los colores. ¿De qué color?

Al cabo de un par de horas las dos gruñimos después de un festín de postín. A nuestros pies se apilan montañas de páginas que he arrancado de las revistas para sacar ideas.

–¿Va en serio que piensas casarte con él? – dice Jules de repente.

–¿Qué? ¿Creías que era una broma?

–Una broma no, pero pensaba que...

–Jules, hablo en serio cuando digo que voy a casarme con él.

–Muy bien, pero déjame que te haga una pregunta. ¿Estás enamorada de él?

Me quedo sin saber qué decir.

–Sí, bueno, lo quiero.

–Eso no es lo que yo te he preguntado. ¿Estás enamorada de él?

–Jules -digo despacio, como si estuviese hablando con un niño, porque quiero que entienda muy bien lo que estoy a punto de decirle-. Tuviste muchísima suerte con Jamie, o al menos eso pensamos todos en su momento. Parecía que habías encontrado a un chico guapo, brillante, divertido, que te adoraba, que era tu mejor amigo y que te atraía mucho.

Pensaste que habías encontrado al hombre perfecto, pero no fue así.

—Gracias -dice con amargura-. Machácame, vamos.

—No quería decir eso -me defendiendo-. Lo que deseo que entiendas es que pensabas que habías encontrado la receta para gozar de toda una vida de felicidad y aun así las cosas no salieron bien. Quizá el hecho de que lo mío con Ed no sea lo mismo no es tan malo, porque al menos me meto en esta aventura con los ojos bien abiertos.

—Estás diciendo que tienes que transigir.

—Bueno, sí, pero realmente creo que tienes que transigir. No en todo, pero estoy convencida de que lo más importante es buscar a un buen hombre. Un hombre que cuide de ti, que sea un buen marido, un buen padre para tus hijos. Alguien que pueda ser tu mejor amigo, que esté contigo tanto en los buenos momentos como en los malos.

—Pero tiene que gustarte.

—Pues claro que tiene que gustarte, pero eso no es tan importante como las otras cosas, porque todo ese rollo de que te gusten, todo el tema del deseo con el tiempo siempre termina por desaparecer, y, una vez que se acaba, te quedas sin nada; pero si, en cambio, eliges a alguien con quien realmente seas compatible, entonces siempre seréis amigos y la amistad es lo más importante de todo.

—¿Así es que Ed no te gusta físicamente pero te gusta como amigo?

Suelto un suspiro.

—No, eso no es lo que te estoy diciendo. Ed me gusta, pero no siento la pasión que sentía por, digamos, Jon. Hasta con Nick al final empecé a sentir que perdía el control...

—Síntoma inequívoco de que te enamoraste de él.

—Pero ¿no te das cuenta de que esto es lo que quiero? ¿No te das cuenta de que lo que no quiero es perder el control, de que he encontrado a alguien que siempre me querrá con locura y cuya amistad siempre mantendré y de que, aunque Ed me gusta, el sexo no es lo más importante?

—Dices eso porque hacerlo con él es un desastre.

—No es un desastre, joder.

—Lo dijiste tú.

—Al principio -gruño-, pero ahora es mucho mejor.

—Aunque no tan bueno como con Nick.

—Ahí es donde quiero llegar -suspiro desesperada-. Nick no estaba hecho para mí. El sexo no lo es todo y, sí, hacerlo con Nick era increíble, pero el resto no.

—El resto también. Os llevabais a las mil maravillas.

—De acuerdo, tienes razón, pero ¿por qué estamos hablando de Nick? Esto no tiene nada que ver con Nick, no pinta nada aquí. Estamos hablando de lo que buscamos en un compañero.

—Me parece que transiges demasiado, y lo entendería si tuvieses treinta y siete años, pero sólo tienes veintisiete, y creo que eres demasiado joven para transigir de ese modo.



OceanofPDF.com

–¿Dónde está Ed? – La sonrisa radiante de mi madre empieza a desvanecerse cuando, desde el peldaño de la escalera, se pone a mirar por encima de mi hombro.

–Tenía que trabajar. Lo siento -digo mientras entro en casa.

Mi respuesta no es del todo cierta, pero no podría soportar otra escena con Ed y mi familia.

–Mamá, por Dios, ¿qué es todo esto?

La mesa del comedor está puesta con la mejor porcelana de mi madre, que tan sólo parece ver la luz del día una vez al año y, mirando a través de la película de plástico adherente que cubre los platos, se ve que la mujer ha tirado la casa por la ventana.

–Vaya pérdida de tiempo -dice mientras se acerca a la mesa y tensa el plástico adherente que cubre una bandeja de dulces que hay en el centro de la mesa-. Creía que Ed vendría contigo y no quería que pensase que no sabíamos tomar el té.

–Mamá, tomar el té no es nada del otro mundo. Quizá se acompaña con un pastel o unos bollos o algo por el estilo. Aquí hay suficiente comida para alimentar a un ejército. ¿Qué tenemos aquí? – Levanto un poco más del papel adherente y descubro montones de galletitas danesas y un enorme pastel de chocolate. Menos mal que Ed no ha venido. Menos mal que no puede ver a mi madre en todo su esplendor burgués.

–Bueno -digo cogiendo una galletita-. Estoy muerta de hambre.

Mi madre suelta un suspiro.

–Tenía tantas ganas de volver a ver a Ed... Pensé que podríamos celebrarlo todos juntos.

El timbre suena y levanto los ojos de la mesa.

—¿Quién es?

—¿Qué voy a decirles a Elaine y a Phil? — dice de camino a la puerta mientras yo me dejo caer en el sofá sin poder creerlo. Mi madre ha invitado a sus puñeteros amigos con los que juega al bridge, seguramente para presumir de quien pronto será el ricachón de su yerno.

—Hola, Libby -me saluda Elaine cuando entra, y echa un vistazo a la habitación-. Enhorabuena. ¿Dónde está el afortunado?

—Trabajando -respondo sin la más mínima cortesía mientras la mujer me da un beso en la mejilla.

—Qué pena -brama Phil entrando en la sala de estar-. Teníamos ganas de conocer al famoso Ed McMahon. Bien hecho, hija. A eso le llamo yo un buen golpe.

Fuerzo una sonrisa y asiento con la cabeza.

—¿Dónde está Alan? — pregunta Phil-. ¿En el jardín?

Mi madre levanta los ojos hacia el techo y asiente.

—Con sus rosales, para no perder la costumbre.

Elaine suelta una risa con retintín.

—Al menos tu Alan se ocupa del jardín -añade Elaine-. Mi Phil no tiene ni idea de qué pinta tiene un rosal.

—Gracias, Elaine -dice Phil-. ¿Y quién se encarga del bricolaje de la casa? ¿Eh? ¿Quién?

—Ya lo sé, querido. Eres una maravilla con el taladro, lo reconozco.

El pecho de Phil se hincha como el de una paloma.

—Voy a ver si Alan necesita una mano -dice cuando abandona la habitación.

El timbre vuelve a sonar. Miro a mi madre con el entrecejo fruncido al tiempo que ella se dirige a la puerta para atender la llamada.

—¡Diane! ¡Ken! — Oigo que exclama y luego tengo que agudizar el oído para escuchar lo que dice, porque se pone a hablar en lo que ella considera que es un tono de susurro-. Ed no ha venido. Lo siento, ha tenido que quedarse trabajando. Ya sabéis cómo es eso de ser un financiero de éxito. No importa. — Y su voz recupera el tono normal de estampido-. He preparado un té delicioso.

—¡Libby! — exclama Ken como si lo sorprendiese verme-. Vaya, vaya. — Me da un codazo y me guiña el ojo-. ¿Qué es eso de que vas a convertirte en la mujer de todo un millonario?

—Ken -lo reprende Diane-. Deja en paz a la pobre chica. Seguro que ya está harta de que la gente no deje de preguntárselo.

Le dedico una sonrisa de agradecimiento.

—Lo sabemos todo sobre él -prosigue ella por increíble que parezca, mientras se quita la chaqueta de mezclilla de Country Casuals-. Jean nos ha descrito la casa al dedillo. Ese hombre tiene toda la pinta de ser maravilloso. A eso le llamo yo ser una chica con suerte.

¿Por qué me siento como si tuviese seis años, rodeada de los amigos de mis padres?

Mi madre se acerca a mí y me da un toque con el codo.

—Sí -digo con una sonrisa-. Soy una chica con mucha suerte.

—Llevas un bolso precioso -comenta la cotorra de Diane cuando se da la vuelta y ve mi bolso de Gucci, tirado al lado del sofá-. No es tuyo, ¿verdad, Jean?

—No, es de Libby -responde mi madre, que se da la vuelta hacia mí-. Parece caro -afirma preguntando.

—Sí. Es muy caro. Me lo ha regalado Ed.

—¿No será uno de esos Pucci? — dice Diane mientras se acerca y, ¿os lo podéis creer?, me abre el bolso para echar un vistazo a la etiqueta-. ¡Oh! — suelta una risita tonta-. Quería decir Gucci.

—¿Ed te ha comprado un bolso de Gucci? — Ahora sí que mi madre está impresionada. Asiento con la cabeza-. Esa tal Tara como se llame tiene uno.

—¿Tara? — Diane se estruja los sesos para localizar al miembro del club de bridge que responde a ese nombre.

—Ya sabes, Diane, esa chica que aparece en todos los periódicos. Tara Thompson Parker.

—En realidad se llama Tara Palmer-Tomkinson -digo apretando los dientes.

—Ésa -dice Elaine alegremente desde la mesa, sin apartar los ojos de los dulces-. Caray, Jean, ¿habéis visto qué surtido? Debes de haber pasado horas preparándolo.

—No ha sido nada -dice mi madre con orgullo-. No tiene importancia.

—Vaya, mirad ese pastel. — Elaine retira un poco de papel de aluminio para echarle un vistazo-. ¿Lo has hecho tú?

—Por supuesto. Nunca os ofrecería un pastel comprado -dice mi madre-. Ya sabes cuánto me gusta cocinar.

Por el amor de Dios. Me encantaría que Olly estuviese aquí. Mi madre sola ya es terrible, pero con sus ridículos amigos que no dejan de cotorrear la escena es de pesadilla.

—Ahora tendrás que empezar a cocinar para tu prometido -me dice Elaine con una sonrisa. Mi madre resopla-. ¿Qué? — pregunta Elaine mirándola-. Tendrá que acostumbrarse a recibir a sus amigos en casa.

—Por desgracia, Libby no ha heredado mis habilidades culinarias -comenta mi madre, quien, acto seguido, se pone a describirles lo que cociné la otra noche con todo lujo de detalles mientras Elaine y Diane dejan caer: «Vaya, vaya», me miran con incredulidad y a mí me entran ganas de matarlas. A todas, y en el caso de mi madre procuraría ser particularmente retorcida.

—Tengo entendido que hay unos cursos de cocina maravillosos -dice Diane inocentemente cuando dejan de reírse de mí-. Quizá te convendría apuntarte a esa escuela, Pru Leith. Creo que son muy buenos.

Por favor, callaos. Callaos todos de una vez.

—Quizá -termino diciendo.

—Es una lástima que tu Ed no esté aquí -dice Elaine para romper el silencio tan incómodo que envuelve la habitación después de mi respuesta-. Teníamos tantas ganas de conocerlo...

—Lo sé -digo y, sin que pueda evitarlo, con un tono de sarcasmo de lo más corrosivo, añado-: Le hubieseis encantado.

Mi madre me mira horrorizada.

—¡Libby!

—Lo siento mucho -digo y lo siento de veras. No era mi intención decir lo que he dicho-. No quería hacer ese comentario.

Elaine imita a mi madre aspirando por la nariz a la perfección mientras Diane me da un golpecito en la rodilla y sonrío.

—No te preocupes -dice-. Debes de estar con mucha presión; te vas a casar con alguien como Ed.

—Mamá -mascullo-. ¿Puedo telefonear?

—Adelante -suspira-, pero hazlo en el piso de arriba.

Creo que hasta ella agradece perderme de vista unos minutos.

—Jules, esto es un infierno. Lo estoy pasando fatal.

—¿Dónde, estás?

—En la puñetera casa de mis padres con sus puñeteros amigos, que no dejan de pitorrearse de cómo cocino.

—¿Tienes que quedarte?

Suspiro.

—Como una hora. Escucha, ¿qué te parece si organizo una fiesta de compromiso?

—Humm, ¿no sería mejor una cena de compromiso?

—¿Qué? ¿En lugar de una fiesta?

—Bueno, siempre puedes hacer la fiesta después, pero en vista de que Ed no tiene muchos amigos, ¿por qué no organizas una cena y lo presentas a todo el mundo? De lo contrario, tendrás que quedar con todos por separado y así te quitas la presentación de encima de una sola vez.

—Sí, buena idea. Primero una cena de presentación y luego la fiesta.

—Eso es, si no será un poco raro montar la fiesta si nadie lo conoce.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes mejor.

—¿Llamo a todo el mundo y les pregunto cuándo están libres?

—Sí. Podemos hacerlo la semana que viene, si quieres. Cualquier noche menos el martes.

—¿El miércoles?

—Perfecto. ¿A quién más vas a llamar?

—A Sally y a Paul, a Olly y a Carolyn.

—¿Así que aún está con ella?

—Ajá.

—Bien. Me gustó mucho. ¿Quién más?

—Bueno, ¿tú cuántos crees? ¿Tengo que invitar a todo el mundo o sólo a los más íntimos?

—Sólo a los más íntimos, creo. ¿Y Nick?

—¿Es buena idea?

—¿Crees que vendrá?

—Sí. Además, ¿no eres tú quien dices que seguís siendo amigos?

—Pero entonces necesito una chica para que lo acompañe. ¡Ya lo tengo! ¡Jo,

la recepcionista de la oficina! Seguro que se llevan bien. En realidad no sé si se llevarían tan bien, razón por la cual se lo preguntaré. Jo, como yo, nunca se rebajaría a salir con alguien que no tiene un céntimo.

—Muy bien. Luego puedes llamar a esos amigos de Ed -dice Jules-. ¿Cómo se llamaban?

—Charlie y Sarah. Humm, no lo sé. Quizá no. Conmigo fueron encantadores, pero son mayores que nosotros y no sé si encajarían muy bien.

—Como quieras. Organizaremos una cena para tus amigos y otra para los de Ed. — Se detiene y suelta un suspiro.

—Jules, ¿qué pasa?

—No lo sé -responde-. Es sólo que... bueno, que celebrar tu compromiso sin Jamie será tan raro... Ya sabes a lo que me refiero, quedar con toda esa gente que conozco e ir sola...

—Podrías pedirle que viniese -digo dubitativa.

—Ni hablar -responde resuelta-. No pienso dejar que se presente como si no hubiese pasado nada.

—¿Estás segura?

—No. — Intenta echarse a reír-. Pero no por eso voy a pedirle que venga.

—¡Libby! — Mi madre me grita desde el pie de la escalera.

—Mierda, tengo que dejarte.

El dragón ya está resoplando.

—Llámame luego.

–Vale.

–¿Cuándo vas a organizar la fiesta de compromiso? – Elaine tiene una mancha de mayonesa en la barbilla y me divierte que nadie se haya dado cuenta o que, si lo han hecho, no se hayan molestado en decirle nada.

–Todavía no lo hemos hablado. Por cierto, me parece que la mitad del bocadillo se ha quedado pegado en tu barbilla.

Abre los ojos como platos mientras, apresuradamente, se limpia la barbilla con una servilleta de papel.

–Lo siento -digo pizpireta, disfrutando de la vergüenza que siente-, pero siempre he creído que esas cosas deben decirse.

–Sí, ejem, gracias.

–¿Qué tipo de fiesta piensas organizar? – pregunta Diane a voz en grito para evitar el ruido del fútbol, porque Phil ha insistido en que se encendiese el televisor, de modo que Phil, Ken y mi padre están pegados a la pantalla mientras «las chicas», como Phil nos llamó, nos sentamos en el comedor, en el otro extremo de la habitación.

–No lo sé, pero creo que la haremos en casa.

–En Hannover Terrace -puntualiza mi madre con aires de suficiencia.

–Ya lo sé, querida -dice Diane-. Ya nos lo has dicho.

–Me cuesta tanto creer que mi hija se vaya a vivir a Hannover Terrace... - dice a punto de echarse a llorar de alegría-. Eso no es una casa, es una mansión.

–Espero que Ed haya instalado un buen equipo de seguridad. – Es obvio que Elaine siente que se la hace de menos-. En ese tipo de casas siempre

hay robos.

—No podrían llevarse nada -bromea mi madre-; está prácticamente vacía.

—¿La decorarás tú, entonces? — dice Elaine al tiempo que asiento-. Qué ilusión. El otro día vi que en John Lewis tenían unas suites preciosas.

—Libby no comprará nada en John Lewis -dice mi madre-. Irá de compras a Harrods, muchas gracias.

Diane y Elaine están impresionadas.

—En realidad -digo-, me parece que Harrods está algo anticuado para mi gusto. Tengo intención de ir a Conran Shop.

—¿Conran Shop? — repiten Diane y Elaine al unísono.

—¡No querrás comprar todas esas cosas que están de moda en Conran Shop! — replica la mujer-. Parecen muy bonitas, pero te advierto que son muy incómodas.

—¿Y cuándo fue la última vez que fuiste a la Conran Shop? — quiero saber.

—Hace dos días -grita mi padre. Final de la primera parte del partido-. Decidió que tenía que aprender un poco más acerca de cómo vive la otra mitad del mundo.

Elaine y Diane sueltan educadamente una risita mientras mi madre finge sonreír al mismo tiempo que fulmina a mi padre con la mirada.

—Pasábamos por casualidad -se defiende-, y pensamos que sería una buena idea entrar y ver la razón de tanto revuelo con esa tienda.

—¿Pasabais? — digo con una sonrisa maléfica en mis labios-. ¿Antes o después del almuerzo en el Daphne's?

Mi madre me lanza una fría mirada.

—Voy a volver a llamar. — Me levanto y hago ademán de subir la escalera cuando mi madre está a punto de quejarse, pero añado-: Voy a telefonear a Ed, ¿de acuerdo?

—Oh, claro -sonríe con cara de boba-, claro. Dale recuerdos de nuestra parte.

—Muy bien. — Subo a su dormitorio y me siento en la cama para hacer la llamada.

—¡Hola cariñito de papá! — exclama Ed-. Te echo de menos.

—¿Qué haces?

—Estoy trabajando, pero ya casi he terminado. ¿Vendrás tarde?

—Salgo de aquí en un momento y voy a casa.

—¿Cómo están tus padres?

—Son unos pelmazos. Lo de siempre, vaya.

—¡Libby! No digas eso, son tus padres.

—Lo siento -refunfuño-, pero es que han invitado a unos amigos y la reunión es demasiado para mí. ¿Qué hacemos esta noche? Confío en que vayamos a un sitio elegante, por algo llevo mi nuevo vestido de diseño.

—Salir en domingo siempre es un poco difícil. ¿Qué te parecería si fuésemos al cine? Si lo prefieres podemos alquilar una cinta de vídeo y verla en casa.

—Oh, vaya. Creía que saldríamos a cenar.

—¿Un domingo? ¿Quieres ir a cenar fuera? Siempre puedo reservar mesa en algún restaurante.

—No te preocupes. Lo de quedarnos en casa ya me va bien.

—Me aseguraré de que todo sea *magnifique* -brama-. ¿Qué te apetece cenar? Iré a comprar antes de que regreses.

—Me da igual, Ed. Cualquier cosa. Estoy llena después de tomar el té en casa de mis padres.

—¿Salmón ahumado? ¿Huevos revueltos? ¿Pasta?

—No sé, cariño, de verdad. Lo que quieras.

—Muy bien, cariño. Me muero de ganas de verte. Te quiero mucho.

—Ya lo sé -suspiro-. Yo también te quiero.

Vuelvo a la sala de estar y todos se vuelven para mirarme.

—¿Y? — pregunta mi madre.

—¿Y qué? — Sonrío con desprecio.

—¿Qué ha dicho?

—Oh, que sentía mucho no poder estar aquí, que lamenta mucho haberse perdido tus dulces de mantequilla y que tiene muchas ganas de volver a veros.

Mi madre suspira y se da la vuelta, con una sonrisa, hacia Elaine y Diane.

—Es estupendo tener un yerno tan encantador.

—Todavía no lo es -murmuro.

—Por cierto, ahora que hablamos del tema -dice mi madre sin dejar pasar la

oportunidad-, ¿cuándo pensáis fijar la fecha?

–Aún no lo hemos hablado, pero no te apures. Serás la primera en saberlo.

–Siempre me ha parecido que las bodas en verano son preciosas -opina Elaine.

–Lo tendré en cuenta. Lo siento, pero tengo que irme. Me está esperando Ed.

Doy una vuelta a la habitación y, mecánicamente, doy un beso de despedida a todo el mundo. Mi madre me acompaña hasta la puerta.

–Podrías haber sido un poco más amable con nuestros invitados -sisea en el peldaño de la puerta.

–Y tú podrías haber sido un poco más discreta a la hora de invitarlos para presumir del novio de tu hija.

–Novio no, prometido -corrige-. Además, no los invité para presumir de Ed. Les debía una invitación y me olvidé por completo de que Ed y tú ibais a venir.

–Por eso se han disgustado tanto al ver que Ed no estaba.

Mi madre cruza los brazos y me mira.

–Sinceramente, Libby. La mayoría de las chicas estarían dando saltos de alegría si estuviesen prometidas con Ed McMahon, pero tú siempre pareces estar de mal humor. No entiendo qué te pasa. Se diría que no quieres estar prometida con uno de los mejores partidos del país.

–¿Qué llevas en los pies? – Me acabo de desembarazar de uno de esos abrazos asfixiantes de Ed, miro al suelo y veo esas zapatillas gastadas y desastradas, idénticas a las zapatillas gastadas y desastradas que usaba mi

abuelo.

—Mis zapatillas -responde atónito-. Mis zapatillas favoritas. ¿No te gustan?

—¡Ed!, son zapatillas de viejo. ¡Son espantosas!

Una vez más pone cara de cachorro triste, pero esta vez me pone de los nervios.

—Ed, a veces pienso que eres un viejo de sesenta años atrapado en el cuerpo de un hombre más joven.

—¿Qué quieres decir?

—A veces te pareces mucho a un hombre de mediana edad. — Mierda, me parece que ahora me he pasado un poco-. Lo siento -digo, lo rodeo con mis brazos, le doy un beso y, gracias a Dios, consigo borrar esa expresión de su cara-. Tú no eres tan mayor y en ocasiones te comportas como un carcamal.

—Las tiraré a la basura -dice, y se quita las asquerosas zapatillas de una patada y las lleva al cubo de la basura-. ¡Fuera! — Cierra la tapa del cubo-. Se acabó. ¿Ya estás contenta?

—Sí. — Aunque no se trata solamente de las zapatillas. Me preocupa el hecho de que Ed viva en otro mundo, de que no tenga ni idea de lo que ocurre, de que me estoy esforzando mucho para ser compatible con alguien demasiado serio para mí.

¿Me estáis escuchando?

—Estoy un poco de mal humor. Lo siento, cariño. Parece que mis padres tienen la capacidad de arruinarme el día.

—No me gusta cuando Libby se pone gruñona -dice mientras se sienta en el sofá a mi lado y junta los labios para que lo bese. Le doy un beso con mimo y me sonrío-. Me gusta cuando Libby está contenta.

—Procuraré estar contenta -digo y sonrío.

—Eso está mejor -aprueba, me besa en la boca otra vez, luego en el cuello, me acaricia el pelo... y ya sé lo que sigue. Sí. Movimiento número dos: tocarme el pecho-. Humm -me dice con la boca entre mi pelo-. Libby huele sexy.

El movimiento tres es meter la mano por debajo de mi jersey, meter la mano por debajo del sujetador y desabrocharlo (con muchos problemas, dicho sea de paso).

—¿Vamos a la cama? — pregunta Ed mientras me quita el jersey.

—¿Por qué? ¿Le pasa algo al sofá?

—¡Oh, no! — Está horrorizado-. Si vamos a jugar a las camas elásticas, hagámoslo bien y vayamos a la cama.

Muy bien. Camas elásticas. En la cama. De acuerdo. Recojo el jersey y subo la escalera al tiempo que me pregunto cómo se supone que voy a excitarme diciendo «camas elásticas», al tiempo que me pregunto si el sexo con un hombre que se refiere a echar un polvo como «jugar a las camas elásticas» mejorará con el paso del tiempo o si, por el contrario, «camas elásticas» es lo más perverso que cabe esperar.

Y entonces, durante un segundo, pienso en Nick. Bueno, vale, durante unos segundos. Pienso en lo sexy que era, cómo era follar con él, cómo no jugábamos a nada que no fuese perverso, cómo me excitaba que follásemos en todos los rincones de su casa y la mía.

Por cierto, ¿ya os he dicho que una vez lo hicimos en el coche? Eso sí que fue embarazoso. Ocurrió en King's Cross. Nos habíamos parado para comprar los periódicos de última hora un sábado por la noche y cuando volvimos al coche los dos estábamos muy calientes. Una hora más tarde oímos cómo alguien daba un golpecito en el cristal empañado de la

ventanilla, lo bajé jadeando y me encontré con un agente de policía.

—¿Va todo bien, señora? —dijo con una sonrisa afectada.

—Muy bien, gracias.

—Lo digo porque hace una hora que están aquí y éste no es, precisamente, el lugar más seguro. Ya me entiende. Este sitio está lleno de gente poco recomendable.

—Oh, ejem, lo siento.

—¿Dándole un beso de buenas noches a su novio? — La sonrisa irónica se hizo más amplia. Descarado.

Pero no. Basta de Nick. ¿Dónde estaba? Ah, sí, jugando a las «camas elásticas» con Ed. En la cama. Está bien. Nada del otro mundo. Ni siquiera satisfactorio. Tan sólo bien. Para vuestra información os diré que tengo un orgasmo, pero supongo que si alguien te frota el tiempo suficiente donde tiene que frotar, seguro que una llega, ¿no os parece?

Intento hacer algo distinto. Para variar creo que puede estar bien ponerme yo encima y cuando trepo encima de él y la introduzco en mi sexo, Ed se queda completamente desconcertado.

—¿Qué estás haciendo?

—Probar algo nuevo -susurro.

—¿Estás segura de lo que haces, cariño?

—Ed, cállate. Te estás cargando el momento.

—Lo siento -dice de nuevo.

Me quedo mirándolo. Me muevo encima de él por espacio de un minuto,

pero entonces él se pone a menear la cabeza y me aparta.

—Lo siento, cariño, pero así no me gusta.

Recupera la postura del misionero que tanto le agrada y empieza a moverse mientras yo me quedo mirando al techo e intento imaginarme mi vestido de novia.

—Ha sido fantástico -dice cuando termina.

—¿Ah, sí? Bien -murmuro a medio cruzar la iglesia de nuevo.

—¿Libby? ¿Te ha, ejem, gustado?

—Sí, Ed. Ha estado muy bien -miento, y me vuelvo para besarlo mientras me sonrío en señal de agradecimiento.

Ed se levanta para ir al cuarto de baño y cuando regresa le cuento mi idea de organizar una cena para presentarlo antes de hacer la cena de nuestro compromiso. Le digo que la idea ha sido mía, porque no sé cómo reaccionaría si supiese que se le ha ocurrido a Jules.

—Una idea excelente. Invitaré a todo el mundo a cenar.

—No seas tonto -digo-. Cada uno se pagará lo suyo.

Me mira horrorizado.

—Libby, no puedes invitar a la gente a cenar y esperar que cada uno pague lo suyo. Ésas no son maneras.

—¿Estás seguro?

—No se me ocurriría hacerlo de ningún otro modo.

—Muy bien -digo encogiéndome de hombros-. Si no te importa.

Le digo a quién creo que deberíamos invitar, le parece bien y, lo que es más, ni siquiera me pregunta quién es Nick.



veintiséis

Por mucho que me repatee admitir que mi madre tiene razón, el caso es que parece no estar equivocada cuando comenta que estoy siempre de mal humor, pero el problema es que solamente estoy de mal talante o en casa de mis padres, cómo no, o cuando estoy con Ed.

Lo que no entiendo es por qué de repente mi prometido me irrita tanto, y lo que empieza a preocuparme es que dicha irritación se ha convertido en algo habitual. Ed no deja de colmarme de amor, atención y cariño y cuanto más me colma, más claustrofóbico me parece. Al final se suelta, pone la cara de siempre y consigo un poco de espacio para respirar hasta que me siento tan culpable por haberle hecho daño que le pido disculpas y entonces él vuelve de nuevo a la carga.

Pensaréis, dado que soy una de las personas más inseguras que conozco, que seguro que hay un libro que habla de este síndrome, pero he hojeado los de siempre y no encuentro ninguno que trate este problema.

Y tal vez no sea un problema. Quizá no crea que merezca ser feliz y ahora que he encontrado a un buen hombre que me trata bien, intento sabotear mi relación con él deliberadamente, porque no creo que me merezca a alguien que bebe los vientos por mí, como es el caso de Ed.

O quizá es que me pone de los nervios sin más.

Pero no quiero considerar este último punto, resulta demasiado fácil. Es

muy sencillo decir que Ed me irrita porque es una persona irritante y, si lo admitiese, no podría casarme con él, y deseo tanto casarme con él, deseo tanto que lo nuestro funcione... Supongo que es la primera vez que alguien me trata así, que me adora como Ed, que se desvive por hacerme feliz y no sé cómo llevarlo. A veces hasta tengo la sensación de estar poniéndolo a prueba. Cuanto más cariñoso y más entregado es, más me cabreo con él, más lo aparto de mí. En ocasiones pienso que me comporto así sólo para ver hasta dónde puede aguantar, para que cuando, al final, me deje, cosa que ocurrirá como siga tratándolo como lo estoy haciendo, yo pueda decir «¿Lo ves? ¿No te lo había dicho?», porque todos han acabado dejándome, y tal vez eso es lo que una parte de mí espera, así es que de un modo enfermizo acaso esté provocando la situación.

Ya sé que suena complicado, pero para mí tiene sentido. Anoche se lo conté todo a Jules y ella asintió cuando yo esperaba que asintiese, lo que pasa es que cuando terminé de explicárselo no dijo nada y le conté prolijamente por qué estaba tan convencida de que eso es lo que ocurre.

—¿Estás segura de seguir adelante con lo de la boda? — fue todo lo que Jules dijo.

—Segurísima -dije mientras intenté explicarle que, a mi entender, la única forma de superarlo era trabajar para solucionarlo, y trabajar con él. No tendría sentido romper el compromiso, volver a estar soltera y probar a enfrentarme a eso-. Tengo que mantener una relación, vivirla a fondo si quiero superar este mal momento y aprender a amar de verdad.

Aunque sospecho que aprender a amar no sea mi asignatura pendiente. Siempre he tenido la sensación de que tenía mucho amor para dar. Antes de que llegase Ed yo era siempre la que abrumaba a mis novios. Hacía lo que fuese para convertirme en indispensable para el hombre que en aquel momento estuviese conmigo. También es cierto que era yo quien los alejaba. Supongo que toda esta historia viene a ser como aquella frase célebre de Groucho Marx: «Nunca ingresaría en un club que aceptase como socio a alguien como yo.»

Acaso ahora mi asignatura pendiente sea aprender a ser amada. Todos los hombres con los que he estado antes de encontrar a Ed me han tratado fatal y cuanto peor me trataban mayor era mi empeño en cambiarlos, más los colmaba de amor, atención y cariño.

Como Ed conmigo.

Dios mío. Tengo la sensación de estar dando un gran paso adelante. Eso es exactamente lo que pasa. Los papeles se han invertido y yo estoy haciendo con Ed lo que siempre me han hecho. Recuerdo que Jon cada vez estaba más y más distante. Recuerdo cuando al final de la velada me decía: «Lo siento, ¿te importa si esta noche no te quedas a dormir aquí? Me gustaría mucho estar solo.» Recuerdo cómo lo cubría de besos mientras él cada vez se mostraba menos afectuoso.

Gracias a Dios que me he dado cuenta ahora, antes de que sea demasiado tarde, porque me esforzaré para superar esta crisis y entraré en la iglesia aunque sea la última cosa que haga.

—Vamos, hermanita. Cuéntamelo todo.

—Olly, vas a conocerlo dentro de unas seis horas. Ya lo verás por ti mismo.

—Mamá está encantada con él, aunque no sé si eso es bueno o malo.

—Dímelo a mi ¿Te ha dicho algo papá?

¿Me lo imagino o de repente Olly intenta escurrir el bulto?

—No -dice-. Ya sabes que papá nunca ha destacado por su conversación.

Me echo a reír.

—Espérate a que conozcan a Carolyn -digo-. Entonces sabrás por lo que he pasado.

—Ya lo sé -suspira-. Creo que tendré que quitármelo de encima cuanto antes. Ya les he contado lo mío con ella y mamá me está volviendo loco.

—¡Ja! ¡Ja! Bien. Mierda, me reclaman. Oye, tengo que dejarte. Serás puntual, ¿verdad?

—Sí. Hasta luego.

—Muy bien, cariño. Adiós -Cuelgo, me doy la vuelta hacia Jo, que ha puesto cara de preocupación mientras yo hablaba con mi hermano-. Jo, ¿qué pasa?

—Me vas a matar -dice-. Lo siento de veras.

—Por favor, no me digas que no puedes venir -digo lentamente.

—Lo siento mucho -dice con una mueca de dolor-. Me ha llamado mi amiga Jill para asegurarse de que iba a su fiesta de cumpleaños, pero me olvidé y se puso como histérica cuando le he dicho que no podía ir. Lo siento mucho.

—No te preocupes -suspiro cabreada, aunque no lo suficiente para ponerme a gritar, porque lo más probable es que yo hubiese hecho lo mismo en su lugar. Así es como funcionamos las solteras. Hacemos planes, pero si nos sale algo mejor, por ejemplo ir a un sitio donde tenemos más números para encontrar al hombre perfecto, cancelamos el primer plan que teníamos y no pensamos si con ello disgustamos a alguien.

Y no es que yo esté disgustada, pero ahora somos impares. ¿Con quién emparejo a Nick? Gracias a Dios suena el teléfono y Jo aprovecha para volver a recepción mientras yo suspiro un «hola»

—¡Querida!, ¡Soy yo! — Este «yo» puede ser muchos «yoes», pero en este caso sé, de inmediato, que es Amanda Baker y se me enciende una bombilla.

—¡Amanda! ¡Estaba a punto de llamarte! Ya sé que es muy justo de tiempo, pero es que, ejem -ahora llega el momento de colarle una mentirijilla-, bueno Ed y yo hemos decidido reunirnos con unos cuantos amigos esta noche, ya sé que estás ocupadísima, pero quiero que vengas. No puedo creer que me hayas telefoneado, porque en este momento descolgaba el teléfono para llamarte.

—¡Qué bien! — exclama mientras yo espero conteniendo el aliento-. De hecho esta noche no tengo nada que hacer. Tenía pensado darme un baño y aplicarme infinidad de mascarillas faciales y todo eso, pero me encantaría salir a cenar con Ed McMahon. Y contigo.

—¡Maravilloso! — contesto, sacando el entusiasmo de no sé donde-. ¡Es genial!

—Dime -me interrumpe-, ¿todos los que van están emparejados?

Me pongo a reír.

—Mas o menos, pero también vendrá un soltero, aunque no creo que sea tu tipo.

—No pasa nada. Mientras no sea la única soltera.

—No, no te apures -Y mientras le digo dónde hemos quedado y a qué hora suelto un suspiro, porque ya no tendré que avergonzarme nunca mas de estar soltera.

Recuerdo muy vívidamente aquellos tiempos en los que rehusaba ir a cenas, porque yo siempre era la única que iba sola, aquellos tiempos en los que iba y descubría que la otra persona que también estaba soltera era un tipo espantoso, lo inferior que me sentía en relación con todas aquellas parejitas y como juraba y perjuraba que no iría a ninguna otra cena hasta que tuviese pareja.

Y ahora eso es lo que hago, ya no tengo que preguntar y, por más que mis

amigos me dijese que estaba siendo ridícula, que cómo podía sentirme inferior a ellos por el mero hecho de estar soltera, por más que en aquellos tiempos los creyese, el caso es que cuando cuelgo después de hablar con Amanda me doy cuenta, y ya sé que eso no habla mucho a mi favor, me doy cuenta de que me siento un poco superior a ella. Yo tengo pareja. Un prometido. Ahora soy, oficialmente, adulta.

Jules dice que son tres las cosas que te convierten en adulta los calefactores, tener ginebra, vodka y whisky en casa y hacerte la cama todas las mañanas, pero yo disiento. Para mí no eres adulta hasta que encuentras a tu media naranja, hasta que dejas de temer al resto de parejas, hasta que puedes dejar de sentir que no eres lo suficientemente buena.

Me aseguro de que Ed y yo lleguemos pronto, que seamos los primeros en llegar, y cuando nos sentamos pedimos champán. Ed me besa y me dice lo guapa que estoy. Con el champán llega Jules y, al poco rato, Olly y Carolyn.

Ed da un beso a Jules y da la mano a los otros, al tiempo que le dice a Olly lo encantado que está de conocerlo después de haber oído hablar tanto de él.

—Estamos todos entusiasmados de ver que Libby se ha decidido a sentar la cabeza -dice Olly guiñándome un ojo-, pero también estamos sorprendidos de lo rápido que han ido las cosas.

—¡Ja, ja! — ríe Ed-. Yo también lo estoy, pero cuando las cosas van bien, van bien.

—Exacto.

—¿Dónde está Jamie? — pregunta Olly mirando a Jules con un interrogante estampado en la frente-. Otro caso de los grandes, supongo.

Jules consigue responder encogiéndose de hombros, un gesto que a todo el mundo parece convencer, menos a mí, yo soy la única que sabe la verdad.

—Ya sabes como son esos puñeteros abogados de los tribunales superiores - dice con una triste sonrisa.

—Podrías haberle dicho que viniese -le susurro mientras me acerco a ella furtivamente.

—Ya lo sé. Me ha llamado hoy y casi se lo digo, pero no ha sufrido bastante. Todavía no.

—¿Y qué le has dicho?

—Bueno, que esta noche habías organizado una cena para presentar a tu prometido, y creo que pensó que lo invitaría, pero cambie de tema.

—¿Como te sientes?

—Más sola que la una.

Le rodeo los hombros con un brazo, la abrazo y entonces oigo «¡Libby!» y Sal se apresura a cruzar el restaurante.

—¡Me tienes tan emocionada! — dice agarrándome y dándome un abrazo efusivo-. Paul y Nick están aparcando el coche. Llegarán de un momento a otro -Mira al resto, que ahora están de pie en un extremo de la mesa conversando, y cuando ve a Ed parece mirarlo dos veces-. ¿Es él? — pregunta con voz de sorpresa.

—Si, ¿por qué? Pareces sorprendida.

Mueve la cabeza.

—Lo siento Libby, lo siento mucho. Es sólo que no es, bueno, no es exactamente lo que creía que era tu tipo.

—¿Te parece feo?

Se me acerca y susurra.

—Creía que detestabas los bigotes.

—Y los detesto -le devuelvo el susurro-. Estoy en ello.

—Pensarás que soy muy mal educada. Parece encantador, lo que pasa es que yo sólo te he visto con... -Se detiene y controla que nadie la oiga cuando articula con los labios- Nick.

—¿Y?

—Y creía que Nick era tu tipo.

—Sal, yo no tengo un tipo de hombre, nunca lo he tenido. Además, Ed es un encanto, ya lo verás.

—¡Pues claro que sí! — dice mientras me aprieta el brazo-. Va a casarse contigo, ¡tiene que serlo!

—¿Ed? — lo llamo para captar su atención-. Ven a conocer a Sal.

Ed se acerca con una sonrisa y le ofrece su mano, pero se avergüenza un poco cuando Sal le da un abrazo.

—Encantada de conocerte -dice-. Hemos oído hablar mucho de ti, aunque supongo que estarás harto de que todo el mundo te diga siempre lo mismo, ¿me equivoco?

Ed se ríe entre dientes.

—En absoluto, en absoluto. Y dime, ¿de qué conoces a Libby?

Mientras Sal se lo cuenta veo que Paul entra en el restaurante con Nick pisándole los talones, y por un momento el corazón me da un vuelco. Lleva sus viejos pantalones de algodón, las Doc Martini y un abrigo viejo y

andrajoso, pero resulta tan familiar, se ve tan guapo, que por un momento tengo la sensación de que voy a echarme a llorar.

—Libby, estas preciosa -dice y me da un besito en cada mejilla-.
Enhorabuena.

—Estoy muy contenta de que estés aquí, Nick -digo y es la pura verdad-. Me preocupaba que, bueno, ya sabes...

—No seas tonta. Somos amigos, ¿no? No me lo hubiese perdido por nada del mundo. Me muero de ganas de ver como es el famoso Ed -Nick se da la vuelta y ve a Ed hablando con Sally.

—No es él, ¿verdad? Por favor, dime que no es él.

—¡Nick! ¿Que quieres decir? ¿Por qué no?

—Libby, ese hombre podría ser tu abuelo.

—Y una mierda -Me echo a reír, porque de pronto me viene a la memoria el sentido del humor de Nick-. Sólo me saca diez años.

—Bonito mostacho -dice Nick-. Humm, siempre he querido tener uno como ése.

—Oh, vamos, cállate. — Le doy una bofetadita-. Además, con suerte no lo llevará mucho tiempo.

—Si yo estuviese en tu lugar me esperaría a que estuviese dormido y se lo afeitaría. Cuanto menos sufra, mejor.

—Quizá lo haga. — Me pongo a reír-. Ven a conocerlo.

—Ejem, ¿hay alguna razón especial por la que hayas dejado una silla vacía a mi lado? — me dice Nick por encima de la mesa-. ¿Acaso mi problema de

higiene personal se ha agudizado?

Me río.

—No. Va a venir Amanda Baker. Llega tarde, debe de estar al caer.

—¿Amanda Baker? — Nick abre los ojos-. ¿Aquí? ¿Esta noche? ¿Sentada a mi lado? Guauuuu.

—Debería haberme imaginado que sabrías quién es. — Vuelvo a echarme a reír-. Eres la única persona que conozco que ve la televisión durante el día.

—Cuando se trata de Amanda Baker -babea-, la palabra salivar me explota en la cabeza. Así que ella es mi cita a ciegas, ¿no?

—No -digo con rotundidad, sintiendo de pronto náuseas, porque ¿qué pasa si se llevan bien? ¿Qué pasa si Amanda decide que Nick es su tipo? No estoy segura de poder soportar la visión de Nick y Amanda juntos. Oh, mierda, ¿qué he hecho?

—Hablando del rey de Roma -susurra Nick mientras Amanda zigzaguea hacia nuestra mesa.

—¡Libby! — Me besa a mí primero y luego a Ed para luego dar la vuelta a la mesa y sentarse al lado de Nick-. Siento mucho llegar tarde -dice-, pero tenía otra de esas latosas entrevistas. — Espera que alguien haga un comentario acerca de su fama, pero nadie lo hace hasta que Nick interviene para llenar el vacío.

—Siempre te veo en la tele -dice-. No tenía ni idea de que fueses amiga de Libby.

—Sí. ¿Te gusta el programa? — El rostro de ella se ilumina, contentísima ante la oportunidad de hablar de sí misma.

Jules me mira con cara de resignación cuando yo reprimo una risita tonta,

pero observo a Amanda con mucho detenimiento y, aunque está encantada de haber encontrado a un admirador, no distingo ni un atisbo de coqueteo en su voz, ni un parpadeo de interés. Levanto los ojos y descubro que Jules me observa mientras yo observo a la presentadora de televisión, y que levanta una ceja mientras yo me encojo de hombros, y me doy la vuelta hacia Ed, que ahora tiene su mano posada en mi rodilla.

—¿Te diviertes? — pregunta y junta los labios para que le dé un beso. Lo beso y asiento.

—¿Y tú?

Sonríe.

—Por supuesto. — Echa un vistazo alrededor de la mesa-. ¿A quién le apetece un poco más de champán?

—Sí, gracias -dice Sal y le acerca su copa-. Nunca digo que no a unas cuantas burbujas.

Ed vuelve a llenarle la copa y luego le pregunta:

—¿Conoces a Amanda?

—No nos han presentado -responde Sal mientras Amanda levanta la cabeza cuando oye que alguien menciona su nombre-. Hola. Me llamo Sally Cross.

—¿Cómo estás? — dice Amanda con la expresión algo distraída-. Sally Cross. Ese nombre me resulta familiar. ¿Nos hemos visto antes?

—No, no lo creo -responde Sal.

—¿A qué te dedicas? ¿Trabajas en televisión?

Sal le cuenta a qué se dedica y la voz de Amanda se torna efusiva de golpe. ¡Una periodista! ¡Otra oportunidad para conseguir un artículo sobre ella! Se

ponen a hablar del trabajo y al cabo de unos minutos Amanda se detiene a medio comentario y da un golpecito a Nick en el hombro.

—Disculpa, pero ¿podríamos cambiar un momento de sitio? Resulta de muy mala educación hablar contigo en el medio.

Nick se encoge de hombros, se levanta y Amanda pasa por delante de él para sentarse en la silla que acaba de dejar libre, sin que ella deje de hablar de su carrera como presentadora.

—¿Cómo va el libro? — le pregunta Olly a Nick a voz en grito.

Nick se da un golpecito misterioso en la punta de la nariz.

—Se están moviendo cosas, pero no puedo contarte nada... aún -añade. Olly se echa a reír.

—¿Quieres decir que pronto podremos leerlo?

—Tiempo al tiempo -dice Nick con voz impregnada de misterio.

—¿Eres escritor? — Ed, por primera vez en lo que va de noche, demuestra interés por Nick.

—Aspirante a escritor -dice Nick con una sonrisa.

—¿Todavía no has publicado?

—Todavía no, pero la cosa parece que promete.

—¿Qué tipo de libro has escrito?

—Oh, la típica novela de suspense con polis y asesinos.

—Pues si aún no has publicado, te dedicarás a otra cosa.

—No. Mi única ocupación es ir y volver a la oficina del paro.

—¡Oh, ja, ja! Muy divertido -Ed se ríe y Nick lo mira de una manera extraña.

—Sí, bueno, me gusta que pienses que es divertido, pero por desgracia no se trata de ningún chiste.

—¡Oh, vaya! — Ed se pone rojo como un tomate-. Lo siento muchísimo. Pensé, supuse que estabas bromeando.

—Nunca haría bromas sobre algo así.

—Es la primera vez que conozco a alguien que vive del paro -comenta Ed.

Yo tengo la impresión de que cada vez mete más la pata. Nick me llama la atención, y no puedo evitarlo, me encojo de hombros y levanto la vista hacia el techo.

—Pues te aseguro que somos unos cuantos -dice Nick mientras decido intervenir y ayudar a que cambie el tema de la conversación.

—Vamos, Nick, cuéntanos de qué va tu libro.

—Seguro que no os interesa -dice.

—¡Sí, sí! Claro que nos interesa -me apoya Jules.

Durante los diez minutos siguientes Nick acapara toda la atención del grupo mientras nos describe la trama del libro y yo lo escucho atónita porque ¡es fantástico! Lo digo en serio, una de las ideas más originales que he oído en años. Me gustaría haber escuchado antes a Nick. Me cuesta creer que nadie haya pensado en desarrollar esa idea.

—¡Es genial! — dice Olly, que ahora también lo escucha-. No tendrías que tener problemas para encontrar editor.

–Estoy de acuerdo -dice Paul-. Yo compraría el libro.

–Eso espero -se ríe Nick, henchido de orgullo por la buena respuesta que ha obtenido-. Espero que todos contribuyáis a mi liquidación por derechos de autor.

Amanda y Sal ya han acabado de hablar de trabajo y la primera da un golpecito a Ed en el hombro.

–Binky Donnell te manda un saludo -dice con una sonrisa-, y te da su enhorabuena.

–¡Binky Donnell! – exclama Ed con los ojos bien abiertos-. Hace tiempo que no oía ese nombre ¿Cómo está ese viejo tunante?

Nick me da un golpe con el codo y articula con los labios «¿Tunante?» Le doy un puntapié por debajo de la mesa, pero reparo en el detalle de que hasta Jules sonríe forzadamente.

–Sigue tan adorable como siempre -dice Amanda-. La semana pasada cené con Binky y Bunny.

Nick me vuelve a dar un golpe con el codo, y esta vez no puedo evitarlo, me entra la risa tonta. Creedme cuando os digo que no puedo creer que vaya a casarme con alguien que tiene amigos que se llaman Binky y Bunny.

–No puedo creer que vayas a casarte con alguien que tiene amigos que se llaman Binky y Bunny -murmura Nick cuando ya se ha recuperado por completo de la sorpresa.

–Vale -digo-, ¿y qué me dices de Alce?

–Al menos Alce es enrollado -dice Nick, haciéndose el ofendido-. Binky y Bunny no son nombres de gente normal.

–No tienes ni idea. Para que lo sepas Binky conduce una Harley de

coleccionista y Bunny es una rockera oxigenada despampanante.

—¿Con las orejas largas y gachas?

—Es posible -resoplo y a los dos nos da un ataque de risa que pasa desapercibido a Ed y a Amanda, porque ahora están encantados de tener tantos conocidos en común. «Tanto mejor para ellos», pienso.

Hasta Jules me mira, extrañada, y yo me limito a encogerme de hombros, más que feliz de ver que Ed ha encontrado un punto en común con al menos uno de mis amigos, aunque Amanda no es que sea exactamente una amiga.

Olly y Carolyn hablan con Sal y Paul por su lado y, en mi opinión, la velada es un éxito. Todo el mundo ha tenido la oportunidad de conocer a Ed, todo el mundo parece llevarse bien y, vale, quizá no todo el mundo ha tenido la posibilidad de hablar con Ed, pero ése es el problema cuando quedas con mucha gente para cenar, ¿me equivoco? Olly, por ejemplo, apenas ha podido cruzar dos palabras con Ed, pero al menos se han conocido y todo es empezar. Por otro lado, sin embargo, tal vez deberían hablar un poco más.

Cuando llega el café me levanto y voy a ver a mi hermano al otro extremo de la mesa.

—¿Por qué no hablas un poco con Ed? Así os conoceréis mejor.

Olly suspira.

—Libby, no tengo muy claro qué decirle.

—¡Olly! ¿Te parece bonito? Ese de ahí es el hombre con quien voy a casarme. Podrías esforzarte un poco ¿Cómo sabes que no tienes nada que decirle?

—Muy bien, tienes razón, pero ya lo he oído hablar mientras cenábamos y...
-Se detiene.

—¿Y qué?

—Nada -vuelve a suspirar-. Además, está muy enfrascado hablando con tu amiga Amanda y no quisiera interrumpir.

—Muy bien -digo con cautela y añadido-: Quizá Carolyn y tú podríais venir un día a cenar...

—Quizá -dice distraído-. Mira, ya hablaremos mañana, ¿te parece?

—Por Dios, Olly. Cualquiera pensaría que te ha caído mal nada más verlo.

—Libby, mañana hablamos.



veintisiete

—Bueno, ¿qué tal?

Regresamos a casa en coche, y por mucho que me cueste admitirlo, me preocupa, me preocupa más que les ha parecido Ed a ellos, pero como hasta mañana por la mañana no obtendré los informes aprovecho para saber si a Ed le han gustado, si les da el visto bueno, si cree que pueden encajar en nuestra vida.

—Un éxito rotundo. — Me dedica una sonrisa benevolente.

—No, me refería a qué te han parecido mis amigos.

Y de pronto se me ocurre que ésta es una conversación importante, que hasta ahora gustosamente habría sacrificado a mis amigos por un hombre, pero que en este momento de mi vida semejante idea ni se me pasa por la

cabeza, y que la opinión de Ed es más importante de lo que imaginaba. Y no porque quiera que le gusten, sino porque lo que diga será un reflejo de quién es él, y que si no le han gustado, si le han caído mal, no estoy segura de que pueda volver a verlo como hasta ahora.

—Oh, son muy divertidos -dice al fin-, sobre todo Amanda. Sí, sí, Amanda tiene mi visto bueno.

—No se trata de que des tu visto bueno a nadie, Ed -digo despacio-, se trata de que te guste la gente a la que quiero, y Amanda no es exactamente una amiga, es una conocida del trabajo, más bien, y la única razón por la que te gusta es porque los dos conocéis a la misma gente, lo que en su caso se debe a que es que una puñetera periodista de la tele.

—¡Libby! No está bien hablar así.

—Lo siento -mascullo-, pero es la verdad. Da lo mismo. ¿Qué te ha parecido Olly?

—No he tenido oportunidad de hablar mucho con él -responde Ed con sinceridad-, de modo que un día de éstos tendremos que invitarlo a cenar. Pronto.

—Sí, de acuerdo, pero es majo, ¿verdad? ¿Es como te lo imaginabas?

—No esperaba nada y sí, me ha parecido muy majo.

—¿Y Sal y Paul? ¿Te han gustado?

—Bueno. — Se detiene—. No estoy muy seguro de que me guste que tengas amigos periodistas que trabajen en la prensa amarilla.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?

—Pues sí. No me importaría si trabajasen en el *Financial Times*, pero ese periódico no es más que basura. Lo cierto es que, bueno, no me parece que

sean adecuados.

Creo que vamos a tener una discusión.

—¿A qué te refieres cuando dices «adecuados»?

—Cariño, me parece que no puedo confiar en ellos, eso es todo.

—Pero si no tienes ni puñetera idea de cómo son.

—No digas tacos delante de mí, Libby.

—Perdona, pero es que son dos de las personas más agradables que conozco. No puedo creer que los juzgues por su trabajo. Además, su periódico no es tan escandaloso, y ellos no son reporteros, no se dedican a perseguir a la gente ni nada que se le parezca.

—Tranquilízate -dice mientras me mira un instante-. Bueno, quizá tengas razón y yo no sea más que un viejo criticón, pero tengo que decirte que me sorprendió mucho que seas amiga de alguien como ese Nick. ¿Cómo demonios lo conociste?

—Nick, no «ese Nick». — Mi voz suena cada vez más tensa-. Lo conocí a través de Sal, ¿por qué?

—Ajá -añade-. Tiene sentido.

¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve?

—¿Qué... Tiene... Sentido? — Si Ed se ha molestado en escuchar, habrá visto que he pronunciado esas palabras muy lentamente, lo cual puede ser muy peligroso.

—Va muy dejado, muy desaseado. No es el tipo de persona con la que pensaba que te relacionabas.

—Pero si apenas has cruzado dos palabras con él.

—Libby, por favor. Míralo, ¿qué se cree que parece? Toda esa ropa andrajosa y en cuanto a lo de vivir del paro... Creo que es mejor que no vuelvas a verlo.

—No puedo creer que digas lo que estoy oyendo. No puedo creer que estés aquí. — Por cierto, a estas alturas estoy que muerdo-. No puedo creer que echas pestes de mis amigos, no puedo creer lo increíblemente superficial que estás siendo. Juzgas a mis amigos por su aspecto o por su trabajo... yo pensaba que ya eras mayorcito para tener un poco más de criterio. Obviamente, a diferencia de ti -esto último lo digo con los dientes apretados-, yo elijo a mis amigos por quienes son y no por el dinero que tienen o según el jodido colegio privado al que han ido.

En ese momento me quedo sin fuerzas para seguir discutiendo, me callo, reconcomida por la rabia, y seguimos hasta casa sin intercambiar palabra.

En el pasado presentaba a alguno de mis novios a los amigos, a ellos no les caía bien y yo me enfurecía, porque no veían en él lo que yo veía, porque tenían la osadía de decirme la verdad y, sí, he dejado de hablarme con gente por esa razón, pero esta vez no veo ni un ápice de verdad en los comentarios de Ed. No veo que mis amigos sean unos impresentables sólo porque no tienen tanto dinero como a Ed le gustaría, porque no llevan ropa de diseño impecable, porque no alternan con los jodidos Binky y Bunny Donnell.

Y cuando bajamos del coche delante de la casa de Ed empiezo a preguntarme si no estaré siendo un poco dura, si la ropa de Nick no es un poco andrajosa, si Sal y Paul me caen tan bien, si me costaría mucho borrarlos de mi vida, y la verdad es que no lo sé. No sé si transigir, probar a olvidarme de ello y aceptar que no son el tipo de gente con la que la esposa de Ed McMahon debería relacionarse. La verdad es que ya no sé qué pensar.

Nos desnudamos en un silencio sepulcral y cuando me meto en cama y le

doy la espalda, Ed dice que lo siente.

No le hago ni caso.

Me toca el hombro, le aparto la mano y Ed repite que lo siente.

—No pretendía herirte -dice-, reconozco que tienes razón. Estaba equivocado, he sido demasiado duro con ellos. Libby, mi amor, lo siento de veras.

Me vuelvo hacia él y veo que tiene los ojos llenos de lágrimas, que lo siente, de modo que cuando empieza a acariciarme la pierna acepto sus disculpas, pero no siento nada. Estoy completamente insensible, y cuando cree que ya me ha preparado lo suficiente y está listo para penetrarme sigo sin sentir nada. Se coloca sobre mí y empieza a moverse adelante y atrás, y en esta ocasión ya no pienso en que estoy cruzando la iglesia, me quedo allí tumbada, con una extraña opresión en el pecho, que cada vez es más fuerte, y de pronto me encuentro llorando.

Sollozos fuertes, como un niño. Aparto a Ed, corro hacia el baño, cierro la puerta y me miro al espejo durante un buen rato. Nunca me he sentido tan sola en mi vida.

Por más que me cueste, tan pronto llego a la oficina al día siguiente descuelgo el teléfono y llamo a Sal.

—¿Y bien? ¿Qué te pareció?

—¡Es un encanto! — exclama Sal, y empiezo a tranquilizarme.

—¿De veras? ¿Te gustó?

—Es encantador. Por supuesto. Hacéis muy buena pareja.

—Por Dios, Sal, estoy muy contenta de que me digas eso.

—¿Por qué? ¿Creías que iba a decir lo contrario?

—No. — Sí-. Es sólo que la opinión de mis amigos es muy importante para mí.

—¿Le caímos bien?

—¡Sí! ¡A él también le caísteis muy bien! — Y cuando lo digo me doy cuenta de que se nota que no estoy siendo sincera.

Mi voz tiene el mismo tono que la de Sally.

—Te llamo para darte las gracias por lo de anoche. — ¿Por qué de pronto tengo la sensación de que Nick cada vez tiene un papel más importante en mi vida? Lo nuestro se acabó. Punto. Voy a casarme con otro hombre y sin embargo, de repente, parece que hablo con Nick o que nos vemos mucho más a menudo que antes.

—¿Lo pasaste bien?

—Fue estupendo volver a verte -dice efusivamente-, sobre todo porque se te veía tan entusiasmada y tan feliz...

—¿Ah, sí? — El comentario me coge por sorpresa. No creía que Ed tuviera ese efecto en mí.

—Mucho. — Se echa a reír-. ¿De verdad vas a seguir adelante con toda esa historia?

¿Qué quiere decir?

—Todavía no hemos fijado la fecha -digo-, y por el momento aún no parece del todo real.

—Supongo que estarás esperando a tener el pedrusco en el dedo para lanzarte de cabeza -dice con un tono de voz extraño, lo que solamente puede significar una cosa: Nick está celoso... pero sus palabras me dan de lleno. El anillo.

Oh, Dios mío. El anillo. El diamante que convertirá toda la historia en realidad. El diamante que significará que ya no hay marcha atrás; de pronto ya no lo tengo tan claro, y recuerdo las palabras de Jules: que aquí no se trata de enamorarse con amor, ni de querer casarse porque hay que estar casada, ni de emocionarse ante la idea de cruzar la iglesia con el vestido de novia, ni de vivir en Hannover Terrace, ni de nada de todo eso. Aquí se trata de pasar el resto de tu vida con Ed, y cuando recuerdo lo de anoche y cómo me sentí al mirarme al espejo, noto que un puñal de hielo me desgarró el corazón.

No, no voy a pensar en eso. Envuelvo el puñal en una fantasía de encaje de color marfil, lo rodeo con imágenes de mi bien surtido guardarropa de diseño y empiezo a sentirme un poco mejor.

—¿Y cómo crees que debería ser el pedrusco?

—Al menos de cinco quilates, Libby. — Nick parece exasperado, pero chistoso al mismo tiempo, como en los viejos tiempos-. Y eso si hablamos del diamante del medio. Lo ideal es que sea tan grande que nadie pueda mirarte el dedo sin llevar gafas de sol.

Me río entre dientes.

—Ése es el mío.

—¿Así que estás decidida? — pregunta con un tono de voz que de repente suena serio.

—¡Claro! — digo indignada-. No voy prometiéndome con el primero que encuentro.

—Dímelo a mí -se ríe Nick.

Quiero preguntarle qué le pareció Ed, pero tengo la horrible sensación de que me dirá la verdad, razón por la que he decidido no sacar el tema, no quiero saberla. Mis dudas no son más que los nervios que preceden a la boda. Y si es así no necesito que nadie me lo corrobore.

Es normal que esté nerviosa. Todas las novias se sienten así, hay gente que la víspera de su boda está aterrorizada, y que, pese a estar locamente enamorada, de repente empieza a dudar de si está haciendo lo correcto. Aliviada, comprendo que mi sensación se debe a eso. Es natural que me entren dudas. Todo saldrá bien.

Jo entra corriendo y me dice que Sean Moore ha llegado para la reunión, de modo que me despido de Nick y paso el resto de la mañana hablando de la campaña de publicidad con el actor Sean Moore, su agente y Joe Cooper. Lo hago bien. Creo que todos están satisfechos de mi trabajo y cuando terminamos veo que tengo un mensaje de Jules.

No le devuelvo la llamada. Todavía no. Voy a almorzar con Jo e intento olvidarme de todo, porque en este momento creo que toda esta historia me supera. Vamos al café italiano, pedimos un par de capuchinos largos de leche y ensalada de atún en panecillos tostados, nos sentamos y cotilleamos un poco sobre la gente de la oficina y cuando regresamos a las dos y media vuelvo a sentirme humana.

Cuando Jules me llama a media tarde estoy de buen humor, en absoluto preparada para oír lo que tiene que decirme.

—Libby, quizá me odies por lo que voy a decirte, pero después de lo de anoche tengo que hacerlo.

—Adelante. ¿De qué se trata?

—Mira, sólo te lo digo porque te quiero y no quiero ver cómo cometes un error.

—Jules, ve directa al grano.

—Muy bien, muy bien. El caso es que me preocupa que no lo hayas pensado bien. Te has visto arrastrada por un torbellino de emoción y me preocupa que no hayas pensado lo de tu historia con Ed con los pies en el suelo.

—Jules, eso ya lo has dicho antes. Sé lo que estoy haciendo.

—Muy bien, de acuerdo, pero te lo voy a repetir y quiero que me escuches con atención. El matrimonio es para toda la vida. No se trata de que el día de tu boda sea espectacular, se trata de pasar el resto de tu vida con esa persona, para lo bueno y para lo malo. Si las cosas no funcionan no puedes darte la vuelta, decidir que no sois compatibles y largarte. ¿Qué pasa con los hijos? Si tenéis hijos, Ed querrá enviarlos a Eton. ¿De veras te gustaría que tus hijos creciesen lejos de ti? Tienes que tomar tantas otras cosas en consideración... y tengo miedo de que no lo hayas hecho.

Empiezo a sentirme mal e inmediatamente me pongo a la defensiva.

—¿Y tú? Si el matrimonio es para toda la vida, ¿cómo es posible que no dejes de repetir que Jamie tiene que sufrir y que no sabes si dejarás que vuelva a tu lado? Si de verdad creyeras lo que me estás diciendo, harías lo que fuese para salvar tu matrimonio y eso incluye perdonar a Jamie.

Hay un largo silencio. Noto que se le hace un nudo en la garganta cuando dice en voz baja:

—Lo estoy intentando.

—¿Qué?

—Creo en todo lo que te he dicho, y no pienso en otra cosa que no sea encontrar en mi corazón una forma de perdonarlo, porque lo amo, porque es mi marido y porque no quiero vivir sin él.

—Gracias a Dios. — Casi me pongo a gritar.

—Eso no significa que todo esté arreglado -dice despacio-, porque no lo está y no sé si las cosas volverán a ser como antes, pero voy a decirle que vuelva a casa.

—¡Sí! — Doy un puñetazo en el aire-. Gracias a Dios que has entrado en razón.

—Libby -dice-, deja de cambiar de tema. Tienes que saber que el matrimonio no es un cuento de hadas. Saber lo de Jamie ha sido la peor de mis pesadillas, pero estoy dispuesta a superarlo. Mira -prosigue-. No te estoy diciendo que Ed no sea tu tipo o que no puedas casarte con él, lo único que te digo es que tienes que darte más tiempo. El matrimonio no es fácil. Ahora lo sé. Todo lo que ahora te irrita un poco se multiplicará por mil cuando estés casada. Creo que tienes que estar muy segura. Tienes que pensarlo bien, a solas, pensar que vas a pasarte El Resto De Tu Vida Con Ed.

Hay otro silencio mientras digiero lo que Jules me acaba de decir; aunque no es la primera vez que lo dice, hasta ahora no me había dado por enterada. Siempre se me ocurrían argumentos para refutar sus palabras, pero ahora me doy cuenta de que tiene razón. Que el matrimonio significa que nunca más podré coquetear con nadie, que ya no estaré nunca más con otra persona. Me acostaré con Ed y sólo Ed durante el resto de mi vida. Vuelvo a acordarme de lo de anoche y suspiro.

—¿Libby? ¿Sigues ahí?

—Sí. — Mi voz se apaga-. Creo que tienes razón.

—No te estoy diciendo que Ed no sea el hombre de tu vida -dice aliviada-, sólo quiero hacerte ver que tienes que estar segura al ciento por ciento.

—Ya lo sé -digo con la voz aún más débil-. ¿Qué hago?

Jules me sugiere que le diga a Ed que dentro de poco voy a tener una reunión de trabajo muy importante y que la empresa espera que todos nos quedemos a trabajar hasta tarde durante los próximos días, que lo echaré mucho de menos, pero que tengo que demostrar que soy una buena profesional, porque desde que empecé a salir con él a duras penas me he concentrado en el trabajo y si ahora no lo hago, pronto tendré problemas.

Y mientras ella me cuenta todo eso sé que, por difícil que me resulte decírselo a Ed -ya veo la carita de cachorro triste que va a poner-, es una excusa verosímil, y Jules tiene razón, no necesito semanas para pensar en nuestra historia, bastarán unos cuantos días sola.

—¿Jules? Gracias. De verdad.

—No seas ridícula. Para eso estamos las mejores amigas.

Pero esa misma noche, de camino a casa de Ed, estoy más nerviosa que un flan. No llevo nada, ni una muda, ni ropa limpia para el día siguiente, ni mi estuche de maquillaje, y veo que Ed se da cuenta tan pronto como abre la puerta.

—Cariño, ¿dónde están tus cosas?

No puedo mentirle, no puedo decirle que están en el coche y aunque no tenía previsto decírselo tan pronto, no tengo otra opción, ¿no os parece?

—Esta noche no voy a quedarme -digo y, como era de esperar, se queda alicaído.

—¿Pasa algo? — Ya veo el miedo que aflora en sus ojos, y una ola de compasión se apodera de mí.

—Cariño, no seas tonto. No pasa nada, pero me apetecería una taza de té.

Vamos a la cocina y cuando me siento en la barra americana en silencio Ed

se da la vuelta y me pregunta preocupado:

—Te pasa algo, ¿verdad?

—Ya te lo he dicho. No. No pasa nada, es que tengo un problemón en el trabajo, dentro de poco tenemos una reunión de extrema importancia y los próximos días tendré que trabajar de lo lindo, de modo que no creo que podamos pasar mucho tiempo juntos.

Cuando Ed coloca la taza de té delante de mí se ve que está visiblemente aliviado.

—¿Eso es todo, cariño? No te preocupes por el trabajo. Yo cuidaré de ti y, además, ya sabes que no quiero que trabajes cuando nos casemos, de manera que ¿por qué no presentas la dimisión?

—Me encanta mi trabajo -digo indignada, y de repente me doy cuenta de que, por ahora, es verdad-. Todavía no quiero dejarlo, aunque -añado como si lo hubiese pensado mejor- agradezco tu ofrecimiento. Esta vez tengo que demostrarme que sé hacer bien mi trabajo. Lo entiendes, ¿verdad? — Tomo un sorbo de té.

—Supongo que sí -dice con tristeza-, pero te veré, ¿no?

—Caray, eso espero -miento mientras me levanto y le doy un beso, para luego apartarme cuando noto que Ed se está excitando, porque lo último que me apetece esta noche es hacerlo con él. Miro el reloj-. Jesús, tengo que volver a la oficina. Hoy nos toca trabajar hasta tarde. Es una locura.

—¿Ahora tienes que volver a la oficina?

—Lo siento mucho, cariño -digo cogiendo el bolso-, pero si no voy me echarán a la calle. Será mejor que no me llames porque la centralita estará cerrada, pero dejaré conectado el móvil por si surge algo urgente. Te llamaré mañana. — Le doy un pico en los labios y salgo pitando.

Llego a Marks Sparks en Edgware Road justo antes de cerrar, pero logro engañar al guarda jurado poniendo cara de pena y esbozando una sonrisa irresistible y me deja entrar con un movimiento de cabeza.

Libertad. Me siento libre. Esta noche puedo comer lo que se me antoje, pasaré una noche entera en mi pisito y no pienso coger el teléfono. Haré lo que me plazca y cuando me plazca. Empiezo a sentir como si me hubiesen quitado un peso de encima. Durante los próximos días seré completamente libre.

Recorro los pasillos y voy llenando la cesta de cosas. Tortitas de pita, *taramasalata*, *hummus*, aceitunas. Me arrojo sobre un estuchado de salmón y una caja de mini *tikkas* de pollo. A la mierda, me voy a poner las botas. Dudo si coger unas verduras, pero decido que son demasiado sanas, así que regreso a la sección de platos preparados, a través de la sección de *delicatesen*, donde no perdono unos canapés que parecen deliciosos.

Me arrojo a la única caja que aún no ha cerrado y mientras la chica calcula el importe de mis compras agarro un puñado de chokolatinas y las añado a la cesta.

Regreso al coche y derecha para Ladbroke Grove, no sin antes detenerme en el videoclub y allí, mientras intento decidirme entre *Algo para recordar* y *Sleepers*, suena el móvil y el número de Ed aparece en la pantalla. Aprieto el botón de línea ocupada y la llamada del pobre Ed se desvía al buzón de voz. Ya sé que es cruel, pero ahora no me apetece hablar con él. Quiero estar sola.

Me quedo con *Sleepers*. Lo último que necesito es una romántica y sensiblera historia de amor en la que el héroe es guapísimo (eso si te gusta Tom Hanks, como es mi caso) y salgo para casa, no sin hacer una parada en una licorería, donde me obsequio con una carísima (más de cinco libras) botella de clarete.

Hogar. Dulce y maravilloso hogar. Mientras vacío las bolsas suena el

teléfono y oigo la voz de Ed en el contestador.

—Cariñito de papá, te he llamado al móvil, pero no contestas. Sólo te llamaba para decirte que te echo de menos y que te quiero y que me muero de impaciencia porque nos casemos. No te apures por lo del trabajo. Te llamaré mañana. Te quiero mucho, mucho.

—Que te jodan -farfullo mientras meto las *tikkas* de pollo en el microondas.

El teléfono vuelve a sonar.

—Libby, querida, soy tu madre. — Como si no estuviera claro-. Es obvio que no estás en casa y que probablemente estés con Ed disfrutando de una velada estupenda. Tu padre y yo hace días que no sabemos nada de ti y nos preguntábamos cómo estás. ¿Os apetecería venir a cenar a ti y a Ed la próxima semana? Bueno, ya sabes lo que odio hablar con estas máquinas. Si no vuelves muy tarde llámame. Eso si vuelves, claro. Si no, llámame mañana por la mañana. Adiós, cariño.

—Y que te jodan a ti también -grito con la boca llena de pita. Recojo la comida y me dejo caer en el sofá.



veintiocho

Gracias a Dios. Sábado por la mañana y he logrado evitar a Ed desde el jueves por la noche. De acuerdo, ya sé que solamente ha sido un día, pero le pedí a Jo que le dijese que estaba en una reunión cuando llamó y ayer, a eso de las tres, cuando sabía que estaría en el trabajo, lo telefoneé a casa y le dejé un mensaje en el contestador diciéndole que lo echaba de menos, que estaba bien aunque muy ocupada y que tendría que trabajar el sábado, pero que lo llamaría por la tarde y que quizá podríamos vernos al día siguiente.

No es que lo eche en falta; eso es lo más sorprendente. Me ha encantado pasar sola dos noches en casa. No he descolgado el teléfono ni una sola vez y me he entretenido mirando la televisión y leyendo revistas. Incluso me he atrevido a hacer bricolaje y he colgado unas cuantas fotografías que se habían ido acumulando encima del radiador desde que me mudé.

Pensé que estos «días libres», como Jules los llama, me servirían para reflexionar. Pensé que me sentaría y me pondría a analizar todos y cada uno de los aspectos de nuestra relación para descubrir si Ed es el hombre de mi vida, para saber si realmente quiero pasar el resto de mi vida con él, pero no he pensado en él. He estado demasiado ocupada disfrutando de mi soledad.

Y supongo que eso es preocupante, de modo que cuando el teléfono suena el sábado por la mañana no lo cojo, porque intuyo que es Ed, pero no bajo el volumen del contestador por si es alguien importante como, bueno, como Jules, porque por ahora ella es la única persona con quien me apetece hablar, por no decir que es la única persona que me necesita.

Jamie volvió a casa hace un par de días. Jules intentaba ser fría con él, porque quería hacerle ver que no podían reanudar su matrimonio donde lo habían dejado, pero como admitió con un susurro mientras Jamie estaba en el piso de abajo: «Dios mío, Libby, estoy tan contenta de que haya vuelto a casa...», y a cada minuto que pasa su frialdad va cediendo. Sería más exacto decir a cada segundo.

Y sé, como ella, que ninguno de los dos olvidará la infidelidad de Jaime, y lo más curioso es que, oyendo a Jules, empiezo a replantearme lo del matrimonio. No es que no quiera casarme, pero quizá cambiar de estado civil no sea el final feliz, quizá casarse tan sólo sea el principio, quizá casarse no es la respuesta a todas mis súplicas.

Quiero decir que ahora es evidente que no fue la respuesta a las súplicas de Jules, ¿verdad?

No es Jules quien me llama, es Nick.

Tropiezo con la alfombra y me doy con un dedo del pie en la mesita en mi carrera por coger el teléfono antes de que Nick cuelgue y descuelgo gritando:

—¡Mierda!

—Vaya, ¿así es como saludas a tu segundo hombre preferido? Si tanto te cabreo, ¿por qué te molestas en coger el teléfono?

—Au -digo mientras me froto el dedo del pie-. Me he dado con la mesita.

—¿Has mirado por la ventana?

—No, ¿por qué? ¿Estás sentado en la verja de mi casa?

Suelta una risita.

—Pues no, pero hoy hace un día muy bonito. Demasiado bonito para quedarse encerrado en casa. ¿Haces algo?

Como si tuviese que pensar la respuesta.

—Nada, nada de nada.

—¿No tienes pensado pasar el día con tu prometido?

—No. Cree que estoy en la oficina.

—Vaya. ¿Problemas en el frente de Hannover Terrace?

—No, qué va. Necesitaba respirar un poco. ¿Por qué?

—Me preguntaba si te apetecería...

—Si me apetecería ¿qué?

—No me refería a eso -se ríe-, pero ahora que lo mencionas...

—¿Qué quieres hacer? — Me esfuerzo por no caer en la tentación de ponerme a coquetear con él.

—Dar un paseo por el brezal, ir a mirar los escaparates de Hampstead y quizá ir a desayunar o algo por estilo.

—¡Eso suena a las mil maravillas! — Es cierto-. Me encantaría. — Y eso también es cierto.

—¡Genial! ¿Qué te parece si quedamos delante del cine que hay en South End Green?

—Muy bien. Dame una hora. — Miro el reloj-. Nos vemos a las doce.

—Hasta entonces.

Por primera vez en lo que parece siglos no tengo que preocuparme de qué me pongo. No tengo que preocuparme por «estar a la altura», por que me acepten o por vestirme con ropa de diseño. Me pongo los vaqueros que no han visto la luz del día desde que conocí a Ed, unas zapatillas deportivas y una camiseta blanca y ajustada de cuello en pico. Si hubiera quedado con Ed me pondría una rebeca elegante sobre los hombros, pero como se trata de Nick me la anudo en la cintura y, para seros sincera, así resulta más cómodo, al menos no tengo que preocuparme de que no se caiga.

Me pongo un poco de maquillaje, porque aunque no sea una cita romántica a escondidas no saldría de casa sin nada en la cara, me atuso un poco el pelo y andando. Ya estoy lista.

Y cuando a mediodía llego al cine, Nick ya me espera, sentado en los peldaños del local y leyendo *The Guardian*, de vez en cuando levanta la vista y cierra los ojos por el reflejo del sol.

Apoyada en una farola hay una chica que intenta aparentar que también está disfrutando del sol, pero mientras me acerco descubro que echa miraditas furtivas a Nick que, dicho sea de paso, está para comérselo.

—¡Libby! — Se pone en pie, me rodea con los brazos, me da un beso en la mejilla y mientras nos alejamos por la calle me coge por el hombro con aire despreocupado. Quizá eso debería hacerme sentir incómoda, pero el gesto no tiene nada de sexual, sólo son las maneras de un buen amigo, y me pongo a reír cuando le rodeo la cintura con un abrazo, le doy un apretón y de inmediato me viene a la memoria el contorno duro de su cuerpo, cómo se ve desnudo.

Pero entonces me acuerdo de que pertenezco a otra persona y me aparto un poco, lo suficiente para que él retire el brazo y, en lugar de eso, nos cojamos del brazo. Así me siento más segura.

—Vamos, vamos -me azuza avanzando a mi lado-. De haber sabido que eras un caracol no te habría llamado para dar un paseo.

—Aún no podemos ir de paseo -le digo horrorizada-. Es casi la hora de comer y yo ni siquiera he desayunado. Me muero de hambre.

—Pues a la calle principal. — Y entre risitas tontas los dos echamos a andar por Downshire Hill.

—Esto es precioso -digo mientras me detengo para echar una ojeada por la ventana de una casita con las paredes blancas como una casa de campo.

—Ajá. — Nick está de acuerdo-. Ésta es una de mis calles preferidas. Si tuviese dinero me compraría una casa aquí.

—¿Dinero? — Lo miro horrorizada-. ¡Pero Nick! Te olvidas de que tú no quieres saber nada del dinero. Si mal no recuerdo darías todo el dinero a los puñeteros políticos.

—Ah -dice mientras asiente con semblante serio-. Sí, es verdad. Una vez dije que si me tocara la lotería lo daría todo a los puñeteros políticos, pero también es cierto que reservaría un millón de libras para mí.

—Veo que has cambiado de opinión.

—Sí, bueno. Como tú dices, «soy una chica», ¿y no es privilegio de mujeres cambiar de parecer?

Me echo a reír.

—¿Estás seguro de que no eres gay?

—¡Nunca! — exclama en voz alta imitando la voz de Winston Churchill-. Con la de mujeres preciosas que hay en el mundo.

Me lanza una mirada lasciva e intenta pellizcarme el culo, pero yo grito de risa y echo a correr.

—Espera, espera -me llama, yo me detengo y le sonrío mientras él anda con paso ligero hacia mí-. Mi querida señora, disculpe que me haya tomado la libertad de pellizcarle las posaderas.

—Te perdono, pero no te acostumbres. — Y en ese momento me acuerdo de cómo Nick me besaba los pechos, de cómo se deslizaba por mi vientre, y me estremezco, horrorizada por pensar en ello, de que el solo recuerdo, delante del hombre en cuestión, me excite. Sacudo la cabeza para intentar borrar el recuerdo, pero Nick está aquí conmigo, de modo que la imagen no desaparece, tan sólo se oculta en algún rincón de mi cabeza, lo que, por el momento, parece suficientemente seguro.

Pasamos por delante de la comisaría, por delante de una cafetería y cuando nos encontramos con la tienda de muebles que hay en la esquina hago que Nick se detenga y lo arrastro hacia el escaparate.

—Es precioso -suspiro-. ¿Podemos echar un vistazo?

—Sí. Entremos y miremos todo lo que nunca podremos permitirnos. — Y le cambia la cara-. Lo que yo nunca podré permitirme. Lo siento. Siempre me olvido de que probablemente tú podrás comprarte la tienda entera. Una y mil veces.

—No, todavía no. Vamos. — Lo arrastro al interior del establecimiento cogido de la mano-. Babeemos un poco.

Suspiro de placer en la sección de muebles étnicos y grito horrorizada cuando veo los precios.

—¿Piden novecientas setenta libras por esa baratija india? — comenta Nick en voz alta al ver el precio de una mesa de centro.

—Ssh, no grites -susurro, porque noto que los ojos del dependiente nos siguen por toda la tienda. Cuando salimos, Nick dice en voz lo suficientemente alta para que toda la tienda lo oiga:

—¿Sabes?, Simon se compró la misma mesa en la India por tres libras veinte y le pareció que lo estafaban.

—Eres incorregible. — Me echo a reír mientras salimos a la calle.

—Pero si es verdad -insiste-. Esos precios son un escándalo y seguro que ellos lo compran en la India por cuatro chavos. Piensa en todos esos pobres indios que luchan por sobrevivir y que piensan que están haciendo el negocio del siglo porque venden sus piezas de artesanía por cinco libras.

—Ejem. — Tiene razón-. ¿Así que ya vuelves a ser el paladín de los políticos? La próxima vez avísame con antelación.

—No -responde-, el tiempo es demasiado agradable para montar a caballo. Caminar es mucho más divertido.

Seguimos calle arriba, hablando animadamente sobre esto y aquello, y en ese momento me viene a la cabeza cuan misterioso estuvo Nick al hablar de su libro y la suerte que va a correr y le pregunto si puede contarme qué pasa.

—No puedo. — Mueve la cabeza—. Es un secreto.

—Vamos, por favooooooooor -se lo ruego y levanto los ojos hacia él llena de esperanza—. Seré tu mejor amiga.

—No.

—¿Y si nos intercambiamos secretos?

Parece interesado.

—¿Tú me cuentas un secreto y luego yo te cuento otro?

Deja de andar y se da la vuelta para mirarme. Está interesado.

—De acuerdo. Tú me cuentas un secreto y si a mí me parece lo suficientemente bueno, te cuento otro. ¿Qué te parece?

—Muy bien, trato hecho. — Y me pongo a buscar un secreto como una desesperada, pero no se me ocurre ninguno. Podría contarle que la otra noche me puse a llorar mientras lo hacía, pero no quiero que lo sepa, no sería justo para Ed y, además, tampoco es que eso sea un secreto. El caso es que no tengo secretos. Entonces se me ocurre algo.

—Tengo uno, pero tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie.

—Te lo prometo.

—Es una tontería.

—¡Libby! ¿Quieres hacer el favor de contármelo?

–Muy bien. Cuando voy en coche siempre hablo sola.

–¿Y? Mucha gente lo hace.

–Pero yo lo hago poniendo acento norteamericano.

–¡Estás de coña!

Niego con la cabeza.

–Demuéstramelo.

Vuelvo a negar con la cabeza.

–Venga, vamos, hazlo, déjame ver cómo lo haces.

Y allí, en mitad de Hampstead High Street, digo de mala gana y con un espantoso acento norteamericano:

–¿Lo has pasado bien esta noche, vaquero? Sí, ha sido genial.

Y Nick se monda de risa.

–No puedo creerlo -balbucea y a mí también me entra la risa-. Realmente eres rarita.

–No lo soy. Me juego lo que quieras a que mucha gente lo hace.

–Con acento norteamericano, no. Vamos, hazlo otra vez. – Se seca las lágrimas de los ojos.

Lo vuelvo a hacer y pronto los dos tenemos que agarrarnos al otro para no caer al suelo. Yo me llevo una mano a la barriga, me río tanto que me duele. Cuando nos recuperamos digo:

–Te toca. Cuéntame lo del libro.

–Ni hablar. Tu secreto no era lo suficientemente bueno.

–¿Qué? Pero ¿qué dices? Mi secreto te ha encantado.

–Solamente porque demuestra lo rara que eres. No es nada del otro mundo.

–Cabrón. – Lo golpeo.

–¿Quieres volver a intentarlo?

–No. No pienso contarte ningún otro secreto. Ahora sí que me muero de hambre. ¿Qué te parece este sitio?

Estamos delante de una cafetería con mesas en la calle y veo que una pareja deja propina y se levanta.

–Deprisa, deprisa, Nick. – Me coge de la mano-. Tenemos que sentarnos en esa mesa.

Pido una ensalada *niquoise* y Nick, una *baguette* con huevo y bacón, pero poco antes de acabar, los dos empezamos a picotear del plato del otro, lo ponemos todo patas arriba y reímos como niños.

Nick insiste en pagar, lo que me hace sentir un poco culpable, porque no es que tenga mucho dinero, pero no quiere ni oír hablar de que sea yo quien pague la cuenta, nos levantamos y nos ponemos a andar por Whitestone Pond rumbo al brezal.

Hace un tiempo fabuloso. Un día de verano caluroso, con calima, que invita a la pereza y todo el mundo sonríe; Londres en todo su apogeo, la razón por la cual no me iría a vivir a ninguna otra ciudad del mundo.

Al cabo de un rato, tras caminar a través de un tramo de hierbas altas, llegamos a un claro, Nick dice que por qué no nos sentamos y tomamos un

poco el sol. Dejo el bolso en el suelo, me quito las zapatillas de deporte, cruzo los brazos por detrás de la cabeza y escucho el trino de los pájaros y observo cómo las copas de los árboles se mecen despacio con una brisa suave, que va y viene.

—Dime -digo después de estar tumbados un buen rato-. ¿Qué te pareció Ed?
— No sé por qué le hago esa pregunta, supongo que responderá lo mismo que Sal y dirá que le pareció un buen tío. En cualquier caso, no esperaba la respuesta que me da, de haberlo sabido nunca se lo habría preguntado.

—¿Quieres que te diga la verdad? — pregunta Nick muy serio.

Me encojo de hombros.

—Me parece espantoso -dice Nick despacio mientras yo lo miro con una sonrisa, porque es evidente que está bromeando.

No bromea.

—Me parece horroroso -dice sin el menor atisbo de sonrisa en sus labios-. No sólo es mucho mayor que tú, sino que además es demasiado serio para ti. Es pomposo, arrogante y no tiene nada que ver contigo. Te trata como si fueses un trofeo en lugar de su novia, perdón, prometida, con comentarios paternos y golpecitos en el hombro. No tiene en cuenta quién eres en realidad porque, sencillamente, no le interesa. Es posible que no pueda creer la suerte que ha tenido de que alguien como tú se haya fijado en él y, para ser sincero -prosigue mientras yo me quedo con la boca abierta por la sorpresa-, no puedo creer que te fijases en él. Me parece que es el hombre más feo con el que jamás me he cruzado y lo único que se me ocurre pensar es que has sufrido una especie de atontamiento mental, porque tendrías que estar más loca que una cabra para mirarlo, eso por no hablar de casarte con él.

Estoy a punto de echarme a gritar, de decirle «¡Cómo te atreves!», de explotar indignada, furiosa y rabiosa, pero no lo hago. Nick me mira, a la espera de una respuesta. Siento que los ojos se me llenan de lágrimas y de

pronto me pongo a llorar. Sollozo e hipo y antes de darme cuenta Nick me envuelve con sus brazos, me acaricia la espalda y yo le empapo el hombro con mi llanto.

–Sssh, sshh -dice-. Tranquila, todo irá bien. – Y eso me hace llorar aún más, porque aunque no quiero que lo que ha dicho Nick me influya, sé que tiene razón. Tiene toda la puñetera razón del mundo.

Al final me calmo, me despego de él e intento sonreír a través de las lágrimas, totalmente convencida de que tengo que poner punto y final a mi historia con Ed, que no puedo seguir adelante y Nick sonríe cuando ve mi sonrisa temblorosa y sólo Dios sabe qué ocurre, pero lo cierto es que nos besamos.

No es que yo bese a Nick o que él me bese a mí, simplemente nos encontramos abrazados en un beso. Le sonrío y al cabo de un instante estoy entre sus brazos.

Posa sus labios en los míos, unos labios suaves y ardientes, y entonces, sin saber cómo, mi lengua cobra vida propia, se desliza en su boca y él me empuja hacia atrás, hacia la hierba, gimo y lo único que deseo es que su beso me devore.

No podemos parar. Ninguno de los dos. Ni siquiera cuando un grupo de quinceañeros pasa por nuestro lado y se ponen a silbar y a gritarnos. Me pierdo en el beso, en Nick, y me gustaría estar así para siempre.

¿Suenan demasiado tópicos decir que todo desaparece a mi alrededor? ¿Como si en la tierra solamente estuviésemos Nick y yo y las sensaciones que se agitan en mi interior, sensaciones que había olvidado que guardaba en mi interior? ¿Que si no estuviésemos en un lugar público no hay duda de que terminaríamos haciéndolo? ¿Que cuando la mano de Nick desaparece bajo mi camiseta para acariciarme los pechos habría dejado que continuase de no haber sido por mi sentido del decoro?

Pero tenemos que detenernos. Al final. Y mientras nos desembarazamos y

nos miramos, mis manos van hacia mi boca.

—Dios mío -susurro-. Qué he hecho.

Yo creo en la fidelidad y antes de que os pongáis a discutir conmigo considero que besar a alguien cuando estás prometida, sales o estás casada, es ser infiel.

Hace muchos años pille a Matthew, un noviete que tuve, con otra. Cuando digo pillé no quiero decir que entré en la habitación y les fastidié el polvo. Me refiero a que yo estaba en el sitio equivocado en el peor momento (quizá alguna de vosotras diría en el sitio adecuado en el momento oportuno) y que Matthew no tenía ni idea de que yo estaría allí y que vi cómo besaba a otra.

Fue en una fiesta con mucha gente y sí, no lo niego, yo era demasiado joven para ir en serio con alguien, incluido Matthew. Me quedé allí y los observé, paralizada por la escena, y pensé que el corazón me iba a estallar. Años después Matthew me dijo que sólo fue un beso, que ella no era nadie importante, que ni siquiera se habían metido mano, por no hablar de acostarse juntos, y que tampoco era para tanto.

Pero yo juré y perjuré que yo nunca lo haría. Decidí que si alguna vez estaba con alguien que me hiciese sentir tan desgraciada que tuviera que buscar satisfacción física o emocional con otra persona, primero lo hablaría con mi pareja y juntos intentaríamos remediarlo.

Por supuesto ahora ya sé, gracias a Jamie, que las cosas nunca son tan simples. Me he sorprendido haciendo lo que parezco haber olvidado que Jamie hizo; lo que desde siempre he tenido por ser el pecado capital; pero, como Jamie confesó, sólo se trataba de una simple satisfacción física, algo que, aunque yo no perdone, puedo entender, más o menos.

Pero lo que ahora me preocupa, lo que nunca hubiese podido prever es ¿qué

diablos tienes que hacer cuando lo que es infiel son tus sentimientos?



veintinueve

No pensé que me afectara tanto, pero me pasé toda la noche llorando. Lloré por la pérdida de mis fantasías. Lloré por la pérdida de mis sueños y lloré por el recuerdo de volver a estar sola.

Anoche, ahogada entre lágrimas, me llamó Nick y no cogí el teléfono. Dejó un mensaje, en otras circunstancias hubiese dicho que era un mensaje muy tierno, en el que decía que lo había pasado muy bien, que sentía haberme puesto en un compromiso, que confiaba en no haberme ofendido, y que si quería hablar, podía contar con él.

Pero no le devolví la llamada. No quiero confundir las cosas más de lo que están y ahora lo que realmente importa es Ed.

Ed. Le telefoneé. Anoche. Conseguí calmarme lo suficiente para fingir que todo iba bien, aunque lo primero que me preguntó era si me había resfriado, porque tenía la voz gangosa. Me dijo que me quería muchísimo y que me añoraba mucho, y quedamos en vernos esta noche.

Quiere llevarme a cenar, pasar una velada romántica los dos solos y cuando lo dijo casi me echo a llorar, porque no tiene ni idea de lo que esta noche voy a decirle.

Podría habérselo contado por teléfono, pero no soy tan zorra. Tengo que ser valiente, tengo que hacerlo cara a cara y la verdad es que sólo de pensarlo me siento morir.

Al final de la conversación, dijo:

—Cariño, me parece que ya va siendo hora de que vayamos a comprar un anillo. — Yo no dije nada. No pude decir nada y cuando le comenté que ya hablaríamos de eso por la noche, Ed pareció preocuparse.

Me siento como si me hubiesen drogado. Supongo que debe de ser el efecto de llorar toda la noche. Te mueves a cámara lenta, con la cabeza demasiado embotada y confusa para pensar con claridad y al final llamo a Jules, porque yo sola no puedo con todo esto. Necesito contarle lo que pasó ayer, necesito contarle cómo me siento.

En cuanto me oye sabe que algo anda mal y me ordena que vaya a su casa inmediatamente. Han quedado con unos amigos para comer, pero le dice a Jamie que vaya solo, aunque lo organiza para que tenga la oportunidad de verlos juntos, de verlos después de todo lo que ha pasado. Jamie está muy cariñoso con ella y aunque me doy cuenta de que Jules intenta resistirse, cuando él la rodea con sus brazos para decirle adiós ella se deja abrazar y pone cara de alivio.

Cuando su marido se va Jules hace que me siente y me prepara un té con leche sin decir nada, a la espera de que sea yo quien empiece a hablar.

Con vacilación me pongo a contarle lo de Nick y cuando termino deja pasar un rato antes de decir nada, de modo que comienzo a hablar sin parar y se lo explico todo, casi sin respirar.

—No puedo casarme con él -digo con lágrimas en los ojos-. No puedo. No es lo que quiero y más importante todavía, yo no soy lo que él quiere. Nick tiene razón. Me he dado cuenta de que durante todo este tiempo me ha intentado convertir en la mujer de un inversor y ésa no soy yo, nunca lo seré, y nunca me río con Ed, y tú tenías razón en todo, en lo de que yo estaba enamorada de una fantasía y aunque ya sé que lo que hice con Nick es algo terrible, creo que tenía que ocurrirme algo así para volver a la realidad y esta noche he quedado con él, y no es mala persona, y creo que me adora, y no sé qué hacer o cómo decírselo, porque se lo diga como se lo diga lo va a destrozar. — Me detengo para coger aire.

Jules sigue sin decir nada y yo sigo adelante:

—Y lo peor de todo es que no lo amo, creo que ni siquiera me gusta y ya sé que me equivoqué al liarme con Nick, pero besarlo, a Nick me refiero, me ha hecho entender la de cosas que le faltan a mi relación con Ed. Nuestra vida sexual es una mierda. En serio, es espantosa.

»Nunca pensé que podría llevar una relación en la que el sexo fuese espantoso. Siempre supuse que yo era una de esas mujeres con un gran instinto sexual que cogería el portante y saldría por la puerta si el sexo era una mierda, pero supongo que es increíble lo mucho que te llegas a convencer de que tienes que hacer algo cuando eso es lo que más deseas en este mundo. Eso es todo. No puedo creer cuánto deseaba casarme.

—Ya sé que es duro -dice Jules al fin-, pero estás haciendo lo correcto. Parece que todo lo que te he dicho ha acabado haciendo mella y, sí, Ed es un hombre adorable, pero no es para ti y, a Dios gracias, te has dado cuenta ahora en lugar de haberlo hecho al cabo de un año de estar casada.

Asiento con tristeza.

—¿De veras crees que lo hubieses soportado?

—No lo sé. — Me encojo triste de hombros—. Creo que sólo quería casarme, pero estoy segura de que tarde o temprano, aunque no hubiese sido gracias a Nick, me habría dado cuenta. Creo que de un tiempo a esta parte ya lo sabía, pero no tenía el valor suficiente para admitirlo, porque Ed es el primer hombre que ha querido casarse conmigo y sobre el papel tiene todo lo que yo siempre he buscado.

—¿Significa eso que al final te has dado cuenta de que el dinero no lo es todo? — Jules sonrío y yo le devuelvo una mueca.

—Todo no -respondo-, pero eso significa que tendré que ganármelo yo sola.

–Una actitud mucho más sana.

–Sí, ya lo sé.

–¿Piensas decírselo esta noche?

–Oh, Dios mío. – Me oculto la cara entre las manos-. Esto va a ser lo más difícil que haya hecho en toda mi vida.

Jules parece preocupada.

–Pero tienes que hacerlo -dice con firmeza-. Tienes que ser sincera y decirle que no lo harás feliz.

–¿De modo que tengo que echarme las culpas a mí en lugar de echárselas a él?

Jules asiente.

–¿No es eso lo que los hombres hacen?

Me quedo en casa de Jules toda la mañana y cuando llega la hora de comer ya me siento algo mejor, hasta que falta poco para que den las tres y sé que no tengo más remedio que enfrentarme a mis padres e ir a su casa a tomar el té.

Jules me da un abrazo en la puerta, me desea suerte, me dice que la llame cuando haya hablado con Ed y pongo la directa hacia la casa de mis padres, como envuelta en una especie de bruma de terror y preguntándome cómo se lo diré.

Mi madre, con lo bruja que es, se da cuenta de que algo va mal tan pronto como entro en casa.

–Parece que hayas estado llorando -dice acercándose para verme mejor-.

Espero que todo vaya bien entre Ed y tú. ¿Qué te ocurre?

—Nada -murmuro mientras me dirijo a la salita de estar y aparto el periódico de delante de mi padre para darle un beso.

Mi madre me sigue.

—Sé que algo va mal, cariño -dice con firmeza-. Sería mejor que nos lo dijese ahora, que te lo quitases de encima, pero ya te digo que espero que no tenga nada que ver con Ed.

—Oh, oh -dice mi padre al tiempo que se pone las zapatillas-. Cosas de chicas. Será mejor que os deje solas. Estaré en el jardín.

—Vamos, dime de qué se trata.

—Déjame en paz, mamá. No quiero hablar de ello.

—¿Habéis tenido una pelea de enamorados? Yo en tu lugar no me preocuparía, pasará antes de que te des cuenta.

Me siento con los brazos en cruz, clavo los ojos en la imagen sin sonido de la tele y me niego a hablar mientras mi madre se sienta en el extremo del sofá e imita mi postura.

—Confío en que no sea nada serio -dice y antes de que tenga oportunidad de decir algo más me levanto.

—Voy a ver lo que ha hecho papá en el jardín -grito dándome la vuelta y cruzo la cristalera.

Papá está podando los rosales y yo me pongo a su lado mientras él me da los brotes en silencio. Mi padre y yo no hemos mantenido conversaciones muy largas, pero sé que la única manera de hacerlo es contarle lo de Ed a él primero, aunque no sé cómo decírselo, no sé con qué palabras.

—¿Se trata de Ed? —pregunta despacio, sin mirarme, estirando los brazos para alcanzar una rama que queda muy alta.

—Sí.

—¿Se ha acabado?

—Sí. Bueno. Aún no, pero esta noche sí.

Mi padre se limita a asentir y prosigue con su tarea.

—¿Crees que estoy haciendo lo más adecuado?

Se detiene y me mira.

—Antes no podía decírtelo. No podía decírselo ni siquiera a tu madre, estaba tan emocionada de tener un yerno rico... pero él no es para ti, Libby. No te habría hecho feliz.

—Nunca te gustó, ¿verdad, papá?

—No es que no me gustase -responde él con lentitud-. Pero vive en un mundo completamente distinto, y me preocupaba pensar que no aceptaba tu forma de ser, que intentaba convertirme en otra persona.

Dios mío, nunca pensé que mi padre pudiese ser tan perspicaz.

—Y nunca creí que lo amases -prosigue mientras se dirige al banco que hay en un extremo del jardín y se sienta antes de que yo haga otro tanto-. El amor es... -dice al cabo de un rato de estar los dos sentados al sol-. El amor es lo más importante. Ya sé que ahora te cuesta verlo así -se ríe tímidamente entre dientes-, pero la primera vez que vi a tu madre me pareció fantástica y nunca he dejado de amarla, ni un solo instante en toda mi vida. Por supuesto que hemos tenido nuestras peleas y que a veces puede ser una vieja arpía, pero yo sigo amándola. La sensación de enamoramiento del principio se convierte en un amor diferente, familiar, pero tiene que estar

ahí desde el comienzo, de lo contrario la relación no funciona.

Me mira y sonrío.

—Tú no amabas a Ed, lo sabía, pero no podía decir nada mientras tú pensases que te hacía feliz. — Suspira, se levanta y se desentumece el cuerpo antes de decir-: ¿Quieres que se lo diga a tu madre?

Al cabo de una hora estoy sentada en la mesa de la cocina viendo cómo mi madre no deja de secarse las lágrimas.

—¿Qué voy a decir a la gente? — Se sorbe los mocos-. ¿Cómo has podido hacerme algo así?

Me encojo de hombros sin tan siquiera molestarme en responder.

—Sabes que quizá no encuentres ningún otro hombre que te trate como Ed.

—Pero, mamá -suelto un suspiro-, no lo quiero. Nunca lo querré.

—¿Y desde cuándo es eso importante? Como ya te he dicho antes, Libby, es mucho más importante encontrar un hombre bueno y Ed lo es.

—Pero papá y tú os enamorasteis cuando os conocisteis.

—Pfff. — Pone cara de resignación-. Hace tanto tiempo de eso que ya ni me acuerdo, pero creo que las cosas fueron igual que con Ed y tú.

—Papá me ha dicho que cuando te vio le pareciste fantástica.

El rostro de la mujer se ilumina y sonrío mientras dice:

—¿De verdad? Bueno, supongo que en aquellos tiempos era guapa.

—Y también ha dicho que os enamorasteis locamente. — De acuerdo, aquí

me he tomado una licencia poética.

Mi madre sonríe con cara de boba.

—Tu padre era guapísimo. De joven.

—¿Lo ves? — insisto—. A mí Ed nunca me ha parecido guapísimo y nunca me he enamorado de él con locura, pero fingía que lo nuestro iba bien, que yo no necesitaba nada más, pero ahora me he dado cuenta de que sí. Siento mucho que Ed no vaya a convertirse en tu yerno, pero deberías querer lo mejor para mí y él no lo es. Lo siento mucho, pero Ed no lo es.

Mi madre abre la boca como si quisiese decir algo, pero, maravilla de maravillas, parece que no se le ocurre nada para demostrarme que me equivoco. Por primera vez en mi vida creo que entiende mi punto de vista y eso la ha dejado sin habla.

Y así, después de una tarde traumática, me dirijo a casa para prepararme para una velada aún más traumática y quizá lo mío sea algo enfermizo, pero lo cierto es que esta noche hago un esfuerzo a la hora de escoger mi vestuario. Me pongo un jersey beige y pantalones gris oscuro y estoy tentada de llevar el bolso de Gucci, pero no lo hago, no sea que me lo reclame. Me maquillo despacio, asegurándome de que los colores armonicen al milímetro, asegurándome de que estoy radiante.

Estoy lista antes de la hora a la que hemos quedado y me sirvo un vodka bien cargado para armarme de valor, para ayudarme, y llamo a Jules en busca de un poco de apoyo moral.

—Todo irá bien -me dice-. Tienes que ser fuerte y no olvidarte de que estás haciendo lo mejor.

De modo que cuando el timbre de la puerta suena a las siete y media me dirijo hacia ella decidida, tranquila, controlando la situación, pero en cuanto abro la puerta y veo a Ed de pie en el peldaño con el aspecto alicaído sé que esto va a ser, como ya he dicho, una de las cosas más difíciles que nunca he

hecho.

Pero también sé, cuando lo miro a la cara, que debo hacerlo, que ya no hay marcha atrás, que no caeré en la tentación, ni por un instante, de tomar el camino más fácil y mantener esta relación, aunque sólo sea por esta noche.

Ed se me acerca, me da un beso y yo aparto la cara, de modo que solamente alcanza la comisura de mis labios y desvío la mirada a toda prisa para no tener que ver la expresión de confusión de su cara.

—Estás preciosa -dice-. Te he echado de menos. — E intenta darme un beso, pero yo me aparto para coger el abrigo.

—¿Nos vamos? — digo y me doy cuenta de que Ed no lo entiende, que sabe que se está perdiendo algo, aunque no sabe a ciencia cierta qué.

Nos dirigimos al coche en silencio y cuando me siento intento quedarme con todos los detalles del Porsche, porque todo indica que ésta será la última vez que suba a uno. Ed pone el motor en marcha y durante el viaje no deja de mirarme con esa cara suya de preocupación y yo parezco haber perdido el don de la conversación, porque no se me ocurre nada que decirle.

—Pobre Libby -dice Ed cuando nos detenemos en un semáforo en rojo-. Estás agotada. Es evidente que te han hecho trabajar de lo lindo.

Debería sentir cualquier cosa menos lástima, pero en ese momento siento lástima por él y me irrita muchísimo que Ed no se dé cuenta de lo que es tan obvio: que algo va muy mal y que todavía irá peor.

—Estoy bien -digo-. De veras, lo que pasa es que hay unas cuantas cosas de las que quiero hablar contigo.

¡Ahí está! ¡La expresión de cachorro triste! Tal y como había previsto. Finalmente parece que Ed cae en la cuenta de que el problema que tengo no es sólo mío, que le incumbe, y durante el resto del trayecto ya no abre la boca. Pone música, esa puñetera ópera, y al cabo de un rato me incorporo y

la apago, murmurando que me duele un poco la cabeza.

Salimos del coche y entramos en el restaurante, consciente de que Ed no deja de mirarme con esa maldita y ridícula expresión. Nos sentamos, Ed me pide un Kir y entonces me mira, a la espera de que diga las palabras que ahora creo que ya sabe que va a oír, las palabras que tanto miedo le da oír.

No tengo hambre. De verdad. Lo último en lo que ahora pienso es en la comida, pero el camarero nos trae la carta y no me queda más remedio que fingir que lo leo, que admiro los platos y al final pido una ensalada verde de primero y macarrones de segundo, aunque en este momento no tengo ni idea de cómo podría tragar ni una mísera miga de pan.

Nos quedamos sentados en un silencio incómodo. Ed me mira, yo miro al resto de comensales del restaurante y me pregunto cómo pueden ser tan normales, tan felices, cómo pueden estar tan bien emparejados cuando yo voy a hacer que el mundo de este hombre se venga abajo.

Después de muchos suspiros y balbuceos consigo decir la primera frase:

—Ed, tenemos que hablar.

No dice nada. Se queda callado y me observa.

Suspiro otra vez y me quedo en silencio unos segundos más, mientras remuevo las hojas de lechuga de mi ensalada y luego dejo el cuchillo y el tenedor en la mesa. Los vuelvo a coger, suspiro, los vuelvo a dejar y me echo el pelo hacia atrás con las manos.

—Ed -digo con suavidad-. Esto no funciona.

Y él me mira. En silencio.

Esperaba que me lo discutiera. Esperaba que Ed me dijese que la vida no es fácil y menos las relaciones, y que las cosas se tienen que trabajar y que él estaría dispuesto a hacer cualquier cosa para salvar nuestra relación, y acaso

yo hubiese subido un poco mi tono de voz, mientras trataba de explicarle que no tiene sentido que intentemos trabajar en nuestra relación, porque ya lo he decidido.

Pero no esperaba esto. Silencio.

—Me pareces un hombre magnífico -digo con la intención de cogerle la mano para dar más crédito a mi comentario, pero Ed la aleja. El gesto me sorprende un poco. Me recuesto en la silla y vuelvo a intentarlo-. Eres un hombre increíble. Eres cariñoso, atento, tienes cualidades maravillosas, pero yo no soy la mujer más adecuada para ti.

Al menos no he dicho que no estoy preparada para una relación, que es lo que se supone que tienes que decir en estas circunstancias, ¿no? Tampoco habría cambiado las cosas. No importa lo que digas, porque los sentimientos siguen siendo los mismos: «No te quiero lo suficiente para continuar a tu lado.»

—Algún día conocerás a una mujer que será perfecta para ti -digo con sinceridad, aunque mientras lo digo esas palabras me suenan espantosamente paternalistas-, y me gustaría que esa mujer fuese yo. Me gustaría poder ser la mujer que tú quieres que sea, pero no puedo.

Ed me observa.

El camarero se acerca a nuestra mesa y pregunta:

—¿Está todo de su agrado?

Ed hace caso omiso de su presencia y no deja de mirarme, pero yo fuerzo una sonrisa, le digo que todo está muy bien, que no tenemos mucho apetito. Él frunce el entrecejo y retira los platos.

Y a partir de ese momento la velada es la más triste de mi vida. Nos quedamos sentados, Ed y yo, en silencio, él sin dejar de mirarme y yo mirando al restaurante. Cuando al final llega la cuenta nos levantamos en

silencio, salimos y entramos en el coche.

—Ejem, creo que lo mejor es que vaya a tu casa y recoja mis cosas. — Podría haber esperado, pero no quiero postergarlo, quiero abandonar esta relación de una vez por todas, no quiero que nada mío se quede en la vida de Ed.

Volvemos a su casa, Ed espera abajo mientras yo echo mi camisón, mi cepillo de dientes y las cosas que he ido dejando durante estos días en una bolsa y cuando bajo, me encuentro a Ed sentado en la cocina, mirando al infinito.

Me mira, se pone en pie, sale hacia el coche y esta vez ni siquiera intenta poner música para llenar el silencio cada vez más opresivo. Cuando nos detenemos delante de mi casa lo miro entristecida y saco la llave de su casa de mi llavero.

—Será mejor que te la quedes -digo y él asiente-. ¿Puedo llamarte? — pregunto, no porque quiera hacerlo, sino porque no puedo salir del coche y decir adiós. Nunca me había encontrado en esta situación y no tengo ni idea de cómo terminar esto de la mejor manera posible, de cómo terminar esto de una vez por todas. Ed se encoge de hombros y, después de haberlo pensado, mueve la cabeza de izquierda a derecha y nos quedamos allí un buen rato, supongo que los dos sintiéndonos como una mierda. Me acerco a él, le doy un beso en la mejilla y salgo del coche.

Ed todavía no ha pronunciado ni una sola palabra.

Y aquella misma noche, tendida en la cama llorando, porque nunca imaginé cuan doloroso sería hacer daño a alguien que te quiere, entiendo que la razón por la que Ed no ha dicho nada durante toda la velada es porque estaba conteniendo las lágrimas.



treinta

A la mañana siguiente ni me molesto en levantarme. Llamo a la oficina a las nueve y media y con voz ronca le digo a Jo que me parece que he cogido un virus. Luego me escondo de nuevo bajo el edredón y duermo una horita más.

A las diez y media me envuelvo con el edredón, me dejo caer en el sofá y me paso la hora y media siguiente pegada al televisor viendo una programación de asco para no pensar en el hecho de que vuelvo a estar sola y que he sido una estúpida con letras mayúsculas.

Porque, ¿cómo les dices a tus amigos que estabas tan desesperada por casarte que dijiste que sí al primero que te lo pidió, sin sentir nada por él que no fuese un ligero cabreo y destellos ocasionales de amistad?

¿Cómo les dices que has pasado los últimos meses planificando al detalle el día de tu boda sin ni siquiera pensar en las consecuencias del matrimonio?

¿Cómo van a entender que, pese a mi independencia y mi supuesta carrera, me dejé arrastrar por una fantasía, me dejé seducir por un estilo de vida y que soy una persona mucho más superficial de lo que jamás llegué a suponer?

El día transcurre como si fuese una imagen borrosa. Intento no pensar mucho en ello, algo harto difícil porque cuando lo hago me siento tremendamente triste y cuando Jo llama de la oficina para decirme que tengo un mensaje urgente de Amanda y que la llame pienso «A la mierda, al menos eso me distraerá un poco.»

—¿Amanda? Soy Libby.

—¡Querida! — exclama-. ¡Pobrecita! Me han dicho que estabas enferma y yo

les comenté que lo mío podía esperar, pero la recepcionista insistió en llamarte a casa.

Una historia muy poco probable. Jo nunca insistiría en algo así y sé que Amanda habría exigido que le diesen mi número de teléfono.

—No, estoy bien -digo con voz ronca-. Sólo estoy un poco pachucha.

—Pronto te recuperarás -dice alegremente-. Esta mañana he recibido un mensaje de *Cosmo* porque quieren entrevistarme y me preguntaba si podrías llamarlos y quedar de acuerdo con los de la revista.

¿Me ha llamado a casa para eso? Podría haber descolgado el teléfono y llamarlos, pero a Amanda le gusta jugar a la súper estrella y, por lo tanto, no puede hablar con nadie personalmente.

—Claro -suspiro fatigosamente-. Los llamaré mañana.

—¡Genial! — exclama entusiasmada-. Oh, por cierto, la otra noche lo pasé muy bien. ¡Qué suerte tienes de estar prometida! ¡Con Ed McMahon!

—En realidad... -gimo porque sé que si no se lo digo ahora se pondrá hecha una furia cuando se entere-. En realidad ya no hay boda.

Me parece que se ha quedado sin aire.

—¿Amanda? ¿Sigues ahí?

—Sí, disculpa. Es sólo que se os veía tan bien juntos.

—Pues ya ves que no.

—Pero seguro que aún seguís juntos, seguro que os casaréis más adelante.

—No. Se acabó.

—Vaya, pobrecita, pobrecita Libby. No me extraña que no hayas ido a trabajar. ¿Estás bien?

—Estoy bien y además, no lo decidió él, lo decidí yo.

—¿Estás de broma? — Se echa a reír.

—No, ¿por qué?

—¿Has dejado a Ed McMahon? — farfulla-. ¿Te has vuelto loca?

—Por el amor de Dios, Amanda, si te parece tan fantástico, ¿por qué no sales con él?

Otro silencio.

—Lo siento -mascullo-. No era mi intención ser una maleducada. Ed no es mi tipo, eso es todo.

—Vale, vale, lo entiendo. Bueno, el mar está lleno de peces. — Y al cabo de unos segundos me dice que tiene que atender otra llamada y nos despedimos.

Durante unos minutos después de colgar me siento fatal. ¿Y si ésta fuese mi última oportunidad de casarme? Quizá no he hecho lo más correcto, pero entonces me viene a la cabeza su expresión triste, su bigote, su costumbre de hablar en francés y sé que nunca lo hubiese podido soportar. Ni por todo el dinero del mundo.

Ese mismo día, un poco más tarde, cuando Jules deja el cuarto mensaje del día, descuelgo el teléfono y me dice que va a venir a mi casa para ver si estoy bien.

—Estás horrible -dice cuando abro la puerta, todavía enfundada en mi pijama.

—Gracias -musito-. ¿Qué esperabas?

—Perdona, no pensaba que romper con Ed te hubiera afectado tanto. Parece como si te hubieses pasado semanas enteras llorando.

—Así es como me siento.

—Ven aquí -dice, y me da un caluroso abrazo.

Cuando nos separamos enciendo el hervidor de agua y preparo té, nos sentamos y le doy cuenta de todos los detalles.

—Entiendo lo duro que esto te resulta, pero ahora tienes que seguir adelante con tu vida y mirarlo por el lado positivo. Nunca más cometerás el mismo error.

—Ya lo sé -suspiro-. Lo que pasa es que Ed parecía tan dolido, parecía que sufriese tanto... y no creo que jamás haya hecho tanto daño a alguien, y eso me duele.

—Fuiste, como dice el proverbio, cruel para resultar amable. Es mucho mejor que lo hayas hecho ahora, y lo sabes.

—Sí, ya lo sé. Oh Dios mío, ahora tendré que volver a ir a fiestas y volverme a apuntar a la lista de los solteros.

—No hay mejor modo de olvidar una historia.

—Pero el caso es que no quiero a nadie más. Ahora tan sólo me apetece estar sola una temporada.

—¿Y qué me dices de Nick?

Muevo la cabeza de izquierda a derecha.

—No estoy preparada. Y Nick tampoco es lo que ando buscando, aunque -y por primera vez en lo que parece siglos un amago de sonrisa cruza mi cara- merecería la pena volver a intentarlo. Al menos por el sexo.

—¡Ni te atrevas! — me amonesta Jules-. No dejaré que vuelvas a meterte en otra historia de éstas.

—¿Jules? — Me recuesto en el sofá y me entra la risa tonta-. ¿Sabes qué? A Dios gracias nunca más tendré que acostarme con Ed.

Jules se echa a reír.

—¿Tan malo era?

—No -respondo-. Peor.

Seguimos hablando y Jules me prepara tazas y tazas de té, me trata como a una inválida, pero empiezo a sentirme mejor y mientras hablamos me doy cuenta de que, por más alterada que esté mi primera sensación es de alivio.

Inesperadamente, el timbre de la puerta nos interrumpe y las dos pegamos un bote. Jules me mira y me susurra.

—¿Esperas a alguien?

—No -le devuelvo el susurro-. Mierda, espero que no sea Ed.

—¿Quieres que vaya yo? — se ofrece, yo asiento y vuelvo a acomodarme en el sofá a sabiendas de que sea quien sea Jules lo enviará de regreso a casa. Rezo para que no sea Ed que ha venido a intentar hacerme cambiar de opinión.

Jules vuelve a la salita y detrás de ella, literalmente tras sus talones, la sigue la última persona con quien esperaba encontrarme: Nick.

Joder.

Parece avergonzado. Me quiero morir. Mi aspecto da miedo. No me he peinado desde anoche, no llevo otro maquillaje que un borrón de rimel bajo los ojos y mi pijama de algodón solo es apto para que lo vea mi mejor amiga.

—Ejem, hola -dice al tiempo que yo me pregunto qué diablos hace aquí y por qué diablos tiene que estar tan guapo cuando yo doy miedo, y por qué diablos está mañana no intenté arreglarme por si acaso.

Pero ¿qué está haciendo aquí?

—¿Qué haces aquí?

Antes de darle la oportunidad de responder, Jules, con una sonrisa estampada en el rostro, coge el abrigo a hurtadillas y se dirige a la puerta.

—Vaya, se me ha hecho tarde -dice-. Tengo que irme. Te llamaré luego -Y desaparece.

—¿Y bien? — insisto-. ¿Qué haces tú aquí?

—Pasaba por aquí, así que pensé en dejarte una nota para disculparme por lo que dije.

—¿Qué hacías tú por estos barrios?

—Ejem. — Desesperado, intenta pensar en algo y lo observo mientras pasea la mirada por la habitación, en busca de ayuda-. Verás, tenía que devolver una cinta de vídeo.

—¿Has alquilado una cinta de vídeo en Ladbroke Grove viviendo en Highgate?

—Muy bien, tú ganas ¿Y qué? Llamé a tu oficina y me dijeron que estabas

enferma y pensé en venir a ver si te encontrabas bien. Me siento tan culpable por todo lo que te dije y lo que, bueno... Ya sabes.

—No tenías ninguna necesidad de mentir.

—Bonito pijama -dice mientras yo me sonrojo avergonzada y escondo las piernas para que no se vean las rodillas gastadas (ya os había dicho que era un pijama viejo).

—Cállate y déjame en paz -le espeto-. ¿Vas a sentarte o no?

Se sienta.

—Así pues -dice mientras tamborilea con los dedos en su rodilla-, ¿cómo estás? No pareces enferma, pero -me mira con detenimiento- tienes un aspecto bastante lamentable.

—¿Has venido expresamente para insultarme o por alguna otra razón? — digo olvidándome de mi penoso aspecto, porque, sinceramente, a estas alturas me importa un bledo.

—Lo siento, lo siento. Te he traído un regalo -Se pone a revolver el bolsillo de su abrigo y, con una floritura, saca un tarro de Nutella.

—¡Nick! ¡Es mi favorita! — Y ya estoy salivando cuando me lanzo derecha al tarro.

—No quería traerte flores -dice con una sonrisa tímida-. Hubiera sido muy poco original. Además, así es como quería pedirte disculpas por lo del otro día. Lo siento mucho, pero no pude evitarlo.

—No pasa nada -digo mientras abro el tarro, meto el dedo índice en el chocolate, y lo lamo y me relamo de gusto hasta no dejar ni rastro del chocolate.

—Eso es asqueroso -dice Nick sin quitarme el ojo de encima-. ¿No puedes

utilizar una cuchara o algo por el estilo?

Le ofrezco el tarro.

—¿Te apetece?

Él sonríe mientras hace lo propio con el dedo índice.

—¿Va todo bien con Ed?

—¿A qué te refieres? — pregunto despacio.

—Bueno, es que... Después de lo del sábado... Yo... Bueno... Me preguntaba si todo va bien entre vosotros.

Durante unos segundos pienso en si debo decírselo o no, pero como sé que tarde o temprano se enterará, mejor que lo sepa por mí.

Respiro profundamente.

—Pues la verdad es que no.

Nick frunce el entrecejo con gesto interrogativo.

—Se acabó.

—Dios mío -dice sorprendido-. ¿Por mi culpa? ¿Por lo que dije?

—Por tu culpa, no, cabronazo arrogante. Bueno, quizá un poco por tu culpa, me di cuenta de que tenías razón. Todo lo que dijiste era verdad. Ed no es lo que yo quiero y a la larga no creo que lo nuestro hubiese funcionado.

—Jesús, Libby, lo siento mucho.

—Sí, seguro, ya se ve.

—Lo digo en serio. No sé qué decir.

—No hay nada que decir. Está bien así. Yo también estoy bien. Son cosas que pasan.

—¿Quieres que hablemos?

—En realidad no hay nada de qué hablar. Me dejé arrastrar por una fantasía sin pensar en lo que eso implicaba y por suerte me di cuenta a tiempo.

—¿Y Ed? ¿Está bien?

—No lo sé. Se lo dije anoche y no dijo nada.

—¿Qué? ¿Nada?

—No. Se quedó allí sentado y no soltó palabra en toda la noche.

—Joder -suspira Nick-. Pobre hombre.

—Ya lo sé. Me siento como una zorra integral.

—No, Libby, tú no eres una zorra. A fin de cuentas fuiste cruel para resultar amable.

Es curioso. Eso mismo ha dicho Jules.

—Pero es verdad. Ya lo superará, ya encontrará a alguien. Igual que tú, eso tenlo claro.

—Olvídalo. — Muevo la cabeza con vehemencia-. Se acabó. Haré voto de castidad. Lo último que ahora necesito es liarme con un hombre.

—¿Conmigo tampoco? — Levanto los ojos y aunque Nick es guapísimo, aunque me guste, probablemente siempre me gustará, sé que ahora no puedo enfrentarme a ello, lo último que necesito es volverme a liar con

Nick, así es que muevo la cabeza de un lado para otro con tristeza mientras lo miro a los ojos e intento sonreír.

—No -respondo quedamente-. Contigo tampoco.

Olly me llama al día siguiente.

—Ya lo sé -dice-. Mamá me ha telefoneado esta mañana para contarme lo disgustada que está. ¿Cómo estás?

—Bien, Oll -respondo-. Aún estoy tocada, pero la verdad es que empiezo a sentirme aliviada.

Olly se echa a reír.

—No quise decir nada en su momento, pero el caso es que ese tío era espantoso.

—¿Qué?

—Oh, vamos. Ahora ya te lo puedo decir: ese tío era un cardo borriquero, y un presumido.

No puedo soportar que alguien a quien quiero me diga algo así. Lo siento, no es que quiera a Ed, pero esto es demasiado para mí.

—¡Oll! No seas tan desagradable. Tampoco estaba tan mal. Por el amor de Dios, sólo hace un par de días que rompimos.

—Libby, nunca he dicho nada parecido acerca de tus antiguos novios, pero si te hubieses casado con él creo que habría renegado de ti.

Me deja pasmada.

—¿De verdad te daba tanta grima?

—Lo siento, Libby, pero no sólo era feo como hay pocos, sino que además era arrogante. Por lo que a mí respecta la única gracia que tenía era su dinero. Oh, y el hecho de que te adoraba.

La realidad vuelve a noquearme.

—¿Crees que todo el mundo pensaba igual?

—No me atrevo a decir tanto. Mira, siento mucho que todo esto te haya afectado, pero ahora ya es agua pasada y pensé que no te importaría saber mi más sincera opinión.

—No -suspiro-. No me importa. Me siento muy estúpida pero, ¿sabes, Oll?, Ed no era un mal tío.

—Muy bien, de acuerdo, pero no iba contigo.

—No, ahora ya lo sé. ¿Sabes si mamá ya me ha perdonado?

—No. Ya sabes cómo es. Tardará unos diez años en perdonarte que cortaras con Ed McMahon.

—Dios, qué incordio de mujer. Pensaba que sería más comprensiva.

—Bueno, si te sirve de consuelo dijo que entendía cómo te sentías.

—¡Estás de coña!

—Lo sé, a mí me sorprendió tanto como a ti. Me parece que le da pánico contárselo a los vecinos, pero por lo que dijo me parece que era consciente de que vuestra historia no iba a salir bien. Y entonces me enjaretó su historia con papá y lo mucho que se querían. Ahora sí que creo que la mujer se ha vuelto completamente majareta.

—Caray, Oll. — Me pongo a reír-. No sabes lo aliviada que estoy.



treinta y uno

Ya ha pasado un mes y ya me he repuesto. He redescubierto mi trabajo y en la oficina nadie cree lo duro que llego a trabajar o todo lo que he conseguido, ¡Jesús!, ¿no es ésa la mejor manera de superar el hecho de volver a estar soltera?

Y de acuerdo, mis noches resultan un poco más tristes. No es que desee estar con Ed, pero lo cierto es que no sé cómo matar el tiempo, aunque los amigos se han portado estupendamente, todo el mundo me invita a todo lo que organizan y lo mejor de volver a salir con la pandilla es que sé que nunca me encontraré con Ed. Nunca.

Porque ahora que vuelvo a estar soltera me he dado cuenta de que lo mío con Ed era una pura fantasía. Llevaba ropa que nunca creí que llevaría, iba a sitios a los que nunca pensé que iría y en general me comportaba de una forma que no tenía nada que ver conmigo. Por más que pensase que aquél era el estilo de vida que quería ahora que lo he probado sé que nunca más volveré a fingir ser quien no soy.

Sin embargo, volverme a acostumbrar a la vida de soltera es un poco extraño. Ahora tengo que organizar mi agenda meticulosamente para no quedarme en casa comiendo pizzas y comida china, aunque prefiero hacer ese esfuerzo antes que estar con Ed, pero aún estoy desconcertada por el hecho de que Amanda me llame un día al trabajo en el momento menos pensado para preguntarme si me importa que salga con Ed.

—No, no -digo con falso entusiasmo-. No te apures.

—¿Estás segura de que no te importa? — dice y sé que, aunque me importase, a ella le daría completamente igual. Es probable que sean la pareja perfecta. Amanda está mucho más deseosa de subir en la escala social que yo, aunque mis aspiraciones sociales han disminuido drásticamente.

—Estoy encantada -digo al tiempo que me pregunto si no habrán salido juntos alguna vez, pero no hace falta que le dé muchas vueltas a la idea, porque esa misma tarde Jo entra en la oficina con el *Daily Express* y la última edición del *Standard*.

—Escucha -dice mientras se sienta en mi mesa con las piernas colgando en el aire-. Respira hondo. ¿Estás preparada?

Asiento, Jo abre primero el *Express*, me lo coloca delante de las narices. La sección de «Hechos y gentes» incluye un reportaje sobre las nuevas parejas de Londres. Resulta fácil localizar una fotografía enorme a todo color en la que aparecen Amanda Baker y Ed McMahon. La instantánea ha sido tomada por un *paparazzi* y observo con interés lo bien que Amanda ha perfeccionado su cara de cabreo y el gesto de esconderse el rostro con la mano, fingiendo que no quiere que la fotografíen.

—Hostia. — Ahogo un grito-. A eso lo llamo yo darse prisa.

—Espera -dice Jo-. Ahora viene lo mejor -Arroja el *Standard* encima del *Express*, lo abre por la sección de «El mundo de los famosos» y en el apartado de chismorreos aparece otra fotografía de Amanda.

—«Amanda Baker, la presentadora del espacio televisivo Breakfast Break - lee Jo en voz alta-, vende su apartamento diseñado por un interiorista en el barrio de Primrose Hill en el que viven, entre otros, Liam Gallagher y Patsy Kensit y Harry Enfield. El agente de la propiedad inmobiliaria ha revelado que Baker tiene previsto trasladarse a Hannover Terrace para vivir con su nuevo amor, Ed McMahon. El apartamento tiene una preciosa terraza, y todo está en unas condiciones inmejorables, el precio de salida al mercado es de ciento ochenta y cinco mil libras bla, bla, bla.» -Jo se detiene y comprueba cómo me lo estoy tomando.

—Joder -farfullo-. ¿Cuándo diablos ha ocurrido todo esto?

Jo se encoge de hombros.

—Ni idea, chica, pero gracias a Dios que lo dejaste cuando lo hiciste. Por favor, echa un vistazo a la fotografía de Ed. Mira ese bigote. ¿Cómo pudiste?

Estudio la instantánea del *Express* de nuevo y me echo a reír.

—Sí. — Me encojo de hombros-. ¿En qué demonios estaría yo pensando?

Joe Cooper sale de su despacho, nos ve riendo y se acerca para ver a qué viene tanto escándalo.

—¿Cómo lo llevas? — me pregunta mirándome fijamente-. Si tienes algún problema puedo pasar la cuenta de Amanda a otra persona.

—No. — Me río-. Estoy bien, es un alivio no ser la chica de la foto.

—¿Qué haces el sábado por la noche? — La voz de Sal tiene un cierto deje de emoción.

—Na... da -respondo lentamente, recelosa de comprometerme antes de saber a qué me comprometo-. ¿Por qué?

—Damos una fiesta. Tienes que venir. La otra noche Paul y yo decíamos que es una pena que ya nadie dé fiestas en casa; bueno, en realidad ya no hay fiestas.

—Sí, es verdad. Qué raro, ¿no?

—Sí y por eso hemos decidido montar una. La mayor, más ruidosa y más cojonuda que se haya visto.

La emoción empieza a invadirme sólo de pensar en la idea de acudir a una fiesta con todas las de la ley, una fiesta en la que pueda arreglarme, una fiesta a la que me muero de ganas de ir.

—¿La vais a hacer en tu casa? — Me hago una imagen mental de la casa de Sal en Clapham, su enorme recibidor y las cristaleras que dan al también enorme jardín.

—Sí, claro. Paul ha pasado el fin de semana construyendo una barbacoa y montaremos un bar con Sea Breezes y Martinis. Esta noche voy a comprar montones de luces de colores para colgar en los árboles.

Suelto un gritito de emoción.

—¿Quién va? ¿Quién va?

—¡Todo el mundo! — exclama-. Pero no, espera, todavía no he terminado. Paul tiene un amigo pinchadiscos que traerá su mesa de mezclas.

—No traerá esa mierda de tecno...

—No. A nosotros lo antiguo no nos va. No. Ha dicho que pinchará música funky con una buena dosis de los setenta.

—Genial, mi preferida. ¿A qué hora empieza?

—A eso de las ocho, aunque mucha gente no vendrá hasta más tarde, pero yo quiero que los íntimos lleguéis temprano. En serio, Libby, habrá tanta comida y tanta bebida y acudirá tanta gente que será un bombazo.

—¿Cuánta gente calculáis?

—Tenemos unos ochenta en la lista, pero todos quieren traer amigos, porque, es lo que todo el mundo dice, ya no se hacen fiestas.

—¡Qué emoción! — Y hablo en serio.

El sábado por la tarde hago algo que hace siglos que no hacía: empiezo a prepararme para la fiesta a las tres y aunque eso me trae recuerdos de adolescencia, la verdad es que me encanta.

Me lavo el pelo en la ducha, y después me aplico un tratamiento de cera caliente, lo cubro con una toalla y me paso la hora siguiente pegada al teléfono, con Jules, mientras el producto hace su efecto.

Utilizo un exfoliante facial de albaricoque, luego tres mascarillas distintas que me las dejo puestas veinte minutos. Cuando termino la piel de mi cara está tan tirante y reluce tanto que casi parece un espejo.

Salgo disparada al quiosco y regreso a casa armada de revistas, porque por camaleónica que sea, según Jules, todavía no he decidido quién seré esta noche. ¿Seré una chica sofisticada, moderna, funky o fría y distante? ¿Me peino el pelo hacia atrás, me hago una cola o no lo toco y dejo que me caiga por los hombros? ¿Me encaramo encima de unos buenos tacones, me calzo unos zapatos planos de charol o piso fuerte con mis zapatillas deportivas? Mientras hojeo las revistas me entra un irrefrenable impulso de depilarme las cejas para conseguir un arco perfecto, de modo que cojo las pinzas y manos a la obra. Cuando acabo, me quedo maravillada de lo diferente que se ve ahora mi cara y empiezo a preguntarme qué más puedo hacer para alcanzar la perfección digna de una modelo.

Al fin, a las siete y media en punto, ya estoy lista. Me contemplo en el espejo. Llevo un vestido de gasa ligera con un estampado oscuro de flores que resulta de lo más recatado, hasta que me pongo a andar y el corte delantero descubre mis piernas recién bronceadas (esta mañana compré uno de esos productos que le dan a la piel un tono moreno y que, sorprendentemente, le ha dado a mis piernas ese mismo tono, en lugar de dejar franjas naranjas). Unas sandalias rematan el conjunto y me recojo el pelo con una cola de caballo desaliñada, pensando que siempre estoy a tiempo de dejarlo suelto, en el supuesto de que encuentre a alguien para

quien merezca la pena soltármelo.

Me entran tentaciones de coger el coche, pero esta noche me apetece desmelenarme (pido disculpas por el juego de palabras) y llamo a un taxi. Le pido que se detenga delante de una licorería para comprar cerveza. En circunstancias normales llevaría vino, pero Sal me dijo que no lo hiciese, porque iban a llenar con hielo tres cubos de basura enormes y que la cerveza resultaría más adecuada.

Cuando llego hay muy poca gente, nadie que conozca, pero en el ambiente ya se intuye el bullicio de la emoción y todos nos dedicamos sonrisas y nos estrechamos la mano, mientras comentamos qué buen tiempo hace y qué noche más hermosa para celebrar una fiesta.

La visión del jardín es espectacular. Paul me saluda con la mano desde la barbacoa, el carbón aún negro como el azabache, y detrás de él hay unas estanterías improvisadas de madera llenas de lo que sólo pueden ser reservas de lima Jello.

Los árboles que rodean el jardín están adornados con lucecitas de colores, pero como me comenta Sal mientras me enseña lo que han hecho, el efecto completo no se apreciará hasta más tarde. Saludo a Jools, el pinchadiscos, un tío muy moderno y bastante guapo que comprueba los sistemas y que está demasiado ocupado con su música para prestar atención a los invitados, si no es para saludarlos con la mano.

—No puedo creer cómo lo habéis dejado -digo después de que Sal y yo nos hayamos ventilado un vaso delicioso de lima Jello-. Es increíble.

—¿Crees que vendrá todo el mundo? — Me mira con preocupación antes de echar una ojeada al jardín-. Ha llegado tan poca gente...

—No te preocupes. — Compruebo mi reloj-. Sólo son las nueve menos cuarto. Empezarán a venir de un momento a otro.

Efectivamente, como por arte de magia, la gente empieza a aparecer y al

cabo de una hora el jardín hierve con el bullicio de tantos invitados y lo mejor de todo es que, aunque no conozco más que a unos pocos, es como si los amigos de Sal y Paul fuesen amigos míos de toda la vida y lo paso en grande bailando con un chico llamado Dave que no es mi tipo, pero que baila de maravilla. Hacía siglos que no lo pasaba tan bien.

Entonces Sal entra en la casa, enciende las luces y Paul va de un lado para otro del jardín prendiendo fuego a las antorchas que se han colocado estratégicamente en los arriates y la noche parece teñirse de magia, la típica noche en que puede suceder de todo.

Pronto varios grupos de gente se ponen a bailar y aunque estemos al aire libre no corre brisa; hace tanto calor que noto que tengo la frente salpicada de gotitas de sudor y al final le digo a Dave a voz en grito que voy a beber algo, él asiente, sonríe y se da la vuelta para bailar con la chica que tiene detrás.

Lo único que ahora puede quitarme la sed es agua del grifo, de modo que me abro paso entre los invitados hasta que llego a la cocina de Sal, me apoyo en el fregadero, cojo un vaso, lo lleno de agua y me lo trago en menos que canta un gallo.

—A tu lado John Travolta no es nadie.

Pego un salto y con la mano en el corazón me doy la vuelta. Veo a Nick apoyado en la entrada con una enorme sonrisa dibujada en la cara.

—Espero que hoy no vengas para insultarme -digo con recelo.

—¡No! — exclama aterrorizado-. Hablaba en serio. Nunca pensé que bailases tan bien.

Me encojo de hombros, pero me siento halagada.

—¿Cuánto hace que estás aquí?

—No mucho. Hemos llegado hará unos quince minutos. A tiempo para ver cómo movías esas caderas.

Me pongo a reír cohibida antes de preguntar: «¿Hemos?» y entonces la veo. Alta, delgada, y uno de esos perfectos cortes de pelo típico de golfilla que tan sólo te puedes permitir si eres guapísima y vives en Notting Hill. La chica es, por supuesto, guapísima. Y la odio. Al instante. No es que esté celosa, de hecho, me alegro de que Nick haya conocido a alguien. Bueno, vale. Quizá decir que me alegro resulta exagerado, pero ¿por qué demonios tiene que ser tan guapa?

—Hola. — Sonríe. Joder, sus dientes son perfectos. Parece salida de un anuncio de dentífrico—. Me llamo Gata.

Genial. Encima. Le estrecho la mano con cautela y le pregunto con toda la educación que puedo:

—¿De veras te llamas así?

—No. — Mueve la cabeza de un lado para otro y se ríe—. Mi verdadero nombre es Sophie, pero cuando iba al colegio me decían que parecía una gata y desde entonces siempre me han llamado así.

Mientras reparo en sus ojos rasgados como los de una gata me doy cuenta de que su voz desprende un refinamiento inmaculado, un tono despreocupado e indolente que inmediatamente me dice que es de clase alta. O, al menos, medio-muy-alta. No me siento cómoda y me cuesta creer que una amiga de Nick me haga sentir así. No es que la chica sea antipática, pero resulta tan guapa que a su lado parezco una don nadie bajita y regordeta y en ese momento desearía vestir como ella, una camiseta lisa con pantalones de camuflaje holgados y zapatillas deportivas.

Nick me dedica una sonrisa, a la espera de mi próximo comentario, lo más seguro que con el ego hinchado por poder presumir de su nueva y guapísima novia. «Pues muy bien, que te jodan», pienso mientras le devuelvo la sonrisa y digo:

—Ya hace rato que he dejado solo a Dave. — Paso como un rayo por su lado, haciendo caso omiso del extraño modo en que Nick me mira y regreso al jardín.

Dave sigue bailando con la otra chica, le doy una palmadita en el hombro y le sonrío cuando se da la vuelta, me agarra por la cintura y mueve su cuerpo en perfecta armonía con el mío. Por encima de su hombro veo que Nick y Gata entran en el jardín y echo la cabeza hacia atrás y río para demostrar que lo estoy pasando en grande, porque Nick me mira. Sinceramente, que lo follen. O que se lo folle Gata, lo que seguro hará más tarde.

Mierda.

¿Por qué me preocupa tanto? ¿Por qué me importa? A fin de cuentas fui yo quien le dijo que no. La última vez. Y ahora no quiero meterme en una relación, y aunque no fuese así la última persona en quien estaría interesada sería Nick. Entonces, ¿por qué no puedo apartar los ojos de ellos, mientras les entra la risa tonta? ¿Por qué siento un ataque de celos cuando recuerdo que hacíamos lo mismo cuando salíamos juntos? ¿Por qué la está haciendo reír a ella y no a mí?

Decido que sólo hay una solución a mi dilema: emborracharme. Coger una buena borrachera. Me bebo mi Sea Breeze de un trago ante la sorpresa de Paul y, de inmediato, empiezo con otro. Eso es. Mucho mejor.

¿Nick? ¿Quién?

Pierdo la noción del tiempo, pero al poco rato el mundo se vuelve un tanto confuso y sé que ya he bebido suficiente. Otra copa y corro el riesgo de caer redonda en la cama, y que tenga la sensación de ir por unas montañas rusas y la habitación empiece a dar vueltas o, peor aún, de vomitar en la fiesta. Así es perfecto: confuso, divertido, suficiente para estar a tono. A quién le importa. El único problema que tengo es encontrar pareja para el próximo baile.

¿Nick ¿Quién?

Sal viene a buscarme y me agarra por el brazo.

—¿La has visto?

—¿Si he visto a quién?

—A Gata.

Asiento.

—Es guapísima, ¿no te parece? Quién lo hubiese imaginado.

—Sí, quién diablos lo hubiese imaginado.

Doy a Sal un beso de borracha en la mejilla y me dirijo a la barbacoa dando traspiés, no por hambre, sino porque beber con el estómago vacío no sienta bien, y sé que si no como algo me voy a encontrar fatal.

Le doy un mordisco a un *kebab* de pollo sin saborearlo y cuando tiro el palito por encima del hombro como la cosa más natural del mundo veo a Nick solo en el otro extremo del jardín. Cuando llamo su atención empieza a andar hacia mí, así que salgo disparada en dirección contraria y me pongo a ligar la mar de animada con un grupo de hombres a los que no he visto en toda mi vida y que parecen más que contentos de darme la bienvenida.

¡Ja! Así aprenderá.

Nick ha desaparecido, seguramente en busca de su preciosa Gata.

A las dos de la mañana, y pese a las quejas de los vecinos, la fiesta vive su máximo apogeo, pero gradualmente la gente empieza a irse y yo hace siglos que no veo a Nick, estoy un poco borracha, muy cansada y mi preocupación ahora es saber cómo volver a casa.

Entro en la vivienda, voy hacia la sala de estar, en la parte delantera del edificio, negro como el azabache, vacío y, tras chocar con la mesa de centro, logro llegar al sofá y me dejo caer.

—¡Joder!

—¡Joder! — Doy un salto hacia atrás y oigo un crujido, pasos. Y se enciende la luz.

—¿Libby? ¿Qué estás haciendo?

—¿Que qué hago? ¿Qué demonios haces tú? — Miro a Nick con recelo mientras él se echa a reír, lo que consigue que mi borrachera desaparezca al instante.

—Me había echado un rato. A oscuras. Ya sé que aún tienes debilidad por mí, pero ¿era necesario que me saltases encima para demostrarlo?

—Yo no he saltado encima de nadie -farfullo mientras me vuelvo a sentar-. No sabía que estabas aquí. Es igual. Oye, ¿dónde está Gata?

—Se ha ido a otra fiesta.

—¿Y por qué no te has ido con ella?

—Sus amigos son demasiado Notting Hill para mí. Ya sabes, esa panda espantosa de ejecutivillos que no puedo ver ni en pintura.

Lo miro extrañada.

—Y entonces, ¿cómo...? Me refiero a que si no te resulta difícil... Bueno...

Ahora es Nick quien me mira con expresión extraña.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Libby, estás borracha.

—No, no. — Muevo la cabeza para despabilarme-. Si no te gustan sus amigos, bueno, no me la imagino con los tuyos, con Alce y el resto y bueno... -Me callo.

—Libby, ¿a qué viene esa historia de los amigos? Los amigos de Gata siempre han sido un horror. Aparte de los viejos amigos, vaya. Algunos del colegio eran geniales cuando tenían catorce años.

Sigo sin comprenderlo y luego, poco a poco, empiezo a atar cabos.

—¿No será Gata tu...?

—¿Hermana? Sí, ¿por qué? ¿Qué pensabas? — Y en ese momento cae en la cuenta de lo que yo pensaba y se echa a reír a mandíbula batiente-. Dios mío, Libby, eres fantástica. ¿Gata? ¿Mi novia? — Y estalla a reír una vez más.

—¿Cómo iba a saberlo? — Me pongo a la defensiva porque, ¿qué más puedo hacer?

—No lo sé -balbucea Nick mientras se seca las lágrimas de los ojos-. Es sólo que, bueno, si no fuese mi hermana tampoco sería mi tipo.

—¿Ah, no? — Me cuesta resistirme a la tentación de preguntarle cuál es su tipo.

—No. Escucha, ¿cómo vas a regresar a casa? Supongo que no piensas conducir...

—No.

—Menos mal. Si coges un taxi te acompaño para asegurarme de que llegas sana y salva y luego me voy para casa.

—Muy bien -respondo, aunque con una cierta sorpresa me doy cuenta de que no estoy segura de si eso está bien. No estoy segura de querer que se vaya a

su casa, pero quizá es que estoy borracha.

Nick llama a un taxi y cuando llega nos despedimos de Sal y Paul con un abrazo y nos desplomamos en el asiento de atrás. Durante un rato finjo que miro por la ventana, pero lo único en lo que me concentro es en mantener la respiración lo más tranquila posible, porque el hecho de que el interior del coche esté tan oscuro, haya tanto silencio y que sentado a dos dedos de mí haya un hombre guapísimo me pone las cosas muy difíciles a la hora de pensar sólo en términos de amistad.

—Ya casi hemos llegado -dice Nick cuando el taxista gira por Holland Park y entra en Ladbroke Grove.

Sonríó, apoyo la frente contra la ventana y me pregunto qué puedo hacer para prolongar esta noche, cómo puedo hacer que Nick se quede en mi piso sin ponerme en evidencia si se lo pido abiertamente.

Estamos justo delante de mi casa, sentados en el taxi mirándonos mientras el taxista tamborilea con los dedos sobre el volante, impaciente.

—Mierda -dice Nick de pronto golpeándose en la frente con la palma de la mano-. Sabía que había algo que tenía que contarte.

—¿Qué?

—Es una larga historia.

El taxista, que nos está escuchando, suspira y dice:

—¿Van a bajar? Pueden llamar después a otro taxi.

—¡Perfecto! — exclama Nick mientras se mete la mano en el bolsillo y saca un poco de dinero-. Ya pago yo.

Y entra en casa conmigo.

Nick cierra la puerta detrás de mí y se queda de pie delante del interruptor de la luz, de modo que cuando busco a tientas para encender las luces no encuentro el interruptor. Solamente acierto a sentir la mano de Nick. Me agarra por la muñeca sin decir nada y nos quedamos allí, en la penumbra, oyendo el sonido de nuestra respiración y ¿son imaginaciones mías o de repente ésta se torna más pesada, más lenta?

Me coge de la mano, y tal vez la oscuridad provoca la sensación de que hace el gesto muy lentamente, se la lleva a la mejilla y, sin poder evitarlo, se la acaricia y luego dejo que esa misma mano recorra el perfil de sus labios sin ver nada, pero conociendo su rostro de memoria. Él abre los labios y me lame el dedo, los dedos, con dulzura, y luego se los lleva a la boca.

Ahogo un grito, Nick me arrastra hacia él con toda la ternura del mundo, nuestras bocas se encuentran en medio de la penumbra, él se apoya en la pared sin soltarme y me besa despacio, con sensualidad, hasta que creo que mis piernas van a ceder.

Se mueve con suavidad, cogiéndome de la mano para guiarme, se deja caer despacio en el sofá, me arrastra en su caída y al cabo de pocos segundos tengo el vestido por la cintura y yo gimo suavemente mientras él me recorre el cuerpo con la lengua, y lo único que pasa por mi cabeza es cómo aguanté tanto tiempo sin esto, cómo pensé en conformarme con menos.

La mano de Nick sube por mi muslo y me acaricia y se desliza, mientras yo ahogo un gemido en su cuello y lo muerdo con dulzura.

Busco a tientas su cinturón y oigo cómo se desabrocha. Le bajo la cremallera de los pantalones y acaricio la longitud de su erección y él inspira hondamente antes de volver a besarme.

Vamos al dormitorio y hacemos el amor despacio, lánguidamente pero con pasión, y cuando me penetra, en el momento antes de empezar a moverse en mi interior, tres palabras me vienen a la mente: «Estoy en casa.» Resulta difícil de explicar, pero en este momento hay algo tan familiar, tan cómodo, tan agradable que de pronto me invade una sensación de estar exactamente

donde debería estar, en el momento exacto y con la persona adecuada.

Estoy demasiado ocupada en perderme en ese momento para darle más vueltas, y después de hacer el amor, después de hablar entre susurros, nos tumbamos en la cama, uno al lado del otro, con los brazos de Nick alrededor de mis hombros y mientras me acaricia el pelo recuerdo que comentó que tenía que contarme una cosa.

Me inclino sobre él y le doy un beso en la nariz.

—¿Qué era eso que tenías que contarme? — susurro.

Nick abre los ojos.

—En realidad son dos cosas las que tengo que decirte.

—¿Cuáles son?

Nick retira el brazo de debajo de mi cuerpo, se sienta en la cama y se da la vuelta para mirarme mientras me coge la mano.

—Libby -dice con voz seria al tiempo que yo empiezo a preocuparme-. Ya sé que probablemente no estés preparada para oír esto, pero el caso es que... - Se detiene.

—¿Sí? — insisto sin tener ni la más remota idea de lo que va a decir.

—Bueno, el caso es que creo que estoy enamorado de ti...

Me quedo con la boca abierta y él traga saliva antes de continuar.

—No estoy completamente seguro, porque no creo que antes haya amado a nadie y es un sentimiento nuevo para mí, pero es que no he dejado de pensar en ti y no sé si la última vez fue sólo que no era el momento, porque yo no estaba preparado, pero ahora creo que lo estoy. Quizá tú no me quieras ahora, pero tenía que decirte algo, porque cuando me levanto por las

mañanas tú eres lo primero en lo que pienso, y cada noche antes de acostarme tú eres la última persona en la que pienso, y no tengo ni idea de lo que vas a decir, pero quería que lo supieses.

Y yo me quedo ahí, el corazón palpitándome desbocado al oír esas palabras, al oír que es Nick quien me las está diciendo, al ver la expresión en sus ojos que brillan de emoción y sé que es sincero. Sé que me ama, y no como me amaba Ed, no por cómo podría ser, ni porque podría ser una buena esposa, ni por ninguna de esas razones superficiales, sino por lo que soy. Me ama por ser la mujer que soy.

Y de pronto me doy cuenta de que, a pesar de que nunca haya pensado en si amo a Nick, lo cierto es que se dan todos los requisitos. Me hace gracia. Me gusta. Es mi amigo. Me hace reír. Me encanta estar con él y empiezo a sentir ese entusiasmo y ese ardor, y a la mierda con todo lo demás. A la mierda si no tiene ni un penique, si vive en un estudio de una sola habitación y si no es lo que yo siempre he buscado. Voy a vivir esto y ya veremos adónde llegamos. Nadie ha dicho que tenga que casarme con él, por el amor de Dios.

Además, ya no pienso que el matrimonio sea lo más importante de todo. Ni mucho menos. No después de lo de Jules y Jamie y tal y como ella mismo dijo hace unos días: «Es una lucha dura y larga, pero creo que lo conseguiremos.» Y yo no estoy segura de estar preparada para esa lucha. Todavía no.

—Nick -digo inclinándome para darle un beso-. Eres la primera persona que me dice una cosa así. Para serte sincera aún no sé lo que siento por ti, creo que para mí es un poco temprano para hablar de amor, pero sé que me encanta estar contigo y me gustaría intentarlo. Estar juntos, quiero decir, y ver qué ocurre.

Una ola de alivio se extiende por su cara.

—Y ahora dime -añado, picada por la curiosidad después de que nos hayamos acurrucado el uno junto al otro y nos hayamos besado durante un

rato-. ¿Cuál era la segunda cosa?

—¿La otra cosa?

—Has dicho que tenías que decirme dos cosas.

—Ah sí. Eso. Bueno, no es nada importante. — Y sonrío-. ¡Ya tengo editor para mi novela!

* * *



Agradecimientos

Como siempre, hay un millón de personas a las que debería dar las gracias, aunque aquí sólo pueda mencionar a unas cuantas.

Como la última vez, al maravilloso trío formado por mi editora Louise Moore, mi agente Anthony Goff y mi relaciones públicas Angela Martin.

A Helen Fraser, Tom Weldon, John Bond, Peter Bowron, Sophie Clark, Ami Smithson y al personal en Penguin por todo el apoyo que he recibido y por convertir el proceso en una auténtica delicia.

A Donna Poppy, que ha localizado todos los errores tipográficos y que ha editado *Mr Maybe* y *Jemima J.* de manera excelente.

A Michael Monroe... Este libro hubiese podido llevar perfectamente por

título *Mr Something Else* de no haber sido por él.

Y a David Burke. Porque sí.

Gracias.

* * *



**This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
12/06/2009**

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com